Davide Longo Las bestias jóvenes

DESTINO

Serie Los crímenes del Piamonte

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Primera parte
- Primer prólogo
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

Segunda parte
- Segundo prólogo
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
Tercera parte
Tercer prólogo
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58

59
60
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En una obra cerca de Turín, los trabajadores de la línea de ferrocarril encuentran los huesos de hombres y mujeres enterrados en una fosa común. El caso cae en manos de Arcadipane que ve como en apenas unas horas un grupo de personal especializado en análisis históricos se hace cargo afirmando que los restos se remontan a la Segunda guerra mundial. Arcadipane, sospecha de la velocidad con la que le han quitado el caso y decide realizar el análisis de un fémur, cuyos resultados revelarán que los restos son de los años setenta lo que le lleva a buscar ayuda en Corso Bramard, que ahora vive retirado. Juntos, y con la ayuda de la policía Isa, descubrirán que el fémur pertenece al principal sospechoso de un atentado contra la sede del MSI en Turín, y se adentrarán en una historia de posguerra que llega hasta el presente. Con ellos saldrá a la luz una trama de los años setenta. Un intento de cambiar la historia política del país que alguien quiere encubrir por segunda vez.

Las bestias jóvenes

Davide Longo

Traducción de Lara Cortés Fernández

Ediciones Destino

Para Family Stramb

—Bien, ahora la ciudad es suya. Iré más allá, imaginaré que son los dueños de toda Italia. ¿Qué haréis con ella, chavales?
—*Une petite affaire toute sérieuse* —dijo Johnny.

BEPPE FENOGLIO, *El partisano Johnny*

Primera parte

Primer prólogo

Cinco jóvenes caminan por la acera de un barrio de las afueras.

Son las dos de la madrugada. Van vestidos con una chupa de cuero negra, una gabardina de pana beis, un abrigo gris demasiado corto, una parka con forro de borreguito y un jersey de punto de colores oscuros. Uno de ellos, el del abrigo, lleva un bolso colgado del hombro. En el bolso, color amaranto, hay dos números blancos estampados. Junto a él camina la única chica del grupo. Es ella quien viste el jersey y quien avanza con más agilidad.

Giran hacia una calle estrecha y poco iluminada. Las ventanas de los bloques y las casas de alrededor están oscuras; las persianas de las tiendas, bajadas; el único sonido, el del tranvía que sube por la avenida Giulio.

—Quizá deberíamos pensárnoslo mejor —advierte el chico del abrigo. La chica lo toma de la mano. Ninguno de ellos ralentiza el paso, ninguno levanta la mirada de la acera.

Entre las fachadas sobresale un edificio bajo, una vieja casa en ruinas. Dos plantas, tres ventanas con rejas que dan a la calle y una puerta. Sobre esa puerta, un cartel ovalado que apenas puede leerse. No hay luces en su interior; no hay movimientos.

—El bolso —ordena el chico de la chupa de cuero.

El joven del abrigo se lo entrega. La cremallera se abre con un sonido preciso.

—Edo y Luciano, ocupaos de las ventanas. Nini y yo lo lanzaremos dentro. Tú, Stefano, vete a la esquina y vigila la calle.

Stefano vuelve a colgarse el bolso del hombro. La chica y los demás esperan a que haga lo que le han ordenado. Se aleja cojeando y, cuando alcanza la esquina, fija la mirada en las luces del fondo. Unos segundos después, llega el sonido de los cristales rotos, una primera explosión sorda y una segunda, aún más apagada.

Stefano se gira: los cuatro corren hacia él, mientras, a sus espaldas, los primeros reflejos amarillos se extienden por el asfalto.

También él echa a correr.

Unos metros más allá lo alcanzan. Sus pasos unidos le arrancan a la calle un rumor grandioso.

Se sienten preparados, justos, inconfundibles.

Así juegan las bestias jóvenes antes de descubrir que sus zarpas no están hechas para jugar.

1

—No se puede pasar.

Arcadipane se aparta de los labios el cigarrillo y observa la voluminosa figura envuelta en un impermeable amarillo que le cierra el paso. Dos palmos más alta que él, pese a que tiene las botas hundidas en el barro.

—¿Por qué?

El hombre se lo piensa. Un pensamiento farragoso que le deja a Arcadipane el tiempo necesario para analizar su nariz, torcida a la derecha por una antigua fractura, sus pómulos del Este y su aliento, no del todo desagradable, a anís y tabaco. En total, treinta o treinta y cinco años.

—Me han dicho que no deje pasar a nadie —repite bajo la capucha, en un tono más alto para hacerse oír por encima del estrépito de la lluvia.

Arcadipane vuelve a colocarse el cigarrillo en los labios, pero el filtro ya está empapado. Lo tira y se queda observando cómo desaparece en el fango, atizado por las gotas con la misma precisión con la que un martillo golpea un clavo de cabeza ancha.

—¿Quién lo ha dicho?

El cerebro reptiliano del hombre se percata de la vibración dominante de la pregunta y transmite la información al cerebro superior, que reexamina a aquel tipo dos palmos más bajo, corpulento y sin paraguas al que ha visto bajarse, un par de minutos antes, de un Alfa Quadrifoglio bien cuidado, y lo clasifica como física y jerárquicamente inofensivo.

—Ese del impermeable, el comisario —responde mientras se gira para señalar algo—. Me ha dicho que no deje pasar a nadie.

A través de la cortina de la lluvia, Arcadipane cuenta cuatro figuras inmóviles, de espaldas, ocupadas en estudiar el terreno. No lejos de ellas, una excavadora, un camión y una grúa. Al fondo, las montañas y el cielo parecen hechos de una misma materia

melancólica, inerte, sofocante, nostálgica, pasiva, moribunda. «¡Joder! —piensa—. Otra vez aquí.»

Rebusca en el bolsillo hasta que sus dedos interceptan una gominola de regaliz entre las pelusas del fondo. Se lleva el caramelo a la boca y empieza a masticarlo. Poco a poco, el grumo que le cerraba la garganta se va disolviendo. Regresan el frío, la acidez del café bebido media hora antes en el restaurante de carretera y el motivo por el que está allí.

—¿Qué estáis construyendo en esta zona? —pregunta.

—No estamos construyendo nada.

—Y entonces, ¿qué estás haciendo?

—Instalamos cables.

—¿Qué tipo de cables?

El hombre se mete las manos en los bolsillos y se queda callado. Arcadipane se percata del enroque. A regañadientes, introduce la mano izquierda en el chaquetón de piel de oveja que le han regalado sus suegros y saca el documento. El hombre observa la tarjeta de identificación; después, dirige la mirada hacia Arcadipane; después, otra vez hacia el documento.

Extiende los brazos como si quisiera decir «¿y cómo iba a saberlo yo?».

Arcadipane sabe que lo que está pensando, en realidad, es «¿y por qué coño no lo ha dicho desde el primer momento?», pero trescientas sesenta y seis inspecciones como aquella le han enseñado que la gente, incluso cuando no tiene nada que esconder, jamás le dice a la policía lo primero que se le pasa por la cabeza. Ni tampoco lo segundo. No hay que hacerse ilusiones: la bolsa de la basura no se va por sí sola al contenedor. O, como decía Bramard: la verdad no se encuentra en la naturaleza, es un producto artificial.

—Entonces, ¿qué cables instaláis?

—Cables eléctricos —contesta el hombre—. Cables para el ferrocarril.

Arcadipane mira a su alrededor: campos y arrozales hasta donde alcanza la vista y, a un kilómetro, el terraplén de la alta velocidad, por el que está pasando un tren Frecciarossa, silencioso como un dedo que se desliza sobre terciopelo. Milán-Turín en cincuenta minutos. Mucho más lejos, en dirección a la puesta de sol, una granja en ruinas. Nada más.

—De todas formas, no los he encontrado yo —advierte el hombre.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quién los ha encontrado?

—Mi primo Nicolae.

—Tu primo Nicolae. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Roman.

—Roman —repite Arcadipane, desviando la mirada hacia el grupito que hay tras aquel hombretón—. Entonces uno de esos es tu primo. ¿Y los otros dos?

—Ese bajo de allí es Vincenzo. El otro es el jefe, el señor Coletto. Pero a él lo llamamos después.

Arcadipane asiente mientras se busca los botines: del barro solo asoma ya la punta plastificada de uno de los cordones. Vaya uno a saber cómo se llama esa parte. Si tiene algún nombre, seguro que Mariangela lo conoce. También lo conocerá Bramard. Son los únicos que saben estas cosas.

—¿Hay algo que quieras contarme o voy a hablar directamente con el señor Coletto?

El chico se rasca la barba rubia de varios días.

—El jefe buscaba a alguien que tuviese el permiso de manejar grúas —explica—, así que hice una copia del de mi primo. Pero ahora me estoy preparando el examen para sacármelo.

—Y…

—En cuanto llegué a Italia me condenaron a cuatro meses por una pelea. El jefe no lo sabe. Solo quiere a gente limpia.

Arcadipane le mira las manos, rojas e hinchadas por el frío. Una cinta alrededor del anillo de casado para evitar que se raye.

Sabe que esa noche volverá a casa con su mujer, que, menuda y más espabilada que él, lo ha tomado bajo su cuidado; que le contará lo sucedido y que, antes incluso de darse una ducha, follarán.

Lo sabe porque es uno de los efectos que provoca la visión de un muerto. Aunque sea un muerto como este.

Lo que, sin embargo, la gente no sabe es que ese efecto no dura mucho. Hasta los muertos se convierten en una costumbre cuando te dedicas a ellos por trabajo.

—El año pasado detuvimos a un tipo —explica—. El día seis de cada mes veía como su vecina enterraba algo en el jardín y estaba convencido de que se trataba del dinero de su pensión. Por eso,

cuando, en un momento dado, necesitó dinero, se fue donde la vieja, le rompió la cabeza con una llave sueca y se puso a excavar. ¿Sabes qué encontró?

Roman lo observa con esa mirada blandamente peligrosa que debía de tener cuando llegó a Italia y, asustado y solo, hacía aquello que sus amigos le decían que debía hacer, o sea, pegarle a la gente en los bares, ir a ver a mujeres desnudas y desear un BMW de segunda mano, hasta que la mujer menuda y más espabilada que él decidió, vaya uno a saber por qué, ayudar a aquel lerdo de campo que cada mañana se levantaba con la almohada llena de baba y unas ganas enormes de tomar leche.

—Trescientas doce figuritas de perros de cerámica —añade Arcadipane—. Le llegaban por correo postal a principios de cada mes.

Roman reflexiona durante unos segundos. Material de carpintería metálica pesada: palancas, prensas, contrapesos, poleas.

—Entonces..., ¿se lo va a decir? Lo del permiso y... todo lo demás.

Arcadipane se toma unos segundos para responder.

—¿Me dejas que te dé dos consejos?

El hombretón asiente.

—El primero: si escondes algo, que sea porque vale la pena. El segundo: piensa siempre que los demás son más inteligentes que tú. Ya verás que casi nunca te vas a equivocar. Y ahora, ¿podrías quitarte de en medio?

Roman se aparta. Arcadipane introduce sus botines en las grandes huellas que ha dejado el hombre y avanza. Veinte metros de agua y barro después, llega al grupo.

—Buenas tardes, comisario.

Arcadipane se coloca junto a Pedrelli sin devolverle el saludo. No necesita mirarlo para saber que tiene cincuenta y un años, el mismo número de kilos en su cuerpo, el cabello hirsuto, una úlcera crónica y ni un solo día de baja en los dieciséis últimos años.

—¿Y los nuestros?

—Los he mandado a por nailon —explica Pedrelli—. El director y yo hemos pensado que podríamos construir una cubierta y bombear el agua para evacuarla del lugar del hallazgo.

Arcadipane examina al «director», el señor Coletto, con pantalones impermeables y chaqueta técnica cortavientos: siempre

había pensado que esos tipos con manchas de nacimiento que aparecen en los carteles de las comedias piamontesas no existían, pero...

—Tenemos una bomba que podemos conectar a la excavadora —observa Coletto—, pero mientras siga lloviendo...

Arcadipane asiente, impactado por el acento. Se dirige a los dos que visten impermeable amarillo: Nicolae es un poco más grueso que su primo, pero tiene el mismo porte; en cambio, el otro, Vincenzo, tendrá unos cincuenta años y es enjuto, de piel malárica y lo bastante siciliano como para saber que guardar silencio no es pecado.

—Bueno, ¿qué? —pregunta Arcadipane señalando la zanja llena de agua que los cuatro están vigilando.

Pedrelli saca su cuaderno, pero dos grandes círculos azules explotan enseguida sobre la página de apuntes diligentemente tomados. Lo guarda a toda prisa.

—Hacia las doce —hace memoria— el peón Nicolae Popescu identificó en la zona excavada un cráneo humano y le ordenó al conductor de la excavadora que parase. Llamaron al señor Coletto, el capataz, que en cuanto llegó nos llamó a nosotros.

Arcadipane los mira uno a uno. Debajo de sus gorros, ninguno de ellos niega o añade nada más. Se detiene en el capataz.

—¿Por qué no llamó a los *carabinieri*? Hay una comisaría en el pueblo.

—Mi yerno es policía. —Se encoge de hombros—. Dice que siempre es mejor recurrir a ellos.

Arcadipane baja la mirada hacia el charco, que tiene las dimensiones y el color de un pequeño lagar. El agua sigue subiendo y la lluvia dibuja sobre ella un alfabeto de suaves ondas.

—¿Están ahí abajo?

—No, comisario. En estos casos, el protocolo establece que no hay que extraerlos, pero los peones han pensado que si se dejaban en la zona...

—¿Entonces?

—Los hemos puesto en la caseta —resume el peón de piel malárica.

Arcadipane sigue la trayectoria de su mirada hasta llegar a la estructura gris prefabricada. Alrededor no hay un árbol, un matorral o una presencia vegetal que la lluvia pueda azotar o nutrir.

—¿Cuándo se celebraron las últimas oposiciones para los puestos de comisario, Pedrelli? ¿Hace un año?

—El pasado mes de febrero, comisario.

Arcadipane se lleva una mano al bolsillo, toma una gominola de regaliz y se la mete en la boca. En ese momento pasa el tren interregional rechinando sobre la vía, directo a Milán en una hora y cincuenta minutos.

—La próxima vez, preséntate al examen —le aconseja mientras empieza a caminar—, en vista de que para ti es tan importante dejarnos claro que el comisario eres tú.

2

Sarace golpetea con el bolígrafo la cabeza del fémur, la cresta iliaca, el isquion; a continuación, ensarta un par de vértebras y las acerca a un palmo de sus ojos hipermétropes, gigantescos tras las lentes azuladas.

Examina con desapego esos discos por cuyo interior, tiempo atrás, circulaba la vida en su forma más intensa, blanda y misteriosa; explora su interior, les da la vuelta, les arranca un sonido de madera hueca; a continuación, vuelve a colocarlos sobre la manta.

—Estupendos, ¿no? —comenta, señalando todo el conjunto.

Arcadipane, en cuclillas al otro lado, observa los largos huesos de los brazos y las piernas, que los peones han dispuesto junto a la pelvis, la columna y el cráneo para dar una idea aproximada de la figura. Al lado, un montoncito de pequeños huesos que no han sabido dónde poner.

—Estos son como Andorra y Liechtenstein —asiente Sarace—: si no estás relacionado con los bancos, no tienes ni idea de dónde se encuentran.

Arcadipane se frota con las manos los pantalones empapados, tratando de devolver algo de calor a sus muslos, entumecidos por el frío y la postura. Aparte de sus propios cuerpos y del que habían reconstituido someramente, en aquella caseta había un escritorio vacío, una papelera, una estufa de queroseno apagada y una taquilla. En las paredes, dos mapas de la zona, provistos de datos catastrales garabateados con rotulador. No es exactamente el tipo de lugar por el que la gente hace cola para pasar en él un fin de semana.

—¿Entonces?

Sarace se quita los guantes de látex, los arruga hasta formar con ellos una bola y la tira en la papelera que hay junto al escritorio.

—Hombre, joven, muerto. Dado que el cráneo presenta un orificio de contornos precisos en la zona occipital, no es descabellado pensar que lo último que oyó en su momento fue un disparo cercano.

Arcadipane lleva diez años trabajando con Sarace, sabe que no le

gusta lanzarse en la primera cita y sabe también que los fines de semana canta con los Discepoli del Boom y que no le importa lo más mínimo lo que piense la gente acerca de su pelo.

—¿Cuándo fue «en su momento»? —Aun así, lo intenta.

—1986 —responde Sarace—, a finales de primavera, un martes.

Arcadipane observa cómo se ríe entre dientes mientras vuelve a introducirse el bolígrafo en el bolsillo del impermeable.

—Por lo que sé —añade Sarace—, podría haber muerto tanto hace veinte años como hace ochenta. Depende de la profundidad a la que se encontrase, de la humedad, de la composición del terreno, de si tenía alguna caja u otro objeto similar alrededor. ¿Alessandra sigue trabajando en vuestro laboratorio?

—Sí.

—No pondría su foto en un calendario, pero es buena, eso sí... Si le llevas a nuestro amigo y un poco de tierra, lo mismo saca algo. Con los huesos siempre es difícil, pero es posible hacerse una idea. Siempre y cuando quieras abrir el caso.

Arcadipane levanta la mirada.

Una vez que está seguro de haber captado su atención, Sarace alarga el cuerpo en dirección a la bolsa de piel que hasta ese instante ha permanecido lánguidamente junto a él, como un viejo cocker displásico.

—De lo contrario, siempre tienes ese práctico formulario que utilizamos para declarar los hallazgos del periodo de guerra. —Le enseña el cuadernillo con sus cuatro páginas—. Lo cumplimentamos, metemos los huesos en una caja, adjuntamos el formulario, lo enviamos todo a la oficina competente y ellos, con mucha calma, comprueban si en la zona existen denuncias de desapariciones durante la guerra o justo después de ella. Si no se consigue asignar los restos, eso significa que tenemos un muerto no identificado más. En cambio, si algún hijo o algún sobrino quiere rellenar un hueco en el panteón de su familia, los huesos recibirán un bonito funeral. En ambos casos, dentro de una hora estaremos en casa dándonos una ducha.

Arcadipane contempla los huesos. No son blancos; ni siquiera amarillos, sino de un verde pálido, pistacho.

—En realidad podrían...

—Ocho de diez.

Arcadipane se masajea las sienes, primero, y después la nuca.

Hace días que el canto de un grueso libro le oprime la base del cráneo, justo ahí, entre los dos nervios de la parte posterior del cuello.

—Vaya día de mierda. —Se encoge de hombros—. En fin, ya puestos...

Sarace se detiene para comprobar que lo ha entendido bien y, en caso de que, en efecto, lo haya entendido bien, dejarle un tiempo para cambiar de idea. A continuación, con una leve sonrisa, se levanta impulsándose con las rodillas.

—¿Y Mariangela y los niños? —pregunta mientras empieza a cambiarse de ropa.

—Todo va bien.

—¿Mariangela sigue haciéndose revisiones médicas?

—Cada seis meses. Todo bajo control. Por cierto, siempre me está repitiendo que te dé las gracias.

Sarace chasquea la lengua como queriendo decir que no hay de qué. Después, mientras con una mano se protege la arquitectura de su cabello, con la otra hace descender la capucha del impermeable sobre las resplandecientes ondas de su tupé. Su rostro angular conserva, incluso a la luz del tubo fluorescente, el diseño despreocupado de los años en los que se configuró.

—Voy a coger las cosas que tengo en el coche. ¿Te envío a Pedrelli?

Arcadipane asiente.

El contenedor se llena de ruido de maquinaria, de voces que ordenan desplazar un objeto, del repiqueteo de la lluvia, del llanto de un motor que alguien intenta en vano arrancar tirando de su cuerda de accionamiento; después, la puerta se cierra de nuevo y Arcadipane vuelve a ser un hombre solo, en medio del silencio de cuatro paredes.

Se acerca al escritorio, apoya las nalgas en la esquina redondeada de su superficie y saca la cajetilla: los cigarrillos están húmedos; con dificultad, consigue encenderse uno. Los huesos permanecen en el suelo, quietos, enigmáticos, verde pistacho.

Un soldado, un fascista, un partisano, piensa, un joven, en cualquier caso, con pájaros en la cabeza... ¿y qué más? Con razón o sin ella, todos pudriéndose bajo tierra... «¡Joder!»

Se lleva la mano al bolsillo, pero se da cuenta de que ya está llorando, así que lo deja estar. Se concede algo más de dos minutos de lágrimas, cálidas en el rostro, ya frías en el cuello; a continuación, se

seca la nariz con la manga, se saca la tarjeta de visita del bolsillo trasero, coge el móvil y marca el número.

—¿Sí? —responde una mujer.

—Quería hablar con el doctor Ariel.

—Soy yo. Y no soy un doctor.

Arcadipane da una larga calada.

—No pasa nada —adelanta la mujer—. Tartara ha disfrutado imaginándose la cara que pondría al enterarse de que soy una mujer. Por lo demás, es un viejo capullo, los mejores años de su vida ya han quedado atrás. De todas formas, me avisó de que me llamaría. Usted es el tipo del apellido raro, ¿no? El policía.

—Arcadipane.

—Arcadipane. ¿Sabe que el setenta y cinco por ciento de las conversaciones telefónicas se producen entre personas que nunca más volverán a tener ocasión de hablarse? De todas formas, estoy en la consulta y ahora no tengo tiempo de abordar este asunto, aunque sea muy interesante. ¿Quiere que le dé una cita?

Llaman a la puerta. Arcadipane exhala el humo y tapa con la mano el auricular.

—¡Un momento!

Vuelve a apoyar el móvil en su oreja.

—¿Está llorando? —pregunta la mujer.

—No.

—¿Ha tomado medicación?

—No.

—¿Quiere que le dé cita?

Vuelven a llamar a la puerta.

—¡Entra, por Dios, entra ya!

Pedrelli abre la puerta y entra.

—¿Qué pasa? —quiere saber la mujer.

—Nada, asuntos de trabajo.

—¿Está dándole una paliza a alguien?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Es eso lo que hacen ustedes, ¿no? Conducen con las sirenas encendidas, toman huellas dactilares y le dan palizas a la gente para que hable. «¡Confiesa, cabrón! Todos tus amigos ya han cantado. ¿Qué quieres, pasarte veinte años en chirona por ellos?»

Arcadipane observa a Pedrelli, que observa los huesos dispuestos

sobre la manta, que observan el techo del que pende el tubo fluorescente.

—Mañana a las cuatro de la tarde —indica la mujer—. La dirección es la que aparece en la tarjeta que le dio Tartara. Sea puntual, solo tenemos cincuenta minutos. —Cuelga.

Arcadipane se pasa la mano por los pocos cabellos que, dispuestos en forma de corona, le quedan en el cráneo, como si estuviese volviendo a casa después de una larga caminata en medio de un viento tremendo.

—Disculpe —empieza Pedrelli—, no había oído...

Arcadipane lo interrumpe con un gesto de la mano.

—¿Y la zanja?

—Ya casi drenada.

—Comprueba si hay algún objeto en ella: efectos personales, ropa, casquillos, lo que sea.

—Claro que sí, comisario.

Arcadipane estudia esa elegancia característica de la gente de Saboya que muestra su subordinado y que ni el cansancio, ni las prendas empapadas ni los zapatos cubiertos de barro han conseguido erosionar.

La primera vez que se vieron él tenía veintitrés años y ya era la mano derecha de Bramard, mientras que Pedrelli era cabo, dos años mayor que él, y acababa de incorporarse a su oficina después de que lo trasladasen a Turín desde la jefatura de Génova.

Lo había visto resolver diligentemente las primeras formalidades: cabello corto, rostro pálido, enjuto y limpio, un modelo de cortesía. Después lo confiaron a un subordinado para que lo acompañase en la visita de rigor a la central.

«¿Has pedido a propósito que nos manden a un cretino?», preguntó cuando se quedaron solos.

Bramard se había servido un té y había seguido revisando unos expedientes sin responder.

Sin embargo, por la noche, antes de cruzar el umbral de la puerta de salida, como siempre sin despedirse, había dejado abierta la *Enciclopedia del perro*, que consultaba religiosamente después de cada interrogatorio y también en sus momentos libres.

«Instálale mañana en esta oficina un escritorio», ordenó, al tiempo que se ponía la chaqueta.

Mientras Bramard —un hombre al que no comprendía, pero que le había enseñado todo lo que sabía acerca de las personas y sus delitos— iba ya camino de casa, él se levantó y se acercó a su mesa.

La enciclopedia estaba abierta por la página de un perro de color marrón que no tenía nada de fiero, inteligente o amenazante. Un perro común de tamaño medio.

«Perro honesto, leal —leyó—, estable y equilibrado, guardián fiable, pastor eficaz y maravilloso compañero, siempre junto a su amo, aunque un tanto desconfiado en presencia de extraños. A pesar de su aspecto débil y sencillo, no le teme a nada, y gracias a su carácter tenaz puede ser incluso un perro valiente para la caza. Si se lo educa con dulzura y paciencia, se dejará adiestrar con facilidad.»

Arcadipane observa a Pedrelli, que sigue frente a él: calado hasta los huesos, con la mirada baja, el cabello corto, el rostro pálido y enjuto. Igual que entonces, solo que veintisiete años más viejo.

—¿Sabes qué decía siempre que acompañaba a Bramard como subordinado durante las inspecciones?

Pedrelli levanta la mirada, interrogante.

—Que yo era el responsable —recuerda Arcadipane mientras pisa el cigarrillo para apagarlo—. Cuando saben que eres el responsable todos te prestan atención.

—Pero ¿qué dice? —farfulla Pedrelli—. No vale la pena... Después de todos los años que llevamos aguantándonos.

Arcadipane fuerza una sonrisa. No muy amplia. Mira más allá del plexiglás de una de las dos ventanas: sobre la línea de las montañas, apenas un jirón baila, amarillo, entre las nubes, como una vela al fondo de una iglesia oscura.

«Treinta años», piensa.

Treinta años de homicidios, investigaciones, oposiciones, jubilaciones, compañeros, papeleo, recién llegados, traslados, pistas falsas, informes, condenas, decepciones, testimonios, hijos, alguna que otra condecoración, procesos, bronquitis, artículos de prensa, medicamentos contra la acidez de estómago, huellas digitales, expedientes disciplinarios, autopsias, escuchas telefónicas, disputas políticas y también infinitas, soporíferas y opiáceas horas de espera en las que no se puede hacer un carajo aparte de esperar.

—Comisario.

Las nubes se cierran en el horizonte. También aquella única vela

al fondo de la iglesia se apaga.

—¿Comisario?

La lluvia que suena en el techo de la caseta acelera su ritmo.

—¿Comisario? El capataz quiere saber cuándo pueden retomar el trabajo.

Arcadipane contempla los huesos dispuestos sobre la manta gris.

—Dile que no nos toque los cojones. Vamos a tomarnos un café.

3

Al entrar en casa se dirige a la cocina, abre el frigorífico y bebe, directamente de la botella, un trago de agua con gas. Sobre la mesa hay una nota. «Queríamos hablar contigo de una cosa muy importante durante la cena, pero no has llegado a tiempo. ¿Podemos hacerlo en el desayuno? Es muy urgente. Loredana y Giovanni.»

Arcadipane intenta dejar la nota apoyada en el cesto de la fruta, tal y como se la ha encontrado; a continuación, va en silencio hasta el dormitorio, se desviste y se tumba bocarriba, con la nuca sobre las manos, disfrutando de sus vértebras liberadas del peso de la parte superior del cuerpo.

—¿Qué hora es? —pregunta ella entre bostezos.

—Son las dos pasadas.

Sin girarse, Mariangela extiende una mano hacia él y se la coloca en el costado.

—Estás helado. Apuesto a que has estado todo el día mojándote.

Él encoge unos centímetros las piernas, que ha deslizado hacia las grandes y suaves nalgas de ella bajo el camisón.

—¿Cómo que mojándome? —responde—. ¡Pero si hacía una temperatura de veinte grados! ¡Hasta me he bronceado un poco y todo!

Percibe a través del colchón las vibraciones de la risa entre dientes de ella. No necesita explicarle que trescientas sesenta y seis inspecciones... Ya lo sabe.

—Y esos dos ¿qué quieren? —pregunta.

—No quiero estropearte la sorpresa. ¿Te has dado una ducha caliente, por lo menos?

—No.

—Te aliviaría un poco el cansancio.

—Y entonces, ¿qué me quedaría?

Guardan silencio. El dormitorio es amplio. El gigantesco armario en el que cabe toda la ropa de invierno y de verano, las dos sillas casi

antiguas y la cómoda no son suficientes para llenar el espacio. Los únicos objetos que tienen menos de veinte años son las lámparas. Compradas en Ikea. «Necesitamos luces con brazo articulado.» «¿Qué quiere decir “brazo articulado”?» «Que por la noche yo leo y tú no.»

—Si apesto puedo darme una ducha.

Ella le desliza el pulgar bajo los calzoncillos.

—No, que vas a hacer ruido —responde, y lo anuda como se hace con algo que se quiere conservar. Incluso conservar en mente—. ¿Has comido?

—Estábamos fuera de la ciudad. He comido en el camino de vuelta.

—¿Bien o mal?

—En un restaurante de carretera. Lo de siempre.

—Te he dejado...

—Ya lo sé, lo he metido en el frigorífico. ¿Por aquí va todo bien?

—Todo bien.

—Entonces, ¿podemos dormir?

Ella asiente, frotando su cabeza contra la almohada, y saca el pulgar del elástico. Él observa el tenue brillo de la cadena que lleva al cuello. A medida que la respiración de ella se va ralentizando más y más, la franja de luz sube por el embozo de la sábana, por la manta de lana merina que compraron en una exhibición cuando los chicos aún eran pequeños y por el parqué desgastado, hasta llegar a la rendija de los postigos de la puerta francesa, más allá de la cual están los bloques, los coches, los carteles y las aceras que constituyen el barrio en el que vive desde que era niño.

El año pasado presentaron una petición vecinal para que se duplicase el número de farolas. Por seguridad. Él sabía que aquello no serviría de nada, pero, aun así, la firmó. No quería dar a entender que, por su profesión, sabía más que nadie. «De todas formas nos lo van a denegar», se dijo.

Sin embargo, al cabo de diez meses consiguieron lo que querían. Cuarenta y cinco farolas nuevas. Con luz amarilla. De bajo consumo.

Quienes tenían postigos antiguos tuvieron que ajustarlos o instalar persianas para poder dormir. Sin embargo, los camellos no se marcharon. Él sabía que sería así. Hay una serie de trámites para cambiar de barrio. Divisiones territoriales. Albaneses, rumanos, nigerianos y ahora incluso chinos. Cuando mueves una pieza del

tablero... Solo se marcharon las cinco o seis prostitutas históricas. Con toda aquella luz, los clientes potenciales solo necesitaban echar un vistazo para hacerse una idea de los trucos a los que recurrían para mantener firme aquello que por sí mismo ya no se mantiene firme. La mayoría de los que venían eran habituales que las conocían de memoria, pero cuando el volumen de trabajo se reduce en un treinta por ciento... Se trasladaron unas manzanas más allá. A otro distrito. Con menos luz. Primero preguntaron, como es obvio. Pero ¿quién dice que no a cambiar un escaparate de la periferia por uno cerca del centro? Las de Europa del Este ocuparon su lugar. Para ellas las farolas no serán un problema hasta dentro de, por lo menos, treinta años.

—¿Estás cansado?

—Estoy muerto.

Mariangela se gira hacia él con un crujido de viscosa y algodón. Vuelve a colocarle la mano en el costado, exactamente en el mismo punto que antes. Observa sus mejillas punzantes, su altísima frente, sus ojos grandes, característicos de la gente de la región sureña de Basilicata.

—Y entonces, ¿por qué no duermes?

—No lo sé.

—¿Ha pasado algo malo?

—Si nos llaman a nosotros, desde luego no es porque haya pasado algo bueno.

—Pero algunos casos son peores que otros, ¿no?

Él coloca su mano sobre la de ella, pesada como un punto al final de una frase breve.

—Todo dentro de lo normal. —Niega con la cabeza.

Los rostros se estudian a pocos centímetros el uno del otro, hundidos hasta la mitad en la almohada. El de ella, en la sombra, oculta algunos años: la carne de los labios compacta, el corte de sus ojos aún capaz de lo salvaje, la nariz más afilada que fuerte.

—¿Loredana seguía con la luz encendida? —pregunta.

—No me he fijado. ¿Por qué?

—Todavía estaba estudiando. A lo mejor se lo está tomando demasiado en serio.

—Estudia bachillerato de humanidades y cultura clásica, se lo tiene que tomar en serio.

—Pero también debería salir por ahí, practicar algo de deporte.

Tiene quince años. El doctor no le ha prescrito que saque matrícula de honor en todo.

—Si fuera así, ya habríamos mandado a ese doctor al otro figura.

—Qué malo eres.

—Eras tú la que estaba enfadada.

—¿Tú no?

Él se encoge de hombros, pero hacerlo cuando se está tumbado no provoca el mismo efecto.

—Para un policía, tener un hijo que suspende asignaturas es normal. En cambio, para una profesora...

Ella se rasca a la altura de la rodilla; después, vuelve a colocar la mano en ese punto en el que la camiseta interior de él se hunde en el elástico de los calzoncillos.

—Tenemos que hablar con el entrenador.

—¿Por qué? ¿No lo ha vuelto a convocar?

—¡Ha llegado con una cara! He preferido no preguntarle. Yo acababa de pelearme con Loredana. Ahora resulta que no quiere dejar de comer hidratos de carbono.

—¿Y qué le digo? «Convócalo. Mira que, si no lo haces, tengo aquí una pistola.» Él es el entrenador. De todas formas, hace tiempo que ya está todo decidido.

—¿Qué está decidido?

—Que los buenos pasan al equipo titular y los demás tendrán que entrenar duro.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que pasarán a equipos de fútbol *amateur*, de segunda, tercera o incluso primera categoría.

—Pero él es bueno, ¿no?

Arcadipane hace un gesto con dos dedos. Ella lo mira, interrogante.

—¿La tiene pequeña?

—Pero ¿qué dices?

Ella lo observa, aún interrogante. Ojos negros y salvajes bajo la pátina doméstica.

—Es bajo —comenta él, repitiendo el gesto de los dedos—. Para esos niveles se requiere un físico.

Ella clava la mirada en el mentón de él. Si no la conociese, diría que está abroncando a sus genes.

—Con sus agallas, puede convertirse en un buen jugador —le quita importancia—, tal vez incluso profesional.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—Lo de entrenar duro. ¿Cuándo se lo dicen?

—El campeonato acaba de empezar, puede que las cosas cambien.

Se percata del movimiento del brazo de ella bajo las mantas. Se está recolocando sus grandes pechos. Desde hace unos años, algo caídos. Pero a él le gusta sentirlos contra su hombro o contra su espalda. Sentirlos por casualidad. Sin obligación.

—Con el carácter que tiene, si se lo dicen ahora es capaz de dejarlo —advierte ella.

—No lo va a dejar.

—Lo mismo hasta pierde otro curso.

—¿Y por qué iba a perderlo?

—¿Qué chantaje sería no permitirle ir al fútbol si es él mismo quien lo deja?

—No lo va a dejar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es un pitbull, no lo va a dejar.

—No me gusta que lo llames así.

—Sus amigos lo llaman así. A él le gusta.

—Por lo menos vamos a evitar llamarlo así en casa.

—De acuerdo.

—Giovanni es un nombre bonito.

—De acuerdo. —Extiende el cuerpo hacia ella para darle un beso en la mejilla—. Ahora duérmete, tienes que levantarte temprano.

Ella avanza lo justo y necesario para recibir el beso y regresa al molde de su almohada. Él le pone la mano en la cabeza. La mantiene allí. Tampoco ella tiene los huesos finos. Por lo demás, si hubiese tenido huesos finos, la vida que han vivido la habría destrozado. Sin embargo, mírala, ni un solo rasguño.

—Yo hace como cinco años que no lo veo desnudo —comenta ella.

Él vuelve a abrir los ojos, que acababa de cerrar.

—¿A quién?

—¡A Giovanni! ¿Tú lo has visto?

—¿Y por qué iba a verlo desnudo?

—Bueno, si dices que la tiene pequeña...

—He dicho que es bajo, no que la tenga pequeña.

Ella lo mira. Se rasca la nariz. De lado.

—Total, que no sabemos cómo la tiene.

—No lo sabemos. ¿Y qué?

—Lo único que digo es que lo hemos criado, pero ahora no lo sabemos.

Él la mira.

—Pues ya se encargará otra de averiguarlo, ¿no? Por lo menos que se ocupe de eso. ¿Podemos dormir?

Ella cierra los ojos y levanta ligeramente la barbilla; relaja la respiración.

Él la mira. Sabe que está recolocando las piezas en la caja, aunque el puzle no esté acabado. Una a una, antes de dormirse. Un procedimiento que requiere disciplina. Y ella tiene disciplina. Desde que era niña. Por eso todos la quieren. Porque es tranquila, tolerante y muy disciplinada. Él, en cambio, no. Siempre ha sido un tocapelotas que no entiende cuándo ha llegado el momento de parar. De retirar las piezas y cerrar la caja. O sí que lo entiende, pero no lo hace.

«No somos nosotros quienes seguimos un caso —le dijo en cierta ocasión Bramard—, es el caso el que nos sigue a nosotros.»

Fue una mañana de mucha niebla; se estaban comiendo un bocadillo de cerdo asado delante de una tienda de alimentación que acababa de levantar la persiana. «Por eso somos unos policías extraordinarios, pero unas pésimas personas.»

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice sin abrir los ojos.

Ella asiente. Los murmullos de la cama son un código que han escrito a cuatro manos. Veintiocho años de trabajo. Turno de noche.

—¿Cómo se llama el plástico del extremo de los cordones de los zapatos? Esa parte dura que a veces se rompe.

—Herrete.

Él sonríe sin taparse la boca con la mano. De día jamás lo haría. Sus dientes son feos. Superpuestos unos a otros, aunque sanos. Paletas grandes, mal distribuidas. Un desastre. A veces piensa en acudir a un dentista para arreglarse la dentadura, pero le parece una empresa desesperada. Tiempo, dinero, dolor. Total, para cubrir con una cortina un montón de escombros.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo decía Tom Cruise en una película. ¿Cómo está Corso? ¿Tienes noticias suyas?

—No. ¿Qué película era?

—Una para niñas, no te gustaría. Ahora tiene una novia con hijos, ¿no?

—Creo que sí. ¿Y por qué no me iba a gustar?

—Porque no. Podríamos invitarlos una noche a cenar.

—Viven en el campo.

—Pero habrá alguna carretera.

—No lo sé. Ya sabes cómo es él. Venga, a dormir.

Cierra los ojos y se queda escuchando la respiración de ella y el reloj de la cocina, ese que está encima del aparador y que ni siquiera han adelantado una hora. «Qué más da, si nadie lo mira.»

La franja de luz que avanza entre ellos se apaga por un instante. El gato de los vecinos camina por el alféizar, de regreso de su paseo por el bloque. Dentro de poco se colará por la gatera que los Olivero le han instalado en su puerta de cristal y que cada vez que el animal entra o sale hace «clic-clac». El marido trabaja en una compañía de seguros. Hace muchos años fue detenido en una redada dentro de un local de ambiente. Por aquel entonces todavía era así: ataque a la moral pública, conducta obscena y un sinfín de delitos más. Un coñazo de papeleo y, a la mañana siguiente, a casa. El hombre estaba en la cama con un chico al que todos conocían como «el Pintor». Cuando estaba redactando el atestado, Pedrelli le preguntó por qué lo llamaban así. La respuesta: «¿Quieres que te enseñe mi brocha?». Una de esas anécdotas para contar en las cenas que se organizan cuando los compañeros se jubilan, los hijos se casan y demás. Cosas del pasado, como aquel «¿te acuerdas de aquel restaurante en el que servían gato?», «¿te acuerdas de cuando encontramos en el dique a aquel muerto arrastrado por el agua de la crecida, sentado en un banco?». Hasta que te das cuenta de que ya no está ninguna de aquellas personas que solían escucharte. Y pasado un tiempo ya ni siquiera sabes si esas historias son verdaderas.

La mano de ella le acaricia la frente, los párpados cerrados, los toscos pómulos, la mandíbula primitiva, las orejas demasiado grandes. Toda su cara de idiota pasada de moda.

—Vincenzo.

—¿Eh?

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. A lo mejor es por la comida del restaurante de carretera.

Ella se queda inmóvil; él se la imagina buscando las palabras para indagar, para saber. Pero unos segundos más tarde le llega el pequeño fuelle de su respiración alargada. La observa: tiene los labios ligeramente entreabiertos. Duerme.

Despacio, se desliza fuera de las mantas y, en la reverberación de la franja amarilla, se dirige al pasillo. Pasa por delante de los dormitorios de los chicos, con las puertas a medio cerrar, las luces apagadas. Avanza hacia el baño, entra en él; sin encender la luz, se sienta en el váter.

Al otro lado de la ventana, la noche está hecha de pedazos de luces de farolas. No se oye ningún coche. Ni siquiera una sirena.

Apoya un hombro en la pared; el frío de los azulejos contra su sien. Al otro lado del revoque, en la columna del desagüe, descarga su contenido la cisterna de Carlo Merlo, que, en el piso de arriba, se prepara para ir a abrir su kiosco.

«Las tres y media —piensa—. ¡Joder!»

Extiende una mano hacia la puerta de la lavadora y extrae sus pantalones sucios de barro. Rebusca en el bolsillo. Una última gominola de regaliz, con pelos pegados a ella, medio derretida.

Se la mete en la boca y la mastica.

4

—¿Lo despierto?

—No es una buena idea. ¿Has cogido la carpeta de Educación Plástica que estaba en el pasillo?

—Ya me lo has preguntado. ¿Por qué no lo puedo despertar?

—Esperad a esta noche, no es una cuestión de vida o muerte, ¿no?

—Pues sí. A este paso, vamos a tener que buscarlo en *¿Quién sabe dónde?*

—Oye, tampoco es que haya estado de parranda.

—Son las siete y media. A lo mejor simplemente está descansando en la cama.

—Prueba, entonces.

—Sí, claro, para que se lo tome a mal. ¿No será que le has dicho ya algo y él intenta evitarnos?

—¡Sellados estaban mis labios...!

—Sí, encima hazte la graciosa. Y tú, ¿de qué te ríes?

—¿Ahora resulta que tengo que pedirte permiso para reír?

—Tú también lo quieres, ¿no? ¿Por qué tengo que ser yo la única que se rompa los cuernos para conseguirlo?

—¡Vamos, hombre!

—Sí, siempre pasa lo mismo. Cuando papá no está, «yo» por aquí, «yo» por allá, y cuando hay que hablar, rabo entre las piernas, y siempre me toca a mí...

—¡Coño, mira, la paladina!

—¡Giovanni, esa boquita! ¡Que no estás en el entrenamiento!

—¡Tú ni caso! Bla, bla... ¡Ni siquiera sabe qué significa «paladina». ¡Pero si ni han visto *Jerusalén liberada*! ¡Psicomongolos!

—¡Es verdad, no soy capaz ni de comer! ¡Dame tú la comida!

—Ya os estáis pasando. Además, llegáis tarde. ¡Daos prisa!

—Mamá, ¿no podrías pedírselo tú?

—Yo ya os he dicho lo que pienso al respecto.

—Pero es que esto no es un pensamiento.

—¿Cómo que no? En Suiza siempre lo han hecho así, ¡y mira lo bien que les va! No lo tires en el contenedor de plásticos, es un tetrabrik.

—Pues yo voy a despertarlo.

—Ya es tarde. Llámalo después por teléfono, si quieres.

—¿Por teléfono?

—¡Pero si lo haces todo por teléfono!

—Sí, pero él siempre dice que está ocupado y cuelga.

—A lo mejor es porque está ocupado de verdad. ¿Te lo has planteado?

—Mamá, ¿dónde están las espinilleras?

—Sobre el radiador. ¿Estás preparando ya la bolsa de deporte?

—Hoy me quedo en casa de Andrea, el entrenamiento es a las seis.

—¿Me llevas al instituto?

—Los psicomongolos no conducen. ¿No lo sabías?

—Venga. Era una broma.

—El scooter no funciona.

—Vaya, qué casualidad. Me voy.

Portazo.

—Podrías llevarla, ¿no?

—¡Pero que es verdad que no funciona!

—Pues si no funciona, eso significa que vas tarde.

—Que sí, que sí, que ya voy. De todas formas, ¡el 26 pasa cuando le da la gana!

—¿Cuánto te apuestas a que, si estuvieses en la parada a las siete y cuarto, llegarías a tiempo?

—¡Tranquila, por Dios! ¿Qué os pasa esta mañana?

Portazo. Ruido de cafetera. Silencio de alguien que bebe. Taza en el lavavajillas. Pasos que se acercan por el pasillo. La puerta que se abre. Silencio.

—Ya sabía yo que no estabas durmiendo.

—Mm, mm.

—Intenta estar aquí esta noche, ¿vale?

—Sí, sí.

Pasos que se alejan, llaves, puerta que se cierra.

Arcadipane aparta las mantas con las que se había tapado hasta

la barbilla, se quita los calcetines, los echa en el cesto de la ropa sucia, se acerca a la cómoda y se pone unos limpios, con rombos.

En calzoncillos, camiseta interior y con el móvil en la mano recorre el pasillo. La cocina está ordenada. A Mariangela no le gusta dejar el mantel lleno de migas cuando sale de casa.

Coge la cafetera italiana de la alacena. Podría vestirse mientras se va haciendo el café. Pero se queda contemplando el horrendo puzle en el que falta una pieza. Loredana se la tragó cuando tenía dos años. Lo enmarcaron porque les pareció gracioso: «Quien come con nosotros en la cocina nos conoce lo suficiente como para entenderlo», sostiene desde siempre Mariangela.

La cafetera borbotea. Arcadipane la deja hacer porque le gusta su sonido... Suena el móvil.

—¿Qué pasa, Pedrelli?

—Perdone que le moleste a estas horas, comisario, pero han llamado desde la obra. Hay más huesos.

—Diles que los metan en una caja y manda a alguien a que los recoja.

—Sí, comisario, pero parece que son muchos.

—¿Cuántos?

—El capataz dice que hay más cráneos.

Arcadipane se queda callado. Los postigos están abiertos. Fuera, el día no tiene nada que ver con el de ayer. No hace sol, pero el cielo es alto, como corresponde en esa época del año.

—Manda a Lavezzi y a Mario a que me recojan. Mientras tanto, acércate allí con tres hombres, aíslalo todo y diles que dejen de excavar. Quiero también al fotógrafo. Y avisa a Sarace.

—Acabo de llamarlo. En cuanto termine en la peluquería, viene.

Arcadipane cuelga. Se rasca un testículo, que le duele.

Según Lavezzi, hay una técnica tailandesa que consiste en tirar de los huevos como si se estuviese dando forma a un queso *scamorza*; duele horrores, pero después te sientes en la gloria. Tiene que ver con lo mucho que aprietan los calzoncillos, los pantalones estrechos, pero gracias a esa maniobra... Sin embargo, hay que tener cuidado, advierte Lavezzi: en la ciudad solo hay dos sitios donde la practican con seriedad, todo lo demás es más o menos «un puterío», como dice él. Te arriesgas a acabar en urgencias con un problema difícil de explicar.

Arcadipane se sirve el café y se rasca la barba con la misma mano

que se ha pasado antes por el testículo.

5

El día anterior, bajo toda aquella lluvia, no le fue fácil encontrar el lugar.

Después de dejar atrás el pueblo, que era el último punto de referencia que Pedrelli le había indicado por teléfono, siguió un par de caminos agrícolas que conducían hasta unas granjas en las que un viejo lo había amenazado con llamar a los *carabinieri* y un chico le había lanzado una mirada bobalicona mientras se abanicaba con una hoja de periódico. No podría decir cómo consiguió llegar por fin al camino sin asfaltar que desembocaba en el lugar correcto. A cambio, mientras recorría los campos bajo la lluvia, lo asaltó la imagen de la última vez que Mariangela y él habían follado. Un pensamiento veloz y doloroso, como una juventud contemplada en la distancia, que lo obligó a apartarse, tomarse unos minutos, comerse unas gominolas de regaliz y retomar después lo que estaba haciendo.

—A la derecha —indica en cuanto salen del cúmulo de casas entre las que reconoce un restaurante.

Lavezzi obedece. Es joven, de pocas palabras, sin muchos estudios, pero nada estúpido. Sobre su escritorio tiene cinco o seis pitufos que va cambiando cada mes, lo cual contrasta con el hecho de que viva en la parte trasera de la panadería de sus padres y de que sea un putero empedernido, insensible a cualquier otro tipo de relación con el otro sexo. Contradicciones que lo convierten en un policía eficaz y no del todo desagradable. Sobre todo porque habla poco.

En cambio, Mario, que se sienta detrás, es, sencillamente, el típico policía que conoció el río Po en aquellos tiempos en los que la gente aún se bañaba en la playa fluvial junto a la plaza Vittorio.

También es el único de ellos que ha disparado alguna vez a alguien. En concreto, a uno de la banda terrorista de extrema izquierda Prima Linea, durante un atraco a mano armada en los años setenta. Una sola bala, en el corazón, mientras el otro disparaba a diestro y siniestro con una ametralladora. Lo trasladaron durante un

par de años a una pequeña ciudad del centro de Italia para evitar que estuviera en el punto de mira. Cuando regresó, retomó su trabajo sin darle nunca el coñazo a nadie con un «aquella vez que yo...» o un «¡qué sabréis vosotros, que...!». En lugar de eso, guarda silencio y deja que sus canas obren efecto. Sabe de sobra que quienes no han visto la playa fluvial son una raza aparte y que no podrán entenderlo.

—Gira ahí y después sigue recto —ordena Arcadipane.

Lavezzi toma el camino sin asfaltar. El coche se balancea porque la ruta está llena de barro y los nuevos Fiat son hijos de segunda clase de los antiguos Alfa. Lavezzi reduce la marcha y mantiene el motor ligeramente sobrerrevolucionado. Por el lateral se extiende una acequia. A ninguno de los tres le apetece que tenga que venir alguien a remolcarlos.

A lo lejos aparece el extremo superior de una grúa; más tarde, la pala de una excavadora, la caseta y siete u ocho automóviles.

—Me da a mí que no estamos solos —observa Lavezzi.

Arcadipane reconoce el todoterreno de un periodista de sucesos de Turín. Gilipollas, pero inofensivo. Alguien que se lo piensa mucho antes de publicar, a pesar de que, en su caso, sería más conveniente que lanzase lo primero que se le viniese a la cabeza. Si la bodega apesta, lo mejor es no curar en ella los salamis durante demasiado tiempo.

Detienen el coche en la explanada llena de barro, que a estas alturas es ya un aparcamiento. En ella hay también una furgoneta azul de esas que se utilizan para transportar cadáveres, la camioneta del capataz y tres o cuatro coches de los Carabinieri, con los correspondientes distintivos.

—Vamos a ver qué se cuece por aquí —propone Arcadipane.

Se bajan del vehículo y ponen rumbo a la zona de obras, donde se encuentran a unas veinte personas, diseminadas por aquí y por allá. Arcadipane se ha puesto la chaqueta de ayer, que se ha secado durante la noche sobre el radiador, pero se ha cambiado de zapatos. Mocasines. Eran los únicos que le quedaban.

Mientras se dirige hacia lo que parece ser el núcleo de aquel asunto, se da cuenta de que hay dos hombres que hablan y fuman junto a Nicolae y Roman, los dos primos rumanos. Parece que los cuatro se lo están pasando en grande.

—¡Comisario! —lo llama Pedrelli, que se acerca ya a él.

Arcadipane se detiene para esperarlo. Mario y Lavezzi hacen lo mismo, unos pasos por detrás.

—Lo he vuelto a llamar, pero usted no respondía. —Pedrelli niega con la cabeza—. Parece que todo se transfiere a los milaneses.

Arcadipane lanza una mirada a su alrededor, con la impresión de llegar al final de una fiesta de cumpleaños, cuando ya solo quedan sobre la mesa los platos sucios y una bandeja con un par de buñuelos que los niños han estado toqueteando o que nadie ha querido comerse porque la tarta estaba más rica.

—¿Qué milaneses?

Pedrelli señala a un tipo alto, de cabello abundante, aunque corto, que supervisa el trabajo de tres hombres vestidos con mono blanco, dentro de una gran zanja que ayer no estaba ahí. Maletines. Varios banderines. Angarillas para transportar los restos y cajas de metal.

—El comisario Nascimbene —explica Pedrelli—. Son especialistas en el tema.

Arcadipane mira al capataz Coletto, que, no lejos de allí, habla, habla y habla con el periodista. Una colisión de cerebros. Se enciende un cigarrillo y se acerca a la tienda blanca, en la que el hombre de cabello abundante dirige la orquesta.

—Soy Nascimbene. —Le extiende la mano—. Disculpa que no te haya llamado antes, pero esto es como el juego de hundir la flota. Coges una cuadrícula, pero hasta que no disparas alrededor de ella no sabes cómo de grande es el barco.

Arcadipane corresponde al apretón de manos, pero brevemente. Estudia la zanja en la que los tres técnicos excavan con la cabeza gacha. No es muy profunda, pero sí más amplia que la de ayer. La plazoleta de un pueblo.

—¿Qué habéis encontrado?

Nascimbene —hombros en forma de percha, dientes grandes, uno de esos tipos larguiruchos que juegan al tenis y que cuando sean ancianos mantendrán un físico decente— contempla la excavación sin aire de sentirse en especial satisfecho.

—Unos diez esqueletos —responde—. Hemos ampliado la zanja seis metros y no ha salido ninguno más, lo cual, por lo general, quiere decir que esto es todo.

Desliza la mano en el bolsillo de su gabardina, saca un paquete

de chicles y le ofrece uno. Arcadipane le hace ver con un gesto que está fumando. Nascimbene extrae uno y se lo lleva a la boca.

—Es increíble cuántos aparecen. —Niega con la cabeza—. Solo el año pasado encontramos cinco. Salvo una excepción, todos eran de tiempos de la guerra.

—¿Qué excepción?

—Un pueblecito cercano a Verona. —Se rasca por encima de la oreja con el paquete de chicles—. Los Carabinieri nos llamaron por unos huesos que había en un campo. Fuimos allí, excavamos: veinticinco esqueletos. Muchos con un crucifijo colgado al cuello. ¿Ves a ese de las botas? —Señala a uno de los tres hombres con mono blanco—. Estuvo en Bosnia. Fosas comunes tan grandes como campos de fútbol. Doscientos, incluso trescientos cuerpos. Me dijo: «Son monjes». «¿Cómo que monjes?», le respondí yo. «Aquí hay ladrillos por todas partes —insistió—. Esto era un convento o algo parecido.» «Claro, claro», contesté. Lo recogimos todo y nos volvimos a casa. La semana pasada me llamó el forense que realizó los análisis: «Las cruces son medievales; los huesos, también. Es la cripta de alguna antigua abadía que nadie sabía que estaba allí». —Nascimbene vuelve a meterse los chicles en el bolsillo—. Un caso entre mil. Todos los demás son partisanos, fascistas, ajustes de cuentas durante la guerra o después de ella. Seguramente algún viejo de la zona sabe incluso quiénes son y quién los mató, pero si no ha dicho nada hasta ahora... Y aunque lo dijera, ¿vamos a procesar a los muertos? ¿O a gente que está en una residencia? Bueno, pues, aun así, forenses, policía científica, identificación, papeleo...

Arcadipane piensa. Nascimbene lo observa. Sonríe.

—¿A que estás contento?

Arcadipane mueve la cabeza para indicar que no lo entiende.

—¡De que te hayamos quitado de encima este muerto! —Nascimbene se rasca un punto de la mejilla en el que no le crece la barba. Una antigua quemadura—. Piensa que, si no, te habría tocado abrir un caso.

Arcadipane apaga el cigarrillo en el barro y dirige la mirada hacia las vías de alta velocidad por las que en ese momento nada circula. Más allá del terraplén, ahora que el aire es sereno y limpio, se adivina la parte superior de los camiones que recorren la autovía.

—¿Los huesos están ahí dentro? —pregunta señalando la tienda

que se alza a su espalda.

—Ya están en el furgón. —Nascimbene niega con la cabeza—. No sirve de nada que empecemos con ellos ahora. Los empaquetamos y nos los quitamos de encima. Más adelante, con calma, intentaremos entender algo de lo que ha pasado. Si no tienes ningún inconveniente, a partir de mañana autorizaré que los operarios retomen el trabajo en la obra. El director está deseando que lo haga. Perdona que te haya hecho venir corriendo hasta aquí, pero, en cualquier caso, es mejor hablarse en persona, ¿no?

Arcadipane estrecha sin entusiasmo la mano derecha que Nascimbene le está tendiendo.

—Ah, se me olvidaba —añade este—, ¿puedes mandarnos el que apareció ayer? Le he dejado nuestra dirección a tu subalterno. No servirá para una mierda, pero así son las cosas. ¡Para que todo esté completo! No me gustaría que tuvieses tú una pierna, nosotros la cabeza...

Arcadipane no se ríe.

—Vale —responde.

Se acerca a los suyos, a los que indica por gestos que pueden volver a los coches. Se ponen en marcha todos excepto Pedrelli, que se queda esperándolo.

—¿Le digo a Sarace que ya no lo necesitamos? —pregunta mientras se coloca a su lado.

Arcadipane da unos pasos asintiendo; después, de repente, gira en dirección a la furgoneta azul. El agente apostado delante de su puerta está hablando por el móvil. Con toda probabilidad con una chica, porque se balancea y se toca el pelo.

—¿Y bien?

El agente lo mira primero a él; después, a Pedrelli. Jamás había visto a ninguno de los dos.

—Estás de servicio —le recuerda Arcadipane—. ¿Qué coño haces con el teléfono?

El agente se aparta el móvil de la oreja, lo baja hasta su bolsillo y lo hace desaparecer en su interior sin perder de vista en ningún momento a ambos hombres. Es joven, guaperas.

—¿Los huesos están dentro? ¿Les echamos un vistazo?

El agente abre poco a poco la puerta.

Sobre el piso hay unas veinte cajas de metal abiertas, de unos

treinta centímetros de altura. Los huesos están dentro, clasificados en piernas, brazos y todo lo demás. Arcadipane busca la caja de los cráneos. Los cuenta rápidamente. Calcula que son once o doce.

—Muy bien. Puedes volver a cerrar.

De nuevo pone rumbo hacia los coches sin girarse a contemplar la zanja desde la que sabe que Nascimbene lo está observando.

—Bueno —lo intercepta el periodista—, ¿qué me dices?

—¿Qué quieres que te diga? No nos ocupamos nosotros de este asunto.

Caminan durante varios metros uno junto al otro. El periodista huele a desodorante. Él se ha olvidado de aplicárselo. A saber a qué huele.

—¡Venga! ¡Algo podrás decirme!

Arcadipane lanza una mirada a los dos policías vestidos de civil: todavía están allí, riéndose y bromeando con los rumanos.

—Habla con esos. —Los señala con la barbilla—. Con los peones no, con los otros dos. Ellos lo saben todo.

—¿Seguro?

—¡Por supuesto!

El periodista se separa de él. Arcadipane llega a los coches y se sube al Fiat en el que lo están esperando Lavezzi y Mario. Lavezzi arranca. Podría decir «¡qué buena excursión hemos hecho!» o «¡una mañana tirada a la basura!». Pero pone el automóvil en movimiento y no dice nada porque es un putero de pocas palabras. Mario, por su parte, después de haber visto la playa fluvial...

Arcadipane marca el número de la oficina.

—Pásame a Alessandra —le dice a la persona que ha respondido, sea quien sea.

Aguarda, observando el coche que va por delante del suyo en el camino sin asfaltar: un Peugeot de mierda que conduce Pedrelli, con su cabeza en forma de cerilla.

—¿Diga?

—¿Alessandra? Soy Arcadipane.

—Buenos días.

—Oye, ¿has visto ya los huesos que te llevaron anoche?

—Tengo aquí la caja, pero no la he abierto. Han dicho que no es urgente.

—Vale. Échales un vistazo.

—¿Qué quiere saber, exactamente?

—No lo sé.

—Entonces empezaré por lo básico.

—Por ahí se empieza. Me pasaré sobre las seis.

—No sé a qué ho...

Arcadipane cuelga, vuelve a meterse el móvil en el bolsillo y baja un poco la calefacción. Ninguno se ha quitado la chaqueta y el sol lleva media hora cayendo sobre la carrocería.

—¿Sabes qué estábamos diciendo antes? —interviene, sorprendentemente, Lavezzi.

—No.

Lavezzi se gira hacia Mario.

—Que hay un cantante que se llama Mario Lavezzi. —Sonríe. Arcadipane observa la carretera.

—Con unos dientes que no veas —añade Mario desde atrás.

Arcadipane coge un cigarrillo, lo enciende y baja la ventanilla empujándola con un dedo.

—Qué pena que el viaje sea tan corto, porque hay que ver lo que me río con vosotros.

6

Conoce la zona. Notarios, directivos, ginecólogos, agentes de seguros, dentistas, gente de buena familia: rentas, bienes inmuebles, participaciones sociales, tal vez algo de dinero negro. Se nota ya en las puertas de madera, en los timbres de latón sin etiquetas adhesivas provisionales para indicar los nombres.

Por encima de ciertos niveles, lo provisional no existe, enseguida se le pone remedio. Por debajo, sin embargo, es norma, uno se acostumbra a ello.

El edificio es impresionante. Nada de estuco ni de hierro forjado como en los demás de la zona. Solo material pesado y gris. Columnas de mármol, alféizares, pasamanos y barandillas de cemento. Mascarones sobre las ventanas.

Comprueba la hora. Las cuatro menos cinco. La avenida aún está desierta. Pocos transeúntes; la mayoría de ellos, estudiantes. La Universidad Politécnica no queda lejos. Algunos son chinos. Hay un internado a dos manzanas de allí. «¡Joder!» Se lleva a la boca una gominola y tira el cigarrillo, porque si no el humo se mezcla con el regaliz y ambos acaban resultando asquerosos. La puerta de cristal tiene una placa de metal repujado a modo de tirador. Algo que pretende ser artístico. Examina los timbres. En casi todos ellos aparecen números. Nada de nombres, nada de «despacho» o similar.

Vuelve a lloviznar; aún no se percibe en la acera, pero sí en el parabrisas de los coches aparcados.

Una figura atraviesa el vestíbulo de derecha a izquierda: un hombre tan alto como él, tan grueso como él y que camina un poco como él. Si no supiese que estaba quieto, habría pensado que se trataba de su reflejo en el cristal.

Al llegar a la pared, el hombre se gira y vuelve en sentido contrario, empujando una escoba.

Arcadipane llama a la puerta. El tipo, en mono y zapatillas, se acerca.

—¿A quién busca usted?

Tiene un acento indefinido y preindustrial. Las cejas, tupidas y negras. El cabello, blanco, parte en todas las direcciones.

—A la doctora Ariel.

El hombre lo observa.

—Último piso —indica.

Cuando Arcadipane entra, el tipo ya ha desaparecido por una puerta lateral desde la que llega el sonido de un transistor y el rumor de una vajilla.

Alcanza el ascensor, pero para activarlo es necesario disponer de una llave. «¡Mierda!», piensa mientras se dirige hacia la escalera.

En la primera planta, la placa de un dentista y un piso; en la segunda, un piso y el local de una compañía de seguros; a partir de ahí, todo viviendas.

En el último nivel, Arcadipane se desabrocha dos botones del chaquetón y toma aliento. Tiene ante sí un pasillo que acaba de iluminarse gracias a una fotocélula. De la puerta del fondo cuelga un folio: «Ariel».

Llama.

—Pase.

Un piso pequeño y abuhardillado; tres puertas que dan a otras tantas estancias. La que está cerrada debe de ser el baño; la entreabierta, el dormitorio; la tercera da acceso a una especie de sala de estar, en la que una mujer está sentada, dándole la espalda. Aparte del sillón por el que asoma su cabello castaño, hay otro sillón idéntico, una mesa baja entre ambos y una estantería con libros.

—Si quiere té, sírvase del hervidor —propone la mujer sin girarse.

En efecto, apoyado en la pared de la derecha hay un pequeño mueble sobre el que están dispuestos el hervidor, una placa eléctrica de dos fuegos y tres tazas diferentes entre sí.

—Si no quiere té, siéntese y empecemos ya.

Arcadipane circunnavega el sillón de la mujer fijándose en la alfombra de pelo largo y toma asiento. El armazón, de madera de abeto de color claro, responde a su peso con un débil balanceo, que enseguida se estabiliza. La ventana sin cortinas, frente a él, es el único punto de luz de la sala. La colina al otro lado del cristal parece un caparazón de quelonio que la ciudad haya secretado a través de

algunas de sus glándulas. Pero Arcadipane llega a esta conclusión físicamente, porque en realidad no sabe qué es un quelonio y ni siquiera habría utilizado nunca el verbo «secretar».

—Haremos cinco sesiones —empieza la mujer—: tres esta semana y dos la que viene. Puede que le parezcan pocas, pero las cosas o funcionan o no funcionan. Al menos, yo siempre he sido de esa opinión. ¿Está de acuerdo?

Arcadipane asiente sin apartar los ojos de la ventana. Advierte el movimiento de ella, que toma la taza de la mesa situada entre los dos sillones y bebe un sorbo.

—¿Sabía que el pingüino rey elige a su pareja a primera vista? Le es fiel durante toda su vida, y si su compañero o compañera se muere, cae en una especie de catalepsia y se mantiene así hasta que una orca o un oso lo devoran. En nuestro caso, sin embargo, entre una cita y otra le pondré deberes. Es libre de hacerlos o no. El dinero y los problemas son suyos. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿Cuánto cuesta?

—No se anda con rodeos, ¿eh? Cada sesión cuesta cien euros.

—Cien euros.

—Es mucho, lo sé, pero creo que es mejor trabajar poco y que me paguen más. Por otra parte, si esto funciona, habrá sido una buena inversión. Si no, tendrá otras cosas por las que lamentarse. ¿Está de acuerdo?

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero: evitar hacer preguntas estúpidas como esa. Aunque se sienta incómodo, usted ya no es un chiquillo, recuérdelo. Por lo demás, la dinámica será la siguiente: hoy hablo yo. La próxima vez hablará usted. Las siguientes, ya veremos. Ahora escúcheme e interrúmpame solo si digo algo equivocado. —La mujer deja la taza sobre la mesa—. Usted tiene cincuenta años.

—Cuarenta y nueve.

—No se ponga tiquismiquis; si yo fuese adivina, mis sesiones le saldrían mucho más caras. Usted tiene cuarenta y nueve años y siempre ha gestionado su vida sin grandes aspavientos. Quienes lo hacen le dan pena. También quienes acuden a la iglesia o se permiten compartir confidencias con sus amigos en largas conversaciones telefónicas. Todos ellos son personas que no han entendido lo único que hay que entender: que la vida es lo que se ve o, como mucho, lo

que se hace. Nada más.

Una pausa para comprobar si el hombre ha captado el mecanismo. Arcadipane se queda callado.

—Por eso, la gente lo tiene por un insensible, un tosco, un basto y un egoísta: una especie de hombre salvaje a quien alguien ha colocado ropa encima y ha enseñado a aporrear los botones del teléfono. Me permito decírselo porque sé que hace ya tiempo usted ha calculado su ignorancia. La conoce bien y sabe de dónde viene, igual que sabe de dónde vienen su cuerpo y su cara. Ha observado a los hijos de los ricos que se reúnen en la elegante plaza Bodoni. Chicos de dieciséis, diecisiete años, con un pelo rizado que parece obra de un dibujante, dientes perfectos, físico proporcionado, simetría entre ambos lados del rostro, piel color ámbar. Una evidencia antropológica, aun cuando nadie se atreva nunca a expresarlo en voz alta. Un cartel que anuncia, con luces parpadeantes, una brutal verdad: si eres guapo pero pobre, puedes aparearte con un rico a cambio de tus genes; si eres rico pero feo, puedes aparearte con un guapo a cambio de tu dinero. Así, a la larga, los guapos y los ricos acaban uniendo sus patrimonios. Para ser ricos guapos.

»En cambio, usted cada mañana se mira en el espejo y lee un cartel que anuncia algo muy diferente: “La gente pobre y fea lleva siglos copulando con gente fea y pobre”. Y si mira un poco más abajo, verá un texto escrito en letra pequeña. Acercará la nariz y leerá lo siguiente: “Y, encima, todos ellos son también ignorantes”. Pero usted no ha venido aquí en busca de consuelo. Ha hecho lo que entraba dentro de sus posibilidades: pescar a una mujer más guapa y más culta que usted, sacarse una carrera y tener hijos que mejoren el nivel de su árbol genealógico. ¿Cuántos tiene? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Dos, de...

—Da igual... Son más guapos que usted, más cultos y, probablemente, más ricos y más felices. La mayoría de los hombres de su generación que se encuentran en la misma situación que usted han desarrollado una o varias respuestas, a elegir: depresión, victimismo, violencia, alcoholismo, misticismo, coprofagia, retraso mental y otras formas de dependencia. Vaya a una sala de apuestas y observe a la gente durante veinte minutos. Estoy segura de que sabe de qué le estoy hablando. Usted no ha caído en nada de eso por tres motivos: es más inteligente que la media, ha encontrado el trabajo que mejor le va

y tiene ese toque especial, esa intuición. ¿Sabe a qué me refiero con esto de «intuición»? ¿Lo que aquí la gente llama el *shining*?

—No.

—¿Conoce usted la lengua piemontesa? ¿Ha oído hablar alguna vez del *gheddu*? ¿De «tener *gheddu*»?

—No.

La mujer extiende una mano hacia la mesa y bebe con calma otro par de sorbos. Aunque lleva diez minutos hablando, su respiración es regular; su voz, constante, sin signos de falta de aliento o fatiga. Arcadipane advierte el tintineo de la taza contra un botón o contra un cinturón cuando ella se la apoya en el regazo.

—¿Sabía que el agua embotellada es, junto con las larvas que se utilizan como cebos para la pesca, el helado y la cocaína, el producto que más aumenta su precio desde que es una materia prima hasta que llega al consumidor? He pensado al respecto y me parece que estoy a punto de descubrir algo importante. Sí, señor, a usted le gusta su trabajo; lo adora, aunque sea agotador y nocivo. Su trabajo es su osito de peluche, la mantita que necesita para conciliar el sueño, algo que se la pone dura, su niño mimado. Es como inyectarse un poco de tifus para curar algo mucho más grave. Es la práctica habitual. Y aquí llegamos al meollo del asunto. —La mujer estira el cuello o algo que cruje—. ¿Hace un año y medio? ¿Dos años? Al principio no se preocupó, ¡quién podría acabar con usted! Pero todo fue empeorando más y más. Se dio cuenta cuando el humor dejó de funcionarle como coraza. Las cosas atravesaban esa coraza, abrían agujeros en ella que después usted tenía que remendar. Así hasta que incluso el trabajo empezó a verse afectado: los detalles se le escapaban, ya no conseguía concentrarse en ellos como antes y, lo que es aún peor, incluso cuando se concentraba en ellos, ya no le decían nada, y, si le decían algo, ese algo no le interesaba. La luz se había apagado o, al menos, había perdido su fuerza. Y no es que alguien se haya quejado: el problema no son los demás, es usted, que no se permite ser menos eficaz. Pero ¿sabe lo que es en realidad divertido? Que usted no está aquí por esta razón.

—¿No?

La mujer se estira para alcanzar el hervidor y vierte un poco de agua caliente en su taza. Arcadipane reconoce el olor: marihuana.

—Usted jamás haría algo tan humillante como venir hasta aquí

simplemente porque su vida se esté cayendo a pedazos. Así pues, tengo tres hipótesis: o bien ya no se le levanta, o bien sufre ataques de pánico o bien padece crisis de llanto que no consigue controlar.

—No tengo ataques de pánico —responde Arcadipane con una calma que imprime a conciencia.

—Opciones uno y tres. Con su mujer, imagino.

—Con mi mujer ¿qué?

—Es con su mujer con quien no consigue follar, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo se las ha apañado hasta ahora?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué explicación le ha dado? ¿Cansancio, jaqueca, exceso de trabajo, crisis de la mediana edad? Ella pensará, en cualquier caso, que usted está con otra. Es habitual que las mujeres lo piensen. ¿Lo sabía?

—No estoy con otra.

—Mal hecho. Debería comprobar si con otra le funciona. Al menos así sabríamos qué está pasando. Quizá con alguna puta. Imagino que, teniendo usted el trabajo que tiene, le saldría más barato que mis sesiones. ¿Qué me dice? ¿Le apetecería?

Arcadipane se mete la mano en el bolsillo y hace ademán de llevarse a la boca la gominola de regaliz.

—¿Es esto lo que hace?

—¿Qué?

—Cuando le entran ganas de llorar. ¿Es esto lo que hace? ¿Me permite ver lo que tiene ahí?

Arcadipane, sin girar la cabeza hacia ella, extiende el brazo con la palma de la mano hacia arriba.

—Pensaba que ya no las fabricaban.

—Hay una tienda de alimentación...

—Da igual. ¿Ha hablado con su mujer de esto?

—¿De qué?

—De la huelga de su aparato.

—No.

—Ha hecho bien. Resultaría patético y no le daría más información de la que ella ya conoce. La mayoría de las pastillas viagra están hechas con guano de aves marinas. Las mejores llevan otras sustancias naturales, pero la mayoría tiene guano. De todas

formas, hay gente que no folla desde hace siglos y llora de vez en cuando, así que, aun cuando nuestro trabajo no salga bien, tampoco será una tragedia. ¿Está seguro de que no quiere tomar un té?

—No. Quizá un café.

—¿Café? Sería como tener cuchillos afilados en una guardería. Ahora debe escucharme bien porque estamos llegando ya a la conclusión; guarde mis palabras como oro en paño. Este verano fui a la playa. Un lugar con infinidad de escalones que conducían a dos metros de playa sucia y a un montón de gente. Una locura. Pero me habían invitado unos amigos que tenían una niña pequeña. Ni guapa ni simpática. Un día me preguntan si puedo quedarme con ella cinco minutos mientras se toman un café en el chiringuito. De acuerdo, les digo, porque entiendo lo difícil que es para ellos tenerla encima todo el día como una mosca cojonera... La llevo a la orilla. Tengo cuidado de que los demás niños no la arrollen. A unos diez metros hay un hombre, de aspecto nórdico, sesenta años, pelo canoso, constitución aún atlética. Está en cuclillas junto al agua, intentando apilar cuatro piedras grandes, de formas completamente diferentes entre sí. Cualquiera puede darse cuenta de que con ellas es imposible formar una torre. «Un imbécil sin remedio», pienso. Camilla me llama: quiere adentrarse un poco más en el mar para jugar con las olas. Avanzamos las dos. Un crío lanza barro. «¡Oye! —le reprendo—, ¡apártate un poco!» Después, me giro y descubro que las piedras están ya apiladas, en un impresionante juego de pesos y contrapesos. Alguna sobresale, parece a punto de caerse, pero la construcción no se tambalea ni siquiera cuando la golpean las olas. Busco al constructor nórdico y lo encuentro bañándose con sus hijas adolescentes, como si tal cosa. «La vida te ha enseñado algo, Ariel —me digo—. Algo maravilloso.»

Bebe.

—¿Eso es todo?

—¡Qué va! ¡Eso no es todo! ¡Déjeme un segundo para recuperar el aliento! —Bebe de nuevo—. Vuelvo a ocuparme de Camilla. Pasado un tiempo, veo a dos niños filipinos, uno mayor, el otro más pequeño, que están lanzando puñados de barro contra las piedras en equilibrio. Busco con la mirada a sus padres, pero las familias están a dos pasos de allí, fumando y mirando a los críos sin reñirles. En ese momento, la torre de piedras desiguales se derrumba. Los padres siguen fumando. Ellos no aprecian ninguna diferencia. «Mira, Ariel —me digo—, la

vida te ha enseñado algo más. Algo espantoso.»

—De hecho...

—¡No haga comentarios! Mis amigos llegan. Nos sentamos, charlamos un rato. «Ahora voy a contarles la historia de la torre», pienso, pero cuando me doy la vuelta para señalar las piedras veo a los dos niños en cuclillas, junto a sus padres y sus tíos, tratando de reconstruir la torre. Debaten, prueban, formulan hipótesis. «En apenas unas horas, Ariel —me digo—, has tenido que cambiar de idea tres veces y las tres veces te has sorprendido.»

La sala se queda en silencio. Arcadipane piensa en girarse hacia la mujer, pero en aquel momento corren por la colina unos jirones de niebla que, en esos primeros momentos del atardecer, son casi fluorescentes.

—El jueves me contará usted alguna historia de su infancia o de su adolescencia. Por ejemplo, la última vez que lloró. Un episodio de esos que encogen el corazón, ¿eh? Y que dure una horita, porque yo no tengo la más mínima intención de decir nada. A las tres y media de la tarde.

Arcadipane se incorpora, se saca la cartera del bolsillo y la abre.

—Deje el dinero en la bolsita que encontrará junto a la puerta y abra un poco la ventana antes de irse. Desde luego, hoy me he ganado el sueldo. Tengo las axilas empapadas de sudor.

Al llegar a la calle se encuentra con la misma llovizna indecisa que había cuando entró. Siente encima un cansancio que no consigue explicarse y unas ganas enormes de hacerse un ovillo. Al otro lado de la avenida ve un bar, de aspecto elegante. Cruza en un punto en el que no hay ni semáforo ni paso de cebra, levantando una mano para advertir de su presencia. Entra en el bar, se sienta en una mesa junto al ventanal y pide un expreso doble y una porción de tarta.

Mientras mordisquea el pastel, se da cuenta de repente de que no tiene ni la más remota idea del aspecto de la mujer. Si tiene cincuenta o setenta años. Si su cara es alargada o cuadrada. Si es gorda, pálida, delgada o sureña. Ni siquiera sabe si lleva anillo de casada. Pantalones o falda. Si tiene las tetas pequeñas y duras o grandes y caídas. Respingonas o varadas sobre el vientre. Ha estado allí una hora. Cien euros. Y no sabe nada. «¡Joder!»

Un instante más tarde, duerme con la barbilla apoyada en el pecho y un hilo de saliva le corre por el chaquetón de auténtica piel

de oveja que le han regalado sus suegros.

7

Entra en el patio y busca un rectángulo libre en el que dejar el Alfa.

Algunos de sus hombres, recién llegados, están charlando delante de la salida trasera del viejo edificio de cuatro plantas que alberga la central. Uno se estira, otro arroja una colilla al suelo, otro está colocando ya en la guantera del coche el arma envuelta en su funda.

Arcadipane conoce esa velocidad a la que se mueven, esa forma indolente de decirse cosas no indispensables.

Nada que ver con cuando regresan después de una detención, de una redada que pone punto final a meses de investigaciones o de un tiroteo. También en esos casos se quedan fumando en el patio, apoyados en los coches, como ahora, pero sus palabras son escasas, espaciadas. La mayoría de las veces se miran y con eso basta.

Es como cuando dejamos caer nuestro peso sobre una mujer con la que acabamos de hacer el amor. Sabemos que antes o después uno de los dos se moverá y que entre los cuerpos volverá a discurrir el mundo. Pero mientras tanto estamos allí, alargando el momento, construyendo alrededor de nosotros una trinchera. Hasta que el primero se hace a un lado o se las arregla para que el otro se haga a un lado, y entonces el mundo entra. «¡Joder!»

Arcadipane busca en su bolsillo una de las gominolas que ha comprado esta mañana por unidades, mientras Lavezzi y Mario lo esperan en la calle, con el motor arrancado. Se la mete en la boca y, masticándola, se dirige hacia la puerta.

En el vestíbulo lo recibe el calor insano de los edificios públicos: radiadores a máxima potencia, olor a muebles antiguos y limpieza somera. Al bajar al semisótano se cruza con las caras de siempre. Responde a los saludos con movimientos mínimos. Una vez en el baño, se acerca a uno de los tres urinarios instalados en la pared.

Mientras orina amarillo y con dificultad, se examina el sexo corto, ancho y oscuro como una patata olvidada sobre las brasas. Al sacudirlo, lo sopesa: un saquito con cuatro o cinco monedas de

cincuenta céntimos en su interior. «¡Joder!»

Oye que alguien entra y, al girarse, descubre a Pedrelli, que está vertiendo en un vasito microscópico el contenido de un sobre.

—Es para la acidez. ¿Quieres uno?

—El estómago es lo único que todavía me funciona. —Arcadipane niega con la cabeza; después se coloca ante el otro lavabo, se lava las manos y se echa un poco de agua en la cara.

—Si no necesita nada más de mí, yo... —empieza a decir Pedrelli mientras recoge el vaso.

—Sí, vete, vete, yo voy a pasarme un momento por el despacho de Alessandra y después también me iré.

Espera a que los pasos de Pedrelli se alejen; entonces se dirige a la puerta. Mientras recorre el pasillo, le suena el móvil.

—¿Sí?

—¿Arcadipane? Soy Nascimbene.

Se queda en silencio.

—Nascimbene. El de esta mañana. El de la fosa común.

—Sí, dime.

—Uno de mis hombres va mañana a Turín a declarar ante un tribunal. Puede pasarse a recoger el paquete. Así agilizamos el proceso. ¿Te parece? Se apellida Capello. Le he dicho que pregunte por ti, ¿de acuerdo?

—Doy la orden de que lo preparen todo.

—Gracias. ¡Que pases un buen día!

—¡Claro!

Cuelga, vuelve a meterse el móvil en el bolsillo y llama a la puerta. Nadie responde. Acerca la oreja. No llegan ruidos desde el otro lado. Entra.

A lo largo de su vida habrá visto siete u ocho laboratorios. Todos se parecen entre sí; y, si no es el caso, su olor, al menos, es idéntico. No es un olor a productos desinfectantes o a cosas peores, como uno podría imaginarse, sino a herramientas: tornillos, tuercas, pernos, material nuevo sin usar. Es un olor limpio, aunque no a todo el mundo le gusta. Probablemente surge de los muebles y de las máquinas, aunque es verdad que también los laboratorios con máquinas y muebles decrépitos apestan a nuevo. El secreto es no pensar en él y guardarse las conjeturas para cuando sirvan de algo. O sea, para casi nunca.

No hay nadie, pero los tubos fluorescentes se encuentran encendidos y una campana extractora sobre una cubeta de cristal está en funcionamiento. Un ruidito modesto. El líquido del recipiente es azul.

Arcadipane se dirige al centro de la sala, donde los huesos están colocados sobre una camilla exactamente con la misma disposición que tenían en la obra, con la única diferencia de que, esta vez, quien los ha ordenado sabe dónde ubicar Andorra y Liechtenstein. Además, están más brillantes. Tal vez los han lavado. O, al menos, les han pasado un trapo.

—Volvemos a vernos —dice.

La calavera lo observa muda, con sus grandes órbitas oculares iluminadas por la luz que refleja la encimera metálica.

Arcadipane cruza las manos por detrás de la espalda y da unos pasos: ordenador, probetas, la «estufa» para las huellas, un frigorífico, microscopios, estanterías, libros, el escritorio.

Sobre la mesa, entre papeles, dos fotografías. En una de ellas aparece Alessandra Sabatini junto a un hombre de unos setenta años, calvo, con gafas y atuendo de jugador de petanca. En la otra lleva en brazos a una niña pequeña y regordeta. Todos en la playa están en bañador excepto ellas dos.

«Una sobrina —piensa— o la hija de una amiga.»

Lo único que sabe de ella, aparte de que no está casada, es que, cuando termina de trabajar, se sube a su Ford Fiesta color aceituna y pone rumbo a la circunvalación, con la radio sintonizada en una emisora especializada en música italiana. Le da la impresión de que vive en Alpignano, en Caselette o en Brandizzo; uno de esos pueblos en los que no conoces a ninguno de tus vecinos. En una buhardilla o en un apartamento de dos habitaciones en la planta baja. Nada de perros, dan demasiado trabajo. Como mucho, un gato. Las noches no son un problema: sale tarde del trabajo, se calienta cualquier cosa y come delante del televisor. En cambio, no tiene ni la más remota idea de qué suele hacer los fines de semana. Probablemente lee, da paseos, le desenreda el pelo al gato.

Mientras Arcadipane estudia el cartel de un concierto de Nomadi colgado sobre el escritorio, se abre la puerta situada a su espalda.

—Pensaba que estaban muertos —comenta, señalando a los cinco músicos de la banda.

El murmullo de la campana extractora se atenúa.

—De los primeros solo queda Beppe —responde Alessandra—. Los demás se unieron más tarde.

—¿Cuál es?

—El del medio.

Arcadipane escruta al hombre con aspecto parecido al de Gianni Morandi. Las zapatillas deportivas de ella chirrían sobre el suelo de goma verde. Oye cómo empuja un carrito.

—Pues parece el más joven de todos.

—Es por el pelo —explica ella—. En realidad tiene sesenta y dos años.

Arcadipane mueve la cabeza para indicar que jamás lo hubiera pensado. Se gira: Alessandra se encuentra junto a la camilla, con su habitual camisa vaquera sobre unos pantalones deformados. Está leyendo algo en un cuaderno negro. Su chaleco de piel es igual al que viste Beppe en el póster.

—¿Has descubierto algo?

—Puede ser —responde ella sin apartar la mirada de aquellas páginas.

Arcadipane se acerca. Ella sigue leyendo. Tiene la piel imperfecta de una adolescente y el cabello escaso y fino de una anciana. Es probable que no pueda hacer mucho contra ninguna de las dos cosas, pero da la impresión de que, en cualquier caso, tampoco se esfuerza lo suficiente.

—¿Empezamos por aquello de lo que estoy segura?

—Empecemos por ahí.

Alessandra deja el cuaderno y se coloca en el lado corto de la camilla.

—Por la pelvis se diría que es un hombre. De raza caucásica, en vista de la frente y de la mandíbula. El fémur es largo. Según la tabla de estimación que utilizo, la de Trotter y Gleser, debía de medir entre un metro y ochenta y cinco centímetros y un metro noventa. Con otras tablas el resultado estaría unos cuantos centímetros por encima o por debajo, pero más o menos nos movemos cerca de este valor.

—Alto —confirma Arcadipane, que no puede evitar mirar los rollitos de grasa que tiene la mujer en el cuello.

—El extremo que se une al esternón —explica ella mientras señala la clavícula— suele soldarse por completo alrededor de los

veinticinco años. Aquí le falta un poco, así que creo que podría tener entre veinte y veinticinco. Es más, la sutura coronal, la que recorre el cráneo, todavía es visible, por lo que no hay duda de que es un individuo de menos de treinta.

—Menos de treinta.

—Sí, pero tenemos que ver qué opina Sarace. El anatomopatólogo es él. Yo soy solo química, aunque tenga un máster en Osteología.

—Osteología... —repite Arcadipane mientras desliza un dedo por el esqueleto.

—Sí, siempre me han interesado los huesos.

—Siempre te han interesado. ¿Por qué?

Alessandra lo examina con la mirada para tratar de entender si está hablando en serio. Después, se quita los guantes de látex, se dirige al escritorio, abre el cajón y extrae un libro. Lo lleva hasta la camilla y lo apoya en una de sus esquinas, no lejos del cráneo. Arcadipane estudia la portada blanca.

—Bin Bass —lee.

Alessandra acerca el libro unos centímetros hacia ella, tal vez como reacción a la incorrecta pronunciación de aquel nombre.

—En los años ochenta consiguió que la Universidad de Tennessee le cediese un terreno de una hectárea y empezó a repartir cadáveres por él para investigar qué ocurre cuando se descomponen entre hojas, bajo tierra, en la arena, en el maletero de un coche, bajo el sol, en la nieve, en el agua, cubiertos de cal o envueltos en plástico. De ese modo, ayudó a la policía a resolver centenares de casos. Cuando fui a Estados Unidos escribí a la secretaría de aquella universidad para pedirles que me dejaran visitar su laboratorio. Se lo considera el anatomopatólogo más importante del mundo. Podría haber pasado olímpicamente de mí. En realidad, ¿quién era yo? Y, sin embargo... —señala el escritorio.

Arcadipane se gira para observar la fotografía del tipo en camisa amplia, con un rostro jovial propio de director de una residencia para personas mayores. Cuando vuelve a girarse, Alessandra está contemplando las pocas líneas escritas a pluma en la primera página del libro.

—«A mi *groupie* italiana —lee—, pero también amiga y brillante compañera.»

Arcadipane estudia su sonrisa. Parece la de una chica más joven, más delgada y más bella, lo cual podría ser bueno si esa chica no diese la impresión de haberse quedado aprisionada allí dentro.

—Los milaneses están seguros de que es un asunto de la guerra. —Señala el esqueleto—. ¿Qué diría tu doctor estadounidense?

Alessandra cierra el libro y la sonrisa.

—No hay crisálidas, fragmentos de piel ni cabellos, así que estamos hablando de huesos que llevan decenios enterrados. Pero Bill diría que con los huesos es fácil equivocarse, así que no hay que sacar conclusiones precipitadas antes de hacer la prueba del carbono o, por lo menos, las de flúor y nitrógeno.

—¿Y las puedes hacer tú?

—No. Se necesita un laboratorio especializado y un poco de paciencia.

—¿Cuánta paciencia?

—Varias semanas. Siempre y cuando me autoricen. Son pruebas bastante caras.

Arcadipane recorre con el dedo índice el borde de la camilla. Está frío, liso. Mientras tanto, examina los huesos. Ahora su color es menos pistacho. Más pergamino. Como las cortinas de su dormitorio.

—¿Qué has escrito aquí? —pregunta señalando las páginas del cuaderno negro, repletas de una caligrafía oblicua.

—Nada. —Alessandra se encoge de hombros—. Solo unos apuntes.

Arcadipane ladea la cabeza.

—Imaginemos que estamos en un bar. Fuera de servicio.

Alessandra lo estudia, desconfiada.

—Son suposiciones.

—Suposiciones —admite Arcadipane—. Eso da al menos para charlar un rato.

Ella se toma unos segundos. A continuación, se saca la pluma del bolsillo del chaleco y señala con ella el centro del fémur derecho.

—Aquí hay una antigua fractura. En vista de su nivel de calcificación, no tuvo nada que ver con la muerte, pero a los lados aparecen pequeñas muescas. ¿Las ves?

Arcadipane acerca la cara a ellas.

—Pequeños hoyos.

—A distancia regular, como los que dejarían los tornillos de una

placa.

—Una placa.

—Una placa para la reducción quirúrgica de una fractura. Si el individuo hubiese muerto poco después de que lo hubieran operado para retirarle esos elementos, la cosa sería diferente: la fractura estaría consolidada y los orificios de los tornillos todavía no se habrían calcificado del todo.

—¿Y eso nos dice cuándo murió?

—Pues no, pero dudo que en la época de la guerra se hiciesen operaciones de este tipo. Para confirmarlo, deberíamos consultar a un cirujano ortopédico.

Arcadipane se agacha y, en cuclillas, examina el hueso desde otra perspectiva.

—¿Falta mucho para que me digas qué coño piensas de esto? Lo pregunto simplemente para saber si tengo que avisar de que llegaré tarde a casa.

Alessandra no sonríe, no se enfada y no se incomoda. Por eso no les cae bien en especial a los compañeros. La gente prefiere a las personas que lloran, que están de morros, que ponen los ojos en blanco y que patalean. Que hacen cosas que son fáciles de interpretar. A él, en cambio, esta particularidad no le disgusta. También Bramard estaba hecho de esa pasta.

Una noche, un tipo medio toxicómano que estaba acusado de haber matado a su novia se clavó en la mano un destornillador que, vaya uno a saber cómo, había conseguido introducir en la sala de interrogatorios. Era la primera piedra sobre la que pretendía construir su relato acerca de una supuesta enfermedad mental. Durante diez minutos, Bramard lo contempló mientras gritaba, se revolcaba por el suelo y manchaba de sangre la estancia, como quien contempla un río que fluye sin traer nada nuevo. Hasta que el hombre le suplicó que llamase a alguien, porque se estaba desangrando. Bramard era así. Un árbol. Parece que por dentro no pasa nada. Y, sin embargo, pasa. Pero para descubrirlo no basta con echar un simple vistazo ni tampoco con acercar una oreja. Lo único que sirve es tener tiempo. Si las hojas no se vuelven amarillas y en primavera las ramas crecen un par de centímetros hacia la luz, significa que está vivo. Y eso es todo.

—En la zanja encontraron esto —añade Alessandra.

Arcadipane echa una ojeada al pequeño objeto que la mujer ha

extraído de un estuche sin tapadera.

—¿Un cierre a presión?

—Un botón a presión —asiente ella—. En él aparece escrito «Rifle». Probablemente procede de unos pantalones.

Arcadipane coge el botón y le da la vuelta entre las yemas de los dedos. El texto aparece escrito en relieve.

—¿Y?

—Rifle se creó en 1958. Si el hombre llevaba puestos unos vaqueros de esta casa, murió como mínimo quince años después de que acabara la guerra. Tal vez incluso más tarde, en vista de que la empresa todavía existe.

—¿Los llevaba puestos?

—No podemos saberlo.

—No podemos saberlo.

—El botón podría estar en esa zona por mil motivos diferentes. —Alessandra se encoge de hombros—. Ya le he dicho que eran suposiciones.

Arcadipane sopesa en la palma de la mano el pequeño objeto cobrizo. Es ligero, hueco, liso. Con una consistencia de la que es difícil desprenderse. Después se lo pasa.

—Mete a nuestro amigo en una caja —ordena—. Mañana los de Milán vienen a llevárselo.

Alessandra toma el botón entre sus dedos grasos y lo deposita en el estuche. El eco traqueteante del tranvía 13 atraviesa en ese momento el patio, se cuela por las pequeñas ventanas del semisótano y se extiende por la sala. Después el laboratorio vuelve a sumirse en el tictac fisiológico de los instrumentos. Alessandra escruta a Arcadipane por encima de sus gafas.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—Tiene un trocito de tarta en el cuello de la camisa.

Arcadipane se pregunta cuánto hace que ha empezado el día de hoy. A continuación se dirige a la puerta y, regalándole a ella al menos un poco de felicidad, se va a tomar por culo en la planta de arriba.

8

Hay una hora de la noche en la que, entre los edificios de escasa belleza y los carteles demasiado explícitos como aquellos (pan, zapatos, sellos, cuerdas y cordones, pizzas, pantalones), todo parece de cromo y oro puro. A esa hora cuesta apartarse de la calle, porque los gases de los tubos de escape se mezclan con una especie de olor a sal que llega del río Dora y hacen que cada aliento parezca el último; cualquier otro lugar, no deseable, y la melancolía, dulcísima.

Eso es lo que, de manera confusa, siente Arcadipane mientras bebe cerveza y come patatas fritas apoyado en su Alfa Quadrifoglio, delante del bar de este barrio semiperiférico que siempre ha sido el suyo.

En la terraza del establecimiento, frente a él, cuatro tipos y una chica hacen lo mismo. Arcadipane conoce a dos de ellos y también a la joven, porque son compinches en pequeñas tretas, como aquella en la que un ladrón hace creer a una víctima que ha sufrido un accidente con la bici y aprovecha para robarle cuando se acerca. También ellos lo están observando, porque saben quién es, pero incluso en las guerras los días terminan, y nadie quiere ser el que reciba el último disparo. A nadie le gusta estirar la pata en los títulos de crédito.

Es mucho mejor disfrutar del momento, de la cerveza un tanto aguada y de los últimos coletazos del verano. Dentro de un mes, a esta hora habrá oscurecido ya. No se verán las montañas al fondo de la avenida; tan solo los semáforos que parpadean. También será bello, pero de una belleza que aún puede esperar.

Le suena el móvil.

—Estoy llegando —informa Arcadipane.

—¿Estás llegando ya? —replica Mariangela—. ¿O estás llegando dentro de tres horas?

—Estoy llegando en el sentido de que estoy ya aquí abajo.

—Estupendo.

Arcadipane lanza una última mirada a los de la terraza y se

marcha. Acera, contenedores de basura, la puerta de su edificio. En el vestíbulo se cruza con los Merlo y los saluda disciplinadamente; después, ascensor, rellano, llaves, pasillo.

—Hola. —Giovanni se asoma por la puerta de su habitación. El chándal revela su cuerpo robusto. Barba afeitada que vuelve a despuntar; rostro definitivo, a pesar de sus diecisiete años.

—Hola —responde Arcadipane.

El chico entra en la cocina, coge una tortita de arroz de la mesa, ya puesta, y regresa al dormitorio. En ese momento Loredana sale del baño, ve la tortita en la boca de su hermano y lo fulmina con la mirada, pero no dice una sola palabra.

—¡Hola, papá! —Solo eso. Ella también desaparece en su dormitorio.

«Frente compacto. ¡Mierda! —piensa Arcadipane—. La cosa se pone realmente fea.»

Se quita la otra manga y se pone las zapatillas de lana cocida que sus hijos le regalaron hace tres navidades. Al principio no le entusiasmó especialmente recibir unas pantuflas, por si fuera poco con algo de tacón, pero con el tiempo les ha ido cogiendo cariño. Son cómodas y, además, en verano los pies no le sudan con ellas. Por otra parte, son el único objeto gris que posee. Y el único con una flor en relieve.

—¡La cena está lista! —avisa Mariangela desde la cocina—. ¿Nos sentamos?

Por lo general, después del primer anuncio, uno de los dos aún tiene que lavarse las manos, la otra debe enviar un mensaje, luego el otro se ha olvidado de algo en el dormitorio, entonces la otra llega y se cabrea porque les ha pedido que vengan y todavía no se ha acercado nadie... Esta noche, en cambio, dos minutos más tarde, los cuatro están sentados.

«La cosa se está poniendo fatal», piensa Arcadipane.

En la sartén, dispuesta en el centro de la mesa, hay unas *orecchiette* que ha hecho a mano Lucetta, la madre de una compañera de Mariangela originaria de Apulia. Desde hace siete u ocho años la mujer se está quedando ciega y anda siempre en modo «vamos a disfrutarlas, que lo mismo son las últimas que nos comemos». Sin embargo, la anciana sigue amasando, pasando el rodillo y produciendo, impertérrita, en la penumbra de su glaucoma.

—¿Y bien? —pregunta Arcadipane, que prefiere pasar el mal rato pronto para poder dedicarse cuanto antes a disfrutar de los grelos que acompañan la pasta.

La mirada de los dos chicos sigue con gran atención los movimientos con los que la madre va llenando los platos. Después hay que añadir un poco de aceite; para Giovanni, también un pelín de guindilla.

—Queríais hablar de algo conmigo, ¿no?

—Sí —reconoce Loredana, pero después se dirige a la madre—. Me has servido demasiado.

—Come lo que quieras. —Mariangela cierra la conversación.

Arcadipane carga bien el tenedor y se zampa el primer bocado. Siempre come metiéndose grandes cantidades de comida en la boca. «¡Lo haces para llamar la atención!», le regañaba su madre. En cambio, el padre, al que llamaban Antonietto en lugar de Antonio, porque tan solo pesaba cincuenta kilos y venía de una familia de hojalateros a la que había traicionado para trabajar en la fábrica, jamás le daba la bofetada que ella le pedía. «Ya dejará de hacerlo por sí mismo —decía, mientras seguía comiendo—, cuando se dé cuenta de que no está bien.»

—¿Te acuerdas de lo que hablamos el año pasado...? —comienza Loredana.

—No, no me acuerdo.

Su hija desmenuza una de las tortitas de arroz.

—El perro —por fin, se decide—. Habíamos pensado que queríamos tener uno.

Arcadipane piensa con rapidez y elige la estrategia de cortar por lo sano.

—No —responde—. ¿Me pasas la guindilla?

Giovanni ejecuta la orden mecánicamente, con la vista puesta en el plato. Por lo demás, en el discurso no aparecían ni su nombre ni las palabras *entrenamiento*, *jugar* o *scooter*, ni tan siquiera *sábado*. Para él, la familia es como las espinilleras: es incómoda, apesta y limita los movimientos, pero, dadas las circunstancias, es obligatoria y te salva de ciertos golpes. Eso sí, quien juega sin ella mola mogollón.

—¿Contra quién jugáis este domingo? —quiere saber Arcadipane.

—Contra Monza.

—¿Son buenos?

Gran bocado del chico.

—«Terheos»..., terceros.

—Bueno, si van los terceros...

—Perdona, papá, ¿por qué no?

Arcadipane mira a su hija y a su misterio, hecho de bachillerato de humanidades y cultura clásica y de tortitas de arroz. Se sirve un poco del vino, vendido a granel en botella de medio litro.

—No es el momento.

—¡También el año pasado nos dijiste que no era el momento! Mamá cree que ahora podríamos volver a hablar del asunto.

Mariangela esboza una ligera sonrisa neutral.

—¿Papá?

—¿Eh?

—¿Podemos hablar de esto con calma?

Arcadipane intercambia una segunda mirada con Mariangela, que asiente a la hija y le concede audiencia en nombre de él.

—Bueno —comienza Loredana, pasando al discurso que había preparado—, como tú siempre estás fuera y mamá anda muy ocupada, os garantizamos que Giovanni y yo nos encargaremos de cuidarlo. Ya nos hemos puesto de acuerdo: por las mañanas lo sacaré yo, antes de ir al instituto, y por las noches, después de la cena, lo sacará Giovanni. Por la tarde nos turnaremos, uno cada día.

Arcadipane desvía la mirada hacia Giovanni, que se está sirviendo por segunda vez. El chico asiente con la cabeza, pero podría tratarse de un reflejo provocado por el movimiento al masticar.

—Tiziana ha propuesto quedárselo durante las vacaciones. En su casa hay un jardín y su familia adora a los perros. De hecho, tiene dos. Uno de más no sería ninguna molestia, dice la madre.

—¿Has hablado de esto con la madre?

—Sí, pero solo porque salió el tema. En fin, veamos ahora tus argumentos en contra, porque lo justo es que reflexionemos bien.

Arcadipane se sirve un poco más de *orecchiette*. ¡La madre que parió a los debates escolares! Bebe un sorbo de vino.

—El veterinario...

—El perro será vuestro regalo de Navidad para los dos, y nosotros pagaremos las vacunas con el dinero que nos dé la abuela. También queremos que haga un curso de adiestramiento. Son seis sesiones, los sábados por la tarde, detrás del Alcampo. Así aprenderá a

obedecernos. Ya tenemos ahorrado el dinero para ese curso.

Arcadipane observa a Giovanni, que, en efecto, al oír la palabra «dinero» ha mantenido durante unos instantes su mirada fija en un punto del horizonte, como hace cualquier nómada que se precie de serlo en medio de una negociación. Después vuelve a comer. Debe de haber cedido en el asunto del dinero, eso está claro.

—Los pelos.

—Dormirá en mi dormitorio y ya le he dicho a mamá que pasaré la aspiradora a diario. De todas formas, los bracos de Weimar tienen el pelo corto y no sueltan demasiado pelo. Papá, es precioso. No molestará nada, nada. ¡Por favor!

—Nos lo pensaremos.

—¡No! —ella alza la voz—. Ya sé qué quiere decir eso de «nos lo pensaremos».

Arcadipane congela su mandíbula.

—Vale, pues entonces no. Así ni siquiera tendremos que pensárnoslo.

Enseguida percibe la vibración que se expande desde Mariangela por todo el entorno cuando él hace algo de una manera que «ella no comparte». De hecho, su esposa retira de la mesa la sartén con las últimas *orecchiette* y se dirige a la placa de gas de la cocina. Mientras tanto, Giovanni sigue la sartén con la mirada. Después se concentra de nuevo en la poca pasta que le queda en el plato. Mariangela trae a la mesa el rollo de carne.

—Es una responsabilidad importante —argumenta— y vosotros estáis empezando a pasar cada vez más tiempo fuera de casa. Me parece que lo que le preocupa a papá es eso. Si invitamos a alguien a casa, aunque sea un perro, debemos estar seguros de que tendremos tiempo y ganas de ocuparnos de él. De lo contrario, lo más sensato, también por su bien, es dejar que viva en otro sitio.

Arcadipane no añade nada ni hace ningún gesto. Deja que las palabras resuenen así de hermosas, sensatas, enlazadas y limpias. Pero nada. Loredana ya está hecha un ovillo.

Desde pequeña se encogía para expresar su desacuerdo o su disgusto; una línea Maginot, algo propio de los insectos, una estrategia sumamente eficaz porque sirve al mismo tiempo para defenderse y para despertar ternura. Algunos delincuentes la aplican. Por lo general, ladronzuelos, personas con las que se establece una relación

de familiaridad. Sin embargo, es imprescindible que sean flacuchos y pequeños. Con gordos no funciona. Con altos no funciona. Debe haber un punto infantil en el cuerpo y un punto travieso en el delito: nada de drogas, lesiones o sangre. También los falsificadores y los emisores de cheques sin fondo pueden recurrir a esta estrategia. Por lo demás, los estafadores que eligen a los viejos como sus víctimas son los campeones del «ovillo». Todo empieza en las cejas, que se encogen; después las sigue el resto...

—¿Vincenzo?

—¿Eh?

—¿Estás de acuerdo?

—¿En qué?

—Estaba diciendo que en las perreras siempre necesitan voluntarios para sacar a pasear a los perros y para cuidarlos. Loredana podría acercarse allí de vez en cuando, ¿verdad?

Arcadipane observa el rollo de carne, que está ahí, encima de la mesa, enfriándose. Cuando alguien se hace un ovillo, queda feo que los demás coman como si no pasase nada. Giovanni llena la espera limpiando su plato con un trozo de pan.

—Si tiene tiempo.

—¡Yo no quiero ir a la perrera! —protesta Loredana con una voz que parece salir de un sótano después de haber ascendido por un par de rampas húmedas, oscuras, sin barrer—. ¡Quiero un perro que haga que no me sienta sola!

Mariangela extiende una mano hacia ella y se la coloca en el hombro.

—¿Te sientes sola?

—¡No me siento sola! ¡Estoy sola!

—Pero eso no es verdad...

—Papá se pasa el día entero fuera, tú llegas a las dos y te pones a corregir deberes. Y Giovanni, cuando no está en el instituto, es como si no estuviese.

El hermano la mira. ¡Bah!

—Me duele que te sientas sola, pero tú y yo pasamos mucho tiempo juntas —responde Mariangela—. Hablamos, cocinamos, salimos de compras... Además, tienes a tus amigos.

—Solo a Tiziana. —Está a punto de llorar.

—¿Y Carlota, Sara y Elisa? Estáis siempre chateando por el móvil.

—Hablando solo de estupideces —llora.

Arcadipane se da cuenta de que la conversación está girando hacia un área que no es de su competencia; se levanta aliviado, coge el cuchillo grande del cajón y empieza a cortar el rollo. Giovanni le acerca su plato. Mariangela está acariciándole la cabeza a Loredana, que inclina el mentón hacia el pecho; de sus ojos, con maquillaje ahumado, manan grandes lágrimas.

—¿Está bien hecha? —pregunta Arcadipane al ver el color rojo del interior.

Loredana se pone de pie con brusquedad, provocando que su tenedor se caiga y que el plato en el que aún permanecen las *orecchiette* con grelos dé un bote sobre la mesa.

—¡Solo pensáis en comer! —grita; después aparta la silla empujándola con la pantorrilla y sale corriendo.

Sus pasos en el pasillo. La puerta del dormitorio, que se cierra de un golpe. El equipo de música que se enciende: música irlandesa.

—Está bien hecha —confirma, resignada, Mariangela, y su voz no oculta ni un ápice su reprobación—, ¡lo que pasa es que dentro lleva *prosciutto*!

Arcadipane vuelve a deslizar el cuchillo que había detenido a mitad de la rodaja y, ya sin alegría, concluye su tarea. Se sienta, exhausto. Los brazos, abandonados a los costados.

¡Tiene una psicóloga loca, cien euros menos, una hija en lágrimas, una polla que no se le levanta, una mujer que empieza a detestarlo y apenas un puñado de caramelos en el bolsillo de aquí a la próxima crisis de llanto!

Mira a Giovanni, que vuelve a llenarse el plato, evitando cuidadosamente las zanahorias.

—¿Estabais de acuerdo en esto?

Giovanni se encoge de hombros.

—Por mí, bien.

—¿Bien qué?

—Que tengamos un perro.

—Tu hermana dice que tú también te vas a hacer cargo de él y que pondrás dinero. Eso es diferente a un «por mí, bien».

Giovanni lo mira, mira a la madre.

—Está muy bueno —dice.

Mariangela se está sirviendo y sonríe ante el cumplido.

—¿Entonces? —pregunta Arcadipane.

—¡Es ella la que lo quiere! Por mí, bien, lo sacaré cuando haya que sacarlo, pero no quiero que me deis la tabarra.

—No quieres que te demos la tabarra.

Giovanni come y observa; algo dentro de él se está alarmando.

—¿Por qué tu hermana dice que no estás nunca en casa? Vas a la escuela los martes y los jueves por la tarde. ¿Qué haces el resto del tiempo si no estás aquí estudiando?

—Es que estoy aquí estudiando.

Arcadipane mira a Mariangela.

—¿Está aquí estudiando?

—También —responde ella, que ha cortado el rollo de carne en trozos pequeños y se está metiendo dos de ellos a la vez en la boca, con los labios casi cerrados. Una estrategia que Arcadipane jamás ha entendido, pero que ella podría explicarle con método y paciencia para hacerle descubrir su sentido, su belleza y sus ventajas. Motivo por el cual él no le hace preguntas al respecto.

—¿En qué andas metido?

Giovanni endereza la espalda.

—¡En nada!

—Si descubro que me estás contando milongas...

—Pero ¿qué milongas?

—¡No lo sé! —Arcadipane alza la voz—. Si son milongas, ¿cómo puedo saberlo?

Giovanni lo mira.

—Pero eso no tiene ningún sentido. —Es lo único que se le ocurre decir.

Arcadipane lo observa con esa mirada que casi nunca trae a casa. La propia Mariangela la ha visto solo unas cuantas veces, y siempre fuera de aquellas habitaciones: cuando va a recogerlo al trabajo, cuando queda con él para tomar un café fuera de la central, en momentos en los que no le ha dado tiempo a guardarla en la pistolera. Por eso ahora se mantiene en silencio y, a diferencia de lo que suele hacer, no interviene para tratar de mejorar aquello que el marido está empeorando.

—¿Has terminado? —pregunta Arcadipane, refiriéndose a la comida.

Giovanni no dice nada.

—Entonces vete.

El chico se levanta, lleva su plato al fregadero, lo deja en él y sale de la cocina.

Arcadipane coge una rodaja de rollo de carne de la sartén y la corta en cuatro trozos. Se lleva uno de ellos a la boca. Hay silencio y ruido de alguien que come.

—¿Por qué no quieres un perro?

—¿Me lo preguntas en serio?

—¡Por supuesto!

—Sabes que a quienes les tocará ocuparse de él es a nosotros.

—Desde luego que nos tocará a nosotros ocuparnos de él, sobre todo a mí.

—Y que, en vacaciones, la madre de... de esa tendrá algún problema y no podrá quedárselo.

—Seguro que tendremos que llevárnoslo con nosotros.

—¿Tú sabes cuánto cuesta el veterinario?

Mariangela se limpia los labios sosteniendo la servilleta con ambas manos. Después la deposita junto al lugar en el que ha comido y ha dejado trazas de su gracia y de su paciencia.

—De acuerdo —dice, ya en otro tono—. Entonces dime por qué no quieres.

Arcadipane mira las *orecchiette* abandonadas por Loredana: el verde de los grelos ha perdido su espléndida fluorescencia y ahora es un verde como el de todas esas cosas que de la tierra nacen y a la tierra regresan.

—Mean, cagan y se mueren —argumenta.

—Es justo lo que yo te decía cuando quisiste que tuviéramos un segundo hijo. —Mariangela sonríe—. Pero eso no te detuvo.

—Ya tengo más de cincuenta años. Estoy cansado. Y no quiero pelear.

—Y yo, en cambio, no quiero correr detrás de ti.

—Yo no te he pedido que corras detrás de mí.

—Si alguien se escapa, al final siempre habrá otro que corra tras él. Deberías saberlo. Es tu trabajo.

Arcadipane se lleva la mano al bolsillo, pero después piensa que está en casa. Desvía los dedos, que ya tienen una pizca de azúcar en la punta, hacia el paquete de cigarrillos. Saca uno ya suelto y lo coloca sobre el mantel.

—¿Sabes lo que es el *shining*?

—Yo sí —asiente Mariangela—. ¿Y tú?

—Yo no, pero ya no lo tengo.

Arcadipane no sabe qué está haciendo ella, por qué observa fijamente el cigarrillo como si la cosa fuera entre él y aquella figura cilíndrica y bicolor.

—¿Es por algo que no va bien en el trabajo?

—No lo sé.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Ni siquiera eso sé.

Guardan silencio. Arcadipane siente un agotamiento imposible de explicar. Como algo que sube desde los pies y lo va deshaciendo todo hasta llegar a las orejas. No le apetece ni acostarse; más bien, que alguien lo coja en brazos, lo deposite en una tumbona frente al mar y le quite los zapatos. Y que eche de allí a todo el mundo. ¡Lo único que quiere es estar!

—Voy al cuarto de Loredana —anuncia ella—. Tú fúmate un cigarrillo. Ya recogeremos la mesa más tarde.

Arcadipane asiente. Los dos se levantan, una en dirección hacia los dormitorios, el otro hacia la veranda. Se besan en la mejilla, y no sabrían decir quién pone la mejilla y quién los labios. Se marchan.

La veranda es un balcón que han cerrado con una ventana plegable que mantienen siempre abierta, así que en realidad es una terraza. Desde allí se ven muchas cosas de la ciudad y también se ve lo que ya no es ciudad, pero no se ve dónde termina la ciudad con exactitud. Aunque apenas prestan atención a eso, porque el perfil de las montañas ocupa toda la mirada y las escasas luces que lo empañan roban lo poco que sigue siendo visible. Más allá de la Sacra di San Michele, a la que nunca ha ido.

El móvil empieza a vibrarle en el bolsillo. Arcadipane comprueba el número. No lo conoce.

—¿Sí?

—Buenas noches, soy el inspector Appendino.

Nada que ver con playas, con mecedoras, con quitarse los zapatos.

—Buenas noches, inspector.

—Buenas noches, comisario. Disculpe que le llame a estas horas, pero no le robaré mucho tiempo. Es por la fosa de Chivasso. El fiscal

me ha llamado hoy.

—Ya le habrá dicho que lo he transferido todo a Milán.

—Una decisión con la que estoy por completo de acuerdo. Allí tenemos especialistas. Por el amor de Dios, ¡aprovechémoslos!

—Desde luego.

—Bien, pues nada de retrasos en la entrega, por favor. Actuemos de manera que todo se haga en el momento justo y de la forma que corresponde, ¿le parece? Sin necesidad de que nadie nos lo tenga que pedir. Es la ocasión ideal para demostrar nuestra coordinación, ¿no cree?

—Ya nos hemos puesto de acuerdo con el comisario Nascimbene.

—Perfecto. En ese caso, no me queda más que reiterarle mi aprecio y desearle un buen trabajo.

—Igualmente.

—Bien, buenas noches.

—Buenas noches.

Están viendo una película de suspense de los años ochenta cuyo principio Arcadipane ha visto ya tres veces. También en esta ocasión, a la tercera pausa publicitaria, está ya dormido en el sofá, con la cabeza apoyada en las piernas de Mariangela. Se despierta hacia el final del filme, durante el tiroteo, cuando Loredana se acurruca apoyada en él. Arcadipane le pone una mano sobre la cabeza, la chica cierra los ojos. Están así y es suficiente. En los títulos de crédito, ella se levanta y se va a su cuarto.

—Ven a dormir —propone Mariangela mientras también se levanta.

Arcadipane se queda solo en el sofá, con la cabeza más abajo que las piernas, recostadas en el reposabrazos.

«El inspector nunca me ha llamado», piensa.

Contempla su reflejo en el televisor apagado y extiende una mano, con la que acaricia algo que no está al nivel de la alfombra.

9

> Chivasso. En la madrugada del lunes al martes, bajo una lluvia torrencial, los operarios de las obras de la línea de alta velocidad (¿la veremos algún día acabada?) descubrieron una fosa común con los restos de unas diez personas. «Es el enésimo triste legado de la última guerra», declaró el comisario Nascimbene, jefe del equipo especializado en este tipo de hallazgos. «Aún hoy son frecuentes estos descubrimientos —añadió el investigador—, que, sesenta años más tarde, reabren las heridas del periodo bélico. Huesos de partisanos, soldados, fascistas o víctimas civiles de alguna represalia, a los que, mediante diferentes análisis, intentamos identificar.» Un intento obligado, aunque el rostro cansado de Nascimbene tras la interminable jornada de pesquisas en la zona lo dice todo sobre cuáles son las posibilidades reales de poner nombre a las víctimas. Por no hablar ya de encontrar a los culpables. Pero tal vez sea algo positivo...

Arcadipane cierra el periódico que ha encontrado, abierto, sobre el escritorio y apoya la espalda en el respaldo de la silla reclinable.

Uno de los lados de la oficina está ocupado por la estantería; otro, por la ventana; otro, por la puerta, y el último, por un sofá en el que parecería que alguien hubiera apoyado una sartén al rojo vivo. Todo feo y viejo, pero cuando llegó la ocasión de solicitar muebles nuevos... Tal vez porque la silla era de Bramard; el sofá, el sitio en el que Petri se echaba sus siestas, y lo demás no tenía demasiada importancia. Lo único que le pertenece es el cenicero, que debería limpiar. Mármol negro con tres pequeñas piezas de latón insertadas, en las que apoyar el cigarrillo. Un regalo de bodas. Estilo burdel búlgaro. Llaman a la puerta. Es Pedrelli.

—Comisario, en el vestíbulo hay un agente de Milán. He intentado averiguar qué quiere, pero parece que solo puede hablar con usted.

—Dile que suba. ¿Qué es esto del periódico? ¿Nos toman por gilipollas o qué?

Pedrelli ladea la cabeza, como hacen los perros cuando están tratando de comprender algo, pero Arcadipane ya está en el pasillo.

Al verlo pasar, en los demás escritorios se abren carpetas, se hojean atestados, se aporrean los teclados como si fuesen aún los de

las antiguas Olivetti. No es que hasta ese momento el personal se hubiese estado rascando la barriga, pero ahora se afana un poco más. Es natural cuando el balón llega a tu zona en el campo. Excepto en el caso de los grandes jugadores: ellos no pierden la concentración jamás, ni siquiera cuando la pelota está lejos. Y después están esos como Bramard, que parecen distraídos incluso cuando el balón se aproxima a ellos. Y entonces... ¡Zas! Pero es como los niños que vienen al mundo con tres pezones. Algo que la mayoría de las veces es más un problema que un don. Salvo que trabajes en el circo o seas policía.

El milanés acaba de subir la escalera.

—Soy Capello, me envía Nascimbene.

—Sí, sí, tenemos que volver a bajar.

—¿Comisario? —pregunta Pedrelli.

—¿Qué pasa?

—Si me lo permite...

—Venga, Pedrelli, que tenemos prisa.

—No lo he entendido bien, eso de... ¿el periódico?

—¿Qué periódico?

—Lo que me ha dicho antes. El periódico. A lo mejor no he prestado atención. Así, de sopetón... Bueno. No sé a qué se refiere.

Arcadipane lo libera con un gesto que indica que aquello no tiene importancia, y baja al piso inferior. El agente de Milán desciende a su lado por la escalera. Unos treinta años, complexión media, cabello medio, únicamente la nariz resulta un tanto curiosa por sus orificios nasales, muy alargados.

—¿Qué tal ha ido todo en el tribunal? —pregunta Arcadipane.

—¿En el tribunal? —se sorprende el hombre; después, un silencio indeciso—. Ah, sí, la declaración. Nada, un par de palabras. He estado más tiempo esperando que otra cosa.

Arcadipane ralentiza el paso imperceptiblemente y piensa. Poco después, cuando llegan al pasillo de los laboratorios, se detiene. Busca algo en el bolsillo, saca una pequeña ficha.

—Toma, cógete un café en la máquina. Coge otro para mí, *macchiato*. Yo voy a por la caja y ahora mismo vengo.

—No te molestes...

—Ve tranquilo. —Le tiende la ficha de un modo más insistente—. Es asqueroso, ¡pero muy barato!

El hombre sonríe de mala gana. Mientras avanza hacia la máquina de café, se gira un par de veces a observar a Arcadipane, que ya está recorriendo el pasillo con pasos cortos y ruidosos.

Abre la puerta sin llamar. Alessandra, sentada mientras observa algo con el microscopio, se da media vuelta en su taburete giratorio. Lleva la bata abierta a la altura del chaleco, la camisa vaquera y los pantalones deformados.

Le señala la camilla en la que se encuentra el paquete.

—Necesito la firma de la persona que va a encargarse de custodiarlo —advierte; después, se gira y vuelve a concentrarse en su microscopio.

Arcadipane da unos pasos hacia el centro de la sala: la caja está cerrada con una cinta y tiene una etiqueta adhesiva con datos, en parte escritos a pluma y en parte impresos. Al lado, el folio para la firma.

—¿Has sido tú quien ha colocado el periódico? —pregunta.

Alessandra sigue mirando por la lente del microscopio. Muda. En el laboratorio hace calor y el olor de los instrumentos se mezcla con un olor a flores marchitas de cementerio.

«Tíralas a la basura», le decía su madre cada vez que iban a limpiar la tumba del padre. Y él corría hasta el contenedor, con el brazo extendido para mantener lejos de la nariz aquello que había estado lleno de vida y perfume y ahora apestaba a descomposición, a podredumbre, a desintegración... «¡Joder!»

Arcadipane se lleva a la boca la gominola de regaliz y la mastica mientras observa la caja de los huesos. Cuando está seguro de que todo ha pasado, mira a Alessandra. La mujer sigue trabajando con el tornillo micrométrico.

—¿Tienes un sobre grande? —le pide.

En silencio, Alessandra se levanta, va hacia el armario, coge uno de los sobres que utilizan para los restos y se acerca a Arcadipane, que, mientras tanto, ha retirado el celo del paquete, lo ha abierto y ha extraído el fémur.

—El otro —indica ella.

Arcadipane vuelve a poner en su sitio el izquierdo, toma el derecho y lo desliza en el interior del sobre.

—¿Es suficiente? —pregunta.

Alessandra examina a fondo la caja, saca el botón a presión y lo

introduce en el sobre junto con el fémur. A continuación, vuelven a sellar la caja, con cuidado de colocar la cinta de manera que coincida con la marca que ha dejado previamente. Después Arcadipane toma la caja y el folio y se va.

Pasan dos minutos, tal vez tres, durante los cuales la mujer se queda mirando el sobre opaco encima de la camilla; después, la puerta se abre. Arcadipane deposita el folio firmado sobre la camilla, junto al sobre hinchado por el fémur.

—No puedo confiárselo a nadie de arriba —dice.

Silencio; tictac de instrumentos. Tras el cristal esmerilado de la pequeña ventana se adivina la silueta de un vehículo aparcado. El sonido de la puerta de un coche.

—Sí que habría una persona adecuada —observa ella—. Pero a usted no le gusta.

—¿Cuánto no me gusta?

—No le gusta nada.

Arcadipane la mira.

—No, ella no.

Alessandra se encoge de hombros.

—Si tiene usted a otra persona...

Arcadipane piensa; después coge el sobre y se lo extiende.

—Pero se lo dices tú.

Alessandra ignora el sobre y se acerca al escritorio. Toma tres folios del cajón, los grapa y vuelve.

—Una copia de mis apuntes —explica—. Son bastante claros.

El comisario se gira para mostrarle el bolsillo lateral de su chaquetón de piel de oveja. Alessandra dobla los folios y los introduce en él.

—¿Y el periódico de mi escritorio?

Alessandra esboza media sonrisa.

—Las gordas siempre son unas malas pécoras, todo el mundo lo sabe.

10

Una hora más tarde está sentado a la mesa del restaurante por el que desde hace veinte años le merece la pena caminar diez minutos desde la central. Como siempre, el local está lleno de gente un poco de todo tipo, porque en este barrio hay oficinas, tiendas, el mercado, galerías de arte, corrales de vecinos y también un par de edificios okupados.

—¿Qué les pongo? —pregunta la camarera.

Arcadipane pide un bistec de caballo y alcachofas fritas; Pedrelli, *cappelletti* en caldo. La camarera responde «vale», sin apuntar nada, y se va a la cocina.

—¿Te acuerdas de ella cuando niña?

Arcadipane ve desaparecer los veinte años de la hija del dueño tras los flecos de la cortina, junto con el diamante en el diente incisivo y el pedido memorizado. Estudia las viejas fotos de Totò colgadas en las paredes. Alberto Sordi con sus espaguetis, Aldo Fabrizi con su chuleta. Michel Platini que come con otra gente y mira a la cámara, bronceado, sobre su autógrafo.

—Este verano vine aquí una noche yo solo —recuerda—. Mariangela estaba en el sur con los niños y no me apetecía comer en casa.

Pedrelli toma con cautela un *grissino* y se lo lleva a los labios, pero lo deja suspendido, como una antena que le sirviera para captar por dónde puede ir la cosa.

Arcadipane señala a la chica de más edad, que, tras la barra, prepara cafés, licores y cuentas.

—Me sentó con un tipo bajito, unos años mayor que nosotros, vestido con su ropa de trabajo, con el pelo blanco recogido en una coleta. Uno de esos que se dedica a hacer grandes pinturas en las paredes...

—Murales.

—No, se llama de otra forma. El caso es que charlamos un poco: de trabajo, familia, hijos..., lo habitual. Él no tenía hijos, pero acababa

de volver de trabajar en Sassari, donde acogía en su taller a cinco estudiantes de la Escuela de Bellas Artes en prácticas. Chicos de veinte años que llegaban temprano cada mañana, trabajaban como mulos y volvían a casa por la noche, mientras él se quedaba en un camastro que se había preparado en un rincón del almacén. Fabulosos, comentó, inteligentes, preparados. Pero la última noche...

Arcadipane se inclina hacia el centro de la mesa, como si aquel asunto requiriese una distancia ínfima. Pedrelli lo imita.

—Se van a comer a una pizzería. Besos y abrazos. Después vuelve a su almacén y se mete en el catre. En cuanto apaga la luz, oye ruidos en el taller. «Aquí no hay nada que robar —piensa—. A lo mejor alguno de los muchachos ha olvidado algo.» Pero resulta que la puerta del cuartito se abre y... ¿a que no sabes quién aparece?

Pedrelli balancea el *grissino*.

—Una de las chicas, que tiene cuarenta años menos que él y que, sin decir ni pío, se desnuda y se le mete en la cama. Él al principio se queda quieto como una estatua, pero después, al sentir aquella piel tan suave... «En fin, si la vida quiere hacerle a uno este regalo...», se dice.

La camarera llega con el pedido, deposita los platos y se marcha sin ni siquiera decir «¡que aproveche!». Pasan unos segundos lentos, silenciosos, con aroma a carne y caldo; después, Arcadipane se sirve vino tinto en su copa y empieza a comer.

Los tres operarios del gas que están sentados a la mesa de al lado hablan de los partidos entre semana: Chievo-Torino, 1 a 1; Juventus-Catania, 1 a 1. Arcadipane es un poco de la Juve porque es sureño; Pedrelli, un poco del Torino porque es de Turín, pero en el fondo a los dos les importa una mierda.

—¿No te gustan? —pregunta Arcadipane a su subordinado, que sigue empujando los *cappelletti* de aquí para allá como si tuviese que organizarlos para tomarles una fotografía.

Por cortesía, Pedrelli se mete uno en la boca y lo mastica larga, triste, hospitalariamente.

—Hace unos años —confiesa— Nicoletta se volvió loca por un tipo.

—Ah, ¿sí? —Arcadipane arranca de cuajo con el tenedor el último bocado de carne de caballo que queda en el hueso. Piensa en su hijo, que hace el trabajo sucio en el centro del campo, y comprende

su placer.

—¿Por quién? —quiere saber.

—Por Morsetti.

—¿Qué Morsetti?

—El de los helados.

Arcadipane coge el hueso con ambas manos y empieza a saborearlo.

—¡Si se hubiese casado con él le habría tocado la lotería! Pero ¿el hijo mayor o el pequeño?

—El padre.

—¿El padre? ¡Pero si tendrá sesenta años!

—Sesenta y cuatro.

Arcadipane sigue con la mirada a Pedrelli mientras carga en la cuchara otro *cappelletto* y retoma la lenta y dolorosa tarea de la masticación. De repente, el hueso que tiene en la mano y que aún podría brindarle alguna satisfacción le parece fuera de lugar. Lo deja en el plato y busca en él si queda alguna cosa que esté más en consonancia con la situación. Un par de alcachofas. Empieza a cortarlas en trozos muy pequeños.

—Tampoco podía prohibírselo —reconoce Pedrelli—. Tenía veintidós años. En cierto modo, era comprensible. El descapotable Spider, los fines de semana en barco, Venecia...

—Pero ¿no está casado?

—Él le decía que pediría el divorcio, que además la colocaría en su empresa junto a sus hijos. Comisario, aquellos fueron meses... —Hace un gesto con la cuchara para indicar que le pasó de todo—. Entre las discusiones, los gritos, Delia, que dejó de comer, yo, que no pegaba ojo...

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Pedrelli deja de ensañarse con el *cappelletto*.

—En aquel momento pasó lo del comisario Bramard, el caso Otoñal. Además, en los asuntos privados yo soy así, cierro la puerta y tiro lejos la llave. Por suerte, mi hermana ya había tenido una experiencia de ese tipo con su marido. Una crisis total. Médicos, pastillas..., aquello no se acababa. A veces uno lo único que necesita es alguien que lo escuche. —Baja la mirada hacia el plato—. Pero si la gente se entera... Quedas mejor si dices que has ido a ver a un adivino.

Arcadipane rompe uno de los bollitos que hay en la cesta. Corteza

dura, miga esponjosa. Se lo mete en la boca junto con el último trocito de alcachofa.

—¿Y cómo funciona?

Pedrelli lo contempla con la mirada canina que se le pone cuando hay algo que no ha entendido.

—El psicólogo —añade Arcadipane vagamente—. ¿Cómo funciona?

Pedrelli traga con una cucharada de caldo la palabra que hasta ahora había evitado.

—Te sientas. Hablas. Te da consejos. Nada del otro mundo.

—¿Y a ti qué consejos te daba?

—Que lo dejase estar. Es imposible controlarlo todo, en especial en el caso de las personas. Hay que aceptar lo que sucede, reconocer los aspectos positivos, convivir con los negativos. Aprender a despreocuparse.

—¿Y?

—Hicimos lo que nos decía —confirma Pedrelli—. «¿Sales hoy? ¡Que te lo pases bien!» Como si nada. Un par de semanas más tarde Nicoletta volvió a casa llorando: a Morsetti, sus hijos y su mujer le habían cantado las cuarenta. Estaba manchando la reputación de la empresa. Si no ponía fin a aquella relación, ¡que ni soñase con divorciarse sin más! Le quitarían sus participaciones sociales, el coche, el barco y hasta la casa de la playa. Él no se lo pensó dos veces y dio marcha atrás. Nicoletta se pasó varios días llorando, pero tampoco muchos. Después volvió a sus clases y el verano siguiente conoció a Matteo. Llevan ya dos años juntos.

Arcadipane saca su móvil y lo consulta como si hubiese recibido algo. Pone cara de haberse olvidado de un marrón con el que se vuelve a encontrar ahora.

—¿Tenemos que irnos? —pregunta Pedrelli.

Arcadipane responde que no es urgente, pero mientras habla dirige su mirada a la barra, tratando de llamar la atención de la hija mayor para que le traiga un café.

—Me alegro de que hayamos hablado de esto —reconoce Pedrelli.

Arcadipane asiente, distraído. La joven está emplatando unos profiteroles. Es como su hermana, pero más gorda por arriba y más delgada por abajo, así que, pensándolo bien, sería mejor que

intercambiasen su puesto en el comedor y en la barra. Mientras intenta captar su atención, oye una respiración profunda y, después, una absorción. Se da la vuelta y descubre a Pedrelli con los ojos húmedos, mirando el plato.

—Para usted tal vez sea un asunto sin importancia —el subordinado se sorbe la nariz, con el pecho subiendo y bajando dentro del jersey caqui de cuello alto—, pero...

Arcadipane observa cómo el borde del pañuelo con el que Pedrelli se está secando las lágrimas se hunde en el caldo, ya frío. Y por fin lo entiende: ha necesitado cuarenta años para conseguir desempeñar bien los dos papeles para los que tenía talento: el de comisario y el de marido. Y ahora tal vez ya no es capaz de cumplir ni siquiera estos dos.

Para todo lo demás (comunicarse, abrirse, compadecerse, comer bien, amar a otras mujeres, entender el arte, acordarse de las películas, ponerse una ortodoncia, encontrar las palabras adecuadas, aplicarse cremas, reconocer los aspectos positivos, disfrutar de una sauna, de los domingos o de la naturaleza y lavarse los pies cada noche antes de meterse en la cama) *ya es demasiado tarde*.

En eso consiste envejecer: en dejar de tener tiempo para desarrollar la capacidad de hacer algo nuevo.

11

Las comisarías del barrio de Barriera son el purgatorio, y en el purgatorio no hay mucho donde elegir: o te relajas y esperas o te reconcomes y esperas. Dicho esto, también en el purgatorio existen palcos, plateas y retretes que limpiar. Importa cómo llegues, quién te haya enviado allí y por qué. Por lo demás, hay quien ha decidido quedarse en Barriera. Gente que, entre papeleos y hurtos de poca monta, se siente a sus anchas, como en el útero materno.

Los migrantes que vienen y van, que tienen nombres falsos, documentos falsos, domicilios falsos y sexos falsos y que mienten sobre su edad han añadido un toque de emoción al lugar. Así parece que hay más movimiento. Más variedad delincuencial. Aunque, estrictamente hablando... Sumemos a eso la particularidad de que aquí todas las putas son confidentes; los toxicómanos, informantes; los traficantes, colaboradores, y los ladrones están dispuestos a ponerte en contacto con un colega que sabe de otro colega que conoce a otro colega que, al final, es el primero con el que hablaste. Además, puedes vestirte incluso con un uniforme de marinero, siempre que tengas en cuenta que un lago no es lo mismo que el mar.

Arcadipane tira la colilla al suelo y llama a la puerta. El oficial de guardia consulta la pantalla y abre.

En los diez minutos siguientes, el mismo coñazo que cuando vas a visitar a los parientes de provincias: qué tal esto, qué tal aquello... Vosotros sí que os divertís... Pero aquí al menos se puede respirar... Y tu hijo en el ejército, joder, habría sido mejor que te saliese maricón... Ya lo sé, pero la oposición... Y la *mozzarella* del sur... Y ahora resulta que quieren aplicar el impuesto sobre bienes inmuebles también a las casas móviles... Y la Juve... Y el hijo de mi primo, sin compromiso... Y valiente elemento que nos has mandado, ¿en qué estabas pensando?

Delante de la puerta trasera te quitas de encima al último viejo conocido y consigues al fin atravesar el patio sin que nadie te acompañe. Muy despacio. Para recobrar el aliento. Y para repasar: le

digo esto, me responderá aquello, entonces le explicaré que ha sido por su bien. Por lo demás, ¿qué tendría que reprocharse? Le acorta la correa, se la alarga, hace de padre, de amigo, de superior, de carcelero, de sacerdote. ¿Acaso es culpa suya que todo ese talento haya acabado dentro de una enorme cabeza de chorlito? ¿De verdad tenía que ponerse ese aro en la nariz y ese *piercing* en la lengua para que le hicieran caso?

Mientras recorre el patio, mantiene el sobre pegado a su costado, bajo el chaquetón. El almacén es una nave de los años sesenta: cuatro paredes de cemento, techo abovedado, ventanales y estanterías industriales hasta el techo. Ni un solo tabique, aparte de los de las dos cabinas que son el baño y el trastero.

Lo sabe porque cuando acababa de incorporarse a la policía se pasó aquí dos meses de invierno como auxiliar de aprovisionamiento. Por suerte, fue una situación puntual, pero le bastó para utilizar después el frío de la nave y el Reglamento de Registro y Distribución como amenaza para...

—¡Ya te he dicho que están defectuosas! ¿Para qué quieres las usadas?

Arcadipane ralentiza el paso. La puerta contraincendios está abierta, pero el interior, desde el que llega la voz del hombre, permanece en la penumbra. Apoyado contra la pared externa hay un banco para la gente que espera su turno. Arcadipane se sienta.

—¿Querías la solicitud? —continúa dentro el hombre—. ¡Pues esta es la solicitud y esta es la firma del superior! ¡Mírame a la cara cuando te esté hablando!

Arcadipane se asoma y observa. Delante del mostrador se ha plantado una mala bestia de los servicios de emergencia, con el pelo rapado, más gris que negro, y chaqueta azul en la que aparece escrita, en letras reflectantes, la palabra «policía». Al fondo, estanterías, una escalera de mano y la parte amarilla de una carretilla elevadora.

—Las usadas —suelta la voz de ella desde detrás del antidisturbios.

Él ni se mueve ni contesta. Después de todo, están entrenados para no reaccionar de manera impulsiva. Para intimidar manteniendo fija la mirada, quietos y callados. Es lo primero que aprendes en la policía antidisturbios: si le das la espalda a alguien, la mayoría de las veces acabarás apaleado, acuchillado y hecho un cristo. Así que es

mejor evaluar al sujeto, vigilar al sujeto, razonar con el sujeto, en caso de que sea posible, y actuar contra el sujeto, en caso de que sea necesario.

Con suma calma, el hombre se agacha, y en ese momento Arcadipane la ve: con los codos sobre el mostrador y la mirada en la pantalla. Masca chicle y, como siempre, lleva los ojos maquillados de negro, una cucharilla enhebrada en la oreja, un aro en la nariz y una parte del cráneo rapado. La única diferencia con respecto al pasado es el jersey azul reglamentario, que la hace parecer menos loca y menos enferma.

El hombre se vuelve a levantar y coloca en el mostrador la bota militar que acaba de quitarse. Se ha apartado un poco hacia un lado.

—Si llevas este calzado durante horas y horas, como hacemos nosotros —añade, golpeteando la punta de la bota—, esta costura te corta el pie. El modelo antiguo no la tenía, pero este nuevo, sí. Ya te he enseñado el defecto, aquí está la solicitud del superior. ¿Me haces el favor de darme veinte pares del modelo antiguo?

Ella aparta momentáneamente los ojos de la pantalla. Lo mira de esa manera que despierta en todos unas ganas tremendas de partirle la cara, de follársela o, en muchos casos, de ambas cosas.

—Las usadas —repite.

Los hombros del antidisturbios comienzan a temblar.

—¡Ya te he dicho que están defectuosas! ¿Qué carajo te importa si me las llevo o si las tiro a un contene...?

De repente, Isa levanta la pierna y coloca el pie izquierdo sobre el mostrador.

—No las vas a tirar al contenedor. Las vas a vender por cuarenta euros a la tienda de equipamiento militar de Porta Palazzo, que las revenderá por noventa y nueve euros en su local y por ochenta y cinco en internet. Y, encima, este modelo no hace daño en los pies.

El hombre mira el pie de ella, envuelto en la misma bota. Isa baja entonces la pierna y vuelve a concentrarse en el ordenador. La boca, rumiando un chicle.

—¿Sabes qué me apuesto? —pregunta el hombre.

Ella no le presta atención.

—Me apuesto que —desliza despacio la mano en la bota—, si te la meto dentro, al fondo me encontraré una costura justo igual que esta.

Ella esboza una ligera sonrisa. Después, todo sucede muy deprisa.

Arcadipane no sabría decir ni siquiera si el abrecartas ha salido de un bolsillo o de un cajón. Lo único que sabe es que ahora mismo está plantado en la punta de la bota y que el ruido con el que la cuchilla ha atravesado el cuero, la suela y tal vez también la mano del hombre continúa resonando entre las paredes.

Mientras el antidisturbios sale a paso veloz de la nave, Arcadipane lo mira a los ojos. Jamás lo ha visto antes.

El agente da unas rápidas zancadas por el patio. De repente, se detiene y saca la mano de la bota: el corte sangra, pero no de un modo exagerado.

—¡Joder! —grita. Se saca un pañuelo y trata de vendarse la mano —. ¡Joder! ¡Joder!

Por una de las ventanas de la segunda planta se asoma un agente que está bebiéndose un café. Los dos se miran, pero no se dedican ni el más mínimo gesto. Después, el hombre del café vuelve al interior y el policía sigue caminando, con el pie descalzo y la bota bajo el brazo, hasta llegar a la puerta trasera del cuartel, por la que desaparece.

Arcadipane se lleva a la boca una gominola de regaliz y se levanta del banco.

Al verlo en la puerta, Isa le dedica una somera mirada. Arcadipane se acerca, dejando veinte centímetros de amortiguación entre él y el mostrador. Se saca de debajo del chaquetón el sobre y lo deposita sobre su superficie. Ella lo estudia brevemente.

—Si sirve para sacarme de aquí —dice.

—Si sirve para sacarme de aquí, ¿qué?

—Lo que has venido a pedirme.

—¿O sea?

—Es un resto no catalogado, así que estás sacando los pies del tiesto. Y si has venido a verme a mí, es que es un tema muy gordo. De todas formas, son mierdas tuyas. Por mí, con que me saques de este sitio, es suficiente.

Arcadipane reflexiona. Aún está a tiempo.

—Dentro hay un fémur —dice, con indiferencia.

—Un fémur.

—Un fémur y un botón. Hay que investigar, consultar a hospitales, a médicos, buscar en archivos. Alessandra te lo ha puesto todo por escrito.

La joven extiende un brazo hacia el sobre y se lo acerca. Entre la muñeca y el puño de la camisa tiene cicatrices. Trazos demasiado precisos para ser casuales y demasiado superficiales para ser graves. Arcadipane no recuerda si ya los tenía antes.

—Quiero reincorporarme —propone ella—. Y también la pistola.

—¡Di que sí! Y después hacemos una colecta para pagar tu boda con De Rita. ¡Tenías una relación tan íntima con él que casi le sacas un ojo!

—Él podía...

—¡Una mierda podía! Tiene cuarenta años y le tocará quedarse en la oficina hasta que se jubile. ¿O es que todavía no has entendido lo que significa estar en el despacho cuando lo que te gusta es trabajar fuera?

Ella aparta el sobre y vuelve a ocuparse de la pantalla. Arcadipane se enciende un cigarrillo. Durante unos segundos, cada uno de ellos se concentra en sus asuntos.

—Haz este trabajo y yo intento interceder por ti.

Ella permanece en silencio.

—Oye, ¿qué te piensas? ¿Que he venido aquí cabalgando en un blanco corcel para rescatarte? No soy yo quien toma las decisiones.

—Lo de traerme aquí sí que lo decidiste tú.

—Decidí salvarte el culo. ¿Te crees que no iban a aprovechar la primera ocasión para mirar hacia otro lado y dejarte hundida en la mierda?

Ella lo mira fijamente a los ojos. Después, acerca hacia sí el sobre, lo abre y examina su contenido.

—Dos semanas a partir de hoy —propone—. Y no pienso venir a la oficina. Esto es un trabajo por mi cuenta. Si encuentro lo que buscas, le pido disculpas a De Rita y me readmites en mi puesto de antes. De lo contrario, regreso aquí.

Arcadipane se fuma lo que queda del cigarrillo, con caladas muy ponderadas. A continuación se dirige a la puerta y tira la colilla al patio. Hay un par de agentes que también están fumando, apoyados en la pared de enfrente. Un tercer agente baja por la escalera de emergencia y se une a ellos. Está gordísimo. La escalera llora cada vez que pisa un peldaño.

—Una semana —responde Arcadipane.

Isa teclea. Unos segundos después, gira la pantalla para enseñarle

el título del artículo sobre la fosa descubierta en Chivasso.

—Dos semanas.

Él la contempla. ¿Cuántos años tendrá ahora? ¿Veintinueve? ¿Treinta? ¿Treinta y dos? ¿Qué compra con el dinero que gana? ¿Cigarrillos? ¿Hierba? ¿Ordenadores? ¿Tiene una casa en la que poder cocinar y cambiar las sábanas de la cama? ¿Y qué hace cuando no está donde él la ha puesto? ¿Habla con alguien? ¿Folla? ¿Con un hombre? ¿Con una mujer? Ya en su momento tuvo que ocuparse de varios gilipollas, ¿por qué se empeñó en enderezarla precisamente a ella? ¿Porque su padre se murió cuando aún era una niña? ¿Porque murió así? ¿Porque Elia Mancini era su compañero, a pesar de lo que se rumoreaba acerca de él? Y, en cualquier caso, ¿de verdad quiere dedicarse a enseñarle a alguien a moverse por el mundo? ¿Él? ¿Con sus gominolas de regaliz?

Arcadipane observa las gotas de sangre que el sol ilumina en el patio, como puntitos reflectantes. Sangre del antidisturbios.

—Diez días. Pero ni hablar de lo de la pistola. ¡Y trátame de usted, joder!

12

Tres campos de fútbol: uno para once, uno para cinco y uno para siete, construidos unos veinte años atrás justo al lado del pesado cuadrilátero de las antiguas cárceles, ahora convertidas en museo; enfrente, el nuevo tribunal, todo de ladrillos ligeros y cristal.

Arcadipane se baja del coche y se dirige hacia un banco no muy alejado de la puerta por la que Giovanni va a salir. No le apetece verlo jugar ni tampoco hablar con los demás padres; solo hacerle un gesto para que comprenda que está allí, esperándolo. Llevarlo a casa en coche.

Se sienta de espaldas a la calle y se enciende un cigarrillo. Fuma desde que tenía diecisiete años. Al principio, poco; más tarde, en cuanto pudo permitírselo, como mínimo una cajetilla. Jamás se ha preguntado por qué ni para qué; lo único que sabe es que fuma mientras piensa detenidamente que está fumando.

En ese momento, aparece en la puerta Giovanni, con la chaqueta, la mochila del equipo y el sombrero estilo Serpico.

Arcadipane levanta la mano, pero el chico está ya sonriendo mientras mira hacia otra parte.

Con la mano en el aire y el cigarrillo suspendido, Arcadipane sigue la trayectoria de su sonrisa hasta llegar a la joven sentada en el scooter del arcén, con el casco colgado del codo y un segundo casco en el manillar.

En cuanto tiene a Giovanni a su alcance, ella, que es bastante bonita y esbelta, lo atrae hacia sí para plantarle un beso en los labios, que se convierte después en otro beso, y después en otro más, larguísimo.

Arcadipane siente una sacudida que le sube de las rodillas a los testículos.

Los dos se hacen confidencias durante unos segundos, con las caras muy cerca; a continuación, Giovanni mira la hora y el puesto de kebabs que hay en el centro del jardín de enfrente y asiente.

Arcadipane pasa los siguientes treinta minutos exactamente donde está, fumando y observando a su hijo y a la chica, que comen, se besan y hablan sin parar, sentados en una de las cinco mesas del puesto.

Cuando vuelven al scooter y se ponen los cascos, los sigue como un profesional hasta llegar a la puerta del edificio en el que lleva treinta y siete años viviendo y en el que ambos jóvenes se dedican, durante siete minutos y cuarenta segundos, a besuquearse, sin grandes interrupciones, salvo para mirarse muy de cerca con el fin de comprobar que el otro no se haya consumido del todo.

Al final, ella se marcha, despidiéndose con un gesto mínimo de la mano, y el hijo se desliza por la puerta.

Una vez que la luz con temporizador de la escalera también se ha apagado, Arcadipane se pone en movimiento y se dirige hacia la periferia. Conduce entre naves industriales, aparcamientos, fábricas, áreas de tratamiento de residuos y centros de almacenamiento. Media hora durante la cual se come tres gominolas de regaliz, se permite llorar y, debido a su confusión, activa el limpiaparabrisas en lugar de secarse las mejillas.

Son las diez y cuarto cuando entra en un local situado en una zona céntrica, pero muerta por las noches: un pequeño bar desnudo como una sacristía, al que iba a veces con Bramard cuando salían tarde de trabajar y eran incapaces de apoyar la cabeza, llena de asuntos sucios, sobre la almohada. Después vino esa época en la que Bramard acudía allí a beber solo, tras la muerte de Michelle y de la niña (o al menos eso pensaban todos), y él se pasaba a recogerlo de madrugada. Bastaba con que lo llamase una vez, «¡comisario!», para que Bramard se levantase y lo siguiese. Un bebedor manso, sin demasiado carácter. Por aquel entonces, el local pertenecía a Pieter Moderno, y la que atendía las mesas era la primera camarera negra de la ciudad.

Ahora lo lleva una chica mulata sobre la que nadie se ha preguntado jamás si se trata de la hija de Pieter y de la camarera. Lo importante es que el bar está abierto durante toda la noche, pero no se parece a esos lugares que están abiertos durante toda la noche. Nada de camellos, excomunistas, cuasiartistas, toxicómanos, fascistas, buscadores de coños o putas. Solo hombres o mujeres que tienen adónde ir, pero a los que no les apetece decir «ya he llegado» o

«déjame dormir», y menos aún «ya hablaremos de eso mañana». Por eso es un lugar silencioso: la gente no acude a él para charlar o para ligar, en el fondo ni siquiera para beber, sino simplemente para estar triste y realizar todas las actividades correspondientes a la tristeza, sin compasiones.

Arcadipane se pone cómodo para quedarse allí una horita. Una cerveza. Después sale. No es una noche bonita: el cielo tiene un color mortecino, el aire está repleto de esmog y hay esa estúpida temperatura que te hace sudar con la chaqueta puesta, pero que no te permite quitártela.

Mientras recorre a paso rápido las dos manzanas que lo separan del paseo en el que ha aparcado, desmenuza sus pensamientos del mismo modo en que lanza sus pies: un poco por aquí y otro poco por allá, los huesos, la placa, el botón, la psicóloga, cien euros, el conserje...

Le vibra el móvil. Piensa que es Mariangela y lo deja vibrar.

Pero el móvil insiste.

Entonces lo mira.

Y no es Mariangela.

13

Cuando los dientes están ya cerca, desliza hacia abajo el papel de aluminio y arranca un trozo. Sin ensuciarse las manos, sin necesidad siquiera de una servilleta, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa más que permanecer sentada en una calle de mierda comiendo kebabs junto a una terraza repleta de árabes que, embobados, fuman y beben té sentados en butacas que huelen a humedad.

De hecho, un par de ellos le han pasado antes por el lado. Veinte años, vaqueros y chupas, andares de toro y cara de liebre. No ha tenido ni que mirarlos. Ojos hacia abajo y pedaleo.

Todos han entendido que tocarla es como meter la mano en una trituradora de basura: mucho ruido y, acto seguido, sales de allí con algún trozo menos. Todos lo han entendido, menos aquellos que, como el policía antidisturbios y De Rita, se creen que el mundo está hecho a su imagen y diversión.

Lo que sorprende, en todo caso, es que hasta ahora nadie la haya atacado en serio. No ya darle un balazo, pero sí esperarla debajo de su casa con una cadena, un palo, un par de amigos. Sin embargo, ¡mírala! Calle de mierda, noche, árabes, drogadictos, ni una sola mujer en los alrededores, ¿y ella? Hasta se está encendiendo un cigarrillo. ¡Tranquila como la autoridad del barrio!

Arcadipane estira el cuello, que ha mantenido inclinado para observarla por el retrovisor, baja del coche y se dirige hacia ella.

—¿Por fin te has decidido?

—¿Me he decidido a qué?

—¡Llevas media hora mirándome desde el coche!

—Estaba hablando por teléfono. Ni te había visto. Y, de todas formas, habíamos quedado en que ibas a empezar a tratarme de usted, ¿no?

Isa se encoge de hombros, con sus dientes hermosos y desordenados, como pequeños pensamientos de segundo de primaria.

Arcadipane evalúa el papel del kebab y la lata de cerveza, que probablemente se quedarán allí hasta el próximo barrendero. El ensanche en el que se encuentran nace de la confluencia de tres calles. Las pocas almas que hay por la zona pasan junto a las paredes, tuercen en la esquina, se meten por las puertas. Todavía no es la una, pero da la impresión de que la noche ya ha avanzado mucho en su trabajo.

—¿Y no había otro sitio para vernos?

—¿Qué es lo que tiene de malo este?

—Pues que es un sitio de mierda y, encima, aquí nos conoce todo el mundo.

—A mí, desde luego que sí —reconoce Isa mientras extiende una mano para señalar el edificio alto y revestido con baldosas que se eleva entre otras casas más bajas.

La puerta del bar se abre. Un chico con la cara llena de cicatrices sale con una bandeja, los observa sin el más mínimo interés y desaparece en la niebla aceitosa de la terraza.

—Bueno, ¿qué? —Arcadipane se coloca un cigarrillo entre los labios.

—¿Hablamos aquí?

—¡Eres tú la que me ha pedido que venga! ¿O tu idea era que subiésemos primero a tu casa para enseñarme las fotos de cuando eras niña?

Isa se levanta y se dirige hacia la única de las calles que discurre en ligera pendiente. Arcadipane aguarda unos segundos para comprobar que su paso es el de alguien que no está avanzando hacia un lugar preciso y después la alcanza. Recorren en silencio los cincuenta metros que los separan del arco y aparecen en la plaza en la que de lunes a viernes hay un mercado durante todo el día, pero el resto del tiempo no hay nada de nada.

Toman el perímetro en el sentido contrario al de las agujas del reloj. A veces, por las noches, se ve algún que otro turista que anda aún en busca de parmesano, *mozzarella*, chocolate y salami. Gente con pantalón corto y bolso que ha leído en la guía que este es el mayor mercado al aire libre de Europa. Sobre todo japoneses, alemanes y estadounidenses. Un espectáculo triste. También desesperado. Por suerte, a esa hora no hay ya ni carteristas que puedan joderles. Aunque a los franceses y a los españoles es difícil que les pase algo así. El Mediterráneo te desvirga pronto. Esta noche, en cualquier caso, no

hay nadie en la plaza.

—Le he pedido a alguien que examine el hueso —explica Isa.

—¿A quién?

—¿Qué tal si yo no te toco las pelotas con los porqué y tú no me las tocas con los cómo?

Las largas piernas de Isa recorren con pasos regulares el perímetro del octágono. Las de Arcadipane, aproximativas y tubulares, se limitan a seguirles el ritmo.

—Los orificios —añade Isa— son de una placa de producción suiza que los hospitales de Turín, Milán, Florencia y Bolonia empezaron a aplicar en 1972. La utilizaron durante siete años; después llegó otro producto, también de Suiza.

Las piedras rectangulares, a la luz de las farolas, parecen elementos orgánicos.

—Entre 1972 y 1979, en los tres hospitales de Milán y en los dos de Turín que las emplearon se redujeron cuatrocientas veintiséis fracturas oblicuas como esta. Los pacientes a los que les quitaron la placa más adelante son más de la mitad. Pero si excluimos a los que siguen vivos o a los que tienen un certificado de defunción, quedan dos nombres en la baraja.

—Dos.

—En Turín y en Milán. Florencia y Bolonia lo tienen todo archivado en papel, así que hay que ir allí.

—¿Y los dos nombres?

—Uno es Erico Costela, brasileño, nacido en 1937. Llegó a Italia en 1969 y volvió a su país en 1976. A partir de ahí ya no hay más datos. Pero medía un metro y sesenta y cinco centímetros.

—¿Y el otro?

—Stefano Aimar, nacido en San Damiano Macra en 1952, un metro ochenta y seis de altura. Primera intervención, en mayo de 1972, después de un accidente de moto; placa retirada en junio de 1974. Su último domicilio conocido estaba en la calle Bava: una buhardilla que compartía con un compañero de estudios de Filosofía. Pero desde finales de octubre de 1974 está en paradero desconocido.

—¿Desconocido para quién?

—Para nosotros.

—¿Nosotros-nosotros?

Isa asiente.

—¿Te suena de algo la calle Lampredotti?

—No.

—¿Andrea Gonella?

Arcadipane piensa.

—Tampoco.

Isa se lía un cigarrillo con el tabaco que saca de un estuche negro que Arcadipane nunca ha visto antes. Sus dedos trabajan de manera precisa, incluso femenina, si se quiere. Las uñas de los pulgares tienen roña de la moto.

—En la madrugada del 20 al 21 de diciembre de ese año —enciende el cigarrillo, resguardando la llama con la mano, aunque no haga viento— alguien arrojó dos cócteles molotov al interior de una de las sedes del partido neofascista MSI, en la calle Lampredotti. Este tal Gonella se había quedado allí hasta tarde para organizar los archivos y la palmó. Un par de semanas después, el nombre de Aimar apareció en el expediente de sospechosos investigados por la policía.

—Pero no lo encontraron en su casa.

—Ni en su casa ni en ninguna otra parte.

—Ni entonces ni después.

—No.

Arcadipane ralentiza el paso para tantear con la punta del pie algo que brilla en el intersticio entre dos piedras. Una anchoa encajada en los adoquines, como un fragmento de pirita. En el aire permanece el hedor a pescado, que las mangueras y las espátulas de los servicios de limpieza no han conseguido arrancarle al pavimento.

—¿Cómo llegaron hasta ese nombre?

Isa se mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros.

—Parece que aquella noche fueron cuatro. Uno era Edoardo De Maria, estudiante de Historia, de buena familia. Su padre era el dueño de cuatro escuelas privadas y su madre estaba en el negocio de las residencias de mayores. Su nombre, no se sabe cómo, fue el primero que salió, pero cuando la policía fue a detenerlo, De Maria ya estaba en Francia. Desde allí, gracias a los abogados de su familia, negoció para entregarse y conseguir que lo condenasen a la mínima pena.

—A cambio de los nombres de los demás.

—Sí.

—Que eran Stefano Aimar ¿y...?

—Maria Nicole Bo, también ella de una buenísima familia, y

Luciano Cau, un obrero de veintiocho años que ya era conocido por sus acciones subversivas.

—En total, cuatro.

—Cuatro.

Por el carril para tranvías y autobuses que divide la plaza en dos aparece una figura en bicicleta. Arcadipane la sigue con la mirada hasta que desaparece tras los carros de madera del área de almacenamiento. Deja en herencia durante unos segundos el chirrido de los pedales, al que después engulle el algodón de la noche. Un campanario cualquiera anuncia que es la una. No hace frío; solo humedad.

—¿Qué fue de los demás, aparte de Aimar?

—De Maria se entregó en el cuartel de Carabinieri de Ventimiglia en noviembre de 1974. Le cayeron dieciséis meses por complicidad. Después acabó sus estudios, se sacó la carrera y desde hace diez años es profesor de Historia aquí, en Turín. En cambio, Cau pasó a la clandestinidad en cuanto se enteró de que lo estaban buscando. Su nombre apareció años después en un grupo milanés de la organización política de extrema izquierda Lotta Continua. Lo detuvieron en 1981, lo condenaron a cadena perpetua por dos homicidios y tres robos y se pasó veintitrés años en la cárcel sin decir ni pío de lo de la calle Lampredotti ni de lo demás. Le dieron la condicional en 2002 y en 2004 se anuló la sentencia. Desde hace unos años trabaja para una cooperativa fuera de la ciudad. Maria Nicole Bo, que era novia de Aimar, también desapareció en aquellos días y nadie ha vuelto a saber nada más de ella.

—Tampoco la han encontrado.

—No, pero si aquello fue una venganza de los fachas, puede que en la fosa estén también sus huesos.

Arcadipane admite que es posible, pero que eso no explicaría por qué hay en ella diez cuerpos más, ni por qué dicen lo que dicen en Milán, ni diez cosas más que ahora no se le vienen a la mente, pero que siente como una traba al razonamiento de ella.

Un anciano en bata sale al balcón y riega las macetas del tercer piso. El ruido del agua que cae llega como un racimo de petardos. Arcadipane e Isa bajan por la misma acera por la que han subido.

—¿Hay algo más? —pregunta él cuando llegan al puesto de kebabs.

Isa observa el letrero apagado: en la terraza vacía aún flotan un poco de humo y un par de siluetas. Se sienta en el escalón de antes. El papel de aluminio, las colillas y la lata están en el mismo lugar.

—¿Conociste a uno que se llamaba Petri?

Arcadipane asiente. Era comisario jefe cuando entró en la Policía. Durante la guerra contra los británicos, lo capturaron en África y se pasó un año en un campo de prisioneros de la India. Desde entonces lo único que bebía era agua con gas. Siempre tenía una botella llena sobre su escritorio. Un gran policía. Se jubiló pocos años después y Bramard ocupó su puesto.

Isa se desliza por la cara interna de la mejilla la bola metálica que lleva en la lengua.

—Al principio se encargó del caso de la calle Lampredotti, pero al cabo de dos semanas el expediente pasó a la policía política. —Apaga el cigarrillo frotándolo contra el escalón y deposita la colilla en el papel de aluminio del kebab—. Yo intenté acceder a aquellos archivos cuando estaba buscando información sobre mi padre, pero ninguno de ellos estaba digitalizado y es imposible llegar a lo que hay en papel, si es que queda algo. Eso no significa que haya algún misterio detrás de este asunto. Simplemente que, si había poca gente que conocía ciertas informaciones, tenían que ser útiles.

Arcadipane la mira y piensa que lo que acaba de decir es algo sabio: sabio y amargo. Y que, si él no fuese el mierda que es, podría pedirle que le preparase uno de sus cigarrillos, aunque solo fuera por probar, y después se sentaría a su lado: el jefe y su mejor agente, sentados en los escalones del casco antiguo, multiétnico y un tanto peligroso de la ciudad, de noche, en silencio, tranquilos, para fumarse el último cigarrillo de la jornada después de haber sacado un poco los pies del tiesto y haber descubierto cosas sobre las que trabajarían, ya con la mente despejada, al día siguiente.

Pero, en lugar de eso, echa mano de uno de sus cigarrillos, lo enciende y permanece de pie, porque también para aquello es demasiado tarde. Nada de talento, nada de tiempo para aprender. Tarde. El resultado es un mierda de pie y una imbécil sentada en los escalones.

—Estaba en el expediente de la policía judicial —observa Isa mientras le acerca un folio—, pero la firma es de un jefe de la policía política, Romano Fiore.

—No he oído en mi vida ese nombre.

—Es una solicitud de traslado de un cabo específicamente para seguir el caso de la calle Lampredotti. Es probable que Petri quisiera que constase por escrito.

Arcadipane pone una cara que es todo cansancio, hora tardía y necesidad de un sofá y de tiempo para ordenar las piezas que ya están ahí. ¿De verdad que hay que añadir algo más? ¿Por si fuera poco algo que no parece encajar? ¿Cuestiones burocráticas?

Isa sigue con el brazo extendido hacia arriba. Arcadipane comprueba que solo hay tres o cuatro renglones. Coge el folio.

«Por la presente, el abajo firmante, Romano Fiore, jefe del Departamento de Policía Política [...] en fecha de [...], solicita [...].» Arcadipane desliza la mirada por el nombre del agente al que hay que trasladar, llega al final de la solicitud, lee la fecha, el lugar y la firma y, acto seguido, se sienta en el escalón.

—Un golpe de suerte, ¿no? —tantea Isa.

Arcadipane piensa que tiempo atrás se habría dicho «¡coño!, ¡pues sí!», mientras una bombilla empezaría a encendérsele en la cabeza. Ahora, sin embargo, no aparece nada. Y lo peor es que no volverá a aparecer, como tampoco lo harán el pelo, la polla dura y muchas otras cosas que alegran la primera parte de la vida, pero no tanto la segunda.

—No —responde.

—¿Por qué no? En su momento él hablaría con varios testigos y consultaría los informes. Porque ¿para qué lo iban a trasladar si no?

Arcadipane se mete en la boca una gominola de regaliz y contempla la calle en pendiente que han recorrido, primero en un sentido, después en el otro. Los coches aparcados a ambos lados, las aceras sucias, los contenedores de basura llenos. Una panadería, un pequeño supermercado, el taller de un zapatero.

—No —repite—. El caso se cierra aquí.

Isa espera unos segundos. Después vuelve a fumar. Es su gran virtud. Que todo le resbale. Tal vez tenga también otras que no se ven; al menos, no en el trabajo. Quizá es como esas orquídeas que solo florecen un día cada diez años. Y, desde luego, ese día no es hoy.

—Lo del almacén lo resolveré yo —anuncia Arcadipane—, pero no te esperes que la solución llegue de un día para otro.

Isa se levanta y, al estirarse, muestra la blancura de su vientre

plano bajo la chupa, la filigrana azulada de venas sobre la piel tensa de las caderas.

—¿Quieres que te devuelva el hueso? Si no, se lo llevo a un amigo, que tiene una prensa industrial.

Arcadipane responde que vale.

—Me basta con que lo hagas desaparecer.

La observa mientras ella camina hacia la moto, atada al poste, retira la cadena y arranca con el primer golpe de pedal.

«Por lo menos tiene un amigo», piensa.

14

—Se llamaba Marta y era de fuera de Turín. Al principio estaba con Renato, pero después rompieron porque, cuando él volvía de permiso, presumía de las chicas que tenía en Trento. Ella no montó ninguna escena. Era diferente. Su padre era odontólogo y su madre trabajaba en una herboristería de la zona de Sassi. Habían elegido el piso en nuestro barrio simplemente porque tenía una terraza de treinta metros y en el centro no habrían podido permitirse una terraza como esa. Eso sí, compraban en el barrio, comían en el bar de Gingino, el padre lavaba su coche con el agua de las fuentes públicas, como los demás, y ella frecuentaba los bancos del parque.

»Tenía el pelo largo, vestía vaqueros y botas y fumaba tabaco de liar, en lugar de cigarrillos. Parecía mayor, extranjera. Las chicas intentaban copiarla. Algunas dejaron de utilizar sujetador, pero lo de ella era algo que no podía copiarse.

»A Renato lo conoció en los bancos del parque, a los que él iba después del trabajo. Era mayor que nosotros, tenía moto y vivía en Mappano, aunque trabajaba en un taller familiar de la avenida Brescia desde los catorce años.

»Cuando ella lo dejó sin darle demasiadas explicaciones, él se puso como una fiera. Después no se le vio durante varias semanas, hasta que volvió con otra montada en su moto.

»Marta, en cambio, se pasó meses sin salir con ningún chico. Después empezó conmigo. Yo tenía dieciocho años, y ella, diecisiete. Estaba en el último año de Contabilidad, no tenía ni coche ni moto y tampoco era guapo, pero los que somos de barrio sabemos que estas cosas pueden ocurrir. Basta con estar en el lugar y en el momento justos, y yo estaba allí.

»Pasábamos el tiempo con los demás, en los bancos, pero a veces íbamos al centro, al cine, a librerías o a asociaciones, donde ella leía la prensa comunista. “Algún día me pegarás con tu porra”, decía. Yo ya tenía la idea de ser policía, pero jamás nos peleamos por eso.

»Cuando la invité a pasar dos días en la playa me respondió “vale”. Sus padres eran de mentalidad abierta, ella ya había pasado unas vacaciones sola en Inglaterra.

»Yo conocía Andora porque de pequeño iba cada año allí, durante una semana, con mis tíos. Me acordaba de un hotel frente al mar, con balcones de rejas blancas y mesas en la terraza. Pensé que era perfecto. Salimos por la mañana, muy temprano, de la estación de trenes de Porta Nuova. Marta llevaba un abrigo y una bolsa de piel, como si estuviese siempre viajando. Imagino que hicimos las cosas que hacen los jóvenes cuando salen juntos, pero no consigo recordar cómo era ella ni cómo era yo.

»Cuando llegamos, el cielo estaba cubierto. Lloviznaba. Fuimos al hotel a dejar el equipaje y después, al muelle. Fumamos: yo, mis cigarrillos; ella, su tabaco.

»—¿Damos un paseo? —me sugirió.

»—Sé dónde podemos ir —respondí.

»Cuando era niño, mi tío Cece y su mujer tenían dos carnicerías, un matadero en la zona del estadio nuevo y otros negocios relacionados con la carne de caballo. Eran los únicos ricos de la familia y cada verano nos invitaban a los tres sobrinos a pasar una semana en el mar para saldar su deuda con sus hermanos, que les habían prestado el dinero con el que montaron su primer local.

»El apartamento se encontraba en el edificio Albatros, encima del restaurante Due Citroni. Desde él no se veía el mar, pero estaba a apenas cinco minutos. Playa Bagni Tortuga, tercera fila. A lo largo de los años fueron entablando amistad con dos ancianos que venían desde Poirino con sus nietos: el chico tenía mi edad y la chica, vello en la espalda, que se volvía negro cuando salía del agua. El abuelo era ingenioso y nos proponía adivinanzas. Una de ellas decía: soy una cosa que a cada cosa se pone. El nombre. Cada año yo olvidaba la respuesta y aquel hombre siempre volvía a parecerme muy inteligente. Había trabajado como camionero durante cuarenta y cinco años para la misma empresa.

»Una noche, en la playa, antes de que cada cual se fuese a su apartamento a cenar, nos habló del día en que, dando marcha atrás en el patio de aquella empresa, aplastó al hijo pequeño del dueño con las ruedas del remolque. Lloraba. La mujer le puso las manos sobre las rodillas. El dueño no lo despidió porque él no había tenido la culpa de

lo ocurrido. El niño se llamaba Marcellino e iba a cumplir tres años. También la tía Cetta lloraba. Una vez al año el anciano y el dueño, el padre de Marcellino, se iban a cenar los dos solos a un lugar lejano en el que nadie los conocía, y allí bebían hasta emborracharse. Después el dueño le daba una paliza en el aparcamiento. Al día siguiente, entre lágrimas, le pedía perdón y él, entre lágrimas, le respondía: “No pasa nada, a mí también me hace bien”. Nosotros escuchamos, sentados en la arena, y sentimos que era un momento que jamás se repetiría. Estábamos en lo cierto. En aquellos años en los que fuimos vecinos de sombrilla solo contó la historia una vez.

»Había algo que yo esperaba con impaciencia cada año: la excursión al santuario. Por el camino había una base militar y dos radares que se distinguían incluso desde la playa. Mientras subíamos, nos cruzábamos con todoterrenos descubiertos y camiones conducidos por soldados con uniforme verde. Yo me ponía unos pantalones verdes que me había comprado en el mercadillo y una chaqueta marrón. Caminaba unos metros por delante de mis tíos. “Un soldado de la base”: estaba seguro de que eso era lo que pensaban las personas que me veían.

»Seguramente recordé todo aquello mientras pasaba junto con Marta por delante de los carteles que identificaban el área como zona militar, pero tampoco puedo poner la mano en el fuego. Aquella noche íbamos a dormir juntos y yo nunca había follado. Algunas tardes en las que sus padres estaban fuera nos habíamos quedado en su casa y nos habíamos metido mano, pero sin quitarnos la ropa. En realidad podríamos haber ido más allá, porque ella ya lo había hecho con Renato. Pero no lo hicimos. No creo que, si yo lo hubiese intentado, ella me hubiese dicho que no. Pero habíamos puesto ahí el límite. Y de momento lo respetábamos.

»Cuando, ya en el dormitorio, nos metimos desnudos bajo la manta, ella estaba tranquila. “Es normal —me dije—. Ya lo ha hecho antes. Mantén la calma.” Pero aquello no salió bien. No se me puso dura, aunque, así y todo, me corrí. Después ella se puso a hablar como si allí no hubiese pasado nada, desnuda bajo la sábana. Cuando se quedó dormida, fui al baño, abrí la ventana y me senté en el váter. Afuera llovía. Las luces de los radares estaban encendidas. Pensé en aquella época en la que, de niño, caminaba por los alrededores de la base, con mis pantalones verdes y mi chaqueta marrón. En que nadie

podría haberme tomado en realidad por un soldado, porque yo era tan solo un niño de siete años. Todos lo veían. Todos menos aquel niño que era yo. Fue la última vez que lloré.

—Hasta que empezaron las crisis —corrige ella.

Sobre la colina en la que ha mantenido fija la mirada durante todo ese tiempo aparece un globo, tal vez una sonda aerostática. Arcadipane sigue la trayectoria diagonal que, dieciocho segundos después, lo lleva a desaparecer tras el filo derecho de la ventana de la buhardilla. Solo han transcurrido dos días desde la primera consulta, pero la estación del año en la que se encuentran ya ha arrebatado luz a todos los objetos.

—Imagino que ahora estará cansado —observa ella.

A él le entran ganas de reír: un pescador coge un pescado, lo destripa, arroja sus entrañas al mar y a continuación le pregunta: «¿Está usted cansado?». Pero no se ríe. Está demasiado cansado. Oye cómo ella bebe de la taza. En cuanto entró, percibió, sobre la mesa situada entre los dos sillones, un cenicero con los restos de un porro.

—Todavía le quedan cinco minutos. ¿Quiere decir algo más? ¿Explicar cómo terminó con la chica?

—No.

—Mejor así. Ya sabemos de sobra que, después de llorar en el baño durante toda la noche, a la mañana siguiente salió y se la folló hasta que alguien llamó a la puerta para decirles que tenían que dejar libre la habitación. Después, al cabo de unas semanas, la cosa se fue apagando, sin necesidad de que se dijesen nada el uno al otro. La tesis de Marta se había confirmado: el mundo de los últimos, como había descubierto a través de Pasolini, tiene incluso algo bello; por no hablar de que, siempre y cuando no se les obligue a realizar un sutil trabajo cerebral, ellos follan mejor que los intelectuales. Total, que al final optaría por la gente cultivada, la universidad, las drogas, los viajes, las revistas de interiorismo y el voluntariado en África. Pero volvamos a nosotros, dado que no es Marta quien paga: en estos últimos días, ¿ha dicho «no» a algo?

—¿En qué sentido?

—Hablo de los noes importantes, no de los que les lanzamos a alguien que nos pide dinero o que nos pregunta si queremos azúcar. De cosas importantes sobre las que está totalmente seguro de que no va a cambiar de opinión. ¿Lo ha hecho o no?

Él se coloca las manos en el regazo, en la misma posición en la que, imagina, están las de ella. Reflexiona.

—Sí.

—¡Hombre, por fin! —resopla Ariel—. Tarea para la próxima vez: por lo menos dos de esos noes deben convertirse en síes.

—Pues se va a armar un buen follón.

—¿Es que se piensa que estamos aquí para divertirnos? Además, sepa usted que esto es una cosa de principiantes. Casi me avergüenzo de pedírsela. Ya se puede marchar.

Arcadipane se gira para mirarla y se topa con una chica con ojos de un marrón más bien convencional, pelo castaño recogido en una coleta y labios apenas un poco más oscuros que la piel, que es color aceituna. Viste una camisa azul de hombre, con las mangas remangadas, y lleva una manta sobre las piernas, porque en esa buhardilla siempre es otoño. Una chiquilla. Hermosa, pero una chiquilla.

—Tengo veintisiete años —informa, con una risa sarcástica—. ¿Muy pocos como para explicarle la vida de pe a pa?

Él no se siente obligado a responder, porque ya ha cambiado la postura de los hombros, de la mandíbula y, a su pesar, también de la pelvis. Le mira la nariz infantil e imperfecta, y los dientes, que podrían ser los de una madona si las estatuas de la madona sonriesen. Coge una gominola de regaliz y se la lleva a la boca.

—Usted está loca —dice mientras se levanta.

Cuando llega a la puerta se saca de la cartera dos billetes de cincuenta y los deja donde debe dejarlos. Sabe que ella lo está mirando por encima del respaldo del sillón, pero no se gira. Abre la puerta y la cierra a sus espaldas.

En el vestíbulo, el hombre salvaje lo observa, apoyado en el marco de la portería, provisto de trapo de lana y cepillo para fregar el suelo. Arcadipane atraviesa los cinco metros de mármol de los años setenta, venciendo frente a la adherencia de la cera, tira dos veces de la puerta antes de empujarla y, por fin, llega a la calle.

Solo un pedazo de nube negra al fondo del paseo; el resto es azul: «Cielo *congrandesclaros* —decía la radio del coche esta mañana—. Durante el fin de semana, sin embargo, la situación podría cambiar».

Desciende los escalones hasta llegar a la acera. Entonces se da cuenta de que no tiene ni una sola idea clara en la cabeza. ¿Dónde ha

aparcado? ¿O quizá ha venido en transporte público? Pero, entonces, ¿cuándo escuchó la radio? ¿Tiene que volver a casa? ¿O ir a la central? ¿Llamar a Pedrelli? ¿O es Pedrelli quien tiene que llamarlo a él? ¿Y el hueso? ¿La calle Lampredotti? ¿Dónde juega Giovanni este domingo? ¿Quién es Nascimbene? ¿Qué cojones quieren todos de él?

Pasa a través del escaso tráfico, entra en el bar de enfrente y, tras pedir «un café frío», va a encerrarse en el baño.

Se echa un puñado de agua en la cara, que le da la impresión de estar hirviendo, y deja que las gotas caigan sobre sus zapatos, sobre el suelo, sobre el cuello de su camisa. Cuando las siente en el ombligo se percata de lo confuso, empapado y ofendido que está.

—¿Para tomar en la barra o en la mesa? —le pregunta el camarero en cuanto lo ve salir.

Arcadipane coge el ridículo vasito triangular y, sin responder, se lo lleva a una mesa junto al ventanal. Se deja caer en la silla, de tapizado noble, y bebe un sorbo. ¿Por qué ha pedido un café frío? Las cosas calientes no están buenas frías. No es lo mismo el calor que el frío. ¡Y encima han añadido *amaretto*! Saca el teléfono y pulsa el botón más desgastado.

—Dime —responde ella.

—Soy yo —informa.

—¡Ya sé que eres tú! ¿Qué pasa?

—Nada, era solo por hablar. ¿Estás en casa?

—Es jueves y son las once. Estoy en el instituto.

—¿Y por qué respondes si estás en el instituto?

—Porque estamos en el segundo recreo. Pero ¿qué te pasa?

—¡Que qué me pasa! ¡Que qué me pasa! No me pasa nada. ¿Y los niños?

—Los niños están en el instituto, salvo que tú sepas algo que no sepa yo. ¿Estás en la central o fuera?

—Fuera.

—¿Y qué estás haciendo? Cuéntame.

—¡Qué quieres que te cuente! En nada tendrás que volver a la clase.

Ella reflexiona.

—Podríamos comer algo cuando salga, si quieres. Los niños se las apañan bien en casa.

—Uy, sí, se las apañan bien. ¡Imagínate! Son capaces de vender

los muebles. De todas formas, estoy en un bar. Me estoy tomando un café frío. Muy rico.

—Estupendo. No te preocupes.

—¿De qué no debería preocuparme?

—De nada, todo va bien. Los chicos pueden parecer un poco de aquella manera, pero yo veo lo que hay por ahí. Nosotros tenemos suerte. Su trayectoria es la adecuada.

—¿Qué trayectoria? ¿De qué hablas? ¿Por qué dices cosas tan confusas hoy?

—Da igual. Hablamos en casa con calma, ¿vale? Ahora haz lo tuyo, pero con tranquilidad.

Arcadipane observa el tráfico blando, un par de transeúntes. Unas gotas empiezan a golpear la acera, las carrocerías de los coches, la escalera del edificio de enfrente.

—¿Vincenzo?

El conserje abre de par en par la puerta y sale ella. De repente, algunas gotas del temporal le manchan el impermeable abierto, la camisa azul de hombre. Ariel se detiene en equilibrio inestable sobre sus muletas, con sus grandes zapatos negros haciendo las veces de precario pedestal. Levanta la vista hacia el cielo.

—¿Vincenzo? ¡No te oigo!

Después vuelve a ponerse en movimiento, el primer escalón por impulso, el segundo por inercia, el tercero casi precipitándose, con las piernas raquíticas que oscilan en la gabardina, como el badajo de una campana.

Ahora está en la acera, con los pies bajo la lluvia. Mira hacia la derecha y después hacia la izquierda. Un par de transeúntes ralentizan el paso, pero, aunque ella no tenga sombrero ni paraguas y no pueda levantar las manos para guarecerse, parece cualquier cosa menos alguien que necesite ayuda. De hecho, los peatones siguen caminando. También el conserje ha vuelto a entrar.

—¿Sigues ahí, Vincenzo?

Ariel se dirige a la izquierda, con sus pechos pequeños y duros perfilándose bajo la camisa, ya empapada. Arcadipane la observa en aquel solemne caminar suyo, bamboleante y penoso. Piensa que es terrible, pero también exclusivamente suyo.

—¿Vincenzo?

Está abriendo la puerta de un Golf color café con leche,

penúltimo modelo; arroja el bolso en bandolera al asiento del copiloto, las muletas al trasero, y se mantiene apoyada en el techo como si fuese agradable tomar un poco más de aire antes de encerrarse dentro. La carrocería es toda una ebullición de salpicaduras que ocultan su rostro. A continuación entra, arranca y se va.

—¿Vincenzo?

—Sí.

—¡Ah! ¡Estás ahí! No te oía.

—Aquí estoy.

Silencio.

—Te quiero, Vincenzo, así que trata de evitar que te disparen y procura no firmar cheques ni enamorarte de otra de aquí a esta noche. Después lo ponemos todo en orden, ¿te parece?

—Sí. —Cuelga.

Han entrado dos o tres personas para refugiarse de la lluvia. En pago de su estancia, piden un café o un vaso de agua. Cosas baratas.

Arcadipane se lleva una mano al bolsillo, donde encuentra el botón a presión. Al acariciar su relieve metálico de cinco letras, siente en el estómago un movimiento mínimo, que se asemeja al hambre del pasado. Nada demasiado grande. Un destello de apetito.

15

Consulta el pequeño reloj magnético de cuarzo en el salpicadero. El tipo del teléfono le ha dicho que a las cinco, pero lleva esperando por lo menos media hora en este aparcamiento sin asfaltar, asfixiado por el hedor a estiércol, gasóleo y agua estancada que tienen las zonas de campo.

Baja la ventanilla y escruta el campanario de la aldea cercana, las trayectorias de los insectos sobre las plantaciones de maíz trillado, el temblor de los girasoles en el terreno contiguo. Está a veinte kilómetros de Turín, pero no hay huellas del temporal que golpeaba el Alfa mientras salía de la ciudad. Por lo demás, todo en provincias llega siempre tarde.

Se enciende otro cigarrillo y se rasca una rodilla. Está haciendo una gilipollez y lo sabe. Ha elegido un sitio fuera de la ciudad precisamente con la idea de darse tiempo para reflexionar y cambiar de opinión, y, sin embargo...

Por el retrovisor ve llegar un Renault Kangoo rojo, con una sola persona dentro.

«Pues ya estamos», se dice.

El tipo aparca en el lado opuesto del claro, levantando mucho polvo. Se baja y abre el maletero. Tiene una camisa cuya suciedad se distingue desde lejos, unos vaqueros añejos y unos cuarenta años, tampoco muy limpios, exactamente.

Agarra un saco de treinta kilos de pienso y se lo encaja bajo el brazo, mientras cierra la puerta del coche con la mano libre. Parece enclenque, pero debe de ser puro músculo. Si no eres puro músculo, es imposible que hagas algo así con un saco de treinta kilos.

Arcadipane se baja del vehículo.

—¡Eh! —saluda el tipo. Tiene el pelo rizado y polvoriento.

Arcadipane le estrecha la mano y, juntos, se dirigen hacia el punto en el que la verja se convierte en una cancela. Desde el interior empiezan a llegar algunos ladridos.

—Los viernes por la tarde cerramos, pero de todas formas tenía que pasarme a hacer limpieza. Los sábados viene un montón de gente.

El tipo tiene muchos dientes, pero ninguno en su sitio. Además, le falta un dedo. Arcadipane se pregunta si este es uno de esos puestos de trabajo que se reservan para discapacitados. Si se corriese la voz de que tan solo se exige que te falte un dedo, los hospitales harían bien en prepararse para lo que se les vendría encima.

Una vez dentro, el tipo abre una garita situada a la izquierda y deja en ella el saco de pienso.

—Ya podemos entrar —confirma.

Recorren una franja de cemento. A un lado, un pequeño prado pelado, casi convertido ya en tierra desnuda; al otro, en cambio, continúa la cabaña. Al fondo se divisan las jaulas.

—Me decía que no tiene las ideas muy claras.

—No.

—Ni experiencia.

—No.

—No importa. En estas cosas, lo mejor es dejarse llevar por el instinto. Eso sí, usted vive en la ciudad.

—En plena ciudad.

—Entonces vamos a descartar lo que no le conviene. No quiero volver a verlo aquí dentro de uno o dos meses.

Están delante de la primera jaula. Dentro hay dos animales de grandes dimensiones, más bien indiferentes.

—El de la izquierda tiene ya ocho años y no es que sea un modelo de simpatía. Llega de la calle; es de la vieja escuela. Astuto. Más bien demasiado. Pero téngalo presente. Al otro no, no le gustan los extraños. O sea, nadie.

Continúan. A las rejas de la segunda jaula se acerca un perro pequeño, de pelo rizado, blanco, que ladra, pero de alegría. También se acercan otros dos, más cautos. Tamaño mediano. El tipo introduce uno de sus nueve dedos entre los barrotes y acaricia las narices húmedas.

—Dorina, la blanca pequeña, es perfecta. Tiene dos años, está esterilizada y ya está acostumbrada a vivir en un piso. No necesita moverse, se siente bien cuando se queda en el sofá y le cae bien todo el mundo. También el sabueso tiene un buen carácter, pero requiere mucho ejercicio. Si usted no tiene tiempo... Alfred es buenísimo, tiene

seis años. Necesita coger confianza, pero después es muy cariñoso. Quizá esté un poco sordo. A veces los perros sordos aúllan de noche. En un piso eso es un desastre. Con Dorina, en cambio, no se equivoca. Yo la pondría en la *pole position*.

—De acuerdo.

—¿Vemos alguno más?

—Sí.

En la jaula siguiente Arcadipane distingue un pequeño culo musculoso que se asoma por la puerta de una caseta de perro.

—Este no —se limita a comentar el tipo, pasando a la siguiente—. Estos son dos hermanos, medio huskies. El macho es un poco problemático con los demás machos, pero la hembra está preparada. También esterilizada. Tiene más de un año y se acostumbra a todo. Han llegado desde Sicilia siguiendo una trayectoria que no le voy a explicar. Pero el que está dentro de la caseta se lo recomendaría a alguien con experiencia. Tiene sangre de perro lobo checoslovaco. Son animales territoriales. Tienen que caminar mucho y comer lo justo y necesitan dueños con autoridad y a los que les guste el deporte. Si uno los sabe llevar, le darán muchas alegrías, pero si se equivoca con ellos, estará acabado. No se ofenda, pero no lo veo para usted.

Arcadipane mira hacia atrás.

—Y a ese que está solo en la jaula, ¿qué le pasa?

—Parece que era de un pintor. Cuando el viejo se murió, una sobrina suya lo trajo, pero le falta una pata trasera, tiene más de diez años y está medio ciego. Lo tenemos aquí simplemente porque muerde a los demás perros, incluso a los cachorros. Por desgracia, de vez en cuando también los perros tienen un carácter de mierda.

Arcadipane fuma, observa las demás jaulas.

—¿Qué pasa si después de un tiempo no se los lleva nadie? ¿Los matan?

El hombre lo mira fijamente.

—¿Está seguro de que quiere un perro?

—¿Por qué?

—Aquí no matamos a ninguno. Los perros a los que nadie adopta se quedan aquí hasta que mueren de muerte natural. Los voluntarios vienen tres veces por semana a llevarlos a pasear al campo. Reciben comida, tratamiento médico, juegan y, a pesar de las jaulas, están acompañados.

Arcadipane mira alrededor; fuma.

—Está bien que no los maten.

—No, no los matamos. ¿Quiere pensárselo un poco más? No es una decisión que se deba tomar a la ligera.

—Lo sé. Continuemos.

Entran en una zona en la que hay jaulas a ambos lados. Algunas están ocupadas por cachorros. Las madres permanecen tumbadas en los rincones de sombra y viento, cerca de cuencos de agua en los que han aparecido algunas algas. Vigilan a los pequeños, que exploran y juegan. Las chapas del techo, las rejas y el suelo de cemento emanan calor y somnolencia. Casi todas tienen la lengua fuera.

—Aquí alojamos a los cachorros con sus madres. Si ve alguno que le guste, levante la mano y dejamos el tema resuelto cuanto antes. Mañana llegan las familias con niños, y los cachorros son los primeros que se llevan. A veces tenemos que discutir, porque quieren justo los que todavía están tomando el pecho. De hecho, se los llevarían incluso sin desparasitar. Se llama el «efecto pollito». Le dejo un momento solo para que los vaya mirando. Yo, mientras tanto, les pondré agua. No tenga prisa, «busque a su igual», como decía mi maestro.

Arcadipane asiente mientras se pregunta cómo coño alguien que trabaja en una perrera puede tener un maestro. Pero el tipo ya está volviendo a la garita. Arcadipane estudia la jaula cuyo cartel reza: «Palmira & Sons». La madre es mitad perro de caza, mitad raza volpina. Tiene cinco cachorros: dos negros, dos blancos y uno marrón. El marrón está sentado, de cara a la pared. «¡Che!», lo llama Arcadipane. El cachorro se gira, baja la nariz y lo observa como si llevase gafas con lentes bifocales.

—Profesor, ¿quién es mejor? ¿Tú o alguno de tus hermanos?

Profesor se levanta y se acerca a sus hermanos. Se diría que está hablando con ellos, consultándoles. Pero empiezan a jugar. Arcadipane lo mira y vuelve a pensar en muchas de las cosas de los últimos días.

El tipo, arrodillado, está conectando la manguera al grifo que hay fuera de la cabaña. Se ha puesto unos guantes. Cuando lo oye llegar, cierra a medias los ojos porque está de cara al sol.

—¿Qué? ¿Tiene ya alguna idea?

16

Hace treinta años, tal vez más, que no conduce por esa carretera. Pero treinta años atrás la recorrió muchas veces, casi siempre por motivos que no se olvidan. Por eso no vacila en las rotondas, aun cuando por aquel entonces aún no existiesen, y es capaz de orientarse entre las colinas de tierra roja que los tractores ya han removido. Deja atrás un restaurante de camioneros donde recuerda haber comido con Bramard, un cementerio que ya en su época estaba abandonado, un castillo medio escondido entre árboles altísimos y unos hornos, donde gira hacia la derecha. Consulta la hora para comprobar si es buen momento para llamar a la puerta. Sabe que antes cenaba temprano, pero ahora...

La carretera se estrecha, convirtiéndose en municipal. Se ve obligado a detenerse y a avanzar con las ruedas por encima de la hierba cada vez que se encuentra un tractor con abonadora o a una anciana que conduce un coche pequeño, pero que inspira poca confianza. Entretanto han dado ya las siete y media. A lo mejor podría hacer algo de tiempo. Sería la segunda gilipollez del día, después de la de la perrera. Pero, si se para, es posible que esta vez las cosas sean diferentes.

Cuando entra en el restaurante, abriéndose paso entre las tiras de la cortina antimoscas, en el comedor hay ya un par de mesas ocupadas. «Piamonteses de mierda —piensa—. A esta hora, Mariangela ni habrá puesto el agua a cocer.»

Se dirige a una mesa preparada para un solo comensal. El lugar no ha cambiado mucho. En el mostrador de los entrantes, el mismo paño de gasa de los que se usan para decorar las mesas en los banquetes de bodas y las mismas moscas que por aquel entonces.

La mujer sale de la cocina y se acerca a él. Como es obvio, no lo reconoce. No es posible reconocer a alguien a quien se ha visto un par de veces treinta años atrás. Salvo que te haya hecho un enorme daño o un gran bien, pero no es el caso.

—¿Qué va a tomar? —pregunta con un fuerte acento.

—¿Hay escabeche de trucha?

—No. En cuanto pasa el calor ya no hay.

—Pero hoy hace calor.

—La próxima vez me avisa el día antes y la tendré aquí.

Arcadipane sostiene en la mano la carta, pero ni siquiera le ha echado un vistazo. En realidad, ha entrado para reflexionar. Pero aprovechando que ya está aquí...

—¿Y qué tiene de carne?

—La cruda está allí, se la puede servir usted mismo. Aparte, tengo chuletas, pallarda e hígado. También trucha común, fresca, de piscifactoría. Y, si quiere, ranas.

—Pues ranas.

—Ranas.

—Y medio litro de vino blanco. Pero primero voy a ver los entrantes.

—Entonces espero para preparar las ranas.

La observa mientras se aleja, con los brazos cansados, el pelo recogido, los pechos un tanto caídos, pero aún bella. Trata de imaginársela cuando tenía diecisiete años y Bramard se fue con ella a un prado durante la feria del pueblo. La primera mujer. Una de las pocas confidencias que le hizo una noche en la que estaban cenando allí. Es increíble cómo se acuerda de todo lo que le dijo. De todo lo que hicieron juntos.

Cuando termina de comer, se acerca a la barra y pide la cuenta y un café.

—¿Le han gustado las ranas?

—Me han gustado.

Ella se asoma por encima del mostrador y mira hacia abajo. El escote de su delantal se abre un poco.

—¿Le damos algo a su amigo?

—No hace falta —responde Arcadipane.

La mujer reconquista la posición tras la barra; el escote sigue abierto.

—Son solo animales —observa—, pero dan pena.

Diez minutos más tarde, Arcadipane toma un camino agrícola que se aleja de la carretera municipal y, después de un par de curvas, reconoce la casa sobre la cima. Sigue teniendo forma de L orientada

hacia el sur, pero le da la impresión de que algo ha cambiado. Cuando se detiene en el patio descubre que el techo está reparado; la fachada, encalada, y que en los escalones que suben hacia la cocina hay macetas. Geranios también en las ventanas.

—Tú esperas aquí —ordena.

Se baja del coche y se dirige hacia la escalera. Son casi las ocho y media, pero la luz del día sigue aferrada a la blancura de las paredes. Las montañas del fondo, en cambio, son azules. Entre la casa y las montañas, unos sesenta kilómetros de campos tremendamente piamonteses.

Llama a la puerta. Quien abre es Elena. Lo sabe, a pesar de que nunca antes la ha visto.

—Buenas tardes —saluda.

—Buenas tardes —responde ella.

Tiene el pelo rubio, sujeto, allí donde es más largo, tras las orejas. Ni siquiera llega a rozarle los hombros. La camiseta de tirantes y las bermudas disimulan que es del Este y que es bella.

—Soy Arcadipane, un antiguo compañero de trabajo.

—¿Vincenzo?

—Vincenzo.

—Está por allí —indica ella, señalando con la barbilla.

El cobertizo frente a la casa, que en su momento albergó un viejo tractor y otras mierdas, ahora está cerrado, y los arcos de la segunda planta se han acristalado. La hierba que entonces asomaba por todas partes entre los ladrillos se ha convertido en una enredadera. Un verde organizado. Un diseño.

—Su amigo está allí haciendo algo —explica Elena.

Arcadipane se gira hacia el Alfa, donde una sombra oscura se agita, aferrada al reposacabezas.

—Con su permiso —se despide, mientras baja volando la escalera.

Cuando abre la puerta del coche, se lo encuentra con un trozo de tapicería aún entre sus mejillas caídas.

—¡Bájate! —le grita, sofocado.

Le propinaría una patada en el culo, pero sabe que Elena lo está mirando, así que pone rumbo al cobertizo, con el chucho detrás.

Al llegar al escalón superior, se coloca las manos sobre la frente, a modo de pantalla, para romper el reflejo del cristal de la puerta.

Bramard está sentado ante una mesa de madera bruta. Tiene enfrente a un crío con el pelo cortado a tazón, camiseta de rayas y poquísimas ganas de hacer lo que está haciendo. Al fondo de la sala, una chica de unos doce años lee, sentada en un sillón. Sobre las tres paredes de la estancia que no son de cristal, tan solo libros.

Toc-toc.

Corso se gira y algo que le estaba diciendo al chico se le queda encajado entre los labios. Toda la sorpresa se concentra en ese punto. Por lo demás, la misma cara de siempre, lejana, nórdica y angulosa. Cuando Arcadipane abre la puerta, el crío ya se ha puesto en pie de un brinco.

—Repasa —le indica Corso—. Lo revisamos antes de acostarnos.

—¡Pero ya me lo sé!

—Yo también. Por eso lo vamos a revisar.

El chico mete el cuaderno en la mochila.

—¿Quién es este? —pregunta, señalando a Arcadipane.

—Un amigo. Cuando aprendas a preguntar bien las cosas podrás saber más detalles.

El crío chasquea los labios para dejar claro que aquello le importa un pimiento y se cuelga la mochila a la espalda.

—¡Ani! —exclama.

La chica asiente con la cabeza sin levantar los ojos de las páginas.

—Puedes llevarte el libro —le propone Corso.

Ani cierra el libro, despliega con calma las piernas y los pies y se levanta del sillón. Su cuerpo se parece a un tubo de pasta de dientes, pero es obvio que dentro de él circula ya algo muy potente, aún bajo control, pero solo de momento.

—¿Qué tal es? —le pregunta Corso cuando ella pasa a su lado.

—Maravilloso. ¡Gracias! —Hace plof-plof sobre la portada.

Los dos chicos esquivan a Arcadipane y salen.

—¿Qué animal es ese? —oyen que él le pregunta a su hermana mientras bajan la escalera.

—¡Bah! —responde ella.

A través del cristal los ven cruzar el patio.

Él le ha robado el libro. Ella lo alcanza y se lo arranca de las manos. Suben la escalera dándose empujones y desaparecen en el interior de la casa.

—¿Qué ha sido de su pata? —pregunta Corso.

Arcadipane contempla al hombre que fue su jefe y que, a pesar de su pelo corto y de sus ojos, un poco más suaves, aún conserva la misma expresión enigmática. Los hombros son más densos, como cuando la musculatura se relaja, pero el cuerpo sigue siendo alto y las extremidades, atléticas.

—No lo sé —contesta—. Lo tengo desde hace poco.

—¿Cómo de poco?

—Un par de horas.

Corso mira al perro, sentado a un metro de los pies de Arcadipane.

—Pero te sigue. ¿Cómo se llama?

—Trepet.

—¿Qué significa?

—No lo sé. A lo mejor es el nombre de un pintor.

—¿Cómo se escribe?

Arcadipane se saca del bolsillo la cartilla que el tipo de la perrera le ha entregado y se la pasa.

—*«Tre pé»* —lee Corso—. Es piamontés. Quiere decir «tres pies».

Arcadipane recupera la cartilla y vuelve a metérsela en el bolsillo sin hacer comentarios. El perro respira entrecortadamente; después se tira un pedo y se calma.

—¿Sigues en el instituto? —pregunta Arcadipane.

—Sigo allí.

—¿Sigues a tiempo parcial?

—A tiempo completo. Han cambiado algunas cosas.

Arcadipane dirige la mirada a la casa, en una de cuyas ventanas Elena está sacudiendo una alfombrilla.

—¿Qué tal son los niños?

—Ani es fácil. Ya hablaba algo de italiano, le gusta el colegio, lee y enseguida hizo amigas. Matei, en cambio, no ha empezado a adaptarse hasta ahora. Estaba más apegado al padre. El colegio no le gusta mucho. Estoy intentando echarle una mano.

—¿Y Martina?

—Al principio vino un par de veces. Quería ver las cosas de su madre, conocerme, saberlo todo... Pero se iba siempre hecha polvo. Durante un año no volví a verla ni a hablar con ella. Otoñ... Él le dejó un piso. Y dinero. En ese sentido, es independiente. En junio, cuando terminó los estudios en la universidad, me escribió y pasamos varios

días haciendo senderismo por las montañas de alrededor de Basilea. Acordamos que, aunque lo nuestro jamás sería lo que podría haber sido, al menos será algo. Ha vuelto a Costa de Marfil con su ONG. ¿Y tu gente?

—Giovanni sigue jugando y, si no hace muchas gilipolleces, este año terminará el instituto. Loredana va estupendamente en el bachillerato de humanidades y cultura clásica, pero está engordando.

—¿Y Mariangela?

—Fenomenal. Entiende a nuestros hijos. Da clases. Me aguanta.

—O sea, que no os habéis divorciado.

—No.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿Has empezado a aceptar sobornos?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Arcadipane da unos pasos hacia el ventanal. Trepet lo sigue y vuelve a derrumbarse una vez reestablecida la habitual distancia de un metro con respecto a su amo. Levanta su única pata trasera y se lame los testículos. Parece uno de esos trozos de leña que coges con la esperanza de que entren enteros en la chimenea, porque, si no es así, no tienes ni idea de cómo romperlos para que tengan el tamaño adecuado.

—¿Has oído lo de los huesos que han aparecido cerca de Chivasso?

—Lo he leído en el periódico.

—Al principio era un caso nuestro, pero después nos encontramos sobre el terreno a los de Milán. Han decidido, nadie sabe cómo, que son de la Segunda Guerra Mundial.

—El artículo dice que son especialistas.

—Eso me dijo el inspector cuando me llamó, a las nueve de la noche, para recordarme que tenía que colaborar. Al día siguiente, uno de los suyos pasó por la central para llevarse los restos que teníamos.

—¿Pero...?

—Me quedé un fémur.

—Un fémur.

—Un fémur.

Bramard guarda silencio. Arcadipane se lleva las manos a los

bolsillos y observa a Matei, que, en el patio, da patadas a un balón rojo para que rebote contra la pared de la casa.

—¿Se puede fumar aquí?

—Ven, vamos fuera.

Atraviesan el patio, en el que Matei celebra un gol corriendo en círculo con los brazos abiertos. La pelota está parada en el centro. Desprotegida. Se oye el sonido de la perforación y el aire que se escapa.

—¿Pero qué coño haces? —grita el chico.

—¡Matei!

—¡Pero me la ha pinchado, este *mânji*!

—Pues coge otro del garaje. —Corso le acaricia la cabeza sin ralentizar el paso.

El perro y el niño se miran durante unos segundos; después, Matei se dirige a la cochera. Trepet orina dos gotas sobre el balón, ya desinflado, y alcanza a los hombres, que han dado la vuelta a la esquina.

—¿Haces vino? —pregunta Arcadipane mientras señala las ordenadas hileras de la suave colina.

—Las vides llevaban demasiado tiempo descuidadas. A lo mejor de aquí a unos años. Entonces, ¿qué pasa con ese fémur?

Arcadipane le cuenta lo que ha descubierto Alessandra. A mitad del camino de tierra, se detiene.

—También había esto.

Bramard coge el botón de la casa Rifle y lo gira entre sus dedos. En el aire, olor a hierba y un fondo de leña quemada que llega desde la chimenea.

—Pero ¿por qué iban a inventarse esa historia de los huesos de la guerra?

—¿Qué preferirías? ¿Caminar sobre mierda seca o sobre mierda que todavía apesta? —pregunta Arcadipane mientras se vuelve a meter en el bolsillo el cierre a presión—. Doce asesinados durante la guerra no necesitan muchas explicaciones, pero si son de los años setenta...

Corso echa una ojeada a la parte superior de la colina. Las vides de la cima están tomando la última luz del día, pero, mientras este pensamiento le viene a la cabeza, se sumergen ya en la penumbra. Trepet está a sus pies, en cuclillas. Tiene una mancha clara en la

cabeza. Un mechón propio de viejo peripuesto en un salón de baile.

—¿Cuánto ha tardado en darte el nombre?

—¿Quién?

—Ya sabes quién. Si no has hablado con los de arriba, tampoco has podido utilizar recursos internos, así que has cogido el hueso y se lo has llevado a ella. Yo habría hecho lo mismo. ¿Cuánto ha tardado?

Arcadipane se rasca una rodilla.

—Medio día.

—¿Y...?

—¿Te acuerdas de lo de la calle Lampredotti?

—Me acuerdo.

—Parece que los huesos son de uno de los cuatro.

—¿Aimar?

Arcadipane busca los ojos de Corso, pero en la oscuridad que ha caído sobre ellos ninguno de los dos puede adivinar la cara del otro.

—¿Cómo lo sabes?

Corso enciende una cerilla y, con ella, el cigarrillo Gitanes que sostiene entre los labios. La cerilla se apaga; apenas queda el punto de las brasas.

—Era el único de los cinco que cojeaba.

—¿Cómo que cinco? En el expediente se habla de cuatro.

Por la carretera municipal pasa un pequeño camión de doble eje. Un sonido que los policías y los ladrones de la vieja escuela reconocen incluso en la oscuridad, porque antes los vehículos de transporte de fondos eran así. Desde la casa ascienden las voces de los niños y el aroma de la cena.

—¿Quieres comer algo antes? —pregunta Corso.

Arcadipane enciende uno de sus cigarrillos y niega con la cabeza.

—Entonces voy a bajar para decirles que no nos esperen —propone Corso.

Arcadipane lo mira atravesar la viña con la seguridad con la que, por las noches, se sacan los pies de la cama. A pesar del humo de los dos cigarrillos, la viña tiene su olor; la tierra, el suyo, y Trepet también el suyo propio.

Segunda parte

Segundo prólogo

Cinco chicos en una pequeña buhardilla con el techo inclinado. Al otro lado de la claraboya, la noche llena. Uno de ellos se encuentra sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, que también sirve de cama. Lleva una chupa de cuero y tiene una pierna doblada en ángulo agudo, con la mano que sostiene el cigarrillo apoyada sobre su rodilla. Es mayor que los demás.

—¿Estás seguro? —pregunta, sereno.

El chico que está dando vueltas por la habitación lleva el pelo cortado a lo bob, siguiendo la forma armoniosa de su cráneo. Un atisbo de barba. Viste una gabardina de terciopelo beis y tiene la cara sonrojada, algo regordeta.

—¡Pues claro que estoy seguro! —grita—. ¡Están allí desde ayer! ¡Los mismos coches!

—Baja la voz —ordena uno de los tres que permanecen sentados a la mesa, mientras saca el tabaco del bolsillo de su parka de borreguito.

El joven de la gabardina lo ve liarse, con tranquilidad, un cigarrillo. Después dirige la mirada a los otros dos de la mesa: una chica bella, de una belleza neoclásica, y un chico alto que parece un cantautor.

—¡Tienen hasta un radiotransmisor en el coche! —Extiende los brazos—. ¿Quiénes creéis que son?

La chica no muda el gesto. Se ha quitado el jersey y lo ha colocado sobre el respaldo. El chico alto, en cambio, sigue con su abrigo gris y una mirada melancólica.

—¿Y tú, Luciano? ¿Qué piensas? —pregunta el que está sentado en el suelo.

Luciano enciende el cigarrillo, que ya, por fin, está listo. La bocanada de humo se apresura a buscar la altura abombada de la claraboya.

—Como maderos no valen mucho si alguien como Edo es capaz

de descubrirlos. Además, ¿cómo han llegado hasta él?

—¡Alguien nos ha visto! ¿Lo estáis entendiendo o no? —estalla el chico de la gabardina—. ¡Y con un solo testigo ya estamos todos jodidos! Yo tengo el coche aquí abajo. Esta noche me largo a Francia. Si alguien quiere venir...

—¿Y después? —pregunta el joven de la parka de borreguito—. ¿Qué hacemos en Francia?

—No lo sé. Por lo pronto, nos quitamos de en medio. Además..., mi familia... Tenemos España, tenemos Sudamérica. Se puede encontrar una manera de desaparecer.

—Si tienes dinero —apunta la chica.

El joven de la gabardina se gira bruscamente.

—¿Qué pasa? ¿Tú no tienes? Mira, aunque vayas de proletaria por la vida, ¡aquí dentro sabemos quién eres!

Ella sonríe. Solo se oye el repiqueteo de la lluvia sobre la claraboya. En realidad, mínimo.

—Tenemos que entregarnos —propone el chico con cara de cantautor.

La primera que se gira es la joven.

—¡Cierra la boca!

—¡No! —interviene el de la chupa de cuero—. Déjalo hablar.

El joven del abrigo se mira las manos. Sabe que tendrá pocas palabras a su disposición antes de que alguno lo interrumpa. Debe elegir bien qué va a decir.

—No sabemos quién era ese hombre. Si nos entregamos podremos...

—Pero ¿tú has leído los periódicos? —El de la gabardina alza la voz—: ¿No ves lo que se nos viene encima? Les importa una mierda que no lo sepamos. Nos van a coger y nos van a crucificar. En chirona hay un montón de fachas. No vamos a sobrevivir ni dos días.

—Los compañeros de dentro sobreviven sin problemas —objeta el de la parka de borreguito.

—Porque tienen detrás una organización. ¡No son unos pringados como nosotros!

—Edo en eso tiene razón —admite la chica—. Lo hecho, hecho está. Es ridículo pensar que bastará con pedir disculpas.

Un autobús pasa por la calle, cinco plantas por debajo. La lluvia se traga poco a poco su murmullo sin sobresaltos.

—Eso de las circunstancias atenuantes —dice el de la chupa de cuero—, ¿es una idea tuya?

—¿Qué quieres decir? —pregunta el chico del abrigo gris.

—¿Es una idea de tu cosecha o alguien te la ha metido en la cabeza?

El joven del abrigo recorre sus miradas: la de la chica, a su lado, es distante.

—No hace falta ser un abogado para entender que en estos casos existen atenuantes.

El de la chupa de cuero apaga el cigarrillo en una baldosa.

—Quería esperar un tiempo para hablaros de esto, pero en vista del rumbo que están tomando las cosas... —Levanta también la otra rodilla y apoya en ella el otro brazo—. Se está montando una cosa grande, organizada, extensa. Un grupo que va en serio. Están dispuestos a acogernos, a encomendarnos tareas, y no estoy hablando de repartir octavillas, montar piquetes o apalear a fachas. Se acabaron las gilipolleces de estudiantes. Pero hay que estar convencidos. No habrá más familia, amigos o universidad. No podréis dar marcha atrás.

En la buhardilla todo es silencio y humo. La lluvia contra la claraboya es más intensa.

—Yo me apunto —anuncia la chica.

El joven del abrigo le pone una mano sobre el brazo.

—Vamos a esperar unos días, a lo mejor Edoardo... —Pero ella ya ha apartado su brazo de aquella mano.

—¿Y tú, Luciano? —pregunta el de la chupa de cuero.

El chico de la parka de borreguito se quita de los labios unas hebras de tabaco. Niega con la cabeza.

—Yo también desaparezco. Pero ya tengo mis contactos. Cada uno por su cuenta. Ya veremos qué pasa en el futuro.

—¿Edo?

El joven del abrigo no sabe dónde meterse las manos. Tampoco lo sabía al principio de aquella conversación, pero ahora aún menos. Y no hay muchos puntos en la buhardilla en los que depositar la mirada que no sean las miradas de los demás.

—Yo me voy a Francia. —Al fin encuentra el valor para hablar—. Creo que es la mejor solución. Vamos a esperar a que pase el chaparrón. Si más adelante queremos...

—Ya te hemos entendido —lo interrumpe con brusquedad el de

la chupa—. ¿Y tú, Stefano? ¿Te vas a Francia con Edo? ¿Con Luciano? ¿A la policía para entregarte?

Stefano observa a la chica: ella está mirando al hombre de la chupa de cuero y en sus ojos no hay ni un ápice del miedo ni de la indecisión que él habría querido encontrar. Tan solo seguridad, voluntad y algo aún peor, que lo hace sentirse pequeño, ingenuo y cobarde.

—Yo voy a donde vaya Nini —responde.

17

—¿Han explicado los vecinos cómo era el humo? ¿Tirando a marrón? ¿A negro?

—A negro —respondió Petri.

El médico se tomó unos segundos para evaluar la habitación, una decena de metros cuadrados reducidos a un boceto al carboncillo, y después se rascó la nariz, en la que se había colocado unos tapones.

—Por experiencia, yo diría que el fuego empezó abajo. Probablemente él estaba aquí, tal vez durmiendo, oyó que las botellas explotaban y corrió hacia la escalera, pero la gasolina ya había incendiado el linóleo y la planta baja estaba llena de humo. Consideró que no iba a poder llegar a la puerta y volvió a subir. Sabía que estaban las rejas, pero tal vez pensó que tendría más tiempo o que alguien llegaría.

Corso contempló la escalera, por la que habían ascendido las llamas, y el suelo, en el que una fina capa pegajosa y tibia conservaba las huellas de sus zapatos.

—Pero no fue así —continuó el médico—. El fuego subió deprisa, prendió en la moqueta y al cabo de unos pocos minutos el oxígeno... —Hizo un gesto con la mano para indicar «se acabó»—. Fue sustituido por el dióxido de carbono, el ácido cianhídrico y el dióxido de azufre, todos ellos irrespirables. Por eso tiene la boca entre los barrotes. Buscaba aire. Lo único bueno es que en los incendios casi nunca se muere por las quemaduras. Es muy probable que cuando el fuego llegó hasta aquí ya hubiera muerto. No es un gran consuelo, pero en este oficio nos agarramos a lo que hay, ¿no?

Corso contemplaba al hombre aferrado a la reja: la piel, de un rojo oscuro; las manos, hinchadas; varios jirones de tela pegados al cuerpo, ya sin vello. Los zapatos adheridos al suelo junto con los pies, como si las llamas lo hubiesen agarrado por los tobillos para retenerlo. En el aire, el hedor de todo aquello que el doctor había nombrado titubeaba, invisible, quemando las narices y el ángulo de los ojos.

—¿Es el primero que ves? —preguntó Petri.

—El primero en un incendio —reconoció Corso.

Petri firmó varios papeles, utilizando como escritorio la bolsa que el médico mantenía horizontal.

—Gracias, Domenico —se despidió—. Nos vemos mañana en la central.

El médico consultó la hora en su muñeca.

—Hoy —respondió. Cuando su sombrero desapareció por el hueco de la escalera, en la estancia quedaron los sonidos de los tres bomberos que se afanaban por comprobar la resistencia del suelo. Desde abajo llegaban los golpes de sus compañeros, que estaban haciendo lo mismo con el techo.

—Id abajo —ordenó Petri.

Los tres se miraron de reojo para consultarse si debían seguir las órdenes de un policía. El rostro impasible de Petri los convenció. Recogieron un par de herramientas y bajaron. Petri se acercó a la segunda ventana, esa que el hombre no había intentado abrir, y se encendió un cigarrillo.

—Obsérvalo bien —aconsejó—. Veamos el vaso medio lleno: es difícil que te encuentres con algo peor que esto.

Corso se metió las manos en los bolsillos y contempló lo que quedaba de los labios, de las orejas, de la nariz. Los ojos, secos y fijos en un punto más allá de la calle, eran lo único que había conservado su color: azul. Todo lo demás tenía ya algo de mineral.

Alcanzó a Petri en la otra ventana y respiró el aire limpio, sobre el que su superior tenía preferencia.

Los cristales, que habían estallado por el calor, dejaban pasar el frescor de la noche, mezclado con el bullicio de la gente que se agolpaba en la calle. Observó a las personas que estaban al otro lado de la cinta de balizamiento de seguridad y después a las que se asomaban, en pijama, a las ventanas y los balcones de los edificios de alrededor. Probablemente, las mismas que habían oído gritar a aquel hombre y que, más tarde, lo habían visto arder sin poder hacer nada, aparte de llamar a la policía y a los bomberos. Una decena de llamadas, todas muy seguidas, después de aquella primera, anónima, que había salido de una cabina: «En la calle Lampredotti hay fuego... Un hombre está encerrado dentro». No fue suficiente: en quince minutos, un incendio desencadenado por la gasolina hace lo que

quiere con una pequeña casa repleta de madera, papel y materiales sintéticos. Y también hace lo que quiere con un hombre sin posibilidad alguna de escapatoria.

Una maraña de voces subió por la escalera.

—Se acabó la paz —sentenció Petri mientras apagaba el cigarrillo en el alféizar y se introducía en el bolsillo la colilla.

Al cabo de un minuto, la habitación se llenó de gente que no sabía qué hacer, pero que corría el riesgo de equivocarse, hiciera lo que hiciera. Petri empezó a repartir las tareas: localizar dobles fondos o paredes que sonasen a hueco; hacer un listado de objetos anómalos, armas, documentación que se hubiese salvado y fotografías, y, por favor, cubrir con una sábana el cuerpo, aunque sin tocarlo, que ya estaban llegando los especialistas.

Mientras Petri descendía a la planta baja, Corso se quedó inmóvil junto a la ventana, indiferente a las miradas que le dirigían los compañeros que ya se habían puesto a trabajar.

Observaba la calle, los agentes que mantenían a los curiosos al otro lado de la cinta. La periodista del informativo de la noche hablaba con el jefe de los bomberos. Aquel hombre respondía a sus preguntas moviendo la cabeza y extendiendo los brazos, y después volvía a apoyarse con solemnidad en el coche del cuerpo.

Corso se giró hacia el interior y contempló al muerto, al que nadie había cubierto todavía. Calculó la inclinación de la cabeza, la dirección de la mirada, y a continuación estudió de nuevo las casitas de enfrente. Eran similares a la vivienda en la que se encontraba: como máximo, dos o tres plantas; construcciones de cuando el barrio era un pueblo separado de la ciudad. Al nivel de la calle, la cancela de un almacén, dos puertas principales, dos tiendas y la puerta enrollable de algo que podía ser un garaje.

Se dirigió hacia la escalera, pero el cabo le cerró el paso.

—¿Adónde vas? ¿No ves que aquí hay mucho que hacer?

Corso sostuvo la mirada del hombre, de unos treinta años, de estatura media, enjuto y curvado hacia atrás, como si de pequeño alguien le hubiese dado un empujón y no se hubiese molestado en volver a ponerse recto.

En ese instante llegó desde la planta baja la voz de Petri:

—¡Bramard!

El cabo sonrió. Los dientes era lo mejor que tenía.

—Recuerda que, cuando el cabo se tira un pedo, la guardia dice que huele a perfume. —Después, con un gesto mecánico de la cabeza —: Vete ya, que papi te está llamando.

Abajo, los bomberos seguían rebuscando en el amasijo de materiales carbonizados que abarrotaba la sala. El esqueleto metálico de un sillón y un paragüero parecían los únicos objetos que delataban lo que habían sido antes. Desde algunos grumos indeterminados ascendían aún humo y calor.

—Estos ya los puedo ir tirando —señaló Petri mientras miraba sus zapatos, sumergidos en los dos dedos de agua negra estancada en el suelo—. ¿Qué hay?

—Nada —respondió Corso.

—¿Ninguna idea?

—No.

—Echa un vistazo más por aquí. No hay prisa. También en Moncalieri al principio... Y después encontraste aquellas manchas.

Corso dio unos pasos hacia la puerta, la escalera, la pared en la que debió de apoyarse una librería. Regresó al punto del que había partido.

—Todo pasó tal y como dice el doctor —se limitó a decir.

Petri lo miró fijamente.

—Entonces la próxima vez ascenderé al doctor como cabo. ¿Qué te parece? ¡Así en la central no me tocarán los cojones! ¿Tú sabes el odio que le tiene el inspector a los comunistas?

—No soy comunista.

—¿Y entonces por qué no te vistes como Dios manda? ¡Madre mía! Hasta con el uniforme puesto parece que acabas de salir de una manifestación. ¡Arréglate ese bigote y esos pelos! ¡Barba afeitada! ¡Uniforme planchado! ¡Dos informes me envió el cabo el mes pasado! ¿Qué te crees? ¿Que estamos en Estados Unidos? ¿Que aquí venimos a trabajar en vaqueros?

Corso se quedó mirando a Petri igual que lo había hecho antes con el cabo. Una mirada desprovista de hostilidad, casi somnolienta, con una falta de respeto que se agravaba por sus veintitrés años, el cuello mal ajustado de su camisa y el hecho de que fuese un palmo más alto que todos los demás en la central.

—¡Venga, vete! —explotó Petri—. ¡Date una vuelta por ahí fuera, que así, por lo menos, no jodes a nadie!

Corso pasó entre dos compañeros que le estaban explicando a una chica en bata que habían sido los primeros en entrar en aquella casa, y cruzó a la acera de enfrente, donde la gente empezaba a retirarse. Eran las dos de la madrugada y muchos entraban a trabajar en el primer turno.

Un coche apareció por la calle. Nada de cláxones o sirenas; solo el conductor, que se asomaba por la ventanilla sin mucha convicción: «¡Fuera! ¡Dejen pasar!». Era un Alfa Romeo Giulia como el suyo, pero verde y sin rotulación. Los agentes levantaron la cinta de balizamiento y el coche aparcó junto a los vehículos de los bomberos. De él bajaron el conductor, de unos cuarenta años, con bigote, pantalones de pana, botines y un pesado chaquetón, y un hombre unos diez años mayor, con el pelo peinado con una raya, abundante y todo blanco. Bajo el abrigo abierto, una chaqueta cruzada oscura.

Echaron un rápido vistazo a la pintada sobre la puerta, que rezaba «MSI» y que el humo casi había borrado del todo, y entraron.

Corso caminó por la acera en dirección a la calle perpendicular más lejana. De cuando en cuando, debido a su uniforme, alguien se giraba a mirarlo, pero nadie le preguntó nada. Llegó al punto en el que la calle Lampredotti y la avenida confluían formando un pequeño recodo: dos bancos, tres contenedores de basura, una fuente, un urinario público, una cabina telefónica y una parada del tranvía, cuyas vías hacían de espina dorsal de la avenida. Se giró para contemplar la casa carbonizada, doscientos metros más atrás. Parecía la cara de una persona que, pese a haber recibido una buena paliza, había querido posar para una foto de grupo. Alguien había cubierto al muerto con una sábana.

Volvió a recorrer la calle, en sentido opuesto, esta vez fijándose en las puertas y los timbres que desfilaban a su lado, hasta que se detuvo ante el garaje que había distinguido desde arriba. En la persiana había un orificio: un pequeño rectángulo de chapa que alguien había retirado y tras el que se intuía un picaporte y una tarjeta escrita a pluma. «Tiziana.»

Se giró hacia la casa.

Desde la ventana de la segunda planta, Petri y el hombre de cabello blanco lo estaban observando.

18

—¿Quién es ese que ha llegado?

—¿El del pelo blanco?

—Sí.

—¿No sabes quién es?

—No.

—Es Fiore, el jefe de la policía política.

—¿El jefe de la policía política no era Fava?

—Antes, sí. Ahora es él.

Alberta se acercó a ellos.

—¿Todo bien?

—Todo bien —respondió Petri.

La chica volvió hacia la caja, donde estaba sentado Pieter, concentrado en su crucigrama o en cualquier otra actividad enigmática. En realidad se llamaba Pietro Moderno, pero había vivido muchos años en Ámsterdam, de donde regresó con aquella joven negra, con algo de dinero para invertir en un local y con aquel nombre. Tampoco la chica se llamaba Alberta, pero se trataba de la única camarera negra de Turín y su verdadero nombre era demasiado complicado.

—¿Cómo es este Fiore? —quiso saber Corso.

Petri bebió un sorbo.

—¿Tú lees los periódicos? —le espetó—. ¿Eres consciente de lo que está pasando?

—Los leo.

—Entonces ya deberías imaginarte cómo es.

En el local, aparte de ellos, había cuatro personas, cada una de ellas sentada en una mesa diferente. No eran pocas, considerando que ya habían dado las cinco de la madrugada. La otra circunstancia insólita era que una de aquellas cuatro personas era una mujer y nadie la estaba molestando. Tal vez porque ninguno, incluida la mujer, era un borracho, un toxicómano, un artista, alguien políticamente

exaltado o un sintecho bajo el que volver, todo lo cual resultaba difícil de encontrar a aquella hora en un local que, encima, tenía una camarera negra. Por eso Petri iba a aquel bar, a pesar de que no estuviera cerca de la comisaría ni tampoco le cogiera de camino a casa. En cuanto a Corso, solo era la segunda vez que ponía el pie allí.

—¿Tú sabes algo de pesca? —preguntó Petri.

Corso comprendió que aquello guardaba relación con su respuesta anterior.

—¿Sabes qué es lo que la gente echa a un río cuando en él hay un siluro que se lo está comiendo todo?

—No.

—Lucios. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque los lucios tienen ochocientos dientes como ganchos y un hambre voraz. Por eso. Es una pena que nadie piense que después el río estará lleno de lucios.

Corso se acabó la poca cerveza que le quedaba en el vaso.

—Mañana por la mañana —continuó Petri— te recorres el barrio con Gianni y Ottavino. Escucháis lo que dice la gente. Qué movimientos había alrededor de la sede. Comprobemos si alguien ha visto algo, si hay rumores. Pozzaco, yo y los demás nos encargaremos de la familia y del trabajo del tipo.

—Para mañana por la mañana me había pedido un permiso.

Petri contempló con intensidad los dos dedos de cerveza que le quedaban, hasta que hizo un gesto con la mano: por fin se acordaba.

—Te unes a ellos más tarde —contestó—. Les llevará un tiempo.

—De acuerdo. Entonces me voy. Buenas noches.

—¿Cómo te vuelves? ¿A pie?

—A pie.

—Muy bien —asintió Petri—. Así a lo mejor se te ocurre algo.

La calle de enfrente era larga, recta y silenciosa. La clásica calle de ciudad a las cinco de la mañana, si no fuera por el fluir constante y somnoliento del río a espaldas de la manzana: no era un sonido, sino, más bien, una forma de atracción magnética. Una calamita de millones de metros cúbicos de agua en movimiento constante, fangoso. En los otros tres lados, en cambio, la ciudad empezaba a mover sus articulaciones atrofiadas: barrenderos, camiones de la leche, periódicos, los primeros tímidos medios de transporte público.

Corso miró en dirección al camino a casa: un cuarto de hora. Después en dirección a la calle Lampredotti: media hora.

Cuando llegó al ensanche con el urinario público, la cabina telefónica, los dos bancos y los contenedores de basura aún por vaciar, el bar estaba abriendo. El hombre de detrás de la barra acababa de poner en marcha la máquina de café. Tenía el aspecto de alguien que hubiese escapado de una situación complicada, tal vez por la cicatriz que le cerraba parte de un ojo y que hacía que su modo de vestir y de peinarse pasase a un segundo plano.

—¿Café?

—Americano.

—¿Cómo es el americano?

—Se pone uno normal en una taza grande y después se añade agua caliente.

—Esto es nuevo.

Tuvo la cortesía de desechar el primer café, pero el segundo que apoyó en la barra era igual de asqueroso. Corso mojó en él un brioche industrial, pagó un precio muy bajo, salió y tomó la calle Lampredotti.

La cinta que horas antes restringía el paso ahora solo bloqueaba ya el acceso a la acera de delante de la casa. Sobre la pared, un folio advertía de que el edificio estaba precintado y mencionaba los artículos de las leyes aplicables. Dos operarios que iban hacia la parada le lanzaron una rápida mirada y siguieron su camino, hablando de un tema que no tenía nada que ver. Las crónicas de sucesos duran menos que el pescado que envuelven con ellas.

Corso se apostó en la esquina en la que la calle se cruzaba con un callejón, bautizado con el nombre de un pueblo irrelevante, y se fumó un par de cigarrillos para dar la impresión de que estaba esperando a alguien. No tuvo necesidad de encender el tercero, porque la persiana del garaje por el que había decidido venir se abrió.

De él salió una mujer que ni siquiera de joven había sido bella. El culo blando en unos pantalones caídos, los pechos marchitos bajo una camiseta demasiado corta. Si no fuera por el pelo de color rojo encendido y por sus pesados pendientes, sería una mujer de sesenta años como cualquier otra, camino de la compra.

La siguió hasta la parada y también en el tranvía, hasta llegar a las últimas casas de barrio de Barriera: bloques de seis plantas levantados durante el régimen fascista para los obreros de la empresa

de electricidad y que a esas alturas ya eran construcciones deficientes, subarrendadas. Durante todo el trayecto ella no habló con nadie. Ni siquiera le dio los buenos días al hombre que salió mientras ella estaba buscando las llaves y que le dejó la puerta abierta.

Cuando desapareció tras esa entrada, Corso consultó la hora en la muñeca del tipo que pasaba por su lado en ese momento. Tenía tiempo de volver a casa, leer un par de capítulos y hacerse un café en condiciones.

19

—¿Queremos hablar de D'Annunzio?

—Yo no.

—¿Usted no?

—Es que D'Annunzio ni debería estar en el programa. Ya sabemos todos lo que era. ¿Y tú, Paolo? A ti te gustaba.

—No es que me gustara, pero leí algo de él para la prueba de acceso a la universidad.

—Muy bien, ¿qué es lo que leíste de D'Annunzio?

—Eso de las tiras de papel de cuando estaba ciego, la manta negra...

—*Nocturno*. ¿Empezamos entonces con el *Nocturno*?

—No me gustó.

—¿No?

—No. Demasiado... anticuado.

—Bueno, claro..., sus modelos. ¿Hay otros autores a los que usted sienta más cercanos?

—Ungaretti.

—Bueno, profundizar en Ungaretti no hace nunca daño. ¿Qué podemos decir acerca de Ungaretti?

—Que nació en Alejandría, Egipto, y murió hace poco. Vivió también en París. Y en Brasil. Su poema más famoso es «Me ilumino de inmenso».

Silencio.

—Usted, señorita, ¿sabría añadir algo más?

—Ungaretti... Ganó el Premio Nobel por sus poemas sobre la Primera Guerra Mundial. «Me ilumino de inmenso» es el más famoso. En él denuncia la precariedad..., la incoherencia de la guerra capitalista, que utiliza a los pobres como carne de cañón. Además, está «Y de repente la noche». También en él aborda la precariedad de la vida.

—Casi es lo mismo que dice Primo Levi. Vive detrás de mi casa,

en la avenida Re Umberto.

Los chicos callaron, con un aire entre aburrido y satisfecho. El profesor contempló con un poco de insistencia a los cuatro que no habían dicho ni una palabra y después empezó a hojear el libro que tenía delante, como si no lo conociese bien, a pesar de que lo había escrito él mismo.

—D'Annunzio, Ungaretti, Levi y también Quasimodo, porque «Y de repente la noche» es de Quasimodo, señorita... Me parece que hemos hecho una buena digresión sobre la primera parte del siglo XX. La visión de conjunto está aquí, sí.

—Me he olvidado la cartilla —advirtió uno de los alumnos, que hasta ese momento habían permanecido callados.

El profesor se aplastó con la palma de la mano el mechón de pelo que viajaba desde la izquierda de su cráneo hasta la oreja opuesta. Sus escasos cabellos, fijados con laca, no acusaron el golpe, ni para bien ni para mal.

—Es solo una formalidad —sonrió—, ya lo solucionaremos más tarde. Mientras tanto, si queremos proceder con quienes tienen su cartilla a mano...

La operación requirió apenas unos minutos. A continuación, los siete estudiantes se despidieron con un «adiós» y se dirigieron a la puerta. Ya solo, el hombre se quitó la chaqueta y dejó a la vista amplias elipses de sudor bajo sus axilas. Tenía una constitución demasiado atlética para su trabajo y para su peinado. Probablemente era por el remo, que desde niño le había fortalecido los hombros y los antebrazos y le había permitido hacer amigos en un ambiente protegido, como el de los clubes del río.

Contempló, pensativo, la pluma que sostenía entre los dedos, como si el instrumento tuviese una responsabilidad evidente en lo que había ocurrido. Al otro lado del cristal, la Mole Antonelliana, el edificio macizo de la radio y el edificio acristalado de la televisión se arrebataban trozos de cielo azul. Solo cuando dejó caer su espalda contra la silla se percató de que alguien lo estaba observando desde la última fila.

—¿Sí? —dijo.

Corso se levantó y descendió los treinta y seis escalones para detenerse a un metro del estrado.

—Buenos días —saludó—. Vengo para el examen.

—Buenos días —respondió el profesor—. Sus compañeros acaban de terminar. Si quiere darme la cartilla para formalizar...

—No estoy matriculado en el curso —contestó Corso—. Me presento al examen por libre.

El hombre miró hacia la puerta, como si alguien pudiese entrar y sorprenderlo en una actitud indecorosa. El murmullo que venía del pasillo y el lejano eco de un bongó lo tranquilizaron.

—Muy bien —concluyó, mientras se volvía a poner la chaqueta —, siéntese.

Cuarenta y dos minutos más tarde, el hombre estaba firmando la cartilla que Corso se había sacado del bolsillo de sus pantalones vaqueros.

—Ya casi ha terminado —comentó, mientras pasaba las páginas —. Excelentes notas. ¿Ya ha decidido con quién va a hacer el trabajo de fin de estudios?

—No —respondió Corso.

—Si le interesa el siglo XX, estaré encantado de dirigírselo.

Corso recogió la cartilla y colocó sobre el escritorio el formulario, cumplimentado con su nombre, su apellido, su graduación y otros datos personales. El profesor lo leyó, con sus manos dudando sobre si debían o no tocar el folio.

—Es para el permiso. —Corso intentó aligerar el trámite.

El hombre asintió, pero siguió leyendo, renglón tras renglón, hasta llegar al sello.

—Imagino que no es fácil —se limitó a comentar, mientras firmaba.

Bajó dos plantas repletas de chicos que, reunidos en grupos, fumaban, charlaban, comían o se besaban. Algunos, solitarios, leían u observaban a los demás, intentando que no se notase. Desde los ventanales entreabiertos, alguna ráfaga de viento combatía el olor a sudor y hierba que el calor mezclaba. Tal vez fuera por eso por lo que el día, afuera, le parecía aún más frío y despejado, y el aire, tan límpido que confería claridad matemática a aquella gran confusión de cuerpos, voces, prendas y bicicletas.

Se tomó unos segundos para contemplar la escena; a continuación, se colgó del hombro la bolsa en la que llevaba el uniforme y se dirigió hacia el bar, en cuyo baño se cambiaría.

—¿Sabías que hay personas que han trabajado como mulos para

conseguir ciertas cosas?

Miró al chico que lo había alcanzado a mitad de la escalinata y que ahora le bloqueaba el paso. Era el de D'Annunzio y *Nocturno*. A su izquierda advirtió otro cuerpo; a su espalda, otro más.

—Así pues, esta es la pregunta —anunció el de detrás—: ¿eres más un madero, un idiota o un esquirol?

Corso asintió de aquella manera suya que no proporcionaba ninguna satisfacción y se encendió un cigarrillo. Observó la Mole Antonelliana, con su diseño que jamás dejaba de sorprenderlo. El mundo estaba lleno de cosas acertadas y de otras que no lo eran tanto.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, mientras le toqueteaba la bolsa el que estaba a su lado—. ¿La pistola? ¿La porra? ¿O todavía no te dejan utilizarla?

Corso dio una calada larga, serena, ponderada; no por valentía, sino porque deseaba aquella calada desde que había entrado en el edificio por la mañana. Otros estudiantes subían y bajaban por la escalera. Nadie parecía prestarles atención.

—Yo creo —lanzó el primero que había hablado, acercándole un dedo a la cara— que estas patillas no son conformes al reglamento. ¿Qué te parece? ¿Las acortamos un poco?

—La próxima vez —respondió Corso—. Ahora me tengo que ir.

Los tres permanecieron un instante inmóviles; después, el de delante trazó un tijeretazo en el aire con sus dos dedos más largos y se echó a reír. El que estaba detrás fue el primero que volvió a la terraza. Los otros dos lo siguieron poco después.

Corso se sacó el mechero del bolsillo y reavivó el Gitanes, que se había dormido por culpa de un grumo. Era parte de su belleza: dentro había a veces algo que recordaba a la madera. Se giró para observar a los tres chicos, a los que encontró apoyados en la barandilla, hablando con otros. Algunos de ellos también habían estado en el examen; otros eran caras nuevas. Algunas de esas caras nuevas eran chicas.

Una de esas chicas, un instante después, era ya *ella*. Y lo seguiría siendo siempre.

20

Salió del baño y volvió a atravesar la sala, vestido de uniforme.

El chico y la chica que hablaban delante de la gramola fueron los únicos que no se percataron de su presencia; en cambio, todos los demás dejaron de hacer lo que estaban haciendo y lo siguieron con la mirada. Un efecto distinto del que había tenido el camino hacia el baño vestido de paisano.

El café que había pedido y había pagado antes de cambiarse estaba aparcado sobre la barra. Lo liquidó deprisa y salió mientras desde la gramola se alzaba el sonido profundo del primer solo de *Europa*.

Su ojo entrenado reconoció enseguida el coche, aunque solo asomasen unos centímetros de su capó por la esquina entre otro bar y la copistería. Al verlo pasar, con uniforme y mochila al hombro, los chicos de su edad empezaron a escrutar la zona para comprobar si había más como él.

Lo mejor en esos casos era quitarse de en medio rápidamente, pero no demasiado, porque la velocidad sonaba a redada, a cargas, a agitación y a un montón de cosas que no le gustaban. Alguien de la central decía que hacía unos años no pasaba eso, pero él era demasiado joven para recordarlo. En cualquier caso, los jóvenes siempre dudan de que en el pasado las cosas fueran distintas, mientras que los viejos siempre están demasiado seguros de ello.

Dio la vuelta a la esquina y se subió al coche. Petri fumaba. Vestido sin un solo distintivo. Un padre que va a recoger a su hijo con su Alfa Sud color azul de ultramar. También él sin un solo distintivo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¡Pero si se te van a salir los ojos de las órbitas!

Pensó en *ella* y se percató de que no había pensado en nada más desde que la había visto.

—Creía que llegaba tarde. —Se miró en el espejo retrovisor.

—¡Me dijiste a las doce! Son las doce menos dos minutos. Tranquilo, que la vida es larga; y si es corta, más vale que nos la tomemos con calma.

Petri arrancó, dio marcha atrás para no pasar por delante de la entrada y se escabulló veloz hacia el Po. Cuando pasaron por delante del local de Pieter, ninguno de los dos hizo alusión al hecho de que, apenas unas horas antes, habían estado allí.

—El muerto —informó— es Andrea Gonella, treinta y dos años, contable de una empresa de fabricación de esmaltes para latas de conserva en la ciudad de Settimo. Estaba afiliado desde hacía años, pero era un militante tibio, más de oficina que de calle. De hecho, la mujer dice que iba a la sede local un par de noches por semana para realizar la contabilidad. Los domingos no solía estar por allí, pero ayer tenía que registrar unas donaciones. Solo sabían que estaba en la sede ella y un par de compañeros que se habían marchado a eso de las once. El dinero se encontraba en una caja metálica. Cincuenta mil liras. Nada del otro mundo. Ni armas ni documentos. Todo hace pensar en el típico tipo que está en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Y tú para qué me has pedido que venga? ¿La Virgen se te ha aparecido en sueños para darte alguna indicación?

Corso empezó a hablar mientras atravesaban el puente sobre el río Dora, y para cuando giraron hacia la avenida Giulio ya había terminado. Petri lo escuchó y se limitó a soltar al final un salomónico: «¡Para lo que han encontrado tus compañeros!». Señal de que la idea no le parecía del todo descabellada.

—¿Por qué te has puesto el uniforme? —le preguntó después.

—Lo dice el reglamento.

—Cuando estés conmigo, el reglamento soy yo. Cámbiate, te necesito sin un solo distintivo.

Aparcaron en el cruce en el que Corso se había fumado dos cigarrillos, justo debajo de la placa con el nombre poco significativo de la calle. Pasaba gente con bolsas cargadas de verdura, una caja de peras *martinone*, cuatro caquis. Más allá estaban montando el mercado. El barrio era lo que era, pero lo era con dignidad. Unos pocos pasos más y ya estaban delante de la persiana cerrada.

—¿Esta? —farfulló Petri, señalándola. Corso asintió.

Petri llamó a la puerta, con cierta delicadeza.

Nada.

Volvió a llamar, más decidido.

—¡Señora Tiziana! —exclamó.

Se oyeron pasos y la mirilla que estaba a la altura del orificio de la chapa se abrió. Aparecieron los labios de la mujer, que debía de estar agachada.

—¿Quién es? —preguntó, con un acento de ninguna región.

—No sé si es buena hora —respondió Petri, con un tono y una voz absolutamente profesionales—. Venimos de fuera por recomendación de un amigo, pero si está ocupada, ya volveremos en otra ocasión.

—¿De dónde vienen?

—De Caselette.

—¿Y quién los envía desde Caselette?

—Nadie de Caselette, es un amigo mío de aquí, de esta ciudad. Los dos trabajamos en la venta de frigoríficos y congeladores para tiendas. Me ha dicho que este era el lugar adecuado para... —dudó como un bailarín de puntillas— un inicio.

—¿Un inicio?

Petri se puso en cuclillas para acercar la cara a la mirilla, que en el pasado debió de ser el buzón de un establecimiento comercial. En el fondo, la actividad del local no había cambiado demasiado.

—Este chico de aquí... —Y con los ojos señaló a Corso, que se había quedado de pie—. Le he dicho que podía venir solo, pero la timidez, la inexperiencia, ya sabe usted... Aunque mi amigo ya le ha dicho que aquí se está como en casa, sin formalismos. Pero también con un poco de energía, diría yo.

—No entiendo nada —respondió la mujer.

—El chico necesita hacerse un hombre. —Petri fue directo al grano.

La mujer se lo pensó. Sentían su respiración pesada colarse entre la puerta y la persiana.

—Un servicio completo para los dos son diez mil liras.

Petri miró a Corso, como si aquella comedia también tuviera que convencerlo a él.

—Perdón, no he sabido explicarme. —Negó con la cabeza—. Yo entraría para comprobar la higiene, para ver si es un sitio tranquilo y para pagar, como es obvio.

Ella volvió a pensárselo.

—¿Solo él?

—Solo él. Yo lo acompaño.

La portezuela volvió a cerrarse y la persiana, que debía de tener alguna manivela, se levantó. La mujer estaba vestida igual que Corso la había dejado en la puerta del bloque de viviendas unas horas antes. Pero su cara estaba más cansada y arrugada. La mera idea de tener que tumbarse a su lado, aunque fuese para hacer el paripé, lo hizo estremecerse.

—¿Cuántos años tiene el chico? —preguntó mientras volvía a cerrar la persiana después de que hubieran entrado.

—¿Cuántos años tienes? —le redirigió la pregunta Petri.

—¿Cómo? ¿No sabe cuántos años tiene su hijo?

—Pues claro que lo sé: veinte años. Pero es que si lo digo, lo hago todo yo.

El lugar no había cambiado mucho con respecto a los tiempos en los que había sido un establecimiento especializado en electromecánica o un taller en el que dos coches podían repararse uno frente al otro. El suelo de cemento conservaba manchas de aceite del motor, y el foso, en lugar de cerrarse, se había cubierto con unas planchas de madera, algunas de las cuales desaparecían bajo una cama de matrimonio graciosamente pequeña. Al fondo había un aseo al que es probable que antaño se accediera desde el patio. Pero aquella entrada se había clausurado. Uso exclusivo, pero nada de ventanas.

—Pues este es el sitio —resumió la mujer—. Y allí está el baño. Con su agua.

«¿Con su agua?», pensó Corso mientras observaba la cómoda que debía de guardar la ropa blanca. Sobre la encimera de mármol había varios frascos de perfume y joyeros. Un jarrón. La ternura y la piedad de esos objetos le infundieron una inesperada languidez.

Petri dio unos pasos por la estancia, iluminada, al fondo, por un único aplique, decorado con flores. Comprobó que las tablas que cubrían el foso eran sólidas, tanteó el colchón. Se estaba divirtiendo.

—Creo que todo es muy adecuado —sentenció— e higiénico. —A continuación, sacándose la cartera—: Si quiere calcular, nuestro autobús sale a las tres.

—¡Oh! —La mujer sacudió su barbilla en el aire—. ¡Antes de las tres! Son cinco mil liras.

Cogió el billete que Petri le tendía, lo dobló en cuatro y se lo deslizó en el sujetador, en el que había bastante espacio. Era probable que hubiera visto hacerlo en alguna película.

—Bien —dijo Petri—, ahora que hemos terminado, tengo que enseñarle esto.

La mujer miró la tarjeta de identificación y sus ojos castaños palidecieron hasta adquirir un tono gris piedra.

—Estamos hablando de incitación al mantenimiento de relaciones sexuales —observó Petri, recuperando esa voz baja y lenta que era la suya— y, si no fuese porque se ha aprobado una ley que elimina este delito, se trataría, incluso de abuso de menores, con el agravante de la avanzada edad del abusador y la escasa edad del abusado.

La mujer lo miró con expresión vacía y después se volvió hacia Corso.

—Entonces, ¿no eres su hijo?

Corso negó con la cabeza. La mujer se dirigió a la cama y se sentó en ella. Más de un minuto inmóvil. A continuación, se tumbó como si estuviese muerta. Solo le faltaba el rosario entre los dedos. Sus ojos ya estaban cerrados. No quedaba claro si era una oferta de gratuidad o una amenaza. Hasta cierto punto, ambas opciones se solapaban, pensó Corso.

Petri se acercó y se sentó en el espacio que sobraba a los pies de la mujer, que, además, era baja. Llevaba pantis o calcetines de media.

Antes de tumbarse había tenido el cuidado de quitarse las pantuflas.

—¿Quién estaba anoche con usted cuando prendieron fuego aquí enfrente?

—¡Nadie! —Se sentó de un salto, los pies se introdujeron automáticamente en las pantuflas—. ¡Yo no tengo para nada ese tipo de clientela!

—¿Qué clientela?

Ella se rascó el cuello.

—La gente que hace ese tipo de cosas.

Petri apoyó una mano sobre las de ella.

—Pero ¿qué crees? ¿Que eso es lo que pensamos? Lo único que queremos es saber quién estaba ayer aquí pasándoselo bien para averiguar si ha visto algo. Es solo para hacer las cosas bien. Lo mejor que se pueda.

Ella lo miró, vacilante. Probablemente ya se había visto en situaciones similares. Todas las putas se ven en estas situaciones tarde o temprano. Pero es mejor que sea temprano: si eres joven, tienes más tiempo por delante para recuperarte, la piel más lisa, algo más que invocar. Tarde, en cambio, es peor. Y la experiencia no ayuda. A menos que rentabilices el asunto y la información se convierta en tu trabajo. Pero para eso hay que ser inteligente. Más inteligente que guapa. Y, sobre todo, más inteligente que codiciosa. Aquellas que aparecen en fosas, con un tajo en la garganta y la falda por encima de la cabeza, suelen haberse equivocado al dosificar estos tres ingredientes.

—¿Cuántos años tienes, Tiziana? ¿Sesenta? ¿Sesenta y dos?

—Tres.

Petri se miró los pies, junto a los de ella.

—Sesenta y tres años bien llevados —asintió—. Nosotros ahora te conducimos a la central. Entre comprobaciones y demás trámites pasará por lo menos una semana. Y eso si todo va bien, porque estamos en octubre y todavía hay retrasos acumulados por las vacaciones. Después, el asunto pasará al juez, que te echará..., seamos optimistas: un año. Para cuando salgas, tus clientes habituales ya habrán encontrado a otra, así que tendrás que volver a empezar desde cero. En cuanto a tus ahorros, los pocos que tenías los habrás utilizado para pagar el alquiler mientras estabas en la cárcel, porque, de lo contrario, cuando salgas ni siquiera tendrás casa. —Pasó con rapidez la mirada a su alrededor—. Aquí algo tendrás que pagar, deberás encontrar otro sitio donde ejercer... En fin, me parece un precio demasiado alto por no dar un nombre.

Ella reflexionó. Es probable que no lo hubiese entendido todo, pero ocurría como en *Madama Butterfly*: no hace falta conocer la música ni tampoco comprender la letra para romper a llorar cuando se llega al *«fil di fumo»*.

—Es un cliente que ha empezado a venir hace poco —confesó—, pero no sé cuál es su apellido.

—Empecemos por el nombre, entonces.

—Alberto. Trabaja en un banco. Cerca de la estación. Muy correcto y limpio.

—¿Estaba aquí cuando rompieron los cristales de la ventana?

Ella asintió. Llevaba pestañas postizas. Rojizas, también ellas.

—¿Y qué hizo?

—Se acercó a la puerta y miró por el agujero.

—¿Y qué vio?

—No lo sé. No me lo dijo.

—¿Y entonces qué te dijo?

—Que habían roto el cristal de las ventanas de enfrente.

—¿Y ya está?

—Se lo juro.

—¿Tú dónde estabas?

—En la cama. Acabábamos de terminar. Después él también vino a la cama. Tenía que ponerse los zapatos. Dijo que estos asuntos políticos dan asco. Que Francesco Cossiga era el único que podía mantener a raya a los estudiantes.

—*¡Estudiantes!* ¿Esa fue la palabra que utilizó?

—Sí, pero a mí estos asuntos no me interesan. Después oímos los gritos.

—¿Gritos desde la casa?

—Él volvió al agujero, dijo que había un incendio. Que alguien estaba gritando dentro. Levantó la persiana y salió corriendo.

—¿Y tú?

—Yo también corrí, no me había pagado. Pero enseguida vi el humo y volví a cerrar.

—Y miraste por el agujero.

Movió la cabeza para decir que sí.

—¿Lo viste?

Asintió. Lloraba.

—A veces —explicó sin dejar de llorar— venían a recogerlo la mujer y el hijo. Se veía a la legua que lo querían.

Petri le pasó un brazo alrededor de los hombros y le dio un par de achuchones, más para comprobar su solidez que para consolarla. Después se levantó y, sin volverse a mirarla, se dirigió a la persiana. La abrió y le hizo un gesto a Corso para que saliera.

—No vayas a desaparecer —ordenó antes de bajar aquella persiana sobre los ojos brillantes de la mujer.

Caminaron hasta el coche. La última lumbre del mercado se había apagado. Algunas personas rebuscaban entre las cajas rotas. Leña para quemar.

—No te gusta hacerlo así, ¿verdad?

Corso evitó responder. Petri se encendió uno de sus cigarrillos.

—Eso significa que serás la primera persona que elaborará vino sin pisar uva.

21

—¿Alberto Lessona?

En la mesa, formada en realidad por cuatro mesitas colocadas unas junto a otras, todos se callaron. Los comensales vecinos registraron aquel impulso eléctrico y secundaron la suspensión. Solo en la barra se mantenía la rutina fordista de la hora del almuerzo: plato frío, plato único, canelones, filete a la milanesa con patatas, café incluido, agua incluida, vino aparte.

El hombre se asomó desde una de las últimas sillas. Cuando vio a Petri, al cabo y a Corso, negó con la cabeza: una respuesta mecánica, como la contracción de los nervios de un difunto.

—Haga el favor de salir un momento —indicó el cabo.

Lessona se levantó con un ruido de silla arrastrada, cogió la chaqueta y se puso en marcha, abriéndose paso como un lenguado entre las espaldas de sus compañeros y otras espaldas extrañas. Era un hombre de estatura mediana, de peso mediano y de excepcional vellosidad. Los pelos le asomaban por el cuello de la camisa, apretado con la corbata. La compañera que estaba sentada a su lado, tal vez por vez primera desde que se conocían, le lanzó una mirada digna de tal nombre. Él no la disfrutó ni lo más mínimo.

Salieron a la calle Sacchi, con sus pórticos elevados y ambiciosos. Casas hermosas, puertas elegantes, dos o tres bancos..., pero seguía siendo una calle junto a las vías del ferrocarril. Petri se plantó delante del ventanal tras el que los compañeros de Lessona los estaban mirando, con los tenedores en el aire, el trozo de comida suspendido. El día se había inclinado hacia lo invernal, no tanto por la temperatura, sino por el cielo bajo, la luz, el ánimo de la ciudad.

—Usted sabe por qué estamos aquí, ¿verdad?

—No —contestó el hombre, que tenía un principio de tartamudez y un fin de calvicie. Sin embargo, el pelo que todavía le quedaba era rizado y no afeaba la fisionomía de su cara.

—Sí que lo sabe.

Alberto Lessona miró primero a Petri, después a Corso y, a continuación, al cabo.

—No se ponga nervioso —aconsejó el cabo, que era un hombre de pocas palabras.

—Tienen que prometerme una cosa —pidió el hombre.

—¿Prometerle una cosa? —repitió Petri.

—Mi madre cree que los domingos por la noche juego al ajedrez.

Petri observó a sus dos subordinados. Bramard tenía la misma cara que cuando estaban donde la puta, lo que lo llevó a dudar, por segunda vez aquel día, que este fuera realmente un oficio adecuado para él. El cabo, en cambio, tenía su cara reglamentaria. Volvió a concentrarse en Lessona.

—¿Sabe que puede acabar en la cárcel por omisión de socorro, denuncia anónima, uso de la prostitución con el agravante de víctima de avanzada edad, abuso contra persona incapacitada, uso de un teléfono público para fines delictivos, incendio provocado y homicidio voluntario? Antes de que el juez le lea los cargos en su contra, habrá pasado ya una semana entre rejas. ¿Qué le decimos a mamá entonces? ¿Que la partida se ha alargado?

El hombre, que tenía una capa blanda, pero por debajo de ella no estaba hecho de la misma materia, mantuvo la mirada fija en los ojos de Petri. El comisario comprendió que se había equivocado de camino: demasiada prisa, tal vez incluso un poco de presunción. Se colocó un cigarrillo entre los labios, el último de la cajetilla, y lo encendió con una calma desproporcionada. Era hábil para evitar perder la cabeza. Para regresar al cruce y tomar otro camino: eso fue lo primero que enseñó a Corso sin enseñárselo.

—¿Fuma? —preguntó.

El hombre dijo que sí. Petri hizo ademán de darle un cigarrillo, pero se le habían acabado. Sin embargo, cuando Corso sacó su cajetilla, lo detuvo con la mirada.

—¡Dale uno de los tuyos, Vitaliano, que la pena de muerte ya se ha abolido!

El cabo le ofreció uno de sus cigarrillos, de marca Ambassador. Para él y para Petri, que fumaba Diana, la marca de Corso era exótica, incomprensible y, a priori, nociva. Siempre.

—No se podía hacer nada. —El hombre negó con la cabeza mientras el cabo le encendía el cigarrillo—. Se lo aseguro.

—Claro —aceptó Petri—, nadie te culpa de nada. Solo estamos intentando trabajar en tu beneficio y en el nuestro. Al teléfono dijiste: «Han prendido fuego». A nosotros nos interesa este punto.

El hombre se giró hacia sus compañeros para comprobar si seguían mirándolo. Habían retomado la comida, pero seguían mirándolo. Volvió a girarse.

—Ya estaban doblando la esquina. No sé cuántos eran exactamente.

—¿Y sin ser exactos?

—Tres. Tal vez cuatro.

—¿Jóvenes? ¿Viejos?

—Jóvenes, pero no les vi la cara.

—¿Y entonces por qué dices que eran jóvenes? —El tono volvía a ser el de antes. El hombre tomó nota. Petri miró a la izquierda y a la derecha, bajo los pórticos: pasar al tuteo había funcionado, pero todavía había que dar unas vueltas más a la llave de la puerta—. Entonces parecían jóvenes —continuó, volviendo atrás—. ¿El pelo? ¿La ropa?

—Chaquetas, pantalones. —Lessona asintió—. El último llevaba un abrigo gris.

—Un abrigo gris.

—Es el que vi mejor, porque cojeaba y se quedó un poco por detrás.

—Cojeaba.

—Un poco.

—¿Y qué más?

—Era alto y llevaba una bolsa al hombro.

—¿Una bolsa de qué tipo?

—De deporte, de color amaranto, con el número doce escrito en blanco.

—Doce.

—Doce.

—Y eso es todo.

—Doce. Y eso es todo.

Petri pensaba y, mientras tanto, fumaba.

—¿Nada más?

—No —respondió el hombre—. Corrí hasta la cabina y llamé por teléfono. Justo después volví a casa. Mi madre me estaba esperando.

—No —replicó Corso—. Te quedaste delante de la casa, apoyado contra la señal de carga y descarga. Llevabas un sombrero y las gafas de montura negra que tienes ahora en el bolsillo. No hay nada malo en eso. Simplemente tenías curiosidad, como todos los demás, y también te sentías culpable.

El hombre se acabó el cigarrillo con dos caladas, en una sucesión rápida, mientras miraba a Petri, porque Corso ya se había girado hacia el tráfico como si ese hombre y todo lo que tuviera que decir ya no le interesaran lo más mínimo. El cabo era el único que movía los pies. Aquellas gilipolleces le sacaban de quicio. Con una guía de teléfono enrollada habría conseguido lo mismo en dos minutos, al calorcito de la sala de interrogatorios y sin perder ni un solo cigarrillo.

—¿Vamos a la central y profundizamos en la cuestión? —propuso Petri, apagando el cigarrillo en el suelo con la punta del pie.

El hombre asintió.

—¿Les va bien a partir de las cuatro?

—No lo sé —comentó Petri en dirección a sus compañeros—. Tú, Vitaliano, a las cuatro tenías peluquería, ¿no? Bramard había reservado una mamada en Ponte Sassi y yo..., lo mismo estoy ya jubilado. No, mira, tenemos muchos compromisos de aquí a entonces, a partir de las cuatro no nos va bien.

El hombre lo comprendió, porque no era idiota, aunque pensase que los demás sí lo eran. Además, no tenía ni idea de ajedrez. Y se notaba.

—Con permiso —se disculpó—, voy a coger la bolsa.

—Estupendo. Mientras tanto, Vitaliano, tú que tienes tacto, avisa a su mamá de que llegará tarde, ¿eh?

22

En aquellos años la ciudad pasaba por momentos breves y agitados de transición desde la luz hacia la noche. Antes las cosas debieron de ser diferentes y es posible que algún día volviesen a serlo, pero aquellos años eran así y contra eso nada podían hacer las personas, los objetos y, menos aún, la propia ciudad, que agarraba la luz y la oscuridad que había.

El día que se estaba cerrando sorprendió a Corso delante de la universidad, apoyado en una farola, con aspecto de estar disfrutando de la rápida llegada de la oscuridad, sin más. El edificio en el que todos ellos estudiaban, involucionaban y se apareaban presentaba, bajo aquella luz, algo de humano y de maternal, pero el resto del tiempo era tan solo un padre, una fábrica y un prostíbulo. A veces es el mejor amigo el que te ofrece la primera dosis de heroína.

El flujo que bajaba por la escalera era débil; inexistente, el que subía. Las clases habían terminado hacía un par de horas, y los pocos que salían habían utilizado los espacios para organizar un seminario o para demostrar que se podía estar allí incluso cuando ya no había nada que hacer; también para joderse si no tenían un par de monedas que poder gastar en el bar, la gramola y todo eso.

Los reconoció por las caras y la ropa. Bajaban en grupo, alguno brincando. Esperó hasta que llegaron a la calle y caminaron más separados para admitir que *ella* no estaba. El grupo se dividió en dos: una parte se dirigió hacia el centro; la otra, formada por chicas y por un tipo que podía ser su padre, pero que se vestía igual que ellos, hacia el barrio de Vanchiglia. Un vigilante toqueteó algo detrás de las puertas y desapareció hacia una salida de servicio que nadie había visto nunca antes. Las luces del edificio Palazzo Nuovo se apagaron.

Corso se acercó hasta los pórticos, caminó por ellos hasta donde era posible y llegó al río. Lo contempló, apoyado en la barandilla; a su espalda, el tráfico, que iba perdiendo consistencia y razón de ser. «Cuando hay un río —pensó—, todo lo que existe alrededor deja de

importar.»

El interrogatorio en la comisaría no había aportado mucho: la prostituta, tres o cuatro personas a la fuga, el chico que cojeaba, el abrigo gris, la bolsa con el número doce, la llamada de teléfono. Alberto Lessona no ocultaba nada. Lo único que le preocupaba era contrariar a su madre con la noticia de que sus partidas de ajedrez se jugaban en una cama de matrimonio y costaban cincuenta mil liras cada una.

Corso pensó en su propia madre. Delgada, pequeña, etérea aunque cultivase la tierra. Misteriosa en su forma de no decir, de no preguntar y de no lamentarse jamás. Algo a lo que debieron de acostumbrarla tanto la familia pobre de la que procedía como la familia más desahogada a la que se incorporó al casarse. Tras la muerte de su marido, continuó trabajando en el campo junto con un tío, a pesar de que sabía que Corso no seguiría sus pasos. Cuando él le habló de la policía, de la universidad y de Turín, la madre le respondió «bien», como si toda su vida estuviese ya escrita y aquello no fuese más que un capítulo, y ni siquiera uno de esos en los que tanto se sufre.

Volvió a caminar por los pórticos, esta vez por el otro lateral, sintiendo en sus piernas la subida que los arquitectos habían camuflado con la óptica de las arcadas. Las últimas noches había dormido poco, pero la imagen de su buhardilla con cama, claraboya, silla, mesa, libros y baño compartido con el resto de la planta le resultaba poco tentadora. Dobló un par de esquinas hasta que se encontró delante de un cine. Contempló el rostro de Stefania Sandrelli en la cartelera.

«*Ella* es más guapa», pensó.

Respiró la ciudad con sus tinieblas, sus reticencias y los gases de escape de sus coches. En el fondo, se parecían: dos escrituras difíciles que decían pocas cosas, pero sencillas.

Precisamente por eso estaba allí.

23

Se tomó el primer café del día en el bar situado frente a la central.

No le gustaba, porque estaba lleno de caras y conversaciones de trabajo, pero el viejo con chaleco colocaba la tacita sobre la barra diciendo «aquí tiene, caballero», una costumbre de otros tiempos que estaba destinada a desaparecer. Una mañana por semana le apetecía contemplarla. Y el miércoles era esa mañana.

Atravesó el vestíbulo con su conserjería, subió la escalera y se encontró en la gran sala que en épocas pasadas había acogido al regimiento de dragones de Saboya, a artilleros napoleónicos, a frailes, a peregrinos, a tísicos y a cabinas de colegios electorales. Ahora albergaba los escritorios de una decena de maderos. Bajo el techo pendía el humo de multitud de cigarrillos, como un cielo denso e hipnótico. Se dirigió a la puerta del fondo, tras la cual sabía que estaba Petri.

—¡Adelante! —invitaron desde el otro lado.

La oficina estaba repleta de muebles: un sillón, una mesa y dos estanterías. Objetos que se parecían, pero sin ser parientes de primer grado. Petri estaba de pie, con un mapa desplegado sobre la mesa. A su lado, Vitaliano. La botella de agua con gas que permanecía siempre sobre el escritorio se había trasladado al alféizar.

El comisario levantó la mirada hacia él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, señalando el patio—. ¿No sabes que tus amigos te están esperando allí?

Corso se giró hacia la ventana.

—¿Qué amigos?

Petri indicó un punto sobre el mapa. Vitaliano anotó algo en el cuaderno.

—Ve, he dado mi permiso —ordenó Petri—. También nosotros, en nuestro pequeño rinconcito, tenemos trabajo que hacer.

Corso bajó la escalera, atravesó el patio, en el que cinco coches, más el vehículo oscuro del inspector, holgazaneaban bajo un sol

modesto, y entró por la pequeña puerta del edificio que conducía al semisótano.

Se encontró con un pasillo estrecho, al que daban varias puertas sin placas ni números. Detrás de ellas se adivinaban voces y algunos sonidos metálicos.

Se dirigió hacia la zona que estaba mejor iluminada. Por un vano entreabierto divisó a una mujer sentada de espaldas bajo la luz baja de una lámpara. Le dio la impresión de que ni la mujer ni el hombre que le estaba hablando sabían que fuera era de día. En un trastero, una cafetera italiana borboteaba sobre una placa eléctrica sin que nadie se ocupase de ella.

Un tipo apareció al fondo del pasillo. Corso reconoció al hombre del bigote que la noche del incendio conducía el Alfa Romeo Giulia verde. Llevaba un jersey de cuello alto color crema y una pistolera bajo la axila. Culata anómala, arma no reglamentaria.

—¿Eres Bramard? —preguntó el tipo.

—Sí.

—Acompáñame.

Caminaba balanceando algo la cabeza, como los perros que se guían por el olfato. Al llegar a una de las puertas, ralentizó el paso, sin pararse del todo.

—Entra —le ordenó, mientras seguía avanzando.

Corso hizo lo que se le había indicado.

El hombre de pelo blanco estaba caminando en círculos por la habitación, con las manos a la espalda, como si los diez metros cuadrados que tenía a su disposición fuesen el largo bulevar de una residencia de verano. De cerca parecía menos alto y menos fornido. La piel del rostro, grasa, viril. Apenas sin marcas.

—Cierra la puerta —dijo.

Corso procedió. El traje azul que llevaba Fiore era el mismo de la noche del incendio. Esta vez, sin embargo, la chaqueta colgaba de la silla, dejándolo en camisa, corbata y chaleco. El acento podía ser de la región de los Abruzos.

—¿Sabes algo de música? —preguntó.

Corso negó con la cabeza: no entendía ni de música ni de pesca, lo cual parecía empezar a ser un problema. Fiore se acercó unos pasos a las ventanas, que daban a ras del suelo del patio y que proporcionaban al semisótano poco aire y menos luz aún. De lo demás

se encargaba un tubo fluorescente.

Las paredes de cemento en bruto no casaban lo más mínimo con el escritorio de cristal, el caro sillón y el viejo archivador de comisaría de provincias.

—Pero sabes qué es el oído absoluto, ¿no?

El hombre, con un movimiento de ave zancuda, se rascó una rodilla con la planta del pie opuesto. Solo entonces Corso se dio cuenta de que no llevaba ni zapatos ni calcetines.

—Beethoven, Mozart, Bach —explicó Fiore— y también Schönberg podían identificar una nota en cuanto la oían. Es un don, algo que no se aprende. No es muy útil si se trabaja como panadero o como abogado, pero si alguien te pone por delante un piano...

Se sacó del bolsillo de los pantalones una cajetilla de tabaco y se la tendió a Corso.

—Ya tengo, gracias.

Fiore se volvió a introducir la cajetilla en el bolsillo. Se acercó al escritorio y abrió la única carpeta que había sobre él.

—Padre fascista de primera hora, en 1943 se incorporó al comando de buzos militares X Mas, batallón Barberigo... —Le dio la vuelta al folio sin ocultar lo mucho que le molestaba la banalidad de lo que estaba haciendo—. Su hermano, miembro de la resistencia, dentro del movimiento Justicia y Libertad, le salvó el pellejo al final de la guerra, pero acabaron matándolo en 1958, cuando tú todavía eras un niño. Un accidente de caza. Caso cerrado. Después del internado estudiaste topografía. Tu madre y tu tío se ocuparon de ti. No tienes hermanos. No nadabais en la abundancia, pero poseíais algunas tierras. Cuando acabaras podrías hacer la mili y realizar prácticas de topografía, pero leíste en un anuncio que en la policía era posible compaginar los estudios con el trabajo. Fuiste uno de los pocos candidatos con estudios secundarios, pasaste la selección, te mudaste a Ascoli Piceno, después estuviste en la Escuela de Agentes de Seguridad Pública de Bolzano y por último llegaste a Turín, donde te matriculaste en la Facultad de Letras. Sospechosa simpatía por la izquierda, actitud favorable a la reforma, pero sin afiliaciones a partidos políticos ni sindicatos. Aprobado raspado en el campo de tiro, servicio sin pena ni gloria, hasta el día en que el comisario Petri, durante la inspección de Santena, te pidió tu opinión. Podría haber sido simplemente un golpe de suerte, pero en el homicidio de

Moncalieri volviste a acertar, así que se dio cuenta de que aquello no era una casualidad. Te tomó bajo su supervisión, te ascendió a cabo y etcétera, etcétera.

Fiore cerró la carpeta y la lanzó hacia una esquina del escritorio.

—Muy bonito todo, pero ¿sabes por qué estás aquí?

Cogió el medio cigarrillo Toscano que tenía abandonado en el cenicero y se lo llevó a los labios sin encenderlo. Probablemente los cigarrillos era lo que ofrecía en los interrogatorios.

—Contradicciones.

Corso no movió ni la cara ni el cuerpo.

—Todos piensan que los de aquí abajo somos una panda de conspiradores retrógrados, nostálgicos, masones y hasta monárquicos, pero ¿quieres saber la verdad? Aquí hay de todo. Empezando por mí, si yo tuviera que elegir... —Se sacó del bolsillo de los pantalones una cajita de cerillas. Lo primero que se expandió por el aire fue el plástico quemado del fósforo, un olor a medio camino entre cera y desinfectante; después llegó el aroma ácido del tabaco.

»Para entender estos tiempos —hizo bailar el Toscano entre sus dientes grandes y cuadrados— hay que saber qué son las contradicciones. Haber crecido entre ellas. Llevarlas en la sangre. Por eso quiero que trabajes con nosotros. Que utilices nuestro piano. Dicho esto, la decisión es tuya. Tampoco Luigi Riva quiere jugar en otro equipo de fútbol que no sea el Cagliari.

Corso observó el suelo de madera oscura, recién instalado. Los pies desnudos de Fiore se apoyaban sobre él con levedad oriental.

—¿Y Petri qué dice? —quiso saber.

—¿Qué tendría que decir? Cócteles molotov, MSI, estudiantes. No hace falta ser Mozart para entender que esa es la música que tocamos nosotros. De todas formas, no va a perder su trabajo, siempre habrá algunos asesinados para él. En lo que a ti respecta, se trata de un préstamo: una vez que cerremos este caso, siempre podrás decidir si volver a jugar en el Cagliari.

Corso no hizo ningún comentario.

—Ven —dijo Fiore entre risas.

Salieron del despacho y tomaron el pasillo en dirección opuesta a la salida. Los pies de Fiore se apoyaban sobre el cemento, primero con el talón, después con la punta. Una acrobacia correcta, estudiada.

—Sienta bien —comentó, intuyendo que Corso lo estaba mirando

—, deberías probarlo.

Bajaron por una rampa. El ambiente se volvió más frío, más de carbonería. Algunas puertas eran de metal; otras, similares a las de arriba. Se detuvieron frente a una de las primeras. Fiore llamó a ella, golpeándola con un solo nudillo.

—¿Sí? —preguntó alguien desde dentro.

—Blancanieves. —Fiore sonrió.

En la sala, iluminada con tubos fluorescentes, había seis personas, todas ellas, salvo una, con batas blancas. Un puesto de trabajo formado por teclados numéricos, manecillas, temporizadores. Armarios con bobinas, cintas magnéticas, enchufes, cables. En dos de las paredes había colgados grandes planos de Turín. Uno tenía clavadas chinchetas negras; el otro, rojas. Alrededor, fotografías. No de fichas policiales, sino tomadas en la calle, en casas, dentro de automóviles, en bares. Un perfecto blanco y negro.

—¿Todo en orden? —preguntó Fiore al hombre delgado que les había abierto la puerta.

—Sí —respondió él; después se dirigió a la pizarra y siguió escribiendo en ella.

Fiore se acercó al puesto del único que vestía pantalones vaqueros y un jersey de cuadros. Parecía el mayor y, al igual que los demás, llevaba puestos unos grandes auriculares. Desde que habían entrado, nadie se había girado hacia ellos ni les había prestado la más mínima atención.

—¿Es el del banco? —quiso saber Fiore.

—Nada de importancia —respondió el hombre.

—No importa —contestó Fiore—, déjanos escuchar la última.

El hombre pulsó algunas teclas y las bobinas retrocedieron rápidamente, se detuvieron y volvieron a ponerse en marcha. Desde un altavoz salieron sonidos metálicos, primero, y después una voz de mujer: «¿Diga?». Le respondió una voz masculina: «Soy yo. ¿Han venido?». «Sí, acaban de irse, faltaba la pieza. Vendrá su hijo la semana que viene.» «¿Cómo que la semana que viene? ¿Antes no pueden?» «Dice que la lavadora es antigua, que ya no hay piezas, que tendría que pedirlas.» «Podríamos preguntar en otro sitio. ¡Dime que no les has pagado un adelanto!» «Sí que se lo he pagado, si no...» «Te dije que me llamaras si te pedían algo.» «Ya, pero nunca sé si en el trabajo...» «¡Pero si te lo he dicho yo! De todas formas, ahora hablo

con ellos, las cosas no se hacen así.»

Fiore le indicó con un gesto que ya era suficiente y el hombre detuvo la conversación.

—¿Sabes quién es? —preguntó Fiore a Corso.

—Alberto Lessona, pero no creo que Petri os haya pasado el expediente.

Fiore levantó una de las comisuras de sus labios. Corso se percató de que no llevaba anillo de casado.

—¿No lo crees?

—No, no lo creo.

—¿Y entonces qué crees?

Corso observó los poros dilatados de su piel brillante. Los labios húmedos. Había en él algo de ingenuo y afilado. En su conjunto, peligroso.

—Que pincháis los teléfonos, también los de la central, incluido el de Petri.

Fiore dio unos pasos, avanzando por delante de los grandes armarios en cuyo interior las bobinas giraban, lentas, todas al mismo ritmo. Los pies blancos, anchos, aferrados al suelo.

—Cuando invitaron a Bach a inaugurar el órgano de Arnstadt, se encontró con un instrumento provisto de dos manuales, veintidós registros y una rueda de campanillas. Jamás había visto ni tocado nada parecido.

—No sé nada de música, ya se lo he explicado.

Fiore asintió para indicar que era consciente, pero que, aun así, se estaban entendiendo.

—Lessona no tiene nada que ver en esto, la prostituta tampoco, y no hay más testigos. Si fueses tú el que toma las decisiones, ¿qué harías?

Corso dio unos pasos hacia uno de los mapas de la ciudad, contempló los rostros jóvenes y no tan jóvenes que le servían de marco. No había mucha diferencia entre aquellas caras y las que estaban colgadas en la pared opuesta; y, sin embargo, entre ellas había toda la diferencia del mundo.

—La bolsa —concluyó.

Oyó cómo Fiore caminaba unos segundos en círculos por la sala. Probablemente disfrutaba del sonido fresco del suelo. Notó el deseo de hacer lo mismo y aquello lo aterró.

—Llámame a Barbicinti —ordenó Fiore a alguien.

Después de un minuto en el que nadie dijo ni hizo nada, la puerta se abrió y entró el hombre del jersey de cuello alto color crema con el que se había cruzado en el pasillo.

—Dime —le dijo a Fiore, tuteándolo.

—Comprueba las asociaciones deportivas de toda la provincia que tienen el número doce en su nombre o en la dirección de su sede. Mira a ver si han fabricado bolsas y, en ese caso, si son de color amaranto.

—Vale. ¿A cuántos me puedo llevar?

—A Gianni y a dos más. Al resto lo necesito.

El hombre dijo que sí y salió.

Corso siguió quieto, atraído por las sutiles líneas de pluma que conectaban puntos lejanos de la ciudad. Sobre ellas, palabras, números y fechas escritas en una caligrafía diminuta, como aves desiguales.

Sintió a Fiore que se acercaba, el olor de su cigarrillo Toscano, la mano que, pesada, se apoyaba en su hombro.

—¡Un lugar en el que los agentes les dan órdenes a los jefes! —Rio con sarcasmo—. ¡Aquí abajo ya hemos hecho la revolución!

24

Durante aquellas diez horas que pasó en el semisótano, escuchando cintas, comprobando horarios, verificando nombres fichados y fichando otros sin llegar a ningún resultado, la noche, sin él saberlo, cayó sobre la ciudad. El aire era frío, pero no cortante.

Apoyó el hueso sacro contra el embellecedor de un coche y se encendió un Gitanes, pensando que diez horas antes poseía el arma reglamentaria, una taquilla en la fila de abajo, dos uniformes y un trozo de jabón, mientras que ahora tenía una oficina construida en el hueco situado bajo una escalera, un escritorio con encimera de vinilo verde, ocho cajoneras y una línea telefónica. Es cierto que aquel cuartito con techo inclinado carecía de ventanas, pero, como en el pasado se había utilizado como almacén de cloroformo y desinfectantes, contaba con una rejilla que, a través de un conducto, evacuaba el aire hacia el patio de arriba. Había pasado buena parte del día catalogando los sonidos de los pasos de sus compañeros, preguntándose si entre ellos estaban los de Petri.

Fumó con calma, sintiéndose muy solo y no del todo bien. Dos sensaciones que, a menudo, van unidas.

Pasaban algunos coches, cautos, rozándole los pies. Observaba a sus conductores: profesionales que trabajaban en el centro, aparcaban en el centro y vivían a orillas del río o sobre la colina. Tan pronto como cruzaban la mirada con la de él, se apresuraban a retirarla, porque, a aquella hora, si alguien estaba fumando delante del edificio de la policía, solo podía ser un policía o un delincuente.

Echó una ojeada al bar, ya cerrado. Se imaginó al viejo del «aquí tiene, caballero» retirado ya en su pequeño nido doméstico. Una mujer anciana que trabajaba cosiendo en casa, una estufa de queroseno, dos habitaciones interiores que daban a un patio, una escena de canción de principios de siglo. En concreto, de Nino Oxilia: «[...] yo, que soy esperma y manos y ojos y arcilla, *pero no soy poeta,* estoy triste».

—¿Me estás siguiendo?

Se giró y *ella* estaba allí.

—No —se limitó a decir.

—Entonces, ¿por qué me esperabas anoche delante de la universidad? Si es para alguna de vuestras cosas... —Se encogió de hombros y resopló—. No es que esté cagada de miedo, lo pregunto solo por saberlo.

Él fumó mientras seguía mirándola fijamente. Llevaba un abrigo de chico, un jersey de hombre y un par de botas en parte ocultas bajo unos pantalones de pana. Y, sin embargo, jamás había visto nada que se pareciese más a una mujer que ella. Ni siquiera Turín era más mujer que ella, a pesar de que hasta entonces la ciudad las había superado siempre a todas.

—¿Qué cosas? —preguntó.

Ella se apartó el mechón de pelo, largo y negro, que un soplo de viento le había colocado sobre los ojos. Su rostro permaneció despejado durante unos instantes. Contenía unos ojos grandes y alargados, una nariz pequeña y no del todo regular. Pómulos perfectos.

—Pesquisas, investigaciones... Vuestras gilipolleces habituales.

—Por mi parte, no —respondió él, y después, mientras señalaba al edificio del que había salido, añadió—: pero aquí pasan muchas cosas.

Ella miró en otra dirección, como si aquel asunto ya no le interesase. Se abrió y se cerró el abrigo un par de veces. Corso comprobó que no tenía nada de pecho, o muy poco, en todo caso. Con toda probabilidad, bajo la ropa era delgada y huesuda, pero armoniosa, nerviosa y resistente como un insecto. Corso pensó que se parecía a Françoise Hardy. Por su perfil dulce, pero no necesitado.

—¿Cómo ha ido la película? —preguntó ella.

Él se rascó una aleta de la nariz.

—Si no te has dado cuenta de que te estaba siguiendo, es que eres un desastre —torció la boca—, porque se me da fatal seguir a alguien.

Avanzaron hacia el río por la calle paralela a los pórticos, más oscura, discreta y estrecha. A veces sus hombros se rozaban, porque los coches aparcados dejaban poco espacio para pasar. Corso pensó que ella estaba acostumbrada a moverse en grupo y ni siquiera se daba cuenta de aquel roce.

—¿Qué haces cuando no trabajas?

Él tiró el cigarrillo y respondió que leía o iba al cine o a la montaña.

—¿Y qué haces en la montaña?

Lo pensó seriamente, pero la única respuesta que se le ocurrió le pareció impresentable.

—Vamos por allí —propuso ella cuando ya estaban cerca de la universidad—. Yo cojo el tranvía en la plaza.

En la parada se quedaron a cierta distancia de las demás personas. La plaza Vittorio estaba oscura y cubierta de gravilla. Las vías del tranvía, pasado el puente, parecían desvanecerse en otro mundo, cuya guardiana era la iglesia de la Gran Madre de Dios.

—¿Por qué tienes miedo de que te sigan? —quiso saber él.

—Por nada. —Se apoyó, presumida, en la barrera—. Algún que otro porro, las manifestaciones, las cosas de siempre. —Se sacó la mano izquierda del bolsillo—. Y también esto.

Corso miró el reloj de pulsera. Parecía antiguo.

—Es robado —reconoció ella.

—¿Cómo lo sabes?

Ella echó un vistazo para comprobar si el tranvía estaba llegando ya.

—Se lo compré a un tipo que vende objetos robados y me salió tirado de precio.

Él le tomó la mano para verlo mejor. El pulgar, apoyado sobre la muñeca, registró una consistencia, un calor y un latido a los que desde entonces no quiso renunciar.

—Sería mejor devolverlo —le aconsejó— o hacerlo desaparecer. Si viene de un robo a mano armada, podrías meterte en un lío.

Ella reflexionó. Debía de tener un cerebro analítico, de procesamiento rápido, pero acostumbrado a dejarlo después todo por ahí tirado. Apartó la mano y volvió a metérsela en el bolsillo.

—Por mí, como si es de Hitler —contestó—. Es demasiado bonito.

Por el puente había aparecido ya el faro del tranvía, que pronto se convertiría en un clamor metálico. Ella se apartó de la barrera. Cuando pasó junto a él, Corso se dio cuenta de que su ropa olía a alfombra, pero su pelo tenía un aroma marino. El tranvía detuvo ante ellos sus chapas verdes. Ella subió.

—Nos vemos —se despidió en el acordeón de las puertas que ya se cerraban.

A él no se le ocurrió preguntarle cómo se llamaba, porque un filtro en su cabeza bloqueaba todo aquello que podría suceder en la escena de una película.

25

Fiore ordenó que lo avisaran por teléfono hacia las diez.

Cuando Corso entró en el despacho, vio que llevaba puestos unos zapatos de lona, estaba fumando en el sillón y tenía ante sí un tablero de damas chinas.

—Barbicinti llega enseguida —lo informó Fiore—. Mientras tanto, siéntate.

Delante del escritorio había dos sillas de camping: tela y una estructura metálica plegable. La puerta se abrió y Barbicinti entró en el despacho. Se había recortado el bigote, pero su rostro seguía siendo el de un depredador al que la naturaleza no había dotado de medios acordes a su maldad, lo que explicaba su arma no reglamentaria y sus pantalones ceñidos a los genitales. No se sentó, sino que se apoyó en el escritorio.

—¿Quieres la versión corta o la detallada? —preguntó, dirigiéndose en exclusiva a Fiore.

—La corta.

—Nada.

Fiore se puso las manos delante de la boca, formando una pirámide. Pidió la versión detallada.

—Hemos comprobado las sociedades, asociaciones y empresas que tienen el número doce en su nombre o en su dirección. Algunas de ellas fabrican bolsas, pero sin un doce estampado en ellas. Hay una que sí, porque el doce es el número de la calle en la que está su sede, pero aparece escrito en tamaño pequeño y la bolsa no tiene nada que ver con la que estamos buscando. Prácticamente es una bolsa de la compra.

En la habitación se hizo un notable silencio.

—¿Ampliamos la búsqueda a todo el norte? —sugirió Barbicinti.

—Déjame pensarlo —respondió Fiore—. ¿Por allí cómo van?

—Poca cosa.

—¿Desde cuándo están con esto?

—Desde anoche.

—¿Qué dicen los archivos?

—Él está limpio. Ni siquiera una multa. Ella es una vieja conocida: calle, extorsión, dos o tres veces en la cárcel, pero nada de política. Hace un tiempo tuvo un chulo de derechas que traficaba con pistolas, pero murió diez años atrás.

Fiore giró el sillón noventa grados para orientar su rostro hacia las ventanas que daban a ras del suelo del patio. Bastó aquella luz para revelar los poros dilatados de su piel y su perfil molosoide.

—¿Quién se está encargando?

—Velluto y Salmerino.

Fiore admitió que no había nadie mejor que ellos.

—Ahora voy para allá —concluyó.

Barbicinti tardó un par de segundos en comprender que la conversación se había acabado, así que dedicó a Corso una mirada de suficiencia y salió. Fiore encendió el Toscano que había extraído de la rústica caja de madera que había sobre su escritorio. Volvió a mirar las ventanas como el destino natural del humo que estaba produciendo.

—¿Tú dónde piensas mejor? —preguntó.

Corso tenía apoyados los codos sobre las rodillas, con una mano dentro de la otra. Pensó que su postura era ridícula e inocua. Tardaría años en comprender que su postura jamás era inocua.

—Caminando —admitió—. Sobre todo cerca del lugar de los hechos.

—Entonces no necesitas el despacho.

—No lo sé, nunca he tenido uno.

—¿Ni siquiera cuando trabajabas como topógrafo?

—Nunca he trabajado como topógrafo —respondió Corso, con un tono puramente informativo.

Fiore asintió y se giró para mirarlo.

—A ti te podrían extraer sin problemas un riñón mientras estás despierto, ¿no? Ni te darías la vuelta para ver qué están tramando por detrás de ti.

Corso esperó a que dejase de sonreír y volviese a girarse hacia la luz. El tubo fluorescente no estaba encendido.

—Yo pienso bien descalzo —se confirmó Fiore a sí mismo—. A veces incluso en calzoncillos. Pero aquí… —Golpeteó con un dedo la

encimera de cristal—. Por eso he pedido que me traigan el escritorio del despacho que tenía antes. Me gusta estar en la oficina de noche o a primera hora, cuando no hay nadie. En cualquier caso, tú tienes permiso para ir a donde te parezca bien. A mí me basta con que me hagas un informe todas las mañanas a esta hora y me traigas algo. ¿Sabes jugar a las damas chinas?

—No.

—El adversario tiene poca importancia, lo que se necesita es conocerse a uno mismo. —Se levantó y caminó alrededor de la mesa —. Aprende. Mañana por la mañana jugaremos.

Salieron al pasillo, donde, después de unos pasos, Fiore lo cogió del brazo. La sien de aquel hombre le rozaba el hombro, como la de un maestro inclinado hacia su discípulo. Corso pensó que hacía mucho tiempo que nadie lo tocaba. Recordó a un par de chicas; después, a Carla, en la feria del pueblo, que, delante de todos, lo había abrazado por detrás. Recordó la mano que su tío le puso sobre el hombro, en el pasillo del hospital en el que su padre era ya solo un cuerpo, e inevitablemente recordó a su madre, cuando era niño. Se percató entonces de la musculatura fuerte del brazo de Fiore, bajo la chaqueta ligera de lana, el algodón de la camisa, la aparente confianza del gesto. El olor a loción para después del afeitado, vulgar y atractivo, doble, como todo en él.

Se detuvieron delante de una puerta. Fiore puso fin al contacto. Dentro se oían voces. Corso reconoció la de Lessona.

—Habéis comprobado que ni él ni la mujer están implicados, ¿no?

—Es probable que no lo estén —asintió Fiore—, ¡pero los peones tienen que moverse! Si no, el juego se estanca. Solo el caballo puede saltar sobre ellos. ¡Para eso estás tú!

Fiore alargó una mano hacia el pomo y entreabrió la puerta. Corso escrutó por la rendija y vio a la prostituta y a Lessona, sentados en torno a la misma mesa. Él estaba de espaldas. Ella lloraba. Se obligó a pensar que el color negro que había bajo uno de sus ojos era rímel corrido.

—¡Alfiles y torres! —suspiró Fiore—. ¡Ayúdame a avanzar con un poco de sensatez! Si el rey solo puede avanzar una casilla cada vez, ¡será por algo!

26

La casa, con sus paredes carbonizadas y sus ventanas abiertas de par en par, parecía la exuvia de un insecto, a imagen y semejanza de la vida que ha contenido. Una envoltura, un recordatorio alrededor del cual la existencia continuaba transcurriendo, en forma de niños en babi que regresan del colegio, parejas, ancianos, comercios, coches, negocios y litigios.

Llevaba ya un par de horas caminando por el barrio cuando empezó a llover.

Corso se detuvo bajo un balcón, desde donde intercambió unas palabras con un viejo: historias de trenes desde Calabria, pastoreo e injusticias de pueblo. «En la fábrica se lamentan —concluyó el anciano—. Pero ¿es que se piensan que allí abajo todo era mejor?» Después escupió.

Cuando dejó de llover, Corso volvió a deambular, se compró un plátano, se lo comió, vio a un niño que marcó un fantástico gol de volea en la esquina de la puerta de un garaje y entró en un par de tiendas a comprar cigarrillos, pero no encontró de su marca.

Ocurrió al principio de la noche, en un bar-restaurante en el que estaba comiéndose un bocadillo de mantequilla y salami, regado con una copa de vino tinto que pagó a precio de uva *barbera*, a pesar de que también contenía otra variedad del sur. El local estaba en plena transición entre la gente que había pasado la tarde en él y la que tenía intención de permanecer allí durante la velada.

En la mesa de al lado, dos hombres, cuya cara no era capaz de recordar ni siquiera mientras los miraba, hablaban de que, después de Nino Benvenuti, ya no había habido auténticos boxeadores.

Aquello fue suficiente.

27

—¿Has boxeado alguna vez?

—No.

—¿Ni siquiera fuera de un gimnasio?

Corso trató de entender a través de la mirada de aquel hombre a qué se estaba refiriendo.

—En la calle, en peleas... ¿Te gusta llegar a las manos?

—No.

—¿Problemas de corazón, hemorragias, diabetes?

—No.

—¿Practicas algún deporte?

—Solo la montaña.

—¿Qué quieres decir? ¿Esquí?

—No, camino.

—Caminas. Tócate la punta de los pies.

Corso procedió, llegando, con esfuerzo, a rozarse los tobillos.

—¿Vas en serio con esto?

—No lo sé.

—Si no vas en serio, no hay problema: vienes, te pones un poco en forma, puedes incluso decir por ahí que practicas boxeo... Pero si pretendes boxear de verdad, tienes que saber que o bien te trabajas la espalda o bien confías en ser bueno encajando golpes, porque esquivar algo con ese palo que tienes ahí detrás es imposible. ¿Está claro?

Corso asintió.

—¿Has leído en el letrero de fuera cómo se llama este gimnasio?

—Sí.

—¿Sabes quién era?

—Un obrero antifascista, comandante de una brigada de la Escuadra de Acción Patriótica.

—Estupendo. Pues ahora, olvídalo. Aunque nos estén tocando los cojones como si fuésemos el Kremlin, aquí dentro no se hace política y no se habla de política. Ahí fuera puedes meterte en todas las peleas

que quieras, pero el boxeo es otra cosa, aunque no lo creas. La política, la dejas en el vestuario. ¿Entendido?

—Sí.

—Da igual que en el *ring* te encuentres a un estudiante, a un fascista, a un empresario, a un marxista, a un padre o a un madero: para ti solo será tu compañero de boxeo. ¿Está claro? Si todo el mundo boxeara, la política ni existiría. ¿Tienes un chándal?

—Sí.

—El vestuario está por allí. Cámbiate.

—¿Y la cuota?

—Hablamos de eso la próxima vez. Esta tarde el calentador está roto, no hay agua caliente.

Se dirigió a un vano sin puerta, tras el que se distinguían unos bancos, dispuestos en forma de U, y varias taquillas. El vestuario estaba vacío; el suelo, de baldosas, mojado, y la ducha era solo una, sin cortinas. El ambiente olía al salitre que rezumaba de las paredes.

Se sentó y empezó a deshacer el nudo de los lazos de sus botas.

Varias prendas colgadas en los percheros, tres pares de zapatos y dos taquillas cerradas con candado explicaban el sonido de golpes contra el saco de velocidad y de latigazos de cuerda que llegaba desde el único espacio amplio que había en el gimnasio, en el que el hombre con el que había estado hablando se encontraba de pie.

Con su constitución menuda y nerviosa, a pesar de sus sesenta años, podría pasar por un jinete, pero su nariz, que tomaba dos o tres direcciones diferentes antes de decidirse por una, no dejaba lugar a dudas: había practicado boxeo y lo había hecho, además, con bastante empeño. Sus ojos pequeños, hundidos, de un verde cristalino, eran lo único íntegro que tenía.

Cuando Corso terminó de ponerse el chándal y unas zapatillas Lotto muy desgastadas, se acercó a él.

—¡Estás parado! —le decía el hombre a un joven con la cabeza rapada que practicaba con el saco.

El chico no parecía estar escuchándolo, pero empezó a mover más los pies.

—Regla número uno: el boxeo se hace más con los pies que con las manos —advirtió el hombre con la voz a un volumen que solo podía oír Corso—. Regla número dos: puedes ser un fenómeno, pero está claro que algunos puñetazos te vas a llevar, así que prepara tu

cabeza y tu cuerpo para recibirlos. Por ahora no necesitas más reglas. ¿Sabes saltar a la comba?

—No lo he hecho en mi vida.

—¿Ves cómo lo hace él? —Señaló a un tipo con camiseta de tirantes, de unos cuarenta años, cuerpo esculpido, muy sudado—. Coge una de esas que están colgadas del clavo e intenta hacer lo mismo.

Durante todo el entrenamiento, que duró hora y media, el hombre estuvo observando a Corso sin hacerle ningún comentario. Tampoco les hizo ninguno a los demás, incluidos el chico de cabeza rapada y otro que era unos años mayor, los únicos que subieron al *ring* a boxear durante unos asaltos. Al final se despidió de ellos uno por uno, acercándose y diciendo: «Basta por hoy, dúchate y pásate».

Corso entró en el vestuario y esperó su turno para la ducha, que todos, sin decir una palabra, tomaron fría. Aprovechó para analizar sus estaturas, andares y ropa: todos, por debajo del metro setenta, un solo abrigo, pero azul, y ninguno que cojeara. El de más edad y más músculo le preguntó si hacía mucho que venía. Corso le respondió que era la primera vez. Tampoco los demás hablaron mucho entre sí: un local en el que se podía bailar sin consumir, un nuevo modelo de moto, el árbol que aquella tarde se había caído sobre el paseo, delante de la estación, y había bloqueado el tráfico... Temas demasiado poco desenfadados para la edad que tenían y el cansancio que habían acumulado en sus cuerpos.

Cuando empezaron a salir en el orden exacto en el que el entrenador los había enviado a cambiarse, Corso comprendió a qué se estaba refiriendo aquel hombre cuando les pidió que se «pasaran».

La conversación duraba unos diez minutos y tenía lugar en el banco de entrada del gimnasio. En realidad, solo hablaba el viejo, mientras que los chicos se limitaban a asentir y a cambiar de expresión en función de la crítica, la corrección o el elogio que les tocaba. Para celebrar aquel sacramento, el hombre se había puesto una gorra azul de pescador y hablaba con mucha calma y sin apenas mover las manos. Daba la impresión de que cada cosa que decía la sabía desde hacía muchísimo tiempo y, por tanto, tenía que ser forzosamente válida.

Corso fue el último. El hombre había cruzado las piernas y llevaba en los pies unas pantuflas de tela.

—¿Bailas? —le preguntó.

—No.

—¿Ni siquiera bailes modernos?

—No.

—Entonces no se te da tan mal la cuerda. Sin embargo, no sudas. Te has pasado toda la tarde aquí y no has soltado ni una gota. ¿Seguro que eres estudiante?

—Estudio Humanidades.

—¿Quieres ser profesor?

—Todavía no lo sé.

—Pues no sabes mucho para ser alguien que se plantea ser profesor. En fin, la espalda se puede trabajar, si es que no te asusta el cansancio. La espalda es lo más difícil de cambiar porque es lo que más se nos parece. Se necesita tiempo y paciencia. Se cambia antes de cara que de manera de sostener la espalda. ¿Tienes alguna pregunta? Si no, ya nos vemos la próxima vez. Todavía tengo que pasar la mopa.

Corso dirigió la mirada hacia la estantería que había tras el escritorio, que en realidad era un torno no muy modificado.

—¿Cuánto cuestan esas de ahí?

—Tres mil liras.

—¿Me pone una?

—Si tienes tres mil liras, sí. ¿Sabes qué quiere decir lo que tienen escrito?

—¿Son golpes?

—Uno-dos. Derecha, izquierda —el viejo imitó dos *jabs* alternativos—, la combinación más sencilla. Podría haber puesto el nombre del gimnasio, pero entonces les habrían tocado los huevos a todos los que las llevasen. Ahora, por lo menos, si alguien te pregunta, ya sabes qué está escrito.

Corso estudió aquel semisótano vacío, con las luces ya apagadas en la zona en la que se encontraban los sacos y el cuadrilátero. Las cuerdas del *ring* se sostenían mediante estacas estrechas y altas, revestidas con gomaespuma. Probablemente también ese material procedía de algún taller.

—¿Por qué le habéis puesto este nombre al gimnasio si no queríais problemas?

El hombre se lo pensó un tiempo, aunque debía de haber respondido a esa misma pregunta infinidad de veces.

—El que lo bautizó así fue el tipo que lo abrió —dijo por último—. Yo le tomé el relevo, pero estaba de acuerdo con él en todo, así que no había motivo para cambiar el nombre.

Corso se sacó la cartera de la mochila. El hombre lo vio contar tres mil liras, pero cuando se las ofreció no tendió la mano.

—¿Has sido tú quien ha llamado hace unas horas para preguntar si teníamos bolsas y cómo eran?

—No —contestó Corso, que había invitado a una botella a un tipo del bar a cambio de que llamase a todos los gimnasios que había encontrado en las páginas amarillas.

Pasaron uno, dos, tres segundos, durante los cuales el hombre debió de barajar muchas hipótesis y otros tantos desarrollos posibles, hasta que cogió los billetes y se los metió en el bolsillo.

—Yo me llamo Duccio —dijo mientras se levantaba—. Nunca me ha gustado, pero así son las cosas.

28

Al hombre de la conserjería le costó reconocerlo a aquella hora, vestido de paisano y con un pelo que el aire, ya nocturno y otoñal, no había conseguido secar. Después vio la mochila de montaña y lo saludó.

—¿Está lloviendo otra vez? —le preguntó.

—No, es que me he duchado y después he venido caminando a toda prisa.

—¡Ah! —respondió el otro, que no estaba entendiendo nada.

—¿Queda todavía alguien en la política?

—No lo sé, esos salen por la puerta grande del patio. Pero Petri todavía está dentro.

Corso pasó por delante de las escalinatas y tomó la calle lateral que conducía al patio. Mientras salía del edificio, un par de compañeros lo saludaron; algo que jamás habrían hecho antes, pero ahora él estaba en la política, y con la política es mejor llevarse bien.

Entró en el semisótano y se dirigió hacia el despacho de Fiore.

Por debajo de la puerta se colaba una raya de luz. Llamó. Nadie respondió. Abrió despacio y entonces lo vio, recostado en el sillón, con los ojos cerrados, los auriculares en las orejas y los pies descalzos, bien a la vista sobre el escritorio.

Se acercó. El hombre abrió un ojo, lo invitó por gestos a sentarse y volvió a cerrarlo.

Durante un par de minutos, Corso se quedó en compañía del ligero susurro de la aguja sobre el disco. Un tiempo en el que habría podido ordenar lo que pensaba explicarle después, pero que, en realidad, dedicó en exclusiva a seguir el balanceo de los grandes y blancos pies de Fiore al ritmo de aquella música que él no podía escuchar.

Cuando el disco llegó a su fin, Fiore se quitó los auriculares, cogió de la caja de madera un Toscano consumido a medias y se lo colocó entre los dientes, sin encenderlo. Tenía los ojos brillantes como

quien acaba de dejar atrás un lugar del que ha sido difícil separarse. El disco seguía girando; la aguja, en el aire. Corso empezó a deshacer el nudo del cordón de su mochila.

—Tenemos un nombre —le anunció Fiore—: Edoardo De Maria.

Corso detuvo sus dedos.

—¿Una escucha?

Fiore negó con la cabeza.

—Una llamada telefónica anónima —explicó—. Acababas de salir. Barbicinti lo ha comprobado: estudiante, de familia muy bien situada, pero a él le gusta jugar a hacerse el subversivo. La pista es sólida.

—¿Lo habéis detenido ya?

Fiore lo miró con la expresión de un jefe de departamento que se encuentra en la oficina a las once de la noche, debatiendo acerca del punto de inflexión de un caso con un subordinado al que, tal vez, ha sobrevalorado.

—Aquí no detenemos a nadie —objetó—. Quiero saber qué hace, con quién habla, a quién llama por teléfono, a qué hora va al váter y en qué piensa mientras se hace una paja. ¡Quiero a todos esos pringados!

De noche, con la única iluminación del tubo fluorescente, el despacho volvía a ser un trastero en el que sería mejor que la luz no entrase. El mobiliario excéntrico que Fiore había ordenado traer parecía ahora paradójico. Una broma de mal gusto.

—¿Y si se escapa? —planteó.

Fiore movió la cabeza para expresar que aquella opción era imposible. En su rostro volvió a reflejarse algo lejano, doloroso y teatral.

—Cuando el príncipe de Köthen partió al balneario de Karlsbad, quiso que Bach lo acompañara para organizarle los espectáculos musicales, así que Bach se despidió de su mujer y sus siete hijos, se subió a la carroza y se marchó. Era él quien le daba trabajo, así que no tenía más remedio que seguirle. Cuando Bach regresó, tres meses más tarde, su esposa estaba muerta. Una infección, una hemorragia, nunca se supo. Lo único seguro es que él no estuvo allí para ayudarla cuando lo había necesitado.

Fiore señaló el tocadiscos, el disco, su giro regular y mudo.

—Fue entonces cuando escribió las sonatas para violín solo. Una

de las pruebas más difíciles para un violinista: parece que hay dos instrumentos, pero en realidad es un único violín el que ejecuta el solo y el acompañamiento. Fue su manera de pedirle perdón y decirle adiós.

Fiore permaneció aún unos segundos contemplando el tocadiscos; a continuación, cerró su discurso con un gesto en el aire, una benévola reprimenda contra sí mismo, contra su sensibilidad. Se secó los ojos con el dorso de la mano y se encendió el Toscano.

—Bueno, ¿y tú qué has estado haciendo? —preguntó.

—Este De Maria, ¿boxea?

Fiore se quedó mirándolo.

—¿Por qué lo preguntas?

Corso se dio cuenta de que estaba apretando la mochila con demasiada fuerza contra su pecho y aflojó.

—Por nada. —Se encogió de hombros.

La carpeta que abrió Fiore contenía una única página escrita a máquina y una fotografía. La estudió durante unos segundos, con gesto irónico, y después se la enseñó a Corso: un chico, de pelo liso y cortado a lo bob, salía de un establecimiento, tal vez un bar. Una chica de cabello muy corto estaba junto a él. Se reían.

—¿Un tipo así? —preguntó con una risa sarcástica—. ¡Como mucho, jugará al tenis!

Esperó media hora delante del local. Después entró, dio una vuelta por la sala y por el pequeño patio interior y salió. Permaneció una hora delante de un segundo local que parecía prometedor. A través del gran ventanal podía ver la barra y las mesas. Identificó a un par de chicos que dos días atrás se habían presentado al examen y también otras caras de la universidad, pero nada.

El tercer local era un antro en el que sonaba música en directo a todo volumen. *Ella* salió de allí pasada la una de la madrugada, sola, con el casco bajo el brazo, y se dirigió a la Honda CB que había encadenado a la farola más cercana. Lo vio, quieto, al otro lado de la calle. Sonrió, dejó la llave en el candado y caminó hacia él. Corso sintió el olor del humo que se le había impregnado en el local. Pensó que habría sido bonito que aquel humo fuera el de sus Gitanes. Por uno de sus extremos, la calle conducía al centro; por el otro, al Po.

—Si no me estás siguiendo por trabajo, entonces me da a mí que es por algo peor —comentó ella.

—En realidad, es peor —confirmó él.

—¡Maldita sea!

—¡Maldita sea! —volvió a confirmar él.

Le dieron la vuelta a la manzana; uno de sus lados formaba parte de la plaza Vittorio. La poca gente que había a aquella hora era difícil de descifrar. En una noche distinta, tanto uno como otro se habrían esforzado por hacerlo, pero aquella vez se quedaron dentro de la burbuja que los rodeaba. Cuando completaron el cuadrilátero ya se habían dicho demasiado como para seguir juntos sin pelearse o sin quitarse la ropa. Ella se inclinó hacia la llave que había dejado en el candado y la giró la media vuelta que faltaba para abrirlo.

—¿Me llevarás algún día a la montaña?

Corso cogió la cajetilla que llevaba en el bolsillo, pero estaba vacía.

—No lo sé —respondió—. Primero tengo que averiguar si eres la persona adecuada para ciertas cosas.

—Ah, ¿sí? ¿Y si no lo soy?

—Si no lo eres, ¡ay!

—¿Ay de mí?

—No, de mí.

Ella se marchó montada en su Honda. Él volvió a la buhardilla en la zona de la estación. Antes de meterse en la cama, abrió la mochila, extrajo la bolsa de color amaranto, la apoyó sobre la mesa y se sentó a mirarla.

Uno, guion, dos: desde lejos, podría parecer un doce.

Aquella noche había hecho tres cosas: encontrar el gimnasio, guardarse esa información para sí y buscarla a *ella*. La pregunta era simplemente cuál de aquellas tres cosas se volvería antes en su contra.

29

Para quien mira el cuadrilátero desde abajo, un puñetazo es como un Caravaggio: fácil, violento, instintivo, teatral. Solo quien está dentro del *ring* sabe cuánto trabajo hay detrás de esa trayectoria: la postura nada natural de los dedos, la inclinación de la muñeca, la preparación que permite convertir el desorden del enfrentamiento en algo armonioso. Porque un mal puñetazo es como un mal cuadro: un gasto inútil de energía que expone a su autor al ridículo.

Sobre eso meditaba Corso mientras encajaba golpes y respondía a ellos con los pocos puñetazos que, sin potencia y casi siempre lejos de su blanco, conseguía asestar. Si dejaba a un lado el dolor de la nariz, la paliza en los costados y las dificultades para respirar, se trataba de un saber nuevo y no del todo desagradable. En cualquier caso, una forma de aprendizaje.

—Ya está bien —indicó Duccio—. Dúchate y pásate a ponerte hielo.

Corso entró en el vestuario y se dejó caer en el banco. Se sacó el protector bucal y rotó las muñecas, que sentía como si aún estuviesen bloqueadas dentro de los guantes, a pesar de que ya no los llevara. Salvo las piernas, no había una sola parte del cuerpo que no sintiese de una nueva manera.

—¿Quién estaba ahí arriba? ¿Enzo o Garrincha?

Levantó la mirada hasta encontrar al chico, al que no había visto al entrar. Estaba sentado en el último metro del banco, atándose los cordones de unas zapatillas de boxeo. No unas deportivas normales como las suyas.

—No lo sé —respondió.

El chico sacó de la bolsa de color amaranto las vendas y se concentró en la primera vuelta alrededor de los nudillos de su mano izquierda. Corso observó que su constitución era muy parecida a la suya: alto, músculos alargados, alargada también la cara. Podrían ser de la misma edad.

—Suele poner a Enzo o a Garrincha porque tienen dos dedos de frente —comentó—. ¿Cómo era? ¿Bajo, corpulento, con mucho pelo?

—Sí —contestó Corso.

—Entonces es Garrincha.

—¿Por qué lo llaman así?

El chico se encogió de hombros para indicar que no lo sabía. Se había presentado con ese nombre y nadie le había hecho preguntas.

—A propósito, me llamo Stefano.

—Corso.

El chico lo miró con una leve sonrisa.

—No te lo tomes a mal —le aconsejó—. A todos los nuevos les cae un asalto. Así comprueba qué tipo de persona eres.

—A mí me han caído tres.

El chico emitió un breve silbido, cortó con los dientes dos cintas adhesivas y sujetó con ellas las vendas.

—Se conoce entonces que tenía mucho que comprobar —comentó—. O que hacer que comprobaras.

Sacó de la bolsa los guantes y la cuerda. La piel sintética de la bolsa estaba desgastada y los dos números, consumidos, pero aún eran visibles. Casi imperceptible la presencia del guion.

—¿Hace mucho que entrenas? —lo retuvo Corso.

Stefano se colgó la cuerda del hombro y se levantó.

—Tres años, pero tuve que parar por un accidente de moto. —Se toqueteó el muslo derecho, recorrido por una cicatriz aún rojiza—. Estoy retomando el deporte ahora, pero todavía no puedo boxear. Duccio no quiere.

Corso lo estudió en toda su altura. Uno noventa, tal vez un poco menos. Como él, piel gruesa de zona de colinas o montañas. En la voz, un toque digno, serio y perdido.

—Que tengas un buen entrenamiento —se despidió.

El chico asintió, como si aquel deseo escondiese una verdad más amplia sobre la que reflexionar, llegó a la puerta cojeando y salió.

Corso se duchó, sin comprobar antes si el calentador estaba ya arreglado. El agua gélida anestesiaba el dolor del cuerpo. Bolsa, estatura, leve cojera. Mientras se secaba, llegó a la conclusión de que el encaje entre aquellos tres elementos era suficiente.

Duccio lo estaba esperando en el antiguo torno al que llamaba «escritorio», en la parte del gimnasio a la que llamaba «oficina».

Cuando lo vio, sacó del viejo frigorífico marca Fiat una bolsita de hielo y la lanzó hacia la mesa. Corso se mostró inseguro a la hora de establecer prioridades.

—Pómulos y nariz. Póntela encima y mantenla aunque te duela.

Corso procedió, inclinando la cabeza hacia atrás, porque de la bolsa se escapaba un poco de agua.

—¿Piensas volver? —quiso saber Duccio—. Si no es así, nos ahorramos la conversación.

Corso asintió para indicar que su intención era regresar.

—Entonces hablemos. La mala noticia es que eres rígido, de piernas lentas, y tienes la movilidad de un bolardo. Pero estas cosas ya las sabíamos. La buena es que Garrincha dice que tienes un puño que se siente.

—Pensaba que ni lo había golpeado.

—Ya te he dicho que hasta cuando combates contra alguien que va justito de fuerzas pasa algo. La otra buena noticia es que sabes encajar bien los golpes. Te será útil, en vista de que no eres capaz ni de esquivar puñetazos ni de contar mentiras.

Corso movió un poco la bolsita para poder mirar a aquel hombre con los dos ojos.

—¿Te piensas que eres el primero al que mandan aquí? —Duccio sonrió.

—A mí no me ha mandado nadie.

—Pues eso espero, porque yo ya no puedo más. De todas formas, por mí podéis ir y venir como queráis. Ya te lo dije. Aquí no entra la política. Aquí se practica boxeo. ¿Han sido suficientes tres asaltos para que lo entiendas?

Corso asintió.

—Bueno, pues ahora que ya sabemos que yo soy el comunista y tú el madero, piénsatelo y decide qué vas a hacer. Yo no le cierro la puerta a nadie.

A doscientos metros de la entrada del gimnasio había un bar de barrio: jugadores de cartas, fanfarrones, rencorosos, gente que viene a leer gratis el periódico y un par de bebedores habituales capaces de gestionar su nivel de borrachera.

Corso entró y pidió agua y un trozo de queso. Del frigorífico salió un *toma* medio mohoso, que le llevaron a la mesa acompañado de unas aceitunas, unos tomates secos y un cuenco de cebollas

lampascioni aliñadas. El pan era del día anterior, cuando, tal vez, también fue del día anterior.

Bebió un litro de agua, sin tocar la copa de vino tinto que, por propia iniciativa, le habían servido, y después empezó a masticar el pan, el queso y lo demás. Debía hacerlo con extrema cautela, porque tenía la impresión de que en cualquier momento la mandíbula se le soltaría del cráneo y acabaría en el plato. Aunque era la única cara nueva y golpeada y el único que parecía estar masticando cristal, nadie le prestó atención. Dado que no había otros locales alrededor del gimnasio, es posible que el espectáculo que ofrecía no resultase tan insólito.

A lo largo de una hora pasaron por delante del bar cinco coches, todos con una cilindrada por debajo de mil, y unas diez personas: obreros que volvían a casa, artesanos, dos mujeres igualmente cansadas de trabajar y acompañantes de perros en su paseo vespertino.

Comprendió que la espera había terminado cuando una chica se paró delante de la puerta del gimnasio, encendió un cigarrillo y se apoyó en la farola. Una escena muy berlinesa, porque entretanto había caído la noche, trayendo consigo un vapor frío que lo difuminaba todo. Pelo corto, jersey largo de punto, un fular que podría ser de seda; a pesar de que sentía los ojos cada vez más hinchados, Corso no tuvo dudas: era la chica que había visto en la fotografía junto a Edoardo De Maria. Sus botas militares y sus pantalones abombados con un estilo extraño, como los modelos clásicos de hípica, completaban la imagen de revolucionaria de alta cuna.

Vio cómo Stefano salió del gimnasio con la bolsa colgada del hombro, la besó y se encaminó con ella en dirección opuesta al bar. Él vestía un abrigo gris demasiado corto.

Pagó incluso el vino, que ni había tocado, y salió justo a tiempo para ver cómo giraban a la derecha hacia el barrio de Barriera, que no es precisamente el sitio que a uno le viene a la mente cuando piensa en dar un paseo.

Los siguió durante unos diez minutos. Él mantenía un brazo alrededor de los hombros de ella. La besó un par de veces, sin detener el paso. Ella aceptaba los besos, los correspondía, pero no tomaba nunca la iniciativa. Era más menuda y pequeña que él, pero sus proporciones aristocráticas combinaban con armonía, en contraste con

la figura un tanto desgarbada del chico. Un caballo de carga y un caballo trotón. Una buena mezcla.

Ambos llegaron a la plaza Respighi y se dirigieron sin titubeos hacia el círculo central de césped, lleno de huecos pelados, alrededor del que, durante el día, pivotaba el tráfico, a esa hora ya inexistente.

En torno a uno de los bancos había tres personas reunidas. Quien hablaba en aquel momento era Edoardo De Maria. Los otros dos, con el culo sobre el respaldo y los pies sobre el asiento, lo escuchaban sin demasiada convicción. Ambos eran mayores: el de la parka de borreguito y el pelo rizado, solo un poco; el otro, con chupa de cuero y pelo corto, tenía por lo menos diez años más. En cualquier caso, su aspecto no era el de dos estudiantes.

Corso se escondió detrás de la esquina, desde la que el escaparate de un concesionario le brindaba una buena perspectiva.

Stefano y la chica se acercaron al banco. Los cinco se saludaron, tal vez con un gesto que Corso no pudo captar, pero, desde luego, sin abrazos, besos o apretones de mano.

Quien habló fue sobre todo el mayor, el de la chupa de cuero. Los demás escucharon en silencio, salvo De Maria, que intervino un par de veces. La primera vez, el hombre lo mandó callar; la segunda, lo tranquilizó, poniéndole una mano sobre el hombro.

Corso buscó alrededor a los agentes y los coches que, según las instrucciones de Fiore, debían estar siguiendo a De Maria, pero la plaza y las calles que desembocaban en ella parecían desiertas, y ninguno de los vehículos que se encontraban aparcados en la zona parecían ser posibles candidatos. Ni un solo transeúnte tampoco. Las únicas sombras que proyectaba la luz de las farolas eran las de los cinco del centro de la rotonda.

Cuando el del abrigo acabó, el de la parka pronunció unas pocas frases. A continuación, Stefano y la chica se alejaron para volver sobre sus pasos. Corso tuvo que deslizarse a toda prisa hasta la primera manzana, girar y apartarse de su trayectoria. Esperó unos segundos hasta que el sonido de los tacones de la joven se perdió. Después regresó a la plaza con la intención de abordar al de más edad.

El centro de la rotonda ya estaba desierto.

Aceleró el paso y exploró la entrada de las demás calles, pero lo único que vio fue la parte posterior de un Renault 5, que se iluminó en el stop y después se apagó, aceleró y desapareció en dirección al

Cementerio Monumental.

Miró a su alrededor, tratando de confirmar si de verdad era el único espectador. Nada hacía pensar lo contrario.

30

—¿Hablamos del asunto ya o alargamos las cosas? —preguntó Fiore con una sonrisa aguda.

Corso, al que habían convocado mediante una llamada telefónica unos minutos antes, se metió las manos en los bolsillos. ¿Quizá anoche alguien a quien él no había visto y que, por tanto, estaba más despierto, lo había identificado en la plaza Respighi? ¿Barbicinti? Eso explicaría por qué aquel hombre estaba allí, en el despacho, un lugar en el que hasta entonces solo lo había visto de paso, sin detenerse jamás.

—¿Y bien? —preguntó Fiore—. ¿Un asunto de faldas?

Corso permaneció quieto y en silencio.

—¡Tu cara! —especificó Fiore—. ¿Quieres hacerte el interesante y guardártelo para ti o actuar como un amigo y contarnos lo que ha pasado?

Corso se tocó con delicadeza el rostro, que, como descubrió aquella mañana al mirarse en el espejo, estaba hinchado y lleno de hematomas, pero del que ya se había olvidado.

—He empezado a boxear —indicó vagamente.

Fiore evaluó con atención el resultado.

—Me parece que por ahora el único que ha boxeado es el que tenías enfrente.

Corso levantó una de las comisuras de sus labios, sintiendo un tirón que le llegó hasta el ombligo. También Barbicinti se reía, pero era evidente que lo hacía por obligación. No debían de ser muchas las cosas que lo hacían reír, y era probable que todas ellas implicaran que alguien se hiciera daño de verdad. Lo que había sufrido Corso no era suficiente.

—¿Volvemos a nuestro tema? —propuso Fiore.

Corso asintió. Barbicinti se apartó de la pared, se acercó a la mesa y colocó sobre ella varios folios. Lo que le molestaba, comprendió Corso, era haber tenido que esperarlo para presentar su

informe.

—El clásico día de un estudiante —comenzó Barbicinti—: universidad, clases y mucha charla en el bar. Al salir habló un rato con un tipo que estaba repartiendo octavillas, un mindundi, y después se fue al dentista, que le paga su papá, y al club de remo, en el río.

Fiore miró a Corso, inclinando la cabeza, como si quisiera decir: «Vale, no es tenis, pero también es un deporte de ricos».

—Sus compañeros de embarcación son todos chicos bien, como él. A uno lo detuvieron hace un año con un poco de coca, pero ninguno frecuenta los círculos políticos. A las ocho de la tarde volvió a casa y cenó con su familia. Ni una sola llamada de teléfono a lo largo del día, ni siquiera desde cabinas públicas. Después volvió a salir. Fue en coche a la zona de San Donato, donde hay un local de izquierdas, pero no consta que haya hablado o intercambiado nada con sujetos que estén fichados. El recorrido es ese, pero por ahora no hay situaciones que destacar. Hacia la una de la madrugada volvió a casa. Ahora lo están vigilando Manzon y Tonelli. Parece que todavía no ha asomado la nariz a la calle.

Corso estudió el perfil de Barbicinti: firme, afilado, sin titubeos. Si había visto a De Maria en la plaza Respighi junto con los demás, ¿por qué no lo decía? ¿Por qué no decía que lo había visto a él mismo, en lugar de dejar pasar semejante ocasión de hacerle quedar mal? ¿O tal vez Barbicinti había perdido de vista al vigilado y estaba intentando ocultar su negligencia? Difícil de creer. Los policías como Barbicinti son como los lobos y los niños: solo piensan en una cosa a la vez.

—¿Tú qué harías si De Maria no se delata? —indagó Fiore.

Corso se había pasado la noche entera pensando en alguna idea que ofrecerle como cebo. Y no podía ser una idea demasiado banal: Fiore no era estúpido.

—Los fachas —sugirió.

—¿Qué pasa con los fachas?

—Recurrirán a delincuentes, usureros, protectores, contactos en la cárcel... para averiguar quién ha sido. Toda esa gente que con nosotros jamás hablaría, pero que tal vez les diga algo a ellos. Si los mantenemos vigilados...

Fiore lo miró.

—¿Has oído, Barbicinti? Resulta que no le faltan todos los

tornillos.

Barbicinti lanzó a Corso una mirada que era peor que un disparo de pistola.

—Muy bien. —Fiore aplaudió—. Barbicinti, sigue vigilando de cerca a De Maria, ¿de acuerdo? Mantente todo el tiempo pegado a su culo, pero pon también a dos o tres agentes encima de los fachas, para comprobar si se mueve algo por ahí. Bien, queridos, quien tiene que trabajar trabaja y quien tiene que pensar piensa. Ahora... ¡aire! ¡Fuera de aquí!

Corso salió y tomó el pasillo en dirección opuesta a la de Barbicinti, aunque eso significara recorrer todo el semisótano.

Se encerró en su despacho, cogió un folio y empezó a trazar líneas en él, con la mente en blanco. Poco después se dio cuenta de que todas aquellas líneas eran paralelas, no se buscaban, y comprendió que era así como estaban las cosas en aquel momento: el incendio, la bolsa, el gimnasio, De Maria, el informe de Barbicinti. Líneas claras, pero que aún no se tocaban para componer un dibujo.

Por la noche oyó, a través del conducto, cómo las cómodas zapatillas de tela de Fiore se deslizaban con suavidad hacia la puerta grande del patio. Se levantó entonces del escritorio, salió del despacho y se dirigió a la escalera.

La gran sala estaba en silencio; las mesas, en el orden aparente en el que sus propietarios las habían confiado al fin de semana. Llamó a la puerta y entró sin esperar a que lo invitaran a pasar. Desde que lo conocía, lo había visto allí cada sábado, a veces incluso los domingos. Parece que tenía una mujer enferma que jamás salía de casa. No se sabía nada más acerca de su vida privada.

Petri levantó la mirada del periódico el tiempo estrictamente necesario para escrutarlo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Corso.

—Seguro que lo necesitas más que yo. ¿Te han dado una paliza los rojos, los fachas o directamente Fiore?

Corso se sentó.

—Necesito que me haga un favor.

—¿Por ejemplo que te readmita en mi departamento?

—Todavía no.

Petri le concedió el privilegio de ver cómo cerraba parte del periódico, que, no obstante, siguió sujetando entre sus manos.

—Me gustaría comprobar un nombre.

—¿Y vienes a pedírnoslo a nosotros? ¡Vosotros que, desde allí abajo, lo sabéis todo de todos!

—Es un asunto mío.

—No es verdad.

—¿Por qué no?

—Porque tú no tienes asuntos tuyos. ¡Mírate! Sería bonito que te hubiesen dejado así por una chica o por un asunto personal, pero... ¡Tienes veinte años, Bramard! La gente de tu edad está ahora mismo en los bares, bailando, poniéndose guapa para salir.

—Si usted no se quedase aquí también los sábados, ahora no estaríamos hablando.

Petri lo miró sin maldad, porque la maldad no sirve de nada en los casos desesperados.

—¿Sabes qué? La lógica no siempre es buena —observó.

—Puedo ofrecerle algo a cambio.

Petri cerró del todo el periódico y lo dejó sobre la mesa.

—¡Pues sí que están haciendo un buen trabajo en la policía política! —asintió—. ¿Y qué querrías ofrecerme a cambio? ¿Esto? —Señaló el teléfono sobre el escritorio—. ¿A mí, que ya estaba aquí cuando aquel semisótano todavía era un almacén de escobas? ¡Dame esos nombres! ¡Venga! ¡Demuestra de qué eres capaz!

Salió del edificio media hora más tarde, con la mochila al hombro y un puñado de datos: Stefano Aimar, nacido en San Damiano Macra en 1952, estudiante de Filosofía, un metro ochenta y seis de estatura, con domicilio en la calle Bava, pero empadronado aún en su pueblo natal. Militante de izquierdas, escribía, para algunas revistas de esta orientación, artículos sobre sociología, textos difíciles de leer. Sin antecedentes, sin denuncias.

Encendió el cigarrillo en cuanto salió por la puerta. Casi nunca fumaba en lugares cerrados, no le gustaba que su humo se mezclase con el de los demás.

Cuando la moto se detuvo delante de él con una brusca frenada, pensó por una fracción de segundo que todo había acabado. Si en el futuro alguien le hubiese preguntado si alguna vez había estado a punto de morir en una emboscada, lo habría negado, porque en cuanto *ella* se quitó el casco todo aquello se le borró de la mente.

—Bueno, ¿qué? —dijo *ella*—. ¿Y esa montaña?

31

Abrió los ojos y estudió el trabajo de la primerísima luz que se colaba por la lona de la tienda y se acababa posando sobre el perfil quieto y un tanto malhumorado de Michelle. El suave vello rubio entre sus cejas castañas y sobre sus labios, la exactitud de la pendiente de su nariz, el vapor condensado de su respiración, que ascendía para perderse entre el aire frío.

Pensó que era una pena que ese vapor se perdiese. Que habría tenido que hacer todo lo necesario para impedirlo. Ella, en su sueño, sintió aquel pensamiento y se giró sobre el otro costado sin despertarse.

Fuera el aire era limpio y la luz naciente empezaba a calentar el gris de las rocas, pero el lago, apenas un poco mayor que una cancha de baloncesto, todavía era el charco de mercurio denso e inmóvil que habían encontrado anoche.

Se dirigió a la roca a cuyo abrigo habían hecho una hoguera y encendió el hornillo. Sobre la piedra quedaban algunos trozos de madera todavía sin arder. Pensó en Andrea Gonella, en su cuerpo reducido a un pedazo de grafito, pero justo después esa imagen quedó apartada por el chisporroteo del fuego de la noche anterior, por los pies descalzos de Michelle extendidos hacia las llamas, por el olor de la sopa de sobre.

Habían viajado durante un par de horas en motocicleta y habían caminado otras tantas en medio de la oscuridad, guiándose tan solo por un cuarto de luna. Al fin, habían montado la tienda, encendido el fuego, tomado la cena y lavado los platos en el lago. Durante todo aquel tiempo, él había dejado el silencio necesario para que ella pudiese demostrar que no estaba hecha para aquello. Pero no fue así.

Bajó al lago, se lavó la cara y los genitales, y después se vistió, llenó de agua un cazo y regresó al hornillo. Mientras la llama respiraba afanosamente en busca de oxígeno, permaneció sentado, concentrado en sentir todo aquello que experimentaba, temía y

esperaba. Sabía que no utilizar la palabra que la gente suele usar para denominar esta sensación era pura presunción por su parte, pero se mantuvo firme.

Dejó caer en el cazo una bolsita de té y estudió las montañas a su alrededor: cumbres de algo más de tres mil metros, antiguas, selváticas, elevándose sin ímpetu. Se parecían a ciertos perros mestizos que uno no se lleva consigo por lucimiento, sino por necesidad. Valoró la montaña por la que habían decidido ir hasta allí, reconociendo su triangular belleza, hecha de ruinas.

—¿Es esa?

La encontró a cuatro patas, con el hocico fuera de la tienda. Se puso la camiseta que le dejaba desnudos los hombros y a la vista sus pequeños pechos.

—Pero si estás cansada...

—¿Por qué? ¿Cuánto hemos dormido?

Corso consultó el reloj Cyma de su padre, que solo se ponía cuando iba a la montaña.

—Cuatro horas.

—Por eso me siento tan descansada. ¿Tú cómo estás?

—Estoy queriéndote.

Ella chasqueó los labios.

—Pues claro. ¡Me estás viendo en mi mejor momento!

Salió, rodeó la tienda y se bajó las bragas. Mientras orinaba, siguieron mirándose.

—¿Qué hay para desayunar?

—Té y galletas.

—Pues mira, para mí también va a ser fácil, en efecto... ¡Estás dando lo mejor de ti mismo!

Desmontaron juntos la tienda y se equivocaron varias veces al doblar la lona. Los dos sabían que lo que los idiotizaba y volvía estúpidos eran las ganas de tocarse; por eso se lanzaban miradas mudas, evitando rozarse o hablar. Un muro de contención débil, que cada cual defendía por su lado.

Cuando se pusieron en camino todo fue mejor: el cuerpo encontró una vía de desfogue y consiguieron intercambiar algunas palabras que les hicieron reír. Básicamente ya se habían dicho todo lo demás la noche anterior, en el interior de la tienda, con sus bocas muy cerca la una de la otra. «¿Por qué tienes un nombre francés?», «¿Por qué tienes

un nombre estúpido?», «¿Qué hace un chico como tú en la policía?», «¿Qué hace una chica como tú con esa gente?», «¿Y tu padre?», «¿Tu familia?», «¿Por qué yo?», «¿Por qué tú?», «¿En qué crees?», «¿Tienes perro?», «Y entonces, ¿por qué sabes tanto de perros?», «¿Es demasiado trivial?», «¿Tienes miedo?», «¿Dormimos?». Respuestas que requerían tiempo para ser digeridas, sobre todo por parte de quien las daba.

A los pies de la pared, Corso sacó de la mochila el hornillo, el saco y la tienda y lo escondió todo entre las rocas.

—Así no tenemos que llevarlos con nosotros y nadie nos los roba.

Ella contempló la falda de piedras que descendía, desierta, hasta el lago que habían dejado atrás una hora antes.

—¿Y entonces por qué no los hemos escondido allí abajo, junto al lago?

Él miró el espejo de agua y la hierba que exhalaba el último verdor antes de la nieve. Por encima de ellos vagaba el graznido de los pájaros de los dos mil metros.

—Porque soy un madero —es lo único que acertó a responder.

Cuando alcanzaron la cima, se pusieron las chaquetas para protegerse del viento y se acurrucaron junto al montículo de piedras que sostenía la cruz. Ella contemplaba las cimas de alrededor y, sobre todo, la llanura, en la que se adivinaban pueblos y carreteras, hasta llegar a la masa gris que era la ciudad en la que se habían conocido, perseguido sin que ninguno de los dos tuviese intención real de escapar y, por último, atrapado.

—¿Era esto lo que querías?

Corso le sirvió un poco de té del termo.

—Esto era —confirmó.

El sol estaba a punto de alcanzar el mediodía y una persona de corazón puro habría encontrado en el viento algo de mar.

—¿Aquello de allí es el Monviso?

—Sí.

—¿Se puede subir?

Tres horas más tarde, ya de vuelta junto a la moto, se tumbaron a la sombra de un avellano y cerraron los ojos. En apenas unos minutos, unas veinte vacas estaban ya comiendo hierba a su alrededor. Cencerros, moscas.

Se marcharon, pero a los pocos kilómetros Corso le dio un toque

en el hombro para que ralentizase.

—Hambre.

Michelle se detuvo delante del último edificio de la aldea, en el que resaltaba el logotipo amarillo de un teléfono público. En el salón había una barra, seis mesas y ni un solo comensal. Tan solo un viejo, vestido de punta en blanco, con un sombrero en la cabeza, como si acudiese a una boda de principios de siglo.

Estaba sentado con las dos manos apoyadas en el bastón, un bigote blanco estilo Víctor Manuel II y un pequeño lazo al cuello típico de aquel valle. En las paredes, cabezas de jabalíes, cabras salvajes de los Alpes, rebecos y animales de pequeño tamaño. El suelo, de baldosas, procedía de algún cuartel militar de montaña.

De la parte trasera salió un hombre que había superado la cincuentena, alto y guapo gracias a su pelo, a su constitución y a su mal carácter, por el que, como si se tratase de una estalagmita, su inteligencia llevaba cincuenta años goteando, como saltaba a la vista.

—Ya es tarde para comer —anunció, confirmando lo que, de hecho, parecía—. Espero que solo necesitéis ir al baño.

Corso se sentó en uno de los taburetes, como si no hubiese oído nada. Michelle se sentó en el taburete de al lado.

—Yo quiero una cerveza y jabalí. ¿Michelle?

—Yo, jabalí y cerveza.

El hombre los miró con una malicia propia de otros tiempos.

—Por suerte siempre sube alguien para recordarme por qué es mejor no bajar —comentó. Después, pasó un trapo por la barra, obligando a Corso y a Michelle a levantar los codos—. ¿Quién es esta tipa? —preguntó, dirigiéndose a Corso.

—Soy Michelle.

—¿Qué eres? ¿Francesa? Ya tengo ahí arriba a una mujer medio francesa. ¿Sabes por qué está arriba? Porque si viene aquí, el que se va arriba soy yo. Fi-fi, scu-scu, pe-pe... Sois insoportables, joder. En cualquier caso, solo hay una ración de jabalí. También tengo salchicha, pero no es fresca.

Michelle respondió que le parecía bien. El hombre apartó la cortina que conducía a la parte trasera y desapareció tras ella.

—Cesare era un alpinista excelente —explicó Corso—, pero su padre murió y él tuvo que hacerse cargo del local. Fue entonces cuando se casó. Se está acostumbrando a su nuevo estado.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos veinte años.

Michelle saludó al viejo de bigote al estilo Víctor Manuel II, que respondió por cortesía, como si estuviese esperando a que pasaran cosas mucho más importantes.

—¿Quién es ese?

—El abuelo. Tiene ciento dos años. Tal vez ciento tres ya.

Comieron como perros jóvenes, mientras Cesare los miraba, recordando cosas que abren sin remedio en el estómago un agujero grande como un centro de mesa. Después Michelle preguntó dónde estaba el baño y se dirigió a él.

—Es mejor que lo digas ahora que no está —le advirtió Corso.

—¿Que diga qué?

—Lo que estás a punto de decir.

—¿Y qué tendría que decir?

—Lo que estás a punto de decir.

Cesare resopló para expresar su fastidio de una manera muy francesa. Después cogió el primer trapo que encontró y el primer vaso que tenía delante y empezó a secarlo. Era el que Corso acababa de beberse.

—Las mujeres que se van te hacen sufrir porque se van, y las que se quedan, porque se quedan. Así que no te cases, y menos aún con una francesa. Las francesas siempre tienen algún enano en la familia.

—¿Algún enano?

—Eloise tiene un tío y una prima. ¿Sabes qué es más feo que un enano? ¡Una enana! En la boda me tocó fotografiarme también con ellos. Veinte mil liras por unas fotos que no puedo enseñarle a nadie.

Corso miró el vaso, que ya estaba ordenado en la estantería, entre los vasos limpios, y tomó un sorbo del de Michelle, que todavía estaba a salvo.

—¿Al menos es la adecuada?

—Sí.

El vaso de Michelle tenía una marca de carmín que no era de Michelle.

—Entonces por lo menos no te gastes dinero en las fotos.

32

Tuvo que esperar hasta las ocho y media para verlo llegar. Después, esperó otros veinte minutos más para dar credibilidad a la situación. Pasado ese tiempo, se colgó la bolsa del hombro, pagó los seis cafés que había consumido desde las tres de la tarde y salió del bar.

Stefano Aimar se estaba vendando las manos, lo que indicaba que se había parado a charlar un rato con Duccio o con cualquier otra persona antes de entrar en el vestuario. Se saludaron con un «¡hola!». Corso soltó la bolsa y empezó a desnudarse.

—Ya casi no se te nota nada —observó Stefano—. Se ve que estás acostumbrado a encajar golpes.

Corso, que se estaba quitando el jersey, se detuvo y lo miró. La melancolía líquida de los ojos grises de Stefano se había solidificado hasta adoptar una forma cortante, un sílex que había que manejar con cuidado.

—Sí —confirmó Corso, que siguió despojándose del jersey—, va mucho mejor.

Aimar se sujetó las vendas, se ató las zapatillas y empezó a aplicarse pomada en la cicatriz. Algo que habría hecho mejor si no se hubiese vendado antes las manos. Señal de que estaba pensando en otra cosa.

Durante unos segundos, lo único que se oyó en el vestuario fue el murmullo de la mano de Stefano mientras extendía la crema y se daba un masaje para ayudar a su absorción.

—Un viejo accidente de moto. —Cerró el bote y lo metió en la bolsa—. En junio me quitaron la placa. Pero imagino que eso ya lo sabes.

Con el chándal ya puesto, Corso fue a ver a Duccio, recibió instrucciones y empezó a hacer todo lo que se le había ordenado: ejercicios físicos para la movilidad del tronco, abdominales, cuerda. Todas aquellas actividades lo mantenían en la zona del gimnasio en la que se encontraban las espalderas y la cuerda tensa para los ejercicios

de esquivar, mientras que Stefano trabajaba en la zona de sacos, desde donde, de cuando en cuando, lanzaba miradas a Corso, que él trataba de no devolver.

Hacia el final del entrenamiento, vio que hablaba intensamente con Duccio y comprendió que le estaba insistiendo para que le permitiese participar en un asalto. Duccio lo autorizó, pero «sin golpear —oyó que le decía—, solo para coger el ritmo».

Stefano subió al cuadrilátero con Elio, que era mucho más bajo que él, fornido, industrial, padre de familia. Un minuto más tarde, Aimar empezó a boxear en serio. Elio lo dejó hacer durante un rato, sin seguirlo ni aprovecharse de su pierna coja; después bajó los guantes, salió del *ring* y se puso a practicar un poco con la cuerda.

Stefano lo llamó, le pidió que volviese, le prometió que iba a parar, pero el otro ni siquiera se giró a mirarlo. Aimar se encogió de hombros y, sin que Duccio le indicase nada, fue a cambiarse.

Corso continuó media hora más para esperar a que saliese, pero después pensó que prolongar la espera habría sido como evitarlo.

Al entrar en el vestuario se lo encontró en calzoncillos, concentrado en cortarse las uñas de los pies.

Corso se desnudó y se fue directo a la ducha.

Desde allí no lo perdió de vista. Stefano abrió el armario, cogió la ropa y se puso el abrigo gris. Cuando terminó, se dirigió a la ducha, con una mano en el bolsillo. Corso se frotó con violencia los testículos para castigarse por su poca prudencia: se había dejado la pistola en la central.

—Vamos a hablar —le propuso, sin embargo, Aimar—. Ahí afuera.

La tarde estaba empezando a traer lluvia. Ocurría lo mismo desde hacía unos días: mañanas aún estivales, tardes nubladas y noches otoñales, como si hasta el último momento el día no quisiese decidirse a ser lo que debía ser.

Stefano lo estaba esperando bajo un alero; una elección que a Corso le pareció demasiado expuesta.

—Vamos a otro sitio —sugirió, de hecho, Stefano en cuanto llegó hasta él.

Caminaron unos cien metros por la misma acera. Sobre la puerta principal de un edificio había un cartel que prohibía la entrada por tratarse de una construcción en ruinas. El candado estaba roto.

Stefano abrió y le hizo un gesto para que él también entrara.

Se encontraron en un patio interior: un corral de vecinos desierto, algún que otro viejo trapo colgado aún en los tendederos, dos garrafas bajo una pérgola con una vid y, en una zona en la que en sus tiempos debió de haber una cordelería, cuatro o cinco sillas con su asiento de enea desvencijado. Un ala todavía mostraba las huellas de la bomba o del incendio: un edificio golpeado por la guerra, considerado irrecuperable y cuya demolición parecía ser demasiado costosa.

Stefano se puso bajo la pérgola, en cuyo umbral se detuvo Corso. El otro se dio cuenta y volvió hacia él, porque había imaginado que lo que tenía que decir debía decirlo muy cerca de su interlocutor.

—¿Por qué no me pones de una vez las esposas y dejas de tocarme los cojones?

Corso no se sintió en peligro y mucho menos dolido. Tal vez era aquello lo que había querido desde el principio. Quedaba un problema pendiente: qué decir. Pero después pensó que había sido Stefano quien había querido llevarlo hasta allí, así que, si todavía no le había disparado, es que era él quien tenía algo que decirle.

Se sacó la cajetilla de Gitanes y le ofreció un cigarrillo, como habría hecho Petri.

Stefano negó con la cabeza, contrariado. Después se metió las manos en los bolsillos y volvió a la zona más oscura de la pérgola. La única luz que llegaba al patio era la de las farolas de la calle, y también ella se colaba clandestinamente por encima de la puerta.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó.

Petri habría podido elegir entre verdad y teatro, pero ¿él? Stefano había tardado apenas dos días en descubrirlo, Duccio aún menos y Michelle...

—Una llamada de teléfono anónima —explicó, optando en aquel momento por actuar como el policía que aspiraba a ser—. ¿Y tú?

—Eras la primera cara nueva en el gimnasio desde hacía semanas. —Se encogió de hombros—. Sumé dos más dos y le pregunté a Duccio.

Corso encendió su Gitanes.

—¿Ella estaba también aquella noche? La chica del pelo corto.

Stefano sopesó la calma con la que Corso había hablado y ahora fumaba. Removió con un pie la tierra, cubierta de fragmentos de vidrio, guijarros, paja y hojas de vid ya secas.

—¿Cuánto nos puede caer? —preguntó.

—No soy abogado.

—¿Más o menos cuánto?

—Un par de años, tal vez tres, siempre y cuando no supierais que había alguien dentro.

—¡Pues claro que no lo sabíamos! —Stefano levantó la mirada de repente—. Era solo una gilipollez y ni siquiera estábamos todos de acuerdo.

—¿Quién no estaba de acuerdo?

—Yo y también... —Se detuvo, miró la vid que cubría la pérgola, con los racimos cuajados de uvas secas.

—Tenéis que entregaros —le aconsejó Corso.

Stefano asintió para indicar que ya lo había pensado y Corso, al mirarlo, comprendió por primera vez qué quiere decir tomar una decisión cuando alguien te importa. Pensó que, antes de Michelle, aquel habría sido uno de esos tantos sonidos del mundo que todos percibían menos él. Ahora era diferente. Y, por primera vez en su vida, sintió miedo.

—Necesito tiempo —comentó Aimar.

—¿Tiempo para qué?

—Para hablar con ellos. Para convencerlos. Sin ella no puedo. Y a los otros tampoco los voy a vender.

Corso fumó en la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo?

Stefano buscó la respuesta en la vida que treinta años atrás habitaba aquel lugar. Gritos de niños, artesanos, mujeres en las ventanas, el rumor del agua en las letrinas comunes al fondo de la galería. Todo perdido.

—No sé —dijo por fin—. Tengo que hablar con ellos, pero hemos decidido que no vamos a utilizar el teléfono.

—¿Lo habéis decidido o bien os lo ha impuesto el de la chupa de cuero? Porque es él quien da las órdenes, ¿no? El que tuvo la idea de incendiar aquella sede.

Aimar lo miró con dureza.

—Da igual quién la tuviera. Lo hicimos todos.

Corso admitió que era así y que hacía bien en reconocerlo.

—Tienes un día —le concedió—. No podré hacer nada por quienes no se presenten contigo a las nueve de la mañana del

miércoles.

Se sacó del bolsillo el cuaderno, en el que las líneas paralelas empezaban ya a trazar un diseño, anotó un número, arrancó la página y se la dio.

—Si necesitas algo, llama a este número y pide que te pongan con el comisario Petri. Con nadie más que él. No le digas de qué se trata. Coméntale simplemente que han ingresado a mi tía en el hospital y que tengo que llamar de inmediato al número que indiques. Tiene que ser un teléfono público. Solo teléfonos públicos, ¿entendido? No llames a tus amigos a casa. Y menos aún a De Maria.

Stefano cogió la página, la estudió más tiempo del que se necesitaba para descifrar un número y se la metió en el bolsillo.

—Me estoy jugando el culo por ti —advirtió—, así que no hagas la cagada de intentar jodernos.

Corso dio una última calada y tiró el cigarrillo.

—Y yo me estoy jugando el puesto por ti, así que no hagas la cagada de intentar desaparecer.

Se dieron un apretón de manos y Aimar salió.

Si algún día volvían a verse, ninguno de los dos tendría ya la edad y la inocencia de aquella noche.

33

La mañana transcurrió despacio hasta las diez, cuando se levantó, recorrió el pasillo y llamó a la puerta del despacho de Fiore para su informe matutino. La noche anterior, antes de dormir y quizá también durante el sueño, había pensado qué decirle.

Nadie respondió al otro lado. Volvió a llamar. Entró. El despacho estaba vacío. En aquel momento Barbicinti apareció por la esquina del pasillo.

—¿Fiore? —preguntó Corso—. ¿Hay novedades?

Barbicinti, que acababa de pasar a su lado, retrocedió unos pasos. El bigote tardaba en crecerle, lo cual debía de ponerlo de mal humor. La naturaleza no le estaba ayudando precisamente a parecer lo que quería parecer.

—Me importa un carajo que el jefe te tenga en un pedestal —le advirtió a unos centímetros de su cara—. El que se queda aquí soy yo. Así que acuérdate de que eres tú el que me da explicaciones a mí y no al contrario, porque, si quiero, con Fiore y sin él, puedo hacer que la mierda te llegue hasta el cuello. ¿Lo has entendido?

Corso contestó que lo había entendido, pero, como siempre, su respuesta sonó a otra cosa.

—Gilipollas. —Barbicinti se alejó sacudiendo la cabeza.

Corso volvió a su mesa. Consultó la hora: las diez y cuarto. Le pareció una hora prudente y marcó el número que Michelle le había dado. Una mujer le indicó que Michelle había salido «por sus estudios». De la reverencia mostrada ante aquella actividad dedujo que se trataba de una criada o de una señora de la limpieza.

Se puso a caminar de un lado a otro del cuartito, pero a mitad de aquel recorrido se veía siempre obligado a encorvarse por culpa de la escalera. El patio, por lo que oía a través del conducto de ventilación, estaba tranquilo. Salió y lo recorrió de arriba abajo un par de veces, fumando, pero sin sentir satisfacción alguna, porque temía que de un momento a otro apareciera la silueta de Petri en la ventana. Se

preguntó si no convendría tal vez contárselo todo. Pero ¿contarle qué? ¿Que le había revelado a un sospechoso el estado en el que se encontraban las investigaciones? ¿Que había hecho pactos que no eran de su competencia? ¿Que había decidido por su cuenta dejarlo marchar sin más garantía que su palabra? ¡A alguien que había quemado vivo a un pobre hombre! ¿Y si el miércoles no se presentaban ni él ni los demás? ¿Y si justo en ese momento estaban organizando la fuga? ¿Y Fiore? Pese a lo que decía, no estaba siguiendo a De Maria. Eso ya estaba claro. Pero ¿por qué razón? ¿Qué pretendía?

Se acordó de un chiste que Petri solía contar y que jamás había entendido: un tipo se mete en los calzoncillos un cactus, y cuando le preguntan por qué lo ha hecho responde: «Al principio me pareció una buena idea».

Esta vez tampoco se rio, pero lo entendió.

En la pausa del almuerzo salió a caminar bajo los pórticos y llegó hasta el río, que le pareció más turbio y menos parisino de lo habitual. Atravesó el puente, se compró un sándwich y se lo comió mientras subía al Monte dei Cappuccini. Hacía demasiado calor para mediados de octubre, pero el cielo pesado y gris iba en consonancia con la época del año. La noche volvería a encarrilarse hacia el tiempo propio de la estación, pero Turín no parecía tener prisa. Automóviles, peatones, tranvías y gabarras se movían en sincronía. A lo lejos, la silueta de la gran fábrica que, a través de sus tres turnos, daba cuerda al laborioso carillón de la ciudad.

En el camino de vuelta a la central evitó la universidad y los locales que le servían de apéndices: bares, restaurantes, escalinatas en las que los estudiantes espiraban en las horas vacías para volver a inspirar en el camino hacia las aulas, cuando se acercaba la hora de clase. Quería verla, en el fondo era lo único que quería, pero sabía que la necesidad de *ella* estaba ensuciando todas las trayectorias de sus pensamientos. No era el momento.

—Petri te estaba buscando —lo avisó el tipo de la conserjería.

—¿Cuándo?

—Hace diez minutos. Le he dicho que habías salido.

Corso atravesó el vestíbulo a toda velocidad y subió los escalones de dos en dos. Cuando llegó a la puerta, llamó dos veces y entró.

—¿Me buscaba?

Petri estaba escribiendo a mano algo que, casi con toda seguridad, después ordenaría pasar a máquina.

—Sí.

Corso cerró la puerta y dio un paso decidido hacia el escritorio.

—Tu tía está mal —lo informó Petri—. Tienes que llamarla, me han dejado un número de teléfono. —Sin embargo, siguió escribiendo con pericia en el folio del expediente. Una caligrafía con cuerpo, como de tiempos del Resurgimiento, que no casaba en absoluto con su naturaleza de hombre sobrio. Puso punto final, cerró con calma la estilográfica y alzó la vista hacia Corso, que lo estaba esperando, sin preocuparse por ocultar su impaciencia.

»Llevo años tomando decisiones que tienen efectos sobre los demás —comentó— y puedo asegurarte que hay dos formas de hacerlo: preocupándose por las consecuencias, lo cual te hace envejecer con rapidez, o pasando olímpicamente de lo que ocurra, lo cual te convierte enseguida en un arrogante. No hay muchas más opciones.

Corso asintió para indicar que ya lo había considerado.

Petri abrió un cajón y le tendió la hoja.

—Bienvenido —dijo.

Caminó hasta el barrio de Vanchiglia para alejarse lo suficiente de la central. Había una plaza circular, con un parque en el que una cabina de teléfonos se ocultaba entre las ramas bajas de los árboles. Compró dos fichas para el teléfono en un bar cercano.

—Soy Bramard. ¿Me estabas buscando?

—Hay un problema.

—¿Qué problema?

—Edoar... Uno de nosotros ha visto un coche debajo de su casa. Está seguro de que lo vigilan. Ha llamado para avisarnos de que estáis encima de nosotros. ¿Tú sabes algo de esto?

—Tienes que entregarte ya.

—No. Esta noche tenemos una reunión.

—¿Dónde?

—Ya te he dicho que yo no vendo a nadie. Antes, voy a la cárcel. Esta noche hablaré con ellos. Intentaré convencerlos.

Silencio.

—¿Y si no quieren escucharte?

—Ella y yo estaremos mañana en ese patio, de todas formas.

—¿Y si ella tampoco quiere escucharte?

Silencio.

—Ella vendrá conmigo.

Corso se tomó unos instantes para pensar.

—De acuerdo, pero quiero el nombre del de la chupa de cuero.

—No, teníamos un pacto...

—Las cosas han cambiado. Si no, no me habrías llamado. El nombre y dónde lo puedo encontrar. Si no, ya no hay pacto, ni siquiera para vosotros dos.

Silencio.

—Neocle. No sabemos el apellido, ni tampoco qué hace o dónde vive. Lo conocimos en el Círculo Garibaldi hace unos meses. Acababa de llegar del noreste: Verona, quizá Vicenza.

—Es él quien tuvo la idea de incendiar aquella sede.

—Sí.

—¿Sabía que Gonella estaba dentro? ¿Lo conocía?

—No lo sé. Ya basta.

¡Clic!

Corso dio varios rodeos para volver a la central y se detuvo a comer bacalao frito en un puesto cercano al mercado de Porta Palazzo. La conversación telefónica le había abierto un apetito feroz y cerebral. Incluso se tomó una copa de vino blanco, apoyándola sobre el tablón de madera en bruto que el kiosco ofrecía a modo de mesa. A pocos metros, en el octógono de la plaza había un hervidero de barrenderos y gente que buscaba frutas con magulladuras entre las cajas abandonadas. Parecía un alegre bombardeo seguido de una vivaz búsqueda de los restos.

A las cuatro de la tarde se tomó un café y se escondió en su despacho, confiando en que el teléfono no sonase y nadie viniese a buscarlo. No intentó llamar a Michelle por una serie de motivos que ya había repasado a la hora del almuerzo.

A las cinco de la tarde cogió su mochila. Fiore lo estaba esperando en el pasillo, justo delante de su puerta, con la espalda apoyada en la pared y un pie levantado.

—¿Tienes algún compromiso para esta noche?

—No. ¿Por qué?

—De Maria se ha puesto en contacto con los demás a través del teléfono de su casa. Vamos a cogerlos a todos.

34

—¿Sabes la historia del toro viejo y el toro joven?

—Sí.

—Bueno, pues yo estoy empezando a pensar que eres una persona inteligente, pero solo cuando se trata de teoría. En tu opinión, ¿cómo han llegado hasta aquí? ¿En grupo?

—De uno en uno, para no llamar la atención.

—Estupendo. ¿Y el primero no habrá echado tal vez un vistazo a la zona para controlarla?

—Habrá echado un vistazo.

—Y si veía un coche sospechoso, ¿no cancelaría la reunión?

Corso dejó caer su espalda sobre el respaldo del asiento trasero y desde esa posición estudió la nuca de Fiore, sólida como una cabeza de la isla de Pascua. La voz de Barbicinti graznó desde la radio del coche.

—En la puerta trasera, sin movimientos. A Tonelli y al otro coche los he enviado a la calle paralela. Nunca se sabe, lo mismo les da por venir a través de los garajes.

Fiore se acercó el micrófono del radiotransmisor a la boca.

—Entonces, ¿quieres joderme el puesto?

—Todavía queda mucho. —Barbicinti reía entre dientes.

Corso consultó la hora en el salpicadero: las diez y cuarenta.

El grupo se había citado a las diez, pero Fiore había decidido llegar media hora más tarde. El motivo, ya se lo había explicado. Los coches que intervenían en la operación eran cuatro. Los hombres, unos quince. Todos de paisano.

El edificio se encontraba en una bocacalle de Passo Buole. Habían analizado los registros de todas las personas que tenían allí su domicilio personal o profesional. Resultó que una tal Rossella Bastente tenía antecedentes por prostitución, un tal Anfossi Paolo era usurero y un tal Domenichino Attilio, traficante de poca monta. Los demás no estaban fichados.

No había duda, pues, de que el Ciano con el que había hablado por teléfono De Maria era Luciano Cau, operario de la planta siderúrgica Fiat, de veintiocho años, ya denunciado por tumultos en Cagliari y detenido en Turín después de una pelea en la que se descubrió que portaba una navaja. «Un profesional», había sentenciado Fiore. En la foto de la ficha policial Corso había reconocido al chico de pelo rizado y parka de borreguito que se encontraba junto con los demás en la plaza Respighi. La reunión estaba teniendo lugar en las habitaciones que había alquilado a su nombre en la quinta y última planta, escalera B.

Fiore se encendió un Toscano y abrió dos dedos la ventanilla para que saliera el humo. El hombre que se encontraba en el asiento del conductor era grueso y ancho como un estibador. Desde que se habían subido al coche se había limitado a ejecutar las órdenes de Fiore sin abrir la boca.

—¡Háblame un poco de la universidad, Bramard! —pidió Fiore sin girarse—. ¿Cómo es eso de estar con todas esas chicas desinhibidas? ¿A los muchachitos os queda algo de fuerza para estudiar?

—Me presento a los exámenes, pero no voy a clase —explicó Corso.

—¿Has oído, Manzon? Nosotros hemos sido de mucho hablar y de poco hacer. Bramard, en cambio, no habla nunca, pero mira qué bien le va. ¡Si lo llego a saber antes...!

La radio emitía cada dos o tres minutos algún graznido, pero no había novedades.

—Hace una hora que están dentro —comentó Corso.

—Relájate y fúmate un cigarrillo, Bramard, que la cosa puede ir para largo. ¡Estos tienen mucho que decirse! ¡Tienen que hacer la revolución! ¡La dictadura del proletariado! —Negó con la cabeza—. Aparte de ti, que eres profesor, hay más proletariado dentro de estos seis coches que en todo el movimiento. ¡Hasta Pasolini lo dijo! Porque Pasolini nos debería defender ahora, ¿no, Manzon?

Manzon se encogió dos veces de hombros, lo que indicaba que se había reído, y después volvió a mirar, fija e imperturbablemente, hacia la puerta principal. El cráneo bovino de Fiore, en comparación con el suyo, parecía el de un ternerito.

La radio emitió un par de ráfagas.

—Una mujer está bajando la escalera —comunicó la voz de Barbicinti—. Viene hacia nuestra zona.

Fiore acercó su cara a la radio, a pesar de que tenía el micrófono delante de la boca.

—Silencio total en el coche. Que no se escape ni un suspiro.

El micrófono captó el sonido de una puerta de vehículo que se cerraba. Después, silencio. Esperaron durante dos, tres minutos. La calle estaba desierta, había pocas ventanas iluminadas. Tampoco a lo lejos se percibía ninguna señal.

—La tenemos —anunció la radio, sin previo aviso.

—Vale. ¿Se está portando bien?

—Sí, razonablemente.

—Comprobad si lleva documentación.

—Se está encargando Tonelli. ¿Qué te parece? En su documentación pone que es Rossella Bastente, de treinta y cinco años, nacida en Settimo, con domicilio en...

—Está bien, está bien, es la puta. No nos interesa. De todas formas, retenedla, no quiero que haga llamadas de teléfono.

—¿Has oído? Quédate aquí y pórtate bien. Corto.

La medianoche y el miércoles los encontraron sentados aún en el coche, encogidos por el frío y la humedad que habían ido cayendo sobre ellos. Una niebla pobre había ascendido desde las alcantarillas y los canales de desagüe y había envuelto todo lo que se encontraba por debajo de la segunda planta.

Fiore consultó la hora en su muñeca. Corso advirtió en aquel gesto una impaciencia que hasta ese momento no había visto en él.

—Ya me tienen hasta los cojones —advirtió por la radio—. Subimos.

Salieron del coche y se dirigieron a la entrada. Sus pasos golpeaban los adoquines húmedos; los de Manzon eran casi como mazos. La hoja labrada de la gran puerta de la entrada estaba entreabierta. En unos instantes se encontraban ya en el patio, en el que los estaban esperando otros seis agentes que habían entrado por la parte trasera.

—Subiremos el primer equipo y nosotros —ordenó Fiore—. Si no, no podremos movernos. Los demás os quedáis controlando las salidas. Bramard, tú irás el último.

Subieron hasta la quinta planta por la escalera, de manera más

bien ruidosa, aunque ninguno asomó la nariz por las puertas ni movió las cortinas de ninguna ventana. Cuando llegaron al pasillo de la zona de buhardillas, Manzon consultó una nota que guardaba en un bolsillo.

—Es la seis, al fondo —confirmó, y a Corso su voz le sonó terriblemente aniñada, como si solo estuviese hablando una parte mínima de él y todo lo demás fuese un mero envoltorio.

Se detuvieron delante de la puerta y permanecieron a la escucha. Quien no tenía todavía un arma en la mano la sacó en ese momento. Corso se contentó con apoyar la palma de una de sus manos en la funda abierta de su pistola. Silencio. Ninguna luz visible llegaba desde el exterior.

Fiore le indicó a Manzon que procediera. El hombre se colocó delante de la puerta, levantó un pie y, cuando su planta se abatió contra la madera, la hoja se soltó de las bisagras y cayó hacia el interior con un estruendo desproporcionado. A Corso le dio tiempo a ver que la luz de dentro estaba encendida. Inmediatamente después, los cuerpos de sus compañeros se precipitaron en la buhardilla y le taparon la visión.

—Espera aquí —le ordenó Fiore—. Tú no estás autorizado a entrar.

Corso esperó cinco minutos, diez. Desde dentro solo llegaban las voces quietas de los agentes, mezcladas con el ruido de muebles movidos, platos rotos, telas rasgadas. Fiore se asomó al pasillo y le hizo un gesto para que entrara.

Las dos habitaciones estaban patas arriba y sin subversivos. En el suelo, papeles, libros, cubiertos, algunos platos rotos. Fiore levantó una de las sillas volcadas, la acercó a la mesa, se sentó y reavivó su Toscano.

—¿Has visto, este Di Maria? ¡Nos ha hecho quedar como idiotas! —Exhaló una gran nube de humo—. Por lo demás..., unas veces se gana y otras veces se pierde. En cualquier caso, ¡la revolución no terminará mañana!

Los agentes estaban guardando octavillas y otros papeles en varias cajas. Manzon estaba recogiendo un mimeógrafo. Alguien había metido unos libros dentro de una maleta.

—Si no están aquí, entonces ¿dónde están? —preguntó Corso.

Fiore lo miró como si aquella pregunta fuera más impertinente

que ingenua.

—¿Y yo qué sé? —Sonrió—. A lo mejor en casa de De Maria, bebiéndose un coñac.

—O de Neocle.

Fiore lo miró a los ojos, sin perder la sonrisa.

—¿Neocle? ¿Quién es ese Neocle? Aimar, la chica, Cau y De Maria. ¡Aquella noche eran cuatro! A menos que tú sepas algo que nosotros no sabemos. —Se inclinó para levantar otra de las sillas y le hizo un gesto para invitarlo a sentarse—. En cualquier caso, Bramard, este es un escondrijo. ¡Para ser tu primera vez no has salido mal parado!

Corso lo valoró unos instantes; después se encendió un Gitanes. Se lo fumó casi por completo, mientras seguía mirando a su alrededor: el sofá desvencijado, una pequeña mesa, un mapa de Cerdeña, una placa eléctrica, una manta de viaje que hacía las veces de cortina en la única ventana existente. Lo único que sus ojos ignoraron fue la silla que Fiore le había ofrecido.

—Mañana vuelvo con Petri —anunció.

Fiore dio una calada a su Toscano y asintió.

—Estupendo. ¡También se necesitan Gigi Rivas en este mundo!

Volvió a casa a pie, sin levantar en ningún momento la mirada de la acera. Un largo camino de penitencia que le proporcionó todo el tiempo que necesitaba para contemplar la crudeza y las diversas facetas de la lección que acababa de aprender. Algo que le sería útil para otros casos en el futuro, porque sabía que jamás volvería a ver a Aimar y a los demás. Ni allí fuera ni detrás de los barrotes. No era la lógica la que se lo estaba diciendo, sino algo que debería haber escuchado antes y a lo que a partir de ese momento le prestaría atención.

Se percató de que estaba entrando en su barrio cuando empezó a reconocer los adoquines de la acera y los vacíos que los hacían sonar. Las rejillas de las ventanas de los talleres artesanos instalados en semisótanos. Los escupitajos que la lluvia, aún demasiado suave, no conseguía lavar.

Cien años antes, cuando la nueva estación se convirtió en el punto de entrada de las mercancías que llegaban del mar, la plaza en forma de cuadrilátero que se había construido a su lado se llenó de restaurantes para viajeros, comerciantes, especuladores, ladrones,

chulos, timadores, y de tugurios, teatros, casas de juego, artistas, burdeles y órdenes religiosas empeñadas en salvar a toda esa gente de mala calaña. Aquello no funcionó demasiado bien y el barrio permaneció fiel a su origen bello y sucio.

Entró por la puerta principal, atravesó el vestíbulo y subió la escalera. Ocho tramos de doce escalones cada uno, al final de los cuales, sentada exactamente en el escalón número noventa y seis, la encontró a *ella*.

Leía un libro. Un gorro de lana en la cabeza.

—No es un buen barrio —advirtió Corso—. No deberías venir aquí sola.

Michelle terminó el párrafo y levantó la mirada.

—Soy una mujer libre. Además, estás tú para protegerme, ¿no?

Corso permaneció en silencio.

—Porque tú me protegerás, ¿verdad?

Corso siguió tomándose su tiempo.

—Sí. —Cambió así su vida—. Yo te protegeré.

35

Ahora que la voz de Corso se ha apagado. Arcadipane se da cuenta de lo llena de zumbidos, aleteos, deslizamientos y susurros que está la oscuridad que los rodea. Se mete la mano en el bolsillo y se lleva a la boca la gominola de regaliz. El campo siempre lo ha acojonado.

—¿Qué hora será? —pregunta.

Corso consulta su Cyma. Hace ya un buen rato que Elena apagó la luz del patio, pensando, tal vez, que se habían marchado al pueblo. La luna está cubierta o no está.

—¿Nos preparamos un café?

—¿No molestaremos?

—En la habitación de los libros.

Arcadipane baja, siguiendo el rumor de los pasos de Corso a lo largo del camino de tierra. Después, ya casi al final, se gira y emite un soplido apretado que no es un silbido propiamente dicho. Unos segundos más tarde, algo aterriza junto a sus pies.

El sonido de sus cuatro piernas y de las tres patas de Trepet se amplifica a través de la caja de resonancia del patio. El Alfa descansa en el centro, cubierto de una ligera capa de rocío.

—¿Sigue igual de estupendo que siempre?—se limita a preguntar Corso al pasar a su lado.

—Sí.

Suben por la escalera y entran. Trepet se tumba de inmediato en la alfombra.

—Aquí solo tengo la cafetera de café americano.

—Sin problema —responde Arcadipane, que solo ahora se da cuenta de la humedad que había en el exterior—. Con que esté caliente, me basta.

Mientras la cafetera calienta el agua y la cuela a través del filtro, Corso y Arcadipane permanecen sin tomar asiento, en silencio, a la luz de la lámpara de pie que Corso ha encendido. Después Corso llena dos tazas hasta el borde y las coloca sobre la pequeña mesa. Se sientan en

los sillones. Arcadipane contempla las paredes forradas de libros.

—Antes de que me preguntes si los he leído todos —advierte Corso—, te haré yo una pregunta: ¿qué me dijiste cuando te llevé al despacho las cartas de Otoñal para pedirte que las examinarais?

—Que después de veinte años, la probabilidad de coger a un asesino es de menos del cero coma tres por ciento.

—Y aquí estamos hablando de un caso de hace treinta años. Cuando tú ni siquiera estabas aún en la policía. Así pues, te repito la pregunta: ¿por qué cogiste aquel hueso?

Arcadipane bebe un sorbo. Que el café sea tan malo le parece una circunstancia que se corresponde perfectamente con su estado de ánimo. Mira a Trepet, que duerme sin conciencia de su fealdad, de su tara y del hecho de que ninguna de esas dos características es lo peor en él.

—Ya no tengo *sining* —responde.

—¿Qué?

—*Sining*. ¿No sabes lo que es? —se extraña Arcadipane, señalando todos esos libros, que convierten aquella ignorancia en algo paradójico.

—No, no lo sé. Explícamelo.

—Es eso que te permite captar al vuelo algo que los demás no entienden.

—Entonces hablas del *shining*. Pero no significa eso.

—Lo que tú digas. En cualquier caso, lo he perdido.

—¿Y cómo sabes que lo tenías?

Arcadipane reflexiona.

—Jamás le habrías dejado tu puesto a alguien que no lo tuviera —concluye.

Corso sonríe, porque es la respuesta correcta. Bebe un sorbo.

—¿Y por qué lo habrías perdido?

—No lo sé, pero ya no lo tengo. ¿Y tú?

Corso se encoge de hombros.

—Soy profesor. Si lo tengo, ya he dejado de utilizarlo.

Beben, meditando ambos sobre aquello, cada uno desde su punto de vista. Fuera la oscuridad está cambiando. No hay luz, pero sí una variación de intensidad. Esa que anuncia el día y que provoca una sensación de promesa. Algo que apenas dura una decena de minutos; después, la promesa suele convertirse en un día igual al anterior.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Yo lo he perdido y tú no sabes si lo tienes. ¿Qué hacemos?

Corso se levanta, se acerca al ventanal y constata que no falta mucho para el alba. Sabe que dentro de poco Elena se despertará, irá a la cocina, se preparará un café y se lo beberá mientras lee una revista sobre plantas y jardines que no casa en absoluto con la naturaleza poco domesticada que los rodea. Después volverá a la cama para dormir otro par de horas. Es el momento en que hacen el amor, cuando lo hacen.

—¿De verdad quieres seguir adelante con esta historia?

—¿Por qué? ¿Tú no?

Tercera parte

Tercer prólogo

Recuerda perfectamente la casa, la mujer y el marido, la niña, el anciano que toma la escopeta que está sobre el aparador, que les grita a aquellos hombres que se vayan y que dispara desde la ventana. El coche que escapa derrapando, la espera bajo la mesa, el vaso en el suelo. Se está muriendo de sed, pero no bebe. Más tarde, el otro coche que llega, el *carabiniere* con sus zapatos relucientes, que se acerca, se inclina hacia ella, le pide que salga de allí abajo, le tiende la mano. Tiene un rostro joven, pero la mirada y la voz de un padre de familia. Ella extiende su mano hacia la de él. Después, nada más. Debe de haberse desmayado. No sabe qué pasó después, cuánto duró el trayecto ni dónde la han traído. Por lo que sabe, es posible que esté en el mismo sitio que antes.

Manteniendo los ojos cerrados, olfatea la manta que tiene por debajo de la barbilla. No apesta a sudor ni a suciedad. No pincha. Agudiza el oído: no se oyen cucarachas. Su repiqueteo en el cuenco. Su trajín con los restos de comida.

—¡Nini!

Abre los ojos de golpe y allí está él.

—¡No! —grita, encogiéndose contra el cabecero de la cama. Un reflejo animal que protege al menos un lado de su cuerpo.

—Tranquila, estás en el hospital. —Intenta apoyarle una mano en el hombro—. Hay un *carabiniere* fuera. ¡Mira! Estás a salvo.

Ella mira hacia la puerta. Ve el perfil oscuro de una figura al otro lado del cristal esmerilado. La silueta sobre la cabeza hace pensar que se trata del sombrero de los Carabinieri.

—El médico ha dicho que estás bien. —Le acaricia una mejilla—. Ponte esta ropa que te he traído. Así podremos irnos.

—Pero... has dicho que estoy a salvo.

El hombre saca unos pantalones vaqueros de la bolsa de plástico que ha traído consigo y los coloca sobre la cama.

—Sí, estás a salvo, pero tenemos que irnos. No puedo explicártelo

ahora.

Ella lo mira fijamente mientras él sigue rebuscando en la bolsa.

—¿Cómo has conseguido entrar?

—Quítate esa ropa, Nini, deprisa.

Despacio, ella desliza la mano hacia la alarma de emergencia.

—¡Socorro! —grita mientras la pulsa—. ¡Ayuda!

El hombre le pone una mano sobre la boca, lo que permite que ella siga pulsando el botón. En el pasillo no se oye ningún sonido de timbre. Ningún paso apresurado. Sin embargo, el *carabiniere* se ha girado en dirección a la puerta. Uno, dos segundos, y después vuelve a girarse hacia el pasillo.

—¿Tú crees que habríamos podido hacer lo que hemos hecho sin que nadie se enterara?

Ella deja de oponer resistencia, de luchar. Él aparta la mano de su boca.

—Dentro de poco este oficial de guardia se irá a tomar un café de la máquina. Estará lejos cinco minutos. El tiempo de bajar la escalera y salir de aquí.

—Pero ¿adónde vamos a ir? ¡Me están buscando! ¡También a ti te buscan!

El hombre toma entre sus manos la cara de ella.

—He hecho un pacto, Nini, tienes que confiar en...

—¿Qué pacto? —Nini levanta la voz—. ¿Cómo has conseguido hacer un pacto con...?

Él aprieta su frente contra la de ella. Le aprieta con sus manos la cara.

—He reunido documentos —le susurra a pocos centímetros de sus labios—. Y ellos lo saben. Abajo tenemos un coche, diez millones y dos pasaportes falsos. ¡Pero mañana tenemos que estar fuera del país! Si no, el pacto se anula. Es la única opción. Yo en la cárcel no conseguiré sobrevivir ni una noche, y tú, aunque estés bajo protección...

Ella mira hacia la puerta. El *carabiniere* ya no está. Dos de los puntos de sutura que le han dado en la frente se le han soltado. Una gota de sangre se desliza lentamente por su nariz.

—Pero ¿y los demás?

Él niega con la cabeza.

—¡Tenemos que decirle a alguien que están allí! —insiste ella—.

Vamos a llamar desde fuera, sin...

—No podemos hacer nada, Nini. —Él le limpia la sangre de la nariz con el borde de la sábana—. Desde el principio tenía que ser así.

—¡Pero entonces ¿por qué no lo hicisteis enseguida?! —grita Nini, empujándolo.

Sus ojos se llenan de lágrimas. En la habitación solo quedan los sonidos lejanos que llegan desde el pasillo. El rumor de la rejilla del aire acondicionado.

Él toma con delicadeza su brazo y le extrae la aguja del gotero.

—Lo único que podemos decidir ahora —concluye— es si queremos hacer algo por nosotros.

36

Mientras introduce la llave en la cerradura, Arcadipane se da cuenta de que dentro de media hora ya no habrá nadie en casa. Podría volver a bajar, desayunar distraídamente en el bar que hay dos calles más allá y por el que, mira tú qué coincidencia, ninguno de los tres debería de pasar, y subir después con calma, aplazando hasta la noche aquello que le espera sin remedio.

Sin embargo, la llave ya ha emitido su primer clic al girar. En fin, de perdidos al río...

Abre la puerta y echa un vistazo al pasillo: despejado. Un primer paso, un segundo. De la cocina llegan sonidos de tazas. Avanza con cautela, sin soltar la cesta que lleva bajo el brazo ni las bolsas que sostiene con la otra mano, casi como si fuesen su escudo.

Mariangela está de espaldas a la cafetera y Loredana moja en el té una de sus rebanadas sin sal, sin azúcar y sin placer. Es ella quien lo ve primero. Esboza una leve sonrisa y después baja la mirada y aquella pizca de alegría se le apaga. La rebanada se dobla con una lentitud exasperante y se resbala hacia el té.

—¿Qué es eso?

Mariangela se da la vuelta.

—Pero ¿dónde estabas? Por lo menos podrías haber... —Entonces ve a Trepet y se calla.

—¡Giovanni! —grita—. ¡Papá ha traído un perro!

Arcadipane se gira hacia la zona oscura del pasillo mientras Giovanni asoma la cabeza por la puerta de su habitación. El chico mira a Trepet, que, en vista del panorama, ha decidido pegarse a las piernas del único humano que conoce allí.

—Mola —dice Giovanni—. ¿Cómo se llama?

—Trepet.

—Pero... Vincenzo... —El café de Mariangela yace bajo la boquilla cromada de la cafetera de diseño—. ¿De dónde lo has sacado?

—De la perrera. Aquí hay una correa, champú, pienso y comederos. Ahora lo único que le hace falta es un baño.

—Yo no tengo la más mínima intención de tocarlo —advierte Loredana.

Arcadipane mira a su hijo, en busca de un aliado, pero él ya ha desaparecido en su cuarto. Mariangela ha cogido la taza y la está bebiendo sin apartar la mirada del animal.

—La verdad es que no es nada fácil encontrar uno como este —observa—. Imagino que te habrás pasado toda la noche de perrera en perrera.

Arcadipane deja la cesta-caseta y las bolsas junto al mueble en el que guardan las llaves. Rebusca en una bolsa, encuentra el champú y se pone en marcha.

—Ven —dice.

Trepet lanza una última mirada a las mujeres y lo sigue.

Arcadipane cierra la puerta del baño, se sienta sobre el váter y se busca en el bolsillo una última gominola de regaliz bajo la mirada de Trepet, que se ha tumbado a los pies de la bañera, sobre la alfombrilla de pelo largo.

Mientras mastica el caramelo, se obliga a pensar en algo positivo.

Lo primero que le viene a la mente es Bramard: no demasiado envejecido, en paz, con una mujer a su lado y dos niños de los que ocuparse. Se acabó la bebida. Se acabaron las escaladas suicidas en la montaña. El pasado, al fin, ha quedado atrás. Al menos hasta que él ha ido a tocarle los cojones con el único caso que no ha sido capaz de resolver como policía. Y a confesarle sus actividades ilegales. Y a pedirle que lo ayude a esparcir mierda con un ventilador. Por lo demás, si uno es un puto desastre como policía, como marido y como padre, es difícil que como amigo...

Con los ojos llenos de lágrimas, se acerca a la bañera, coloca el tapón y abre el grifo. Trepet se aparta lo estrictamente necesario para evitar cualquier contacto. La desconfianza con la que sigue sus movimientos se ha convertido ya en sospecha.

—Hasta aquí hemos estado haciendo las cosas a tu manera —le advierte Arcadipane—, pero ahora...

Cuando el agua ha alcanzado la altura de un palmo, cierra el grifo, alarga el brazo y lo agarra por debajo de las axilas. Trepet emite un ligero gemido. Nada más. Mientras lo levanta, Arcadipane siente

bajo sus dedos cómo la piel arrugada del animal se tensa sobre su cuerpo compacto y tibio. Su barriga es rosa; sus testículos, uno blanco y el otro negro, están cubiertos de algún que otro pelo desperdigado por ahí. En el lugar en el que antes había una pata ahora hay una breve cicatriz, como si la extremidad hubiese sido succionada hacia dentro a través de un orificio.

Mientras lo sumerge en el agua, oye cómo los chicos se despiden y salen, y la puerta blindada de la entrada se cierra de golpe, sin que nadie amortigüe el portazo. Supone que desde su llegada no han hablado de otra cosa.

—¿Puedo entrar? —pregunta Mariangela mientras llama a la puerta.

—Pasa.

Mariangela cierra tras ella y mira al marido tumbado en la bañera, llena hasta la mitad, con el pecho asomándole entre la espuma. A sus pies, la cabeza del perro emergiendo entre burbujas.

—Yo empiezo a estar preocupada de verdad, Vincenzo.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Del hombro le cuelga el bolso que lleva al instituto, grande, con asa y muchos bolsillos. De uno de ellos sobresalen los bolígrafos; de otro, la tarjeta electrónica de identificación para el control de acceso al instituto; de otro, la llave que le permite utilizar la máquina de café.

—¿Podrías explicarme qué se te ha pasado por la cabeza? ¿No habría sido mejor ir a elegirlo con ellos? Lo que has conseguido es hacer lo que ellos querían, pero enfadándolos.

Arcadipane mueve un poco de espuma para cubrirse con ella el vientre y lo que hay debajo de él. Trepet mira de manera vaga la ventana. Tiene una pompa sobre la cabeza.

—Me está ayudando a comprobar si todavía se me pone dura.

—¿El perro? Pero ¿de qué narices...?

La pompa explota.

—No puedo explicártelo ahora. Será cuestión de dos o tres semanas. Si funciona, bien. Si no...

37

Sale del ascensor y gira hacia la derecha, como le han indicado en la zona de información de la entrada.

A partir de la tercera planta, los pasillos son largos y estrechos, tal y como los recordaba, pero el color de las paredes, las puertas acristaladas y el suelo hacen parecer a este espacio un lugar diferente. Lo único que no ha cambiado son los folios pegados con celo en las puertas de los despachos cerrados: horarios de tutoría, listas de libros de texto, relaciones de nombres. Una costumbre que no le gustaba ya en su época y que ahora le parece absolutamente pornográfica. Pero no está allí para eso.

Hay un chico sentado en el banco situado delante de uno de esos despachos. Es el único de todo el pasillo. Comprende que ha llegado a su destino.

—¿Estás esperando para entrar? —le pregunta.

El chico levanta la mirada de *La Gazzetta*: fútbol regional.

—No. Espero a mi novia, que está dentro.

Corso toma asiento. Desde dentro llegan dos voces, pero muy amortiguadas. Un discurso sin picos. Probablemente el chico preferiría estar en otro lugar: es sábado por la mañana, seguro que anoche se acostó tarde. «Pero ¿quién coño tiene tutorías un sábado por la mañana?», debió de haber protestado, pero después comprendió que para ella era importante, que lo pagaría caro si no la acompañaba.

—¿Sigues estudiando en la universidad?

Corso lo mira. Con toda probabilidad lleva un rato estudiándolo y queriendo hacerle esa pregunta.

—No.

—Mejor para ti. Así evitas riesgos.

—¿Por qué? ¿Qué riesgos hay?

—Molestias. —Señala a la puerta—. Es tan sexy que ya le han puesto la mano encima dos veces. Por eso tengo que acompañarla. A los exámenes no, allí hay gente delante, pero en las tutorías... Sus

padres querían presentar una denuncia. Pero claro, después tendría que pasar un infierno para terminar la carrera. ¡Qué va, qué va! Lo que hacemos es que yo me hago ver en la entrada, le doy un beso, me traigo un periódico y ellos saben que estoy aquí. Como se suele decir, «el Señor es mi pastor, vigila mi rebaño». De todas formas, esto es asqueroso, visto el dineral que les pagamos, ¿no?

Corso le da la razón para terminar rápido el diálogo, porque la puerta ya se está abriendo. La chica sale. Aspecto por entero del montón, pero los dientes lo estropean todo. Son demasiados y, además, no tienen ganas de estar donde deberían. Parece decepcionada tras la reunión. El chico se da cuenta y pone cara de circunstancias. Se van sin decir ni una palabra. A mitad del pasillo, él le cuela una mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Adelante.

Tras la mesa se encuentra un hombre más o menos de su edad e, igual que él, de cabello abundante. Está escribiendo. Viste una camisa de cuadros que iría a la perfección con unos pantalones de pana como los que, de hecho, lleva puestos. Su constitución se intuye pesada.

Corso toma asiento. El despacho es modesto, ligero, inconformista; nada que ver con la celda de un estudioso llena de obras de gran volumen. Solo una estantería de Ikea y unos cuantos libros. Un par de cuadros, fotos de él junto a trofeos de tenis, amigos de parejas de partido que se estrechan la mano junto a la red, una mujer con falda deportiva blanca.

—Perdone, pero estaba tomando notas de la reunión anterior —explica Edoardo De Maria—. Tengo muchos estudiantes y no todos ellos me cuentan cosas memorables. Bien... —Archiva la ficha en un cajón—. Dígame.

—Me gustaría hablar con usted de la calle Lampredotti.

De Maria mueve la cabeza, incrédulo, con una leve sonrisa.

—¿Es usted periodista? ¿Está escribiendo su tesis? ¿O bien le he hecho algo? Porque, si es así, le adelanto desde ya que hace tres años un estudiante al que suspendí pensó que era buena idea difundir esta historia en Facebook para desacreditarme. ¿Sabe usted cuántos «me gusta» consiguió? Tres. La mayoría de los comentarios eran insultos contra él u observaciones del tipo «¿y eso a quién narices le importa?». ¡Ah, no, un momento! También hubo un par de estudiantes que me escribieron para preguntarme si podía ponerlos en contacto

con el subcomandante Marcos. Les respondí lo mismo que le respondo a usted: no soy un terrorista, jamás me dediqué a la lucha armada. Hice una estupidez cuando tenía veinte años y ya pagué por ella. Fin de la historia. Si ha descubierto alguna novedad excepcional, vaya a la policía. Allí estarán encantados de escucharlo. Yo, lo que tenía que decir, ya lo dije en su momento. Y ahora, si me disculpa...

Corso no se mueve, no cambia de expresión.

—Quiero información acerca de la reunión que mantuvo la noche antes de huir a Francia. El martes 15 de octubre.

—Perdone, pero ¿con qué derecho?

—Yo era uno de los policías que trabajó en aquel caso.

—Aquel caso se cerró hace más de treinta años y, si como dice, lo ha seguido, sabrá que yo me entregué, que Cau acabó en la cárcel unos años después y que Aimar y Maria Nicole escaparon al extranjero, donde rehicieron su vida. No han sido los primeros ni los únicos: Italia no es un país al que den muchas ganas de volver, sobre todo si fuera tienes un buen trabajo y aquí te arriesgas a que te caiga una condena.

—¿Y si le dijese que en realidad no fueron más allá de Chivasso?

De Maria necesita algo de tiempo para relacionar aquel dato con lo que leyó, tal vez de manera distraída, hace unos días en la sección de sucesos del periódico local, algo de tiempo para procesarlo todo. Corso sigue la evolución de su pensamiento en su cara de hombre tranquilo, que ha aprendido a ocultar detrás de una pared de modestia, cultura y cordialidad su buena cuna, la estupidez de su juventud y los favores que recibió después.

—Stefano Aimar estaba en aquella fosa —confirma—. Y probablemente también Maria Nicole. No sé cuándo acabaron allí, pero estoy casi seguro de que durante aquella reunión firmaron su condena. Por eso he venido a preguntarle qué ocurrió aquella noche.

De Maria lo mira con la boca entreabierta. Tiene los ojos castaños y algunos capilares rotos en las mejillas: una dieta poco equilibrada, cierto exceso de alcohol en las noches en las que sale con sus amigos intelectuales, gente que escribe en los periódicos, asesores, administradores y algunos que han virado hacia el sector de la banca, aunque continúen siendo de izquierdas. No lleva alianza, pero sobre su escritorio tiene una foto de dos niñas. El divorcio debió de salirle caro, pero con el colchón del capital de su familia es difícil que el culo

acabe tocando tierra.

—¿Por qué no le pregunta a Cau? —propone al fin—. Después de aquella noche no volví a verlos ni a hablar con ellos, pero tal vez él sí, porque durante muchos años frecuentó aquel ambiente...

—Ya he estado esta mañana con Cau.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le ha dicho?

—Alguien que está dispuesto a pasarse todos esos años en la cárcel sin abrir la boca no se pone a hablar de repente cuando sale de ella. Me he reunido con él en un despacho como este, pero él estaba allí para limpiarlo. Trabaja por las noches para una cooperativa de limpieza. ¿Alguna vez fue usted a visitarlo a la cárcel? ¿Alguna vez se puso en contacto con él?

—Le escribí un par de veces —el hombre agita la cabeza—, hace años, pero nunca me respondió.

—¿Le pidió perdón?

De Maria separa la espalda del respaldo y se acerca a Corso, que desde que ha tomado asiento no ha cambiado de postura en ningún momento.

—A Cau no le cayeron veinticinco años por lo de la calle Lampredotti, sino por dos homicidios y seis robos. Si se hubiese entregado como hice yo... Si se hubiesen entregado todos...

—¿Qué les propuso Aimar aquella noche?

El hombre dirige su mirada a la ventana. Fuera, la ciudad. La misma que veían entonces. Y, sin embargo, totalmente distinta. Es evidente que Corso lo está obligando a entrar en un lugar en el que no pensaba volver a poner los pies en su vida. Polvo, recuerdos, culpa.

—Han pasado treinta años. Ya no me acuerdo de quién dijo qué. —Se pasa una mano por la frente—. Todos estábamos confusos, asustados. Necesitaría algo de tiempo para ordenar las ideas.

Corso se levanta, se dirige a la ventana y la abre a medias. Es una de esas ventanas que se abre horizontalmente y no lo suficiente como para que un hombre pueda tirarse por ellas. Tal vez ni siquiera un niño.

—La noche en la que arrojaron los molotov y mataron a Andrea Gonella eran cinco: usted, Aimar, Cau, Maria Nicole y Neocle.

Corso se saca del bolsillo una cajetilla, extrae un Gitanes y se lo lleva a la boca. El humo se desliza por la rendija de la ventana, aspirado por el aire que, igual de gris que él, permanece fuera.

—Han pasado treinta y cuatro años y, como ve, tengo las ideas más bien claras. La única diferencia es que usted debe de tener alguna más que yo. Por eso estoy aquí.

Fuma con calma, los ojos puestos en la ciudad, pero la atención centrada en los movimientos y los sonidos a su espalda. Cuando se percata de que el hombre está inequívocamente inmóvil, se gira.

De Maria lo está observando fijo, con una mirada indecorosa por la manera en que muestra su miedo.

Corso sigue fumando. Ahora que la puerta está abierta, se da cuenta de que no tiene tanta prisa por entrar en las habitaciones que ha venido a recorrer.

38

Para cuando Arcadipane ha terminado de hablarle del pacto entre Bramard y Aimar, de Fiore, de la entrada de los agentes en la vivienda, de la buhardilla vacía y de todo lo demás, ya ha pasado por lo menos media hora.

Isa se lleva a la boca un trozo de pan y observa las viejas fotos de Totò, Fabrizi y Alberto Sordi en la pared. En la foto a color aparece otro tipo bronceado que ni siquiera sabe quién es.

—¡Vaya historia de mierda! —grita.

Arcadipane mira a su alrededor: la última vez compartía mesa con uno que estaba llorando, y ahora... Sin embargo, nadie parece haberla oído ni prestarles atención. Tan solo la camarera les lanza de cuando en cuando una mirada a modo de recordatorio: hace diez minutos le han dicho que iban a esperar un poco para pedir. Un palo en la rueda de los tres turnos del almuerzo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Isa.

—¿Cómo que ahora qué?

—¿Me has contado la historia porque no podías guardártela para ti o estoy aquí por alguna razón?

Arcadipane le asestaría de buena gana un puñetazo y le estrellaría el plato en la cara, pero probablemente ella lograría esquivarlo y le estamparía una patada en los huevos. Ya ocurrió una vez en el comedor de la central. Le pasó a Oscar, que, por lo demás, ni siquiera es alguien que gaste bromas pesadas... ¡Quién sabe en qué estaría pensando aquel día en que la llamó «chocho capitoné»!

—Bramard cree que puedes echarnos una mano.

—¿Por qué?

Arcadipane coge, también él, un trozo de pan y lo mastica mientras lanza una mirada a su alrededor.

—Dice que eres un poco como nosotros.

Isa le clava la mirada.

—Me importa un carajo tener el carné de socia de vuestro club.

Lo que quiero es recuperar mi pistola.

Arcadipane vuelve a pensar en la idea del plato y del puñetazo. Pero también en sus huevos.

—Me estoy partiendo los cuernos trabajando para que te readmitan.

—Entonces haz el doble de trabajo e incluye el arma.

Corso aparece por la puerta y mira hacia las mesas. Arcadipane levanta la mano para atraer su atención y salir del atolladero de la pistola. Él se dirige hacia donde se encuentran. Se quita el abrigo corto de paño, lo cuelga de la silla y toma asiento.

—Hola, Isa.

—Hola —responde ella, sin evitar su mirada.

Arcadipane sabe que es la primera vez que vuelven a verse desde el caso Otoñal, cuando Corso era un hombre destrozado que solo vivía para buscar una respuesta y ella, la chica rarita que lo había ayudado a encontrarla. Lo que no sabe es si al final hablaron, se dieron las gracias, se desnudaron, se despidieron o se limitaron a decirse adiós con un leve movimiento de la cabeza, como cabría esperar de dos bichos raros como ellos.

—¿Se lo has contado todo? —pregunta Corso.

—Sí —se apresura a confirmar Arcadipane.

—¿Y bien? —La mirada de Corso cambia de dirección—. ¿Qué te parece?

Ella desmenuza una migaja. En su cara, una arrogancia inhabitual. Por lo demás, hace ya tiempo que Arcadipane se reconcilió con el incomprensible efecto que Bramard provoca en las personas.

—A mí, con recuperar la pistola me basta —dice ella por último.

La camarera se acerca. Esta vez lleva los muslos embutidos en unos pantalones estrechos, lo cual, por una ley física, hace que una parte de su vientre se quede al descubierto.

—¿Qué les pongo?

Arcadipane pide un bistec de caballo y alcachofas fritas. Corso, espaguetis con tomate. Isa, pulpo a la plancha, *linguine* con tinta de calamar, riñones y ensalada de canónigos con huevo duro. Y medio litro de vino tinto. Los dos hombres, agua.

La camarera responde «vale» y se dirige a la cocina, donde se asoma por la cortina de flecos y recita la comanda.

—¿Has hablado con Cau? —pregunta Arcadipane.

—Ni siquiera se ha molestado en responder que no sabe nada. Ha permanecido callado y ya está. Por lo demás, creo que desde hace treinta años debe de guardar secretos bastante más incómodos que el de la calle Lampredotti. Cosas que podrían haberle servido para conseguir una reducción de su pena. Si hasta ahora no ha hablado...

—¿Y De Maria?

—He tenido que apretarle las tuercas, pero es más blando. Al final ha contado lo que sabía. Y debe de ser más o menos lo mismo que sabe Cau.

—¿O sea? —pregunta Isa, pero inmediatamente después baja la mirada y rompe un trozo de *grissino*.

Corso coge el otro trozo y se lo mete en la boca.

—Fue Neocle quien decidió la hora y el lugar de la reunión del día 15. Se vieron en un estudio de la avenida Svizzera. Podría tratarse de su casa, pero De Maria nunca antes había estado allí y no lo sabe con seguridad. De todas formas, ninguno de ellos mencionó el lugar de la reunión en sus llamadas telefónicas.

—¿Y Fiore, entonces? ¿Y el follón aquel del registro en la buhardilla de Cau?

—Sabía a la perfección que los cinco chicos no estaban allí. Me llevó con él simplemente porque no quería que interfiriese en la reunión.

—Pero en esa reunión Aimar tenía que convencer a los demás para que se entregaran. Eso es lo que acordaste con él, ¿no?

—De Maria asegura que lo intentó, pero Neocle tenía una alternativa.

—¿Qué alternativa?

—Se estaba formando un grupo que iba a llevar la lucha a otro nivel. De Maria había llegado a aquel encuentro decidido ya a huir a Francia, Cau disponía de contactos con Lotta Continua, pero Aimar y Maria Nicole...

—Se apuntaron.

—Según De Maria, todos ellos, salvo Cau, que ya tenía experiencia en la lucha, sentían fascinación por Neocle. Fue él quien los reunió, quien los convenció para que pasaran a la acción, quien escogió el objetivo de la calle Lampredotti. Parece que Maria Nicole era una cabeza loca, es posible que entre ella y Neocle hubiera algo. Puede que Aimar los siguiera porque estaba celoso o porque quería

protegerla.

—Pero ¿quién coño es este Neocle?

—Es casi seguro que «Neocle» es un nombre de guerra. Ninguno de ellos sabía cómo se llamaba en realidad. De Maria dice que debía de tener más de treinta años y que en cierta ocasión se le escapó algo sobre un campo en Sudamérica en el que se habría entrenado, pero puede que aquello no fuese más que una estrategia para impresionarlos. Lo que es seguro, desde luego, es que tenía experiencia y sabía moverse. Más o menos es lo mismo que ya me contó Aimar hace treinta años. Creo que De Maria es sincero cuando asegura que en los primeros interrogatorios habló de las cinco personas responsables de lo de la calle Lampredotti, sin omitir a ninguna. Pero más tarde se dio cuenta de que las preguntas que le hacían tendían a excluir a Neocle. De que cada vez que lo mencionaba provocaba indiferencia o irritación. Estaba claro que, si seguía remando a contracorriente, lo único que iba a hacer era salir perdiendo, así que entró en el juego y el nombre de Neocle dejó de aparecer en las actas de los interrogatorios.

La camarera pone dos platos delante de Isa y una sola bandeja delante de los hombres. Isa corta el pulpo y empieza a comer: un poco de pasta, un trozo de pulpo. Los dos hombres la observan: el negro de la tinta sobre sus labios que combina con el de su cabello, sus ojos de maquillaje oscuro, el feroz rapado del lado izquierdo de su cráneo y todo lo demás. Corso piensa que incluso si un camión le pasase por encima seguiría siendo bella cuando la sacasen de debajo de las ruedas.

—¿Crees que podrás encontrar algún dato más? —le pregunta.

—Puedo comprobar si hay algo sobre este Fiore —propone ella, masticando—. Todo depende de si son asuntos clasificados como secretos y en qué nivel.

Llegan las alcachofas fritas. Comen en silencio durante unos minutos.

—Yo pienso que habría que empezar de cero —dice Corso—. Amigos, familiares, compañeros de clase de Aimar y de Maria Nicole. Gente a la que seguramente la policía interrogó en su momento, pero ahora podríamos darnos cuenta de detalles que entonces se pasaron por alto. ¿Qué os parece?

—Por mí, bien —responde Arcadipane mientras consulta la hora

en su muñeca—. Pero con cuidado, ¿vale? Os recuerdo que sois un profesor y una agente de baja por enfermedad. Ahora tengo que salir pitando —anuncia, ya de pie, buscando su cartera—. Estoy hasta arriba de trabajo.

Corso le hace un gesto para indicarle que él lo invita. Arcadipane se lo agradece con otro gesto, pronuncia un «adiós» que Corso e Isa tienen que repartirse y sale, seguido de Trepet, que durante todo aquel tiempo ha esperado bajo la mesa.

Corso se queda mirando la puerta del local mientras se cierra con lentitud.

—¿De verdad lo has ayudado solo para que te dejen volver a la central?

—Ajá. —Isa bebe sin dejar de masticar.

—Entonces, ¿por qué sigues? Y no me digas que es por la pistola.

Isa se traga el trozo que estaba masticando.

—Hace dos años te pregunté si era verdad que mi padre estaba hasta arriba de mierda en los servicios policiales. ¿Te acuerdas?

—Sí, me lo preguntaste.

—¿Y te acuerdas de qué me respondiste?

—Que fueron años muy difíciles.

—Bueno, pues yo seguí indagando y lo único que descubrí es que en 1972 él estaba en una unidad de policía judicial que jamás redactó ni un solo expediente ni detuvo a nadie. No sé de qué se ocupaba aquella unidad. No sé qué funciones desempeñaba él. No sé por qué, desde 1975 hasta el día en que lo asesinaron en Barcelona, en 1982, se pasaba diez días al mes fuera de Turín. No sé si mi madre sabía adónde iba ni sé por qué él estaba dispuesto a dejarme con una señora que se pasaba el día entero metida en la cama, empastillada hasta las cejas. No sé por qué quien lo mató le pidió primero que le entregase la cartera y después le disparó una bala al corazón y otra a la cabeza, pero le dejó el Rolex en la muñeca y la pitillera de oro en el bolsillo. No sé por qué el Rolex, la pitillera y el dinero que parecía estar manejando se esfumaban tan pronto como volvía al suburbio de mierda en el que nos tenía viviendo. No sé por qué el cuerpo se incineró sin autorización de la familia ni por qué al funeral no asistió ni un solo compañero. Y tampoco sé por qué el caso de un policía asesinado no se confió al mejor comisario que había en aquel momento en la central, o sea, a ti.

—Es el protocolo. El caso era de los españoles, nosotros solo podíamos prestarles apoyo.

—¿Y a quién os enviaron para que le prestaseis apoyo? A un gilipollas que se limitó a firmar un par de documentos y después se volvió a casa. ¿Todavía quieres saber por qué meto la nariz en toda la mierda que me ponen por delante?

Corso acaba su plato de pasta en silencio. Llegan los riñones y la ensalada. Isa empieza a comérselos sin establecer jerarquías, igual que ha hecho antes.

—Maria Nicole tenía un hermano —añade—. Es su único pariente vivo. En cambio, por parte de Aimar no queda nadie.

—¿Vive lejos de aquí?

—En la colina, cerca de... ¡Coño! —Se da una palmada en la frente.

—¿Qué pasa?

Isa busca en el bolso negro que ha colgado de la silla y saca una caja larga y estrecha, muy parecida a esas que se utilizan para guardar una única flor seca. La coloca sobre la mesa.

—¿Eso es lo que pienso? —pregunta Corso.

—¿Se lo devuelves tú?

—Me parece que no.

—¿Te vas a comer el filete y las alcachofas que se ha dejado?

39

—¿Y esto qué es? —pregunta, señalando con el dedo índice a Trepet, que ya se ha tumbado sobre la alfombra—. ¿Uno de los noes que tenían que convertirse en síes?

—Se llama Trepet —asiente Arcadipane.

—Feísimo. ¡Bravo! Bueno, ¿sigue usted lloriqueando? ¿Todavía la tiene blanda? Apuesto a que le parece que va a peor. ¿A que sí?

Arcadipane habla durante unos diez minutos, mira por la ventana, explica con sus propias palabras cómo se siente y suspira al darse cuenta de que sus hombros están cada vez más bajos. Ella escucha, bebe a pequeños sorbos, mira por la ventana y se rasca una rodilla escondida bajo la pequeña manta. Él sabe ahora qué hay bajo la manta y no puede evitar pensar en esas piernas marchitas que Ariel arrastra tras ella, sin que por eso deje de ser bella, a su extraña manera de ser bella, y extraña, a su manera de serlo y que Arcadipane aún no sabe decir si también es bella.

—Todo dentro de lo normal —concluye ella al final.

—¡Cómo que todo dentro de lo normal!

—*The Times They Are a-Changin'*. Lo importante es que la orquesta siga tocando, porque si también los músicos corren hacia los botes salvavidas la historia dejará de ser una bonita historia. ¿Me entiende?

—No sé inglés.

—No importa. Ahora, póngase cómodo y escuche. ¿Le apetece una infusión?

—¿De qué?

La mujer se la sirve en una taza, que después le tiende. Arcadipane la coge, toma un sorbo: el sabor parece el de la suela de una alpargata, pero el olor es cien por cien cannabis.

—¿Qué tal?

—Nada mal.

—Nací en 1981, en la madrugada del 11 de junio, justo cuando

en Vermicino estaban intentando sacar de un pozo al niño Alfredo Rampi. ¿Usted qué edad tenía en aquella época? ¿Veintitrés años? ¿Veinticuatro? Se acordará, ¿no?

—Sí, acababan de ascenderme como subcomisario de Bramard.

—¡Recordará que toda Italia estaba delante del televisor! Un niño de seis años que se había caído a un pozo de ochenta metros, gente que desciende para intentar sacarlo de allí, una excavadora que cava otro pozo al lado, luchando contra el tiempo, bomberos, periodistas, miles de personas que esperan alrededor, deseando gritar de alegría al verlo salir, hasta el presidente del país. ¡Parecía el guion de una película! ¿Sabe por qué aquella historia seguirá conmoviendo a quienes la escuchen? Beba un poco más de infusión, ¡no sea usted avaro consigo mismo! La respuesta es la siguiente: porque es como un mito griego, y los mitos griegos han sobrevivido durante milenios porque hablan de algo que todos tenemos en nuestro interior.

Arcadipane la observa. Ella se coloca un mechón de su cabello, hoy despeinado, asiente y se gira hacia la ventana con aire concluyente.

Él también se gira, por si acaso la explicación estuviera en la colina verduzca a la que el gris del cielo hace parecer cercana. Después se vuelve a mirar a Ariel. Después, a la colina; después, a Ariel. Está a punto de decirle que no la ha entendido, que necesita una explicac...

—¿Qué ha hecho con él? —le pregunta ella.

—¿Con quién?

—Con el niño.

—¿Con qué niño?

—Con el que arrojó al pozo.

—¿Al pozo? ¿A qué pozo?

—Al pozo del baño del hotel de Andora.

—Pero... allí no había ningún pozo.

—Claro que había uno. Y usted lo sabía. Por eso lo llevó allí y lo animó: «Date una vuelta, a ver si encuentras flores por ahí». El niño no sabe, el niño confía, busca flores y cae en el pozo. Y usted hace lo mismo que hace todo el mundo: tapa el pozo. Con una tapadera bastante resistente, que le permita caminar sobre ella durante el resto de su vida y decir «si te he visto, no me acuerdo».

—¿Qué tapadera?

—Pero un día, querido amigo, empieza a oírlo llorar y le resulta difícil seguir fingiendo que no pasa nada. Porque sabe que él está allí abajo, solo, en la oscuridad. Siempre lo ha sabido. Todo el mundo lo sabe. Un niño que solo quiere que lo abracen, que lo acunen, que lo acaricien y que lo lleven a ver la base de los radares para imaginarse que es un soldado.

Arcadipane no entiende, pero llora.

—No llore —indica ella—, es el precio que tenemos que pagar para alejarnos de allí y follarnos a la Marta de turno hasta sangrar, para ganar dinero, reproducirnos, tener un coche y tarjetas de visita y convertirnos en adultos. Además, los niños no escuchan, no entienden, son egoístas, solo piensan en jugar y hasta se cagan encima. Lo que los salva es que, de pequeños, son adorables, pero en cuanto nos despunta el primer vello, empezamos a sentir una vergüenza enorme por el niño que llevamos dentro y a entender que llegará un momento en que tengamos que decidir: o él o nosotros. A usted le pasó en el baño de aquel hotel. Y decidió lo que decide todo el mundo. Por lo demás, quienes toman una decisión distinta acaban en el manicomio, en la cárcel, en los museos o en las portadas de los discos. Pero la mayoría de las veces ocurre lo mismo que en el caso de Alfredino: el niño se muere solo y en la oscuridad, mientras los mayores, arriba, lloriquean, hacen directos para la televisión y, al final, se resignan. Y eso era lo que todos miraban en el televisor aquel día: nuestro niño que se moría. La pérdida de la inocencia. Un rito colectivo de transición. De hecho, después de aquel pozo nada en este país volvió a ser como antes. Pero estas cosas son demasiado complicadas para usted. Además, no le sirven de nada. ¿Está claro ahora?

—No lo sé —responde Arcadipane, secándose los ojos con la manga del chaquetón que le regalaron sus suegros—. Tendría que pensarlo un poco.

—Piénselo todo lo que quiera, pero deje el dinero donde siempre. Es la mejor inversión que ha hecho nunca. ¡No sé si alguna vez ha oído tantas verdades de golpe! Y le diré otra más, esta vez gratis: tiene que ir a la tienda de mascotas a comprar carbón vegetal para su perro, ¡porque se tira unos pedos tremendos! Si usted no los huele, entonces es que hay algo más, aparte de lo que ya sabemos, que no le funciona. Deberes para el fin de semana: no salga de casa, no trabaje, no piense, no haga nada de nada. Quédese sentado mirando al techo.

Arcadipane se levanta, agotado, y se dirige hacia la puerta.

—¡Espere!

—¿Sí?

—El lunes no estará el conserje, así que llame al timbre número veinticuatro y suba directamente.

40

Tan pronto como la carretera alcanza la cima de la colina, se despliegan ante ellos el Monferrato y la llanura, con su monotonía de pueblos y bruma. Corso contempla el paisaje, recordando otras rutas en moto por aquella misma carretera, junto a un cuerpo no muy diferente a aquel al que ahora se agarra, y las cosas completamente distintas que hacía con aquel cuerpo antes y después de aquellas rutas en motocicleta. Recordando a ese hombre distinto que era entonces, y no solo porque entonces no era un hombre, sino un crío.

Isa toma las curvas con delicadeza y sale de ellas acelerando, pero nunca a destiempo, como si todo el sentido común que tiene lo pusiera en exclusiva en aquella manera de conducir la moto. Ha estudiado el trayecto en su smartphone y lo conserva con nitidez en su memoria, porque, antes del cartel que anuncia el picadero, ya ha reducido la velocidad para girar. Quinientos metros de carretera que corta en sentido horizontal la colina, siguiendo sus formas. Después, se encuentran ya ante la cancela. Se bajan.

—¿Sueles viajar en moto? —le pregunta ella mientras se desabrocha el casco.

—No, pero hace tiempo una persona solía llevarme en moto con ella.

—Estaría contenta. No hay muchas personas que sepan ir de paquete.

Corso se pregunta si ella estaba contenta. No lo sabe. Era imposible separar aquello que los ponía contentos de aquello que los hacía infelices. Las dos sustancias eran una sola. Por lo demás, al principio siempre es así. Es después cuando se empieza a diferenciar entre tú, ella, felicidad, infelicidad, verdad, mentira, utilizar y ser utilizado. En ese momento entran en juego el coraje, el juicio y la necesidad. Y casi siempre descubrimos que no tenemos suficiente. O que tenemos demasiado. No fue su caso, sin embargo. Él la había perdido porque ella estaba muerta. Y estaba muerta porque él no

había sido tan inteligente como creía.

—¿Hablas tú o hablo yo? —pregunta Isa cuando ya están delante del timbre.

—Hablo yo, pero si nos pide la tarjeta de identificación, hablas tú.

Llaman y la cancela se abre de manera automática, sin dejar tiempo para la respuesta. Avanzan por la grava del camino que conduce a la casa, un edificio de dos plantas construido hará unos cincuenta años. En su época, audaz y racional; ahora, simplemente una estructura de ángulos rectos, apagada y rodeada de árboles en tres de sus lados. En el flanco descendente de la colina todos los árboles se han talado para dejar espacio a los *paddocks* y a los amplios recintos en los que los caballos se mueven con libertad. Aparte de un par de ejemplares de carreras, los demás son robustos caballos negros de potentes patas.

Hacia ellos camina un hombre de unos sesenta años, con pantalones de jinete, pero de esos jinetes que cepillan, remueven el estiércol con la pala y hacen el trabajo sucio. Rostro de actor, ojos claros, estatura mediana. Cabello escaso y despeinado que, sin embargo, no afecta en lo más mínimo a la elegancia de sus movimientos. Lleva un chaquetón vulgar.

—¿Son Merens? —pregunta Corso, mirando a los caballos.

—Merens de los Pirineos. Son ustedes de la cooperativa, ¿no?

—No.

—¿No? Me habían llamado para decirme que vendrían por la tarde. Hacemos un poco de hipoterapia. Pero si han venido para dar un paseo, tendrían que haber hecho previamente una reserva.

—Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Claro, díganme.

—Querríamos que nos diese algo de información sobre su hermana.

Marco Arturo Bo tiene la cara muy bien afeitada. Tal vez por eso enseguida se aprecia que su mandíbula se ha tensado.

—¿Y por qué tendríamos que hablar de mi hermana?

Isa saca su tarjeta de identificación y se la enseña. Aquello no parece ni satisfacerlo ni intimidarlo.

—En su momento —añade Corso— la policía les haría muchas preguntas a usted y a sus padres...

—Mis padres murieron hace ya muchos años y yo ya por aquel entonces no tenía nada que decir. Mi hermana y yo éramos diferentes, por suerte para mí. Ella y yo nunca nos entendimos.

Isa da unos pasos hacia uno de los *paddocks*.

—No lo asuste —le ordena, tajante, el hombre—. A los caballos no les gustan las gafas, así que imagínese su reacción ante lo que tiene usted en la cara.

Isa llega hasta el cercado, extiende una mano y roza el hocico del caballo, que permanece inmóvil y desconfiado, pero no huye.

—¿Cómo se llama? —pregunta.

—Kabul.

—¿Por qué Kabul?

—Cada año le toca a una letra distinta, y los caballos que nacen reciben un nombre que empieza por esa letra. Hace cinco años era el turno de la K.

—¿Conocía usted a Stefano Aimar? —interroga Corso.

—No.

—Pero sabe quién era.

—Los periódicos dijeron que estaba con mi hermana, pero nadie en casa sabía que tenía novio. Mi hermana no era de tener novios y, además, no nos contaba lo que hacía fuera.

—¿Por qué? ¿Qué piensa usted que hacía?

—Ni lo sabía ni me interesaba. Lo que veía era que ella podía pasarse días enteros tumbada en el sofá, tristísima, y después, de repente, se volvía eufórica, gastaba bromas de mal gusto y decía cosas horribles o cariñosas, según le diera. Desde pequeños compartíamos la pasión por los caballos, pero también en eso fue siempre inconstante, caprichosa. En cuanto tuve dos dedos de frente empecé a no soportarla. Después ella se pasó al teatro, a la vela, a los coches de carreras, a la moda, a la revolución. Todo dependía de a quién conociera. Y el hecho de que fuera tan bella no la ayudaba. Siempre encontraba a alguno dispuesto a hacerle caso. Al principio mis padres la apoyaban y le concedían todos los caprichos, pero con el tiempo también ellos se dieron cuenta de que aquello era una guerra perdida, un pozo sin fondo.

—¿Por el dinero?

—Por el dinero, por los problemas, por todas las veces que desaparecía.

Corso mira a Isa; el caballo ha dado un paso hacia ella, que le apoya con firmeza una mano sobre la frente.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Unos días antes de que la policía viniese a buscarla. Oficialmente vivía en casa de mis padres, pero en realidad solo pasaba por allí para llenarse la cartera de dinero y coger algo del frigorífico. Creo que alguno de sus amigos le había dejado vivir en su casa. Quizá este Aimar, no lo sé.

—¿Nunca se ha preguntado qué fue de ella después del incendio de la calle Lampredotti?

—¿Y por qué iba a tener que hacerlo? Antes de aquello ya me gustaba poco, ¡así que imagínese después de que matase a aquel pobre hombre! Llamó por teléfono un par de veces a mis padres cuando aún estaban vivos, pero conmigo no se atrev...

—¿Llamó a sus padres?

—Un par de veces.

—¿Cuándo?

El hombre espanta a un tábano que está zumbando alrededor de su cara.

—La primera vez fue más o menos un año después de aquella terrible acción. Le contó a mis padres que estaba en el extranjero, que se encontraba bien y que no debían creer lo que la policía estaba diciendo, porque no era verdad. Por supuesto, ellos le preguntaron si necesitaba dinero, pero ella respondió que no le hacía falta nada. Solo había llamado porque quería escucharlos.

—¿Y usted qué piensa?

—No sé si traficaba o consumía, pero para mí era evidente que estaba metida en el mundo de las drogas. Mis padres me dijeron que les había parecido oír de fondo a alguien que hablaba árabe. Ellos no querían informar a la policía, pero yo los convencí para que lo hicieran. Evidentemente, los agentes no movieron un dedo.

—¿Y la segunda vez que dio señales de vida?

—Fue en diciembre de 1976. Llamó una noche diciendo que estaba en el hospital de Vercelli. Parecía muy confusa.

—¿En Vercelli?

—Eso les dijo a mis padres, pero es probable que estuviera drogada. Gritaba que tenía miedo, que tenían que ir a recogerla. La llamada se cortó. Mis padres me llamaron de inmediato, pero mi

mujer estaba embarazada y yo no tenía ni la más mínima intención de dejarla sola para ponerme a conducir a las tres de la madrugada. Ellos insistieron. Mi padre no veía bien, mi madre nunca había conducido y yo no quería que hiciesen ninguna tontería o que implicasen a otras personas, así que acabé prometiendo que iría. Como me imaginaba, cuando llegué al hospital no la encontré. La habían ingresado unas horas antes, pero la enfermera aseguró que poco después se escapó.

—¿Por qué la habían ingresado?

—Parece que la encontraron desnuda en medio del campo. En estado de shock. Aun así, consiguió decir cómo se llamaba. Presentaba heridas, pero no sé de qué tipo. Quizá la agredieron o quizá se hizo daño ella sola. Probablemente ya había perdido la cabeza.

—¿Aquella fue la última vez que tuvo noticias de ella?

—Fue la última vez. Después de aquella llamada, mis padres la estuvieron buscando, creo que incluso contrataron a detectives privados sin decírmelo. Pero nada. Se fueron convencidos de que estaba muerta en alguna parte, sin documentación encima. Para ellos no fue fácil no tener siquiera un lugar al que ir a llorarla. Pero debo reconocer que pienso que tal vez es mejor así.

—Lo entiendo.

—No lo creo. En cualquier caso, como ya les he explicado, estoy esperando a la gente de la cooperativa.

—¿Se acuerda de la fecha de aquella llamada desde Vercelli?

—Fue el 1 de diciembre de 1976. Lo recuerdo porque justo un mes después nació mi hijo.

Corso mira a Isa.

—Ella nació también ese año.

El hombre la mira.

—Sí, pero mi hijo es muy distinto.

41

—Soy Corso.

—Dime.

—Vaya voz tienes. Parece que andas hecho una piltrafa. ¿Dónde estás?

—En casa, encerrado en el salón.

—¿Por qué estás encerrado?

—No quieren que el perro entre en las demás habitaciones, dicen que apesta.

—¿Y es verdad?

—Anda revuelto, ha cambiado de alimentación, es normal que...

—¿Y por qué no lo pones por ahora en el balcón?

—Llueve, hace frío y enfrente tenemos a una vieja que se pasea en ropa interior. ¿Vamos al grano?

—Ayer hablamos con el hermano de Maria Nicole. Parece que el 1 de diciembre de 1976 ella llamó a sus padres desde el hospital de Vercelli. Isa lo ha comprobado y, en efecto, en aquella fecha consta el ingreso de una mujer a la que habían encontrado desnuda y sin documentación en los campos que rodean a la ciudad. La mujer le aseguró a la enfermera que se llamaba Maria Nicole Bo.

—¿Qué significa que «la habían encontrado desnuda»?

—No lo sé, pero parece que los Carabinieri estaban implicados. Isa y yo vamos a acercarnos a la zona a hablar con la persona que atendió aquella llamada.

—¿Dónde exactamente?

—En Livorno Ferraris. ¿Vienes?

—¿Pretendes llevarte a un ciego a buscar setas?

—Deja ya esa chorrada.

—Además, no puedo ni salir ni trabajar.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el lunes. Tengo un compromiso.

—¿Con Mariangela?

—No. Mariangela está encerrada en la habitación corrigiendo exámenes. Dice que es un desastre tener al lado un déspota, pero todavía es peor tener al lado un déspota que está fatal de la cabeza. ¿Qué coño quiere decir «déspota»?

—Me habías dicho que con ella las cosas iban bien.

—En ese momento yo no tenía perro y no sabía que soy un déspota.

—Estamos a punto de salir. ¿Seguro que no quieres venir?

—No puedo.

—De todas formas, ¿contamos con tu permiso?

—Si no puedo trabajar, tampoco os puedo dar permiso para hacer nada.

—Vale. Te mantengo informado.

—Tampoco puedo pensar, así que no me mantengas informado.

—De acuerdo. ¡Ánimo!

—Sí, sí, ánimo. ¡Y un carajo!

42

Llevan un par de minutos observando el cuartel de Carabinieri de Livorno Ferraris, pensando ambos lo mismo: pensamientos que giran en torno al mal gusto, la estadística, el cuerpo de agentes, la casualidad y los edificios de los años sesenta de pequeñas dimensiones.

La localidad los ha acogido animada y bastante concurrida, si se tiene en cuenta su tamaño y la hora, que era la del almuerzo. Tiendas, báscula pública, peluquería, papelería, varios puestos en el mercado. También un restaurante.

Llaman y unos segundos más tarde están ya en el vestíbulo, que parece el de una escuela, incluso por su mobiliario. El *carabiniere* que ven en primer lugar les sonríe y les da los buenos días. Tiene la edad indefinida de esos magníficos jóvenes del sur, que continúan siendo jóvenes y magníficos también pasados los treinta. Su voz es como su nariz: tan fina que parece transparente.

Lo siguen hasta el despacho en el que Salvatore Bresciani está sentado tras el escritorio, concentrado en el ordenador. Se levanta, los saluda, los invita a sentarse y se despide de su subordinado. Es muy gordo, con un cuello porcino, pero mirada inteligente. También son gordos sus dedos, en los que, sin embargo, ha conseguido introducir, probablemente hace ya mucho tiempo, una alianza de casado y otro anillo más. Un motivo más para no divorciarse. El reloj de pulsera es un Swatch. La edad, más o menos la misma que la de Corso.

—Bueno —comienza—, el asunto de la granja Cascina San Lazzaro. ¿Puedo preguntarles si vienen por alguna conexión con otras investigaciones, por cuestiones familiares, por primas de seguro, por periodismo...?

—Por conexión —responde Isa, adelantándose a Corso, que tenía en mente elaborar un discurso más largo.

—Ya me imaginaba —comenta el cabo mayor—. He buscado el atestado, pero el cuartel se trasladó hace tiempo. No es el único

documento que se ha perdido. Se tendrán que fiar de mi memoria, espero que sea suficiente para ustedes.

—Pues qué remedio —contesta Isa.

Unos instantes de pausa. A continuación, Corso hace una mueca que también es una manera de pedir disculpas. El hombre sonríe con complicidad: los jóvenes no saben mucho de modales, pero esta impetuosidad también es necesaria. Cruza los dedos sobre la barriga, empresa que de entrada parecería imposible, visto su tamaño, pero al final las falanges consiguen encontrar acomodo con elasticidad unas sobre otras.

—Era yo quien atendía las llamadas aquella noche —inicia el relato—. Fue a principios de diciembre, un martes o un miércoles. En 1976 mi familia todavía vivía en el sur y yo estaba consultando el calendario porque quería comprar billetes para ir a visitarla. Entonces llama uno de la Cascina San Lazzaro. No me acuerdo de su nombre. Dice que hay una mujer en su casa que se encuentra mal y que tenemos que ir a recogerla. Yo le comento que tal vez es mejor pasar la llamada a la Cruz Roja, pero él me explica que han venido unos hombres, que ha habido un disparo, en fin, que tenemos que acercarnos allí porque la situación no está clara. En ese momento le pido que me dé la dirección, le comunico todo al cabo que está de servicio conmigo aquella noche y salimos.

El hombre se sirve un poco de agua de una botella que hay sobre la mesa y que está llena de un líquido verdoso. Parece agua estancada. Con cosas que flotan en ella.

—Es una tisana para los riñones —explica—. ¿Quieren tomar alguna bebida?

—No se preocupe, acabamos de tomarnos un café —miente Corso —. Estaba diciendo que el cabo y usted...

—Sí, él era de Ceriñola, pero llevaba aquí mucho tiempo, se conocía los caminos, así que encontramos enseguida la granja, que, en efecto, aunque estaba más allá de Saluggia, pertenecía a nuestra zona. Aparcamos en el patio delantero, nos bajamos del coche, nos dirigimos a la puerta. —Hace una muesca de asco al tragarse la mitad del contenido de su vaso—. ¡Uf! ¡Tardamos diez minutos en convencerlos! Que si teníamos que enseñarles nuestras tarjetas de identificación... Que si los hombres que habían pasado por allí antes también les habían dicho que eran policías... Que si las tarjetas podían ser falsas...

Total, al final el cabo se cabrea y los advierte de que, si no nos abren de inmediato, los denunciará por obstrucción a la labor policial, omisión de socorro y resistencia a la autoridad. Entonces nos abren: padre, madre, hija y abuelo todavía con la escopeta en la mano, todos aterrorizados. Intentamos hacerles entender que están a salvo y les preguntamos dónde tienen a la mujer que se encuentra mal. Nos conducen al salón. Allí no veo a nadie. «Está ahí abajo», dicen. Me agacho, porque entonces pesaba treinta kilos menos que ahora, y la veo. Está bajo la mesa, completamente desnuda, llena de arañazos y manchas de sangre seca. Una chica, más que una mujer. Le pregunto cómo se llama, cómo está, y ella me mira con los ojos fuera de las órbitas y me responde «isondo», «rai isondo», «isondo», «rai». No sé si es extranjera o si se le ha ido la cabeza. Le tiendo la mano para ayudarla a salir y entonces se pone a gritar como una loca. Por resumir: al cabo de un cuarto de hora o más, por fin conseguimos atraerla colocando en el suelo un vaso de agua. Está asquerosamente sucia, se ha cagado encima, tiene sangre por todas partes, así que, una vez que comprobamos que sus heridas son superficiales y no recientes, preguntamos si es posible bañarla. La mujer consigue llevársela de allí y lavarla con un paño húmedo, porque en cuanto la mete en la ducha la chica se pone a chillar y a dar patadas. Mientras la lava, tomamos declaración a los demás: alguien había llamado a la puerta, ellos abrieron y la chica, con el aspecto con el que la habíamos visto, corrió hacia dentro y fue directa a esconderse debajo de la mesa. Hacía diez minutos que trataban de averiguar qué significaba ese «isondo rai rai isondo» cuando en el patio apareció un coche negro. Se bajaron de él dos tipos, vestidos de paisano, que dijeron ser policías. La familia se olió que allí algo no encajaba, así que no les abrió. Los tipos se impacientaron, los amenazaron, trataron de echar abajo la puerta. Parece que uno de ellos incluso tenía una pistola. El abuelo, que era cazador, cogió la escopeta, para la que tenía la oportuna licencia, y disparó al aire por la ventana. Gritó que estaban llegando los *carabinieri*. Vio que aquellos hombres se subían al coche, hablaban por una radio y después se marchaban.

—¿Describieron cómo eran?

—Lo único que dijeron es que eran bastante jóvenes y que vestían pantalones vaqueros y chupas. Tampoco habían podido ver bien el coche. Cuando la mujer terminó de lavar a la chica, le puso una bata y

la llevamos al hospital de Vercelli. Durante el trayecto seguimos haciéndole preguntas para descubrir qué le había pasado, pero no soltó ni una palabra, aparte de «rai isondo rai isondo». Sin embargo, en el hospital dijo que se llamaba Maria Nicole Bo. Lo oí yo mismo.

—¿Nada más?

—Muda. Después le pusieron un sedante y se quedó dormida.

—¿Qué dijo el médico que la atendió?

—Que se encontraba en estado de shock y que había sufrido violencia: estaba llena de hematomas y cicatrices, le faltaban las uñas de una mano y de un pie, tenía la nariz rota, una brecha en la frente y quemaduras de cigarrillos por todo el cuerpo.

—¿Y violencia sexual?

—No lo sé, pero estaba embarazada.

—¿Embarazada?

—En el momento no me di cuenta, pero después, cuando me lo dijeron, efectivamente... Entretanto el cabo había solicitado que se comprobase aquel nombre y así descubrimos quién era. Lo del incendio de Turín. En fin, si ustedes están aquí es porque ya saben de qué se trata.

—Pero no llevaba documentación encima.

—No, pero recuerdo haber visto la foto de su ficha policial y haber pensado que, hasta con la cara tan destrozada como la tenía entonces, era reconocible.

Corso mira a Isa, que está observando fijamente el ventilador apagado sobre el archivador. Se pregunta desde cuándo su cabeza está en otra parte, en qué piensa, por qué aquel hombre le resulta antipático. El hermano de Maria Nicole era mucho peor y, sin embargo, eso no parecía haberla molestado.

—Espero haberles sido de ayuda —concluye Bresciani mientras toma un sorbo de su tisana.

—Sí, mucho, pero nos gustaría saber también todo lo demás.

—¿Cómo «todo lo demás»?

—Si era una prófuga, tuvo que tener a un oficial de guardia en su puerta. ¿Cómo consiguió huir en aquellas condiciones y borrar su rastro?

El cabo mayor se balancea en su silla. Un movimiento mínimo, para no someter a las cuatro patas y al respaldo a un esfuerzo excesivo. Mira a Isa, que ahora lo está observando con atención. Se

recoloca en la silla, que, de repente, parece una concha que lo retiene.

—¿Saben ustedes dónde pasé las Navidades de aquel año?

—No.

—Aquí, con los billetes de tren ya comprados en el bolsillo y sin posibilidad de devolverlos. ¿Saben dónde estaba un mes después?

—¿También aquí?

—No. Me habían trasladado a una aldea perdida en el valle de Ossola a la que Mussolini no habría mandado ni al propio Lenin. Pasé seis años en aquel agujero de mierda antes de que me concedieran el traslado a Santhià, me ascendieran y, por fin, me dieran destino definitivo aquí, adonde al final tuve que traerme a mi familia. ¿Y saben por qué? Porque el 2 de diciembre de 1976 tuve la brillante idea de entrar en la oficina del cabo y preguntar: «Pero ¿cómo una tipa en ese estado, con un vigilante en la puerta, ha conseguido salir sin que nadie la vea y borrar su rastro?».

Corso y aquel hombre se miran durante unos instantes. A continuación, Corso pregunta, mediante un gesto, si puede fumar. Bresciani no responde, pero saca del cajón sus cigarrillos. Los encienden casi al unísono. Corso no le ofrece uno a Isa, pero deja la cajetilla sobre la mesa, justo delante de ella. La agente no se mueve.

—¿Quién era el oficial que la vigilaba? —pregunta Isa.

—Un joven que no tenía nada que ver con el caso y al que el cabo le había propuesto que se fuera a tomar un café.

—¿Y dónde está ese cabo?

—Respondiendo de sus pecados en el más allá, pero previamente lo ascendieron a sargento en un pispás.

—¿No podríamos hablar con alguien más? —inquiere, seca, Isa—. ¿Con alguien que esté más arriba?

El cabo mayor da una larguísima calada que parece justificar la amplitud de su tórax. Mientras exhala el humo, le hace un gesto a Corso como queriendo decirle: «¿Has oído a esta? Cómo se nota que no conoció aquellos tiempos. ¡No sabe que entonces te dejaban las cosas muy claritas, por las buenas o por las malas!».

—Gracias, cabo mayor —se despide Corso.

Quince minutos más tarde están montados en el Opel Zafira, parados en un semáforo, tal vez el único de todo el pueblo. Isa fuma sin bajar la ventanilla.

—Siempre se aprenden un montón de cosas cuando vosotros, los

de la vieja escuela, os encontráis.

Corso mira el semáforo. Rojo.

—No existe ninguna vieja escuela. Y no es con él con quien debes tomarla. Podría haberse quedado callado, nadie lo obligaba a contarnos nada.

—¡Lleva veinte años callado! ¡Gordo de mierda!

—Ya ha sacrificado la mitad de su carrera. Además, si hubiese hablado tampoco habría cambiado nada.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé porque yo estaba allí, como él.

—¡Bravo! —Da dos palmadas—. ¡Qué buen trabajo hicisteis!

—Este hombre nos ha sido útil. Fin de la conversación. Si quieres encontrar a los que en aquellos años hicieron de héroes, prepárate para ir de cementerio en cementerio.

Isa dice algo seco y afilado entre dientes. Después cierra los ojos y trata de calmarse. Piensa en su padre, en el recuerdo borroso de un hombre enjuto, alto, de manos fuertes, aunque es posible que solo fuese alto y fuerte a ojos de una niña de cinco años. Piensa en cuando volvía de sus viajes, entraba en su habitación y se tendía en su cama. Cuando cerraba los ojos y se dormía al lado de ella, sin decirle nada, sin abrazarla. Al despertar a la mañana siguiente, su padre ya se había ido, pero le había dejado sobre la mesa el desayuno y, al lado, el almuerzo. Sobre los platos y las tazas, cubiertos por otros platos puestos al revés, había notas con números: «1» indicaba que había que destaparlos para el desayuno; «2», para el almuerzo. El padre volvía hacia las cuatro de la tarde, echaba un vistazo a la habitación de la madre, que aún dormía, y después entraba en la habitación de la niña, donde leían libros de D'Artagnan y otras historias llenas de personajes rebeldes. Hacia las seis salían al parque, fuese verano o invierno, y después cenaban fuera, casi siempre pizza. Era así durante dos días. Después el padre retomaba el ritmo normal de trabajo de oficina, de ocho de la mañana a cinco de la tarde, hasta que, pasados quince días, una tarde llegaba a casa con el arsenal de medicinas para la madre, lo colocaba sobre la mesilla de noche, volvía a hacer la maleta, entraba en la habitación de la niña, dormía vestido junto a ella y por la mañana él y la maleta habían desaparecido. Nada de tazas ni platos con notitas encima.

Isa da una última calada, que ya tiene el sabor del filtro, y aplasta

la colilla en el cenicero.

—Oye, que la autovía está por el otro lado.

—No vamos a la autovía —indica Corso.

—Ah, ¿no? ¿Dónde vamos, entonces?

—A Cascina San Lazzaro.

La mujer que les abre la puerta tiene poco más de cuarenta años, un peto vaquero, una camiseta blanca de tirantes y el pelo rizado y negro, recogido con pinzas metálicas. Dice llamarse Angela Tomatis. Tiene venas prominentes en el dorso de las manos y los brazos propios de las personas que trabajan con ellos, cubiertos de una ligera capa de pelusilla rubia que se eriza con el frío o con cualquier forma de electricidad.

Escucha en el umbral de la casa todo lo que necesita saber y los invita a entrar a la cocina, a pasar por una especie de taller artesano y, por último, a sentarse en el jardín.

No hace calor, el cielo amenaza lluvia, pero Angela Tomatis mantiene su camiseta de tirantes, más bien escotada.

—Qué chulos —comenta Isa, recorriendo con la mirada los insectos de metal de un par de metros de altura, distribuidos por el césped uniforme del jardín. La mayoría de las esculturas representan mosquitos, pero también hay coleópteros, libélulas y otros insectos, casi todos alados. Tan solo una hormiga.

Angela explica que son obra suya. Está sucia de grasa y virutas y tiene unos pechos sorprendentemente firmes, que Isa sigue con la mirada y que ella coloca de tal modo que se puedan seguir.

Recuerda bien aquella noche, dice, aunque solo era una niña. Desde luego, sus padres podrían haberles aportado más información, pero ya han muerto; también el abuelo, como es obvio.

La mayoría de lo que les cuenta lo han oído ya de los labios del cabo mayor, pero Angela añade que los dos hombres que exigían que les entregaran a la chica aseguraron ser sus amigos y decían que ella se había escapado de un sanatorio y que no se encontraba bien. Sin embargo, la chica estaba desnuda, aterrorizada y ensangrentada, y en la familia no habían oído hablar de que hubiese ningún sanatorio por aquella zona. Mientras habla, mira casi exclusivamente a Corso, pero mueve sus manos y sus labios y se toca el pelo para Isa. A la pregunta de si recuerda si la chica dijo algo, la mujer responde que farfullaba cosas sin sentido.

—¿Se acuerda si dijo «isondo, rai» o algo así?

—Puede ser. —Se roza el canalillo con un dedo sucio que deja una marca negra tras él—. Como les he explicado, ella decía cosas sin sentido. No lo recuerdo. Lo siento.

Corso arranca el motor diésel del Zafira y mira desde la ventanilla a Isa, que permanece quieta en la puerta de la casa de la mujer. Isa habla, la mujer ríe. Isa no ríe, no es su papel, pero escribe algo en una nota, «por si acaso te acuerdas de algo». La saluda levantando el brazo, aunque estén a pocos centímetros la una de la otra, y se dirige al coche, metiendo las manos en los bolsillos de su cazadora. La mujer se queda en la puerta hasta que la ve subirse al coche. Después entra y cierra. La granja en la que vive es grande, reformada con gusto, un lugar hermoso incluso bajo el cielo gris y a pesar de toda aquella llanura de alrededor.

—Le he dejado nuestro número, por si acaso se acuerda de algo.

Corso avanza. En el parabrisas hay pequeñas gotas que son el inicio de algo más consistente. No se cruzan con otros coches.

—No es por ser pesada, pero la autovía sigue estando por el otro lado.

—Vamos a volver por la carretera nacional.

Isa levanta un pie, apoya la bota militar en el salpicadero y se embute, enfurruñada, en el asiento. Corso gira despacio la cabeza hacia ella. Ella se percata y quita el pie.

—¿Sabes adónde vamos? No me apetece pasarme la tarde en estos campos.

—Por allí está la alta velocidad, por detrás, la autovía, así que basta con que nos mantengamos en paral...

Corso frena en seco e Isa se golpea las rodillas contra la guantera, que se abre y derrama por el suelo un puñado de soldaditos de juguete.

—Pero ¿qué coño haces? —Ella intenta recolocarse—. ¿Tienes narcolepsia o qué?

Corso mira fijamente la señal en forma de poste situada a unos metros de ellos. Los carteles indican dos caminos agrícolas que salen de la carretera en direcciones opuestas para adentrarse en los campos.

En el primero se lee GRANJA CRISTOFORO; en el segundo, GRANJA ISONZO.

43

En otros tiempos, cuando aquí vivían un granjero, varios aparceros, los criados y sus familias, el gran cuadrado de la granja, con sus dos entradas techadas y el muro de ladrillo macizo, debía de parecer una ciudadela fortificada, construida para acumular y proteger *in aeternum* productos y productores. Ahora, sin embargo, medio derruida, con la muralla llena de grietas y manifiestamente sin vida, tan solo parece un viejo fuerte que ha perdido la batalla contra el tiempo.

Tal vez por eso nadie ha vuelto a vivir en ella ni la ha demolido, sino que se ha dejado a merced de la intemperie. Las puertas cerradas con cadena y candado son el precinto de esta realidad no elegida. El muro lateral, en parte derribado, por el que cualquiera puede entrar simplemente trepando por encima de algunos montículos de escombros, es el sello que certifica la paradoja.

Corso e Isa bajan desde esa pequeña colina de ladrillos y llegan al patio. Nada de antiguos vehículos agrícolas, herramientas o restos del trabajo que se realizaba antaño. Tan solo un cuadrado vacío. Cubierto de hojas, ramas, desechos del tiempo. Algunos charcos que se van formando bajo la lluvia fina.

—¿Podría ser que «isondo» fuese en realidad «Isonzo»? ¿Que se refiriese a este lugar?

—Podría ser.

—¿Qué significa?

—El Isonzo es un río. Cuando acabó la Primera Guerra Mundial la gente bautizaba sus granjas con los nombres de los lugares en los que habían luchado contra los austriacos. Ortigara, Piave, Isonzo... Era una manera de celebrar que habían ganado y que habían vuelto vivos a casa.

Isa se aleja hacia una de las puertas de la zona del dueño. A través de las ventanas, abiertas o rotas, se adivinan salas repletas de trastos, basura, restos de antiguas hogueras, andrajos e intentos por parte de la vegetación de recuperar todo aquello. Corso la sigue.

Caminan por la cocina, ocupada en un tercio por una gran chimenea, recorren la habitación que debió de ser el comedor y suben a la planta superior, donde hay seis dormitorios. Todo en ruinas.

Salen y pasan a las viviendas más modestas; después, a las pequeñas y pobres casas de los criados, a las que solo les daba el sol a última hora de la tarde. Aparte de los techos bajos y del suelo de tierra apisonada, la nivelación natural está cumpliendo su función, igualándolo todo.

En algunas habitaciones aún hay huellas de uso reciente: toxicómanos, sintecho, tal vez algún que otro forastero que encontraba refugio fuera del centro urbano, donde había demasiada gente persiguiendo lo mismo. Latas, jeringuillas, hojas de periódicos, excrementos..., pero nada que hable de aquello que ambos están buscando.

—Los establos —indica Corso.

Atraviesan el patio, en el que la lluvia empieza a caer de una forma más seria. Los establos ocupan todo un lateral de la granja y el henil se sitúa en su planta superior. Geometrías agradables para Corso, indiferentes para Isa.

Entran. Primero, él; después, Isa.

El espacio es tan largo como toda el ala del edificio principal, con una bóveda de cañón, pesebres instalados en las paredes, aún intactos, dos canales para evacuar los excrementos y un terraplén central. Aquí y allá, una barra transversal de hierro situada a un par de metros del suelo para colgar cubos, herramientas y poleas para los partos más difíciles del ganado. Al fondo, los pequeños recintos para los toros y el recinto común para los terneros.

Oyen cómo resuena el sonido de sus propios pasos, elevándose desde los ladrillos compactos del suelo hasta la bóveda y, desde allí, de vuelta al suelo. Lo único vivo y orgánico que queda son algunos restos de paja y heno y algo de estiércol seco incrustado en la piedra.

—Puede que estuviera aquí con otros drogadictos —aventura Isa — y que acabara mal.

Corso no responde, pero se detiene. Retrocede unos pasos y vuelve a recorrer los tres últimos metros. El último paso le arranca al pavimento revestido de ladrillo un sonido diferente. No demasiado, pero, aun así, diferente, como una misma nota ejecutada por un violín y por un violonchelo.

Sigue ese sonido hueco, buscando alrededor hasta llegar a la pared. La explora con las manos, pero solo encuentra yeso que se deshace entre sus dedos y manchas de humedad. Con los pies, mueve la paja que cubre el suelo. Se agacha, limpia la anilla bañada en zinc y levanta la trampilla, que parece estar hecha también de ladrillo, aunque en realidad es metálica.

—Bajemos —propone.

La escalera es estrecha, pero no agobiante. Cuando llega a la mitad, Isa enciende la linterna de su teléfono móvil.

—Enciende también la tuya.

—No tiene.

—Claro que tiene. Dámelo.

Corso, que ya ha apoyado los pies en el suelo del sótano, se lo pasa. Ella lo toquetea, consigue por fin encender la linterna y se lo devuelve. Juntos dirigen los haces de luz alrededor de ellos. Las paredes son de cemento en bruto, el suelo también, y seis pilares de cemento armado sostienen el techo de la única sala, por completo vacía.

—¿Cuándo construirían esto? —se pregunta Isa.

—No lo sé, pero cuando se hizo la granja todavía no existía el cemento armado.

Caminan hacia la zona más oscura, que, poco a poco, deja entrever un pasillo. A ambos lados hay puertas metálicas, todas ellas con una mirilla. Examinan su interior: celdas sin ventanas, del tamaño de un baño público. En el suelo de algunas de esas celdas aún hay mantas y ropa gris, militar. Son en total veinte, diez a cada lado. Hacia el fondo del pasillo se abren dos estancias mucho más grandes. En una de ellas encuentra un escritorio de metal y una serie de cables que podrían ser del teléfono o del suministro eléctrico. La otra está ocupada por seis camastros militares sin colchones. Hay dos baños y una ducha. En un cubículo más pequeño, una bomba de aire conectada con el exterior a través de un gran tubo. El pulmón del sótano.

Vuelven al pasillo y lo siguen hasta llegar a la puerta en la que termina. Está entreabierta. La abren del todo: la estancia es similar a la que han encontrado al final de la escalera por la que han bajado, las columnas son las mismas, pero, aparte de la puerta, no hay salidas ni escalones que conduzcan al piso de arriba. Ven dos camillas metálicas

de hospital, cubiertas de herrumbre, un generador eléctrico y baterías de coche, ya oxidadas. Del techo cuelgan cadenas, barras y anillas también oxidadas, pero aún amenazantes. El suelo, de cemento en bruto, parece alojar de cuando en cuando alguna figura acurrucada, que, de cerca, resulta ser un jirón de tela, una cuerda enrollada, una cadena, una manta.

—Pero ¿qué coño hacían aquí? —pregunta Isa.

Corso respira hondo el olor a cerrado y a dolor.

—Hacían lo que los *carabinieri* vieron en Maria Nicole Bo.

Ya ha estado en lugares como este. No se encontraban bajo tierra, sino que eran pequeños espacios ocultos en medio de los bosques. Eran los lugares donde Otoñal llevaba a sus víctimas. Donde llevó a Michelle. Reconoce la adrenalina que el mal extrae de las personas y esparce sobre los objetos. No es un olor desagradable ni tampoco un líquido que manche, sino una vibración. Una vibración que se mantiene durante toda la eternidad, recorre el universo, se mezcla con la que se generó en la primera gran explosión y no se borra jamás. Sabe que una parte infinitesimal de aquella vibración la produjo Michelle. Aún está circulando, mezclada con la de aquellos que sufrieron en esta habitación, en todas las habitaciones del mundo donde el mal se ha puesto a trabajar. De repente, la luz de sus dos móviles no le resulta suficiente.

—Salgamos —dice.

Ya fuera, pasea por el patio durante diez minutos, muy despacio, con mucha suavidad, fumando. Isa lo ha comprendido o lo ha sentido, a su manera animal, y se mantiene a cierta distancia. También ella fuma. Espera a que sea él quien diga qué hacer y cuándo hacerlo. Si marcharse o quedarse. Corso se pasa una mano por la cara, extendiendo por ella la lluvia que sigue cayendo sobre todo este mal, igual que caería sobre cualquier otro. Saca la lengua y bebe, aunque aquella agua no calme la sed y sepa a rancio.

—Acabemos con esto —sentencia.

Isa lo ve dirigirse a la escalera de mano que conduce al henil. Tira el cigarrillo y va tras él. Suben, pero en aquel gran espacio no queda nada más que un poco de heno viejo. Aun así, inspeccionan la estancia. Desde allí, a través de una pequeña puerta, pasan a la antigua capilla. Casi todas las granjas de mayor tamaño solían tener una, en la que los moradores bautizaban aquello que nacía de sus

noches, tomaban los sacramentos en vida y recibían el postrero adiós al final de sus días.

Probablemente aquella pequeña sala fue la primera en ser saqueada. Bancos, reclinatorios, muebles, lámparas: todo desaparecido. Corso sube una escalerilla que conduce al pequeño campanario. El punto más alto de la granja. Isa lo alcanza.

Desde allí contemplan el campo, que ha agachado la cabeza ante la lluvia. Oyen un tren que pasa. Una forma alargada y gris entre la bruma: el interregional entre Milán y Turín.

A un par de kilómetros, tal vez tres, se distinguen con nitidez las máquinas de una obra: la excavadora amarilla, el camión, un contenedor, la torre de la grúa.

—Todos estaban aquí —concluye.

44

Isa ve desfilar la periferia de Turín al otro lado de la ventanilla: áreas de almacenamiento, naves industriales, algunos bloques de pisos, hoteles, depósitos de servicios de mensajería y viejas fábricas.

—¿De quién son los soldaditos? —pregunta mientras señala la guantera.

—De Matei.

—¿Que es...?

—Uno de los hijos de Elena. La otra, Ani, es mayor. No juega con soldaditos.

Isa se quita algo que tiene entre los dientes. Con el mismo dedo juguetea con el *piercing* de su lengua.

—¿Elena es esa con la que ya estabas hace dos años? ¿La rumana del bar?

—Es esa.

Isa se estudia el dedo mojado de saliva. El motor del Zafira ha cambiado de registro: la carretera está ascendiendo para convertirse en un paso elevado. Al fondo aparecen los dos rascacielos que anuncian Turín, grises y sin ventanales. Rascacielos de la vieja escuela. En realidad, casas populares más altas que el resto, en las que colocar carteles publicitarios para que estén más altos que los demás.

—¿Por eso has cambiado el Volvo?

Corso mira fijamente la carretera.

—Lo he cambiado porque ya estaba viejo y no valía la pena repararlo.

—Una lástima. Molaba muchísimo. En cambio, esta caja no dice un carajo.

—Dice: «Te llevo a casa». Que es justo lo que hace falta que diga.

Descienden hacia la gran rotonda. Alrededor, una zona fea que se ha intentado mejorar, aunque el resultado haya sido aún peor. Corso reconoce la casa en la que vivía la prostituta de la calle Lampredotti. Ya habrá cumplido más de noventa años, si es que los ha cumplido.

Isa observa con repugnancia el aparcamiento del Alcampo al otro lado. Las familias que, bajo la lluvia, empujan los carritos. Mamás con cochecitos, paraguas e hijos. Sus bocas se abren de par en par, en súplicas o en reprimendas.

—Si se trata de eso —responde—, una caja de muerto iría de maravilla.

Corso no le hace caso. Entran en un barrio periférico repleto de edificios enormes, concesionarios, restaurantes de comida rápida, yonquis, compañías de seguros. La carretera de tres carriles parece hecha aposta para viajar velozmente sin prestar demasiada atención a lo que hay alrededor. Sin embargo, hoy está bloqueada por el tráfico del sábado por la tarde.

—¿Le decimos a Arcadipane lo de la granja? —pregunta Isa.

—El lunes.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque la gente que tiene familia, cuando llega el fin de semana, quiere estar tranquila, desconectar y dedicarse a sus cosas.

Corso comprende que lo que acaba de decir no ha sido muy acertado y está fuera de lugar. Isa no tiene familia, y cuando la tuvo es posible que los fines de semana que pasaba con ella fueran muy diferentes. En parte para castigarse, en parte para darse tiempo a enmendar su error, se pasa al primer carril y se coloca detrás de un motocarro Ape celeste, cargado de escombros. La Barriera di Milano, en donde se encuentran ahora, es un barrio antiguo, con calles secundarias de nombres oscuros, tienduchas de mala muerte, artesanos, pequeñas actividades delictivas, revendedores de tarjetas telefónicas, bares chinos, comercios africanos, tragaperras y algún que otro sureño que todavía escucha la radio a través de un transistor.

De un solo vistazo, Corso reconoce la entrada de la calle y se coloca a la izquierda para girar justo al final del ensanche. Cien metros más allá, ralentiza hasta detener el coche.

—Esta era la sede del MSI —señala.

Isa echa un vistazo al edificio que les está quitando luz por la derecha. Una construcción de baja altura, gris, con dos grandes ventanales en la planta baja, tras los que se exponen fotocopiadoras. Un centro de venta y reparación.

—Y allí, donde está ahora el *call center*, estaba el garaje de la prostituta.

Esta vez Isa ni siquiera hace ademán de mirar. Guardan silencio. Ella espera algo que sabe que no podrá tener; él, algo que le quite la idea de que no se lo puede dar. La espera es un buen término medio. La lluvia sobre el capó y los cristales, una dulce anestesia. Después Corso se rasca los pantalones de pana para quitarse un poco de mugre de la granja.

—Si Maria Nicole, como dice su hermano, no vivía con sus padres, es posible que estuviera a menudo en casa de Aimar. Seguro que el estudiante con el que compartía piso la conoció. ¿Crees que podrás localizarlo?

—Si es necesario... —Isa se encoge de hombros—. ¡Siempre y cuando exista un contrato de alquiler!

Dos chicos pasan junto al coche, mirando en su teléfono móvil un vídeo en el que aparece gente gritando. Los gritos son metálicos. Ellos no parecen ni divertidos ni fascinados. Sus caras, un tanto apagadas, como si estuviesen en el trabajo.

—¿Estás cabreado? —pregunta Isa.

Corso la mira.

—¿Y por qué iba a estarlo?

—Bueno, lo mismo te molesta verme ligando.

—¿En qué sentido?

—Con la escultora. A lo mejor piensas que no debería hacerlo en el trabajo.

—No estás en el trabajo. Y, en cualquier caso, es asunto tuyo.

Ella se queda inmóvil un momento; justo lo necesario para que ese gesto insólito y dulce que había asomado a su cara desaparezca. Después, abre la puerta.

—Os estoy haciendo un favor —advierte mientras se baja—. Y, desde luego, si me apetece ponerme a ligar con alguien, es asunto mío, ¡joder!

Las últimas palabras alcanzan a Corso cuando Isa está ya avanzando a contramano por la calle Lampredotti.

45

El café cae, despacio, en gotas irregulares que, de cuando en cuando, aterrizan sobre el borde y manchan el lado externo de la taza. Eso no le quita belleza a la máquina, roja y cromada. Y, además, magnífica bajo la primera luz de la mañana. Mariangela tenía razón. «Es un objeto bonito.» «Contemporáneo.» El café que prepara también es bastante bueno. No como el de la cafetera italiana de toda la vida, pero bueno.

Oye pasos a su espalda. De mujer sin tacones.

—En la mesa hay té —informa, sin girarse.

—Gracias, pero tengo que repasar una cosa con Elisa antes de clase.

Él se da la vuelta; Loredana está cogiendo algo del cajón.

—¿Y el desayuno?

—Lo tomamos en el bar, mientras repasamos.

—¿Y entonces por qué estás cogiendo galletas?

—Estoy cogiendo rebanadas de pan. En el bar lo único que tienen es comida grasa.

Loredana mete las rebanadas en un bolsillo de su mochila y lo cierra. Él abre la boca para decir algo, pero en realidad lo único que quiere es que ella se detenga para poder mirarle el cabello negro y el rostro, clavados a los de la madre. Es por dentro donde son diferentes. Como dos coches idénticos que, cuando los arrancas, te dicen que uno es diésel y el otro, gasolina.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Te quedaste hasta muy tarde estudiando?

—Bastante. Bueno, me voy.

—¿De qué es el examen?

—Es un control de Griego.

Él se queda con una expresión ridícula. Ella sonríe, pero solo para contentarlo. Tiene unos bonitos dientes. También en eso ha salido a la madre.

—Eres buena en Griego, ¿no?

—Por ahora saco nueves, pero el año pasado me pusieron un diez.

—Entonces das asco.

—Lo sé —mira a Trepet, que está junto a la puerta del balcón—, pero no soy la única aquí.

—Hoy pensaba ir al peluquero, ¿qué te parece? —Arcadipane lo intenta—. Nos ponemos los dos esas... ¿Cómo se llaman? —Y se peina los pocos pelos que le quedan tras la nuca.

—Extensiones.

—Extensiones. Y así podré trabajar de incógnito.

—¿Estás intentando hacer de padre?

—Esta pregunta sería propia de tu hermano.

—Demasiado aguda para él. Me voy. Si no, llegaré tarde.

Él asiente y bebe un sorbo de café. El de la máquina se enfría enseguida. El de la cafetera clásica se queda caliente más tiempo. Ella se dirige a la puerta con sus piernas cortas, nada delgadas, embutidas en unos pantalones vaqueros que realzan su forma de embudo. En el pasillo se cruza con su madre; se dan un beso rápido. Ya han estado hablando en el baño, mientras se maquillaban. A lo largo de los años, Mariangela ha ido cambiando estrategias, regalos, maneras de comunicarse con sus hijos. Cuando algo deja de funcionar, lo cambia. Lo hace de forma natural, tal vez porque es más inteligente. Más atenta. Más capaz de adaptarse.

—¿Qué haces ahí como una estatua?

—Me estoy bebiendo el café, pero siempre se enfría en...

—¿Y por qué no te lo preparas con la cafetera de toda la vida, si te gusta más? —pregunta ella mientras se pone un pendiente—. No me voy a ofender.

—No, si el café está bueno. También hay té, si quieres.

—Me voy a tomar uno de cebada. —Y enciende el hervidor.

Arcadipane estudia la mesa, en la que ha dispuesto tres tazas, dos paquetes de galletas y la tetera, por cuyo borde asoma el hilo de las dos bolsitas, que pende como la soga de un ahorcado.

—¿Desde cuándo Loredana no desayuna en casa?

—Desde hace bastante tiempo.

—No lo sabía.

—Qué raro —responde ella mientras vierte el agua caliente en la

taza—. ¡Si lo han comentado todos los periódicos!

Giovanni entra y se dirige a la mesa, apoya un pie en una silla y se ata un zapato.

—Necesitaría diez euros.

—¿Para qué?

—Para un museo y también para otra cosa de teatro.

Arcadipane mira a la mujer, que está removiendo el agua con la cebada, y después al hijo.

—Por lo menos siéntate un momento, come algo.

—No, tengo que irme ya, voy a pie, el scooter no funciona.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé, hoy le echaré un vistazo.

—Bueno, no pasa nada, siempre habrá alguien que pueda llevarte, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Nada. —Arcadipane se termina el café. Congelado—. ¿Cómo te va?

—Somos los primeros.

—Ya sé que sois los primeros. Yo también voy a los partidos. Me refiero a cómo te va en general.

—Como siempre.

—Como siempre.

Giovanni coge una galleta de uno de los dos paquetes. Viste un pantalón de chándal color gris oscuro, con el cordón de la cintura desatado. Una cazadora verde militar brillante, sin estampados.

—Estas están más ricas —dice, enseñándole la galleta a la madre.

Mariangela lleva un rato observándolos, con el costado apoyado entre el fregadero y el fogón. Asiente.

—Son de miel —comenta.

Giovanni se mete un par de ellas en un bolsillo y, a continuación, levanta el otro pie y se ata el cordón del zapato que aún estaba suelto.

—¿Me das los diez euros?

—Qué bueno que os animen a hacer estas cosas.

—Es obligatorio —responde Giovanni mientras coge el billete—. Me voy. ¡Hasta luego!

Un instante después oyen el ruido de las llaves tomadas en la repisa, la puerta que se cierra. El motor del ascensor.

Arcadipane observa la tetera en el centro de la mesa. Las tazas

que nadie ha tocado, las galletas desmigajadas.

—Pues no ha ido tan mal. —Mariangela sonríe mientras se dispone a fregar la taza.

—En vista de que eres la más lista de la clase, ¿podrías decirme por qué el miércoles pasado volvió una hora después del entrenamiento?

—Debería ser yo la que te dijera que volvió una hora más tarde, tú no estabas aquí.

—¿Sabes por qué?

—Imagino que estabas en el trabajo.

—Yo sí, pero él volvió una hora más tarde porque estaba con una.

—¿Con una?

—Fue a buscarlo al entrenamiento, estuvieron comiendo un kebab y después lo trajo a casa en su scooter.

—Desde luego, tener un padre policía es una putada, como dicen ellos.

—¿Preferirías no saber qué hace?

—¡Pero si yo ya sé qué hace!

—Tú lo sabes.

—Ajá. Se llama Eleonora Pedullà, vive por la plaza Sabotino, está en el último curso del bachillerato lingüístico y el año que viene quiere matricularse en Economía. Están juntos desde finales del año pasado y el miércoles él me mandó un SMS para avisarme de que no le preparase la cena, porque iba a tomarse un kebab fuera. ¿Quieres añadir a tu expediente la matrícula del scooter?

Arcadipane se rasca una muñeca.

—¿Cómo se las apaña para el dinero?

—¿El dinero?

—Para salir, para invitarla a una pizza, al cine. ¿Te lo pide a ti?

—Las cosas han cambiado un poco, ¿lo sabías?

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, al cine y a la pizzería ella va con sus amigos, y él, con los suyos. Y, en cualquier caso, ninguno de los dos invita al otro.

—¿Y entonces qué hacen cuando están juntos?

—Eso no ha cambiado, deberías recordarlo.

Arcadipane siente una dolorosa punzada, pero los ojos de ella le confirman que no lo ha hecho aposta. Sin embargo, también le dicen:

«Tenemos que hablar. Si no, acabarán pasando cosas como esta».

—Me voy. En la central me espera una montaña de trabajo.

46

—Me conecto ya... Le he dicho que lo llamaríamos a esta hora.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Tú mira la pantalla, la cámara está ahí arriba.

Corso mira, pero no ve ninguna cámara.

—¿No se puede hacer solo una llamada de voz?

—Mira, no me toques los ovarios, ¿eh? Ya suena. Empezamos.

Corso observa la pantalla, de la que sale un sonido que no se parece en nada al de un teléfono. Es más bien una musiquita.

—¿Qué hora es allí?

—De noche. Son diez horas más. Aquí está.

En la pantalla aparece una cara desenfocada. La nariz, gigantesca por la cercanía de la cámara. Sonidos toscos, como si alguien estuviese tocando el micrófono.

—Buenas noches —saluda el hombre mientras manipula la pantalla para darle la inclinación óptima.

—Buenas noches —responde Corso mientras acerca la cara a la pantalla—. Soy Bramard.

—No hace falta que acerques la boca —le advierte Isa—. Esto no es un teléfono móvil. Te oye estupendamente.

El hombre sonríe.

—Su asistente me ha explicado todo en su correo electrónico. Desde luego, ha sido muy directa.

Corso dirige la mirada hacia su «asistente», que entretanto se ha puesto cómoda en un colchón que, tirado directamente en el suelo, utiliza como cama. La buhardilla no ha cambiado mucho con respecto a la última vez, pero al menos ahora dos ventanas ya no están tapadas con bolsas negras de basura. Isa le hace un gesto con la cabeza para que mire a la pantalla y continúe.

—Empezaré por preguntarle cómo conoció a Stefano Aimar. ¿Eran ya amigos antes de vivir juntos?

—No. Al principio de mi época universitaria iba y venía a Turín

cada día, pero después alquilé una habitación en casa de unos amigos de mis padres. Cuando empecé a repartir periódicos de noche y a ganar algo de dinero, busqué alojamiento en los anuncios de la universidad. El compañero de piso de Stefano acababa de irse y él estaba buscando uno nuevo. En cuanto nos vimos, congeniamos.

—¿Durante cuánto tiempo compartieron piso?

—Durante un par de años. En realidad, fuera de la universidad no frecuentábamos los mismos ambientes, pero puedo decir que nos hicimos buenos amigos. Si, cuando volvía del trabajo, lo encontraba despierto, muchas veces salíamos a caminar. Los dos éramos unos provincianos enamorados de Turín. Además, compartíamos nuestra pasión por la filosofía, el cine y los libros.

—¿Por la política no?

—No, yo no sentía especial entusiasmo por ella y, como ya le expliqué en su momento a la policía, tampoco Stefano era un activista de barricada. Era de izquierdas, votaba al Partido de Unidad Proletaria, escribía para una revista afín, pero jamás habría cometido un acto violento por motivos políticos. Era demasiado sensato, demasiado amable, en algunos aspectos incluso demasiado ingenuo.

—Pero estaba en el grupo que lanzó aquellos cócteles molotov.

—La única explicación que se me ocurre es que estuviera allí para proteger a su novia. A lo mejor intentaba hacerle cambiar de opinión.

—¿A Maria Nicole?

—Sí.

—Usted la conocía.

—No muy bien, como ya le he dicho frecuentábamos ambientes distintos, pero hablé varias veces con ella.

—¿Cómo era?

—Muy guapa. Para volverse loco, de verdad. También era simpática, pero muy caprichosa. Tal vez por el entorno en el que creció. Era de esas personas que lo pueden tener todo sin esforzarse.

—¿Alguna vez antes o después de aquella noche los oyó hablar del incendio? ¿Mencionaron a alguno de los demás miembros?

—No. Stefano seguía yendo a la universidad y practicando boxeo en el gimnasio. Todo como siempre. Lo único es que, en la madrugada del día 15, cuando volví de trabajar, me di cuenta de que se había llevado ropa y algunos libros. Pensé que habría encontrado algún billete para visitar a sus padres o que quizá había pasado algo en su

familia. Cuatro o cinco días después vino la policía y me enteré de qué se lo acusaba.

—Usted sabe que la policía nunca lo encontró. ¿Qué cree que pasó?

—No lo sé, pero si Nini no lo ha dejado, estarán en alguna parte los dos juntos.

—Nini.

—Sí, la llamaba así.

—¿Solo él?

—No lo sé, pero para él Maria Nicole era Nini.

Corso los imagina paseando en aquellos mismos años bajo los mismos pórticos por los que paseaban Michelle y él. También ellos abrazados o de la mano. También ellos vestidos como se vestían entonces los chicos de veinte años.

Tal vez incluso se cruzaran, se miraran, se sonrieran y se sorprendieran al ver en los otros un espejo de lo que ellos estaban sintiendo.

—Hace unos años escaneé unas fotos antiguas —comenta el hombre—. En algunas aparecen Stefano y Nini. Se las puedo mandar por correo electrónico a su asistente, si creen que les serán útiles, pero antes me gustaría hacerle una pregunta.

—Dígame.

—Los actos de aquellos años ya han prescrito, ¿verdad? Compartí con Stefano momentos muy bonitos. Dondequiera que esté, no quisiera perjudicarle de ninguna manera.

—No le va a perjudicar de ninguna manera, se lo aseguro.

El hombre mira a su izquierda; se oyen voces, palabras en inglés, una voz de mujer.

—Bueno, si no necesitan nada más... Me están esperando para cenar. Les envío las fotos. Por favor, si descubren algo, avísenme. Aunque solo sea para darme una dirección de correo electrónico a la que escribirle.

Corso pregunta si tiene que pulsar algún botón para cortar la conexión. Isa le hace un gesto para indicarle que no. Lleva una camiseta con las mangas cortadas en la que aparece el escudo de los paracaidistas. En un hombro tiene un tatuaje.

Trazos primitivos.

Corso reflexiona durante unos segundos; después se levanta y se

dirige hacia la puerta.

—No ha aportado gran cosa, ¿verdad? —comenta, con la mano apoyada ya en el picaporte.

—No ha aportado gran cosa —confirma ella, pero el sonido de una pelota de ping-pong se superpone a su última sílaba.

Isa se acerca al monitor, en el que un rectángulo parpadea débilmente. Corso mira por detrás su figura gitana, inclinada hacia el escritorio. Sus caderas ferrosas y duras.

—¿Son las fotos? —pregunta.

Ella sigue mirando atenta la pantalla.

—Es mejor que llames a Arcadipane —le advierte—, ahora que el fin de semana ha terminado.

47

Ha pasado diez minutos escuchando el informativo, pero ha apagado la radio del coche en cuanto ha empezado la información meteorológica: para saber el tiempo que hace en Turín le basta con mirar hacia arriba y le importa un carajo el tiempo que haga en Roma. Además, después vienen los deportes, que le importan menos todavía que el tiempo de Roma.

Trepet duerme en el asiento de al lado. También él podría echar una cabezadita. Dejar pasar el cuarto de hora que falta. Dormir en el salón es un asco. En su caso, porque los sillones años setenta con su malla electrosoldada son una conjura para propagar las escoliosis y las enfermedades respiratorias; en el de Trepet, porque el gato de los vecinos, desde que sabe que está él, ha multiplicado sus salidas nocturnas, obligando a la pobre bestia a abrir los ojos cada vez que pasa por delante de la persiana, para volver a dormirse después embargado por el sentimiento de culpa.

Arcadipane gira la rueda del asiento para reclinarlo dos posiciones más y prueba. Un segundo, dos, tres y vuelve a abrir los ojos. Demasiado nervioso, demasiadas preocupaciones, demasiados cabreos. Cualquier cosa menos algo que se la ponga dura. O que lo ayude a dejar de llorar. Por lo menos antes de prestarle atención a esta desequilibrada dormía con una mujer, aunque no supiese qué hacer con ella. Sus hijos pasaban de él, pero no lo odiaban. Y tampoco tenía que ocuparse de un monstruo con problemas intestinales. ¡Hablando de eso!

Consulta la hora. Diez minutos. Sí, puede proceder. Saca las pastillas de la guantera y busca en el prospecto cuál es la dosis que corresponde al peso. Está escrito en letra pequeña, ininteligible. En cualquier caso, las pastillas son bastante grandes. Por ahora, una bastará.

—¡Trepet!

El perro ni siquiera pestañea.

—¡Trepet! —Le toca un instante el lomo, pero retira de inmediato la mano.

El perro abre un ojo. Lo gira hasta que consigue enfocar.

Arcadipane extrae la pastilla del blíster; son comprimidos perfectamente redondos y negros. Se la pone en la palma de la mano y la extiende hacia el animal. Trepet se acerca, olisquea el producto, gira la cabeza y vuelve a dormirse.

—¡La madre que te parió! —murmura Arcadipane entre dientes.

Se coloca en el asiento de manera que pueda utilizar las dos manos y, con un rápido movimiento, le bloquea al perro la cabeza. Inesperadamente, Trepet no responde con patadas, no araña y no intenta morder. Arcadipane le abre la boca y deposita en ella la pastilla. Le mantiene el hocico cerrado durante el tiempo que considera suficiente y retira a toda velocidad las manos.

Trepet lo observa con una mirada a medio camino entre la piedad y la condescendencia, da un par de golpes de glotis y escupe la pastilla.

—¡La puta madre que te parió!

Mira la hora. Cinco minutos. Suena el teléfono. Consulta la pantalla para decidir si debe responder.

—Tengo un poco de prisa —deja claro de entrada.

—¡Vaya por Dios! Pues fíjate, me había parecido que eras tú el que había venido a pedirme ayuda para un caso que, por otra parte, ni siquiera es tuyo.

—Vale, lo capto. ¿Qué pasa?

—Tienes que ver algo. Si tienes una dirección de correo electrónico, Isa te lo envía ahora mismo, pero dice que es mejor que no sea la del trabajo.

—Solo tengo esa.

—Entonces tienes que venir en persona.

—¿Adónde?

—A casa de Isa. ¿Sabes dónde es?

—Más o menos, pero primero voy a resolver un asunto. Estoy allí dentro de una hora y cuarto.

Arcadipane cuelga y mira la hora. Dos minutos. Trepet ha vuelto a dormirse.

Se saca del bolsillo una navaja suiza y practica una pequeña incisión en la gominola de regaliz, la dilata e introduce en ella el

comprimido.

—¡¡Trepet!!

Una vez hecho, cruza la avenida a paso ligero. Sube los escalones y llama al timbre del conserje. Nada. Vuelve a llamar. Nada. Después lo recuerda: «El lunes no estará el conserje, así que llame al timbre número veinticuatro y suba directamente».

Pulsa el veinticuatro y la puerta se abre. Sube a pie, como siempre. La puerta está entreabierta. Llama dos veces con los nudillos y entra. Cuando Trepet llega al rellano, respirando con dificultad, olfatea el aire y lo sigue.

Los sillones están vacíos.

Convencido de que la mujer se encuentra en el baño, toma asiento y trata de no pensar en cómo hará ella para subirse y bajarse de la taza del váter. Pasan unos minutos y no consigue pensar más que en eso. Arcadipane agudiza el oído, pero desde el baño no llegan sonidos de desagües ni de grifos. Solo una especie de respiración, leve, como una corriente de aire desde una ventana que no cierra bien.

Arcadipane se levanta y, con cautela, regresa al pasillo. La puerta plegable del dormitorio está un poco abierta. Una rendija de dos dedos. La respiración llega desde allí, acompañada de unos sonidos mínimos, de algo que se mueve y se frota.

«¿Hay alguien?», sabe que debería preguntar, pero en lugar de hacerlo se limita a pegar la cara a la rendija para mirar dentro.

Ariel está ahí, tendida en la cama. Una cama baja, para una sola persona, cubierta con una colcha blanca.

Tiene la cabeza girada hacia un lateral, pero sus ojos están cerrados. La falda, levantada hasta el cuello, deja ver sus piernas abiertas, entre las que oscila sin prisas la cabeza blanca del conserje, como si fuera la de un caballo que estuviese lamiendo sal. El hombre le acaricia las piernas, raquíticas y desnudas, como si aquel fuera el verdadero placer y todo lo demás, apenas un deber para tener acceso a él. Ella se lleva el índice a la boca y juega con la lengua, sacándola hasta la mitad entre sus labios.

La cabeza del hombre ralentiza el ritmo, presiona más a fondo. Ariel emite un grito como el de un animal pequeño y gira la cara hacia el otro lado, con los ojos aún cerrados. Arcadipane puede ver cómo sus narinas, dilatadas, aspiran el olor de aquello que está sucediendo unos centímetros más abajo. La mano que tenía en la boca se apoya en

el hombro del hombre, en su jersey verde que huele a fritura y a trementina.

Arcadipane siente cómo se le pone dura y cierra los ojos para tener conciencia de cada milímetro del proceso.

Cuando vuelve a abrirlos, se encuentra con los de ella, que lo miran quietos, tranquilos, algo burlones.

Él se da la vuelta de inmediato, sale del apartamento y baja corriendo la escalera. Oye a Trepet, que le sigue a duras penas con sus tres patas, rascando el suelo que aquel imbécil probablemente encera dos veces por semana, a la antigua usanza, con un trapo de lana que pasa y vuelve a pasar, pasa y vuelve a pasar. La camiseta sudada bajo el jersey. Las zapatillas de goma y el chándal de gimnasia comprado en el mercadillo. «¡Joder!»

Sale del edificio a toda prisa y vuelve a encontrarse en la calle, donde el sol cae con indiferencia sobre su cabeza calva, los capós, los plataneros y todo lo demás.

Alguien ladra. Se gira: Trepet se ha quedado encerrado en el vestíbulo.

Vuelve a subir corriendo los tres escalones y sujeta la puerta un instante antes de que el pestillo se cierre automáticamente. El perro se desliza hacia fuera.

Cuando llega al Alfa tarda un poco de tiempo en encontrar las llaves en su bolsillo y en acertar a introducirlas en la cerradura. Al final lo consigue, agarra a Trepet y lo lanza hacia el asiento. Después se deja caer en el suyo como un saco medio vacío.

Trata de respirar hondo, como ha visto que hacen los personajes de las películas cuando entran en pánico. Mientras procede, mira a Trepet: tiene la boca abierta de par en par, el vientre que se hincha y se contrae, se hincha y se contrae, como un fuelle.

«Un infarto —piensa—. ¡Joder!»

Ya está a punto de tumbarlo panza arriba para practicarle un masaje cardiaco cuando, de repente, el perro abre la boca estirando la mandíbula inferior hacia atrás, hasta casi desencajársela, y escupe una bolita mínima, redonda, intacta y negra.

La pastilla de carbón vegetal rueda hasta el borde del asiento, se balancea durante unos instantes en el borde y, a continuación, cae.

48

El contraataque

Imagina un país en el que periódicamente se celebren elecciones. En ellas, los ciudadanos pueden elegir entre un enorme partido de centro, un gran partido de izquierdas, un partido más pequeño casi de izquierdas y una multitud de pequeños partidos que están a favor del enorme partido de centro.

Imagina que esto es así desde hace treinta años. En realidad, no son muchos, si se tiene en cuenta que antes gobernaba un único, exclusivo y gran partido de derechas al que solo una guerra consiguió derribar. Pero ¿qué ha sido de todos aquellos que formaban parte del único, exclusivo y gran partido de derechas que gobernaba sin necesidad de convocar elecciones?

Algunos añoran los viejos tiempos en la esfera privada, otros se han acostumbrado a votar a los nuevos partidos, otros incluso se han reciclado para formar parte de esos nuevos partidos... Pero también quedan algunos de aquel único, viejo, exclusivo y gran partido que están convencidos de que es posible volver atrás, a una época en la que las cosas iban mejor, y que habría que conseguirlo como se consiguió en su momento: con la violencia y la complicidad del Estado.

Imagina que estos, que son pocos, pero decididos, audaces e intrépidos, han atado una cuerda a la torre y llevan treinta años tirando, tirando y tirando de ella hacia su lado, convencidos de que, si logran inclinarla lo suficiente, aquellos que, dentro de ella, se han adaptado y reciclado acabarán poniéndose de su parte para hacerla caer.

Sin embargo, la situación es un poco más compleja, porque quienes en su momento lucharon contra el único, grande y exclusivo partido de derechas habrían preferido crear, tras su victoria, un país a su imagen y semejanza. Un país de izquierdas que jamás había existido y que tampoco en esta ocasión lograrían hacer realidad. ¿Qué fue de todas esas personas que combatieron, confiaron, vencieron y después se desencantaron?

La mayoría de ellas se encuentra en el interior de la torre, dentro del gran partido comunista y del otro partido bastante grande y casi de izquierdas, ejecutando la política del «paso a paso». Pero hay otras que se han quedado fuera y, junto a una serie de jóvenes que han recogido su legado, también han atado una cuerda a la torre y están tirando, tirando, tirando con armas y violencia, con la esperanza de que la torre caiga de su parte.

Imagina ahora que llevamos años así, sin que la torre se mueva, porque ni unos ni otros tienen la fuerza, los números y el viento propicio que se requieren para inclinar la torre de su lado.

Dentro de ella, por lo demás, casi todo el mundo quiere que el edificio siga en pie, lo cual no evita, en cualquier caso, que haya alguno que otro que cada día pase por delante de las ventanas y, al ver a los que en el exterior están tirando hacia un lado u otro, piense: «¡Pues tampoco sería tan malo que cayese de su parte!» o bien: «Antes de que caiga de su lado, ¡me pongo yo a empujar en dirección contraria!».

De ese modo, la torre, a pesar de las bombas, las emboscadas, las ejecuciones, los manifestantes asesinados y los agentes de las fuerzas del orden caídos, se mantiene en pie.

Imagina, sin embargo, que cierto día un gran anciano del grande, único y exclusivo partido de derechas reúne a todos los jóvenes y a los ancianos de su exclusivo, grande y único partido y les dice: «¡Tenemos que ayudar a los que están tirando hacia el otro lado, a nuestros enemigos jurados, para que tiren con más fuerza!». Rumores, murmullos, susurros: «¡El viejo se ha vuelto loco!», «¡al viejo se le ha ido la pinza!», «yo siempre os he dicho que era un infiltrado».

Imagina, no obstante, que el anciano consigue tranquilizarlos a todos y que les lanza la siguiente pregunta: «¿Por qué en estos años no hemos conseguido que la torre caiga de nuestra parte?». Rumores, murmullos, susurros: «¡Porque no somos suficientes!», «porque no tiramos con bastante fuerza», «porque esos cobardes que viven dentro de la torre están empujando en la otra dirección».

Imagina que el viejo responde: «Por todas esas razones. ¡Efectivamente! Pero ¿cómo podríamos convencer a los que están dentro de la torre para que empujen hacia nuestro lado?». Rumores, murmullos, susurros, hasta que un joven se levanta al fondo de la sala y contesta: «Haciéndoles creer que la torre está cayendo hacia la parte contraria. Solo así todos ellos se pondrán a empujar hacia nuestro lado. Nosotros solo tendremos que hacer un pequeño esfuerzo. ¡Y encima nos lo agradecerán!».

Imagina que al anciano se le llenan los ojos de lágrimas. Que le pide al joven que se acerque a él y le dice: «Querido joven, ve hacia aquellos que están tirando en dirección opuesta y hazlos tan fuertes y decididos como sea necesario para que la torre se incline de su lado. Para que tiemble, pero no caiga, de modo que las personas que están en su interior acaben implorando la ayuda que nosotros estaremos dispuestos a brindarles. Ve como un lobo entre los lobos para convertirlos en corderos. Tu nombre para ellos será Neocle».

Imagina ahora que el anciano y todos los demás tienen un nombre. Los acontecimientos, un escenario preciso. Los caídos, una fecha. Todos ellos, digna sepultura.

Arcadipane levanta los ojos de los dos folios que acaba de leer.

—Pero ¿qué es esto?

—Un artículo publicado en marzo de 1982 en una revista que se llamaba *Torero* —explica Isa—. Alguien lo ha escaneado y me lo ha enviado hace un par de horas.

—*¿Torero?*

—Isa lo ha comprobado. Era una publicación de Bolonia, sobre música y cultura, que salía cada dos meses —detalla Bramard con los brazos apoyados en el tragaluz entreabierto—. Unos diez números entre 1981 y 1982. Después cerró. La sección en la que apareció este texto se llamaba *«Imagine»*. Utilizaba el título de la canción para proponer hipótesis que, de haberse formulado en un artículo propiamente dicho, habrían dado lugar a querellas. Los textos no

estaban firmados, pero con toda probabilidad los escribía Pietro Arru, el director.

—¿Y quién es ese?

—Un periodista que después colaboró con otras revistas. Ahora trabaja en políticas culturales europeas. Vive en Bolonia. Sigue escribiendo artículos de cuando en cuando para un periódico local.

Arcadipane vuelve a contemplar los folios impresos e invierte su orden.

—¿Y es él quien nos ha mandado este texto?

—No lo creo —opina Isa, que se rasca el pie descalzo—. El correo electrónico viene de una dirección encriptada. Es el mismo sistema que se utiliza para los virus o las estafas online. Lo único seguro es que el remitente está en el extranjero.

Arcadipane vuelve a cambiar el orden de los folios.

—¿Y qué coño significa este texto?

—¿Ahora o cuando se publicó? —pregunta Corso.

—Ahora.

—Es una ayuda. Alguien quiere ayudarnos a comprender lo que pasó. O darnos una pista falsa.

—¿Y en su momento?

—Una advertencia. Una amenaza. O una pista falsa.

Arcadipane coloca los folios sobre la mesa y empieza a caminar, con la mirada fija en el suelo de linóleo: el fuego, Petri, Fiore, el boxeo, las figuras altas y delgadas de Aimar y Bramard en aquel patio, el pacto, la reunión en la buhardilla, la irrupción de los agentes en ella, otra vez Fiore, los huesos, las obras, el fango, Maria Nicole, los *carabinieri* y la granja... Todo en apariencia revuelto, pero preciso y rítmico, como los signos en las manos de esos viejos que juegan a la morra. Trepet, desde la cama, observa, molesto, su deambular.

—¿Era muy extraño aquel Aimar? —pregunta Arcadipane.

Isa, sentada junto al perro, deja de masajearse los pies.

—¿En qué sentido? —inquiere a su vez Corso.

Arcadipane se detiene, extiende hacia arriba la mano derecha y la apoya en el otro tragaluz. Mira a Bramard.

—Un policía joven descubre al culpable de un delito, lo sigue, se hace amigo de él, lo acorrala, lo convence para que confiese y después...

—¿Me estás preguntando si me vi reflejado en Aimar? ¿Si aquello

me condicionó?

Arcadipane mueve la cabeza para indicar que no es eso lo que está intentando averiguar.

—Maria Nicole estaba desnuda —comenta— y alrededor de los demás esqueletos no había restos de ropa. Esto me lleva a pensar que también Aimar estaba desnudo tanto en el sótano de aquella granja como cuando le dispararon. Lo que te estoy preguntando es si se trataba de un tipo al que se le pudiera ocurrir una idea como esas que se te ocurren a ti.

—¿Como tragarse un botón?

Arcadipane se saca la mano izquierda del bolsillo, sosteniendo entre los dedos el cierre a presión con el que lleva varios minutos jugueteando a una distancia agradablemente cercana a sus huevos.

—¿Tú qué habrías hecho si estuvieses encerrado en una celda, desnudo, vigilado a todas horas y seguro de no salir vivo de allí?

Corso estudia el pequeño objeto cromado.

—Habría escondido una miguita en algún lugar para que alguien tal vez la encontrara y pudiera reconstruir el camino.

Arcadipane levanta la cabeza hacia el cuadrado de cielo color celeste pálido que hay al otro lado del tragaluz. Los vuelos rapidísimos de las últimas golondrinas parecen dibujar un mosaico que, con un poco de tiempo, sería posible descifrar.

49

De nuevo, Barriera di Milano, con sus bares chinos, sus *call centers*, sus panaderías árabes y sus locales de envío de dinero; de nuevo tres carriles rápidos entre concesionarios, compañías de seguros, Alcampo, rotondas y McDonald's. Después, el Zafira toma el paso elevado, alcanza las dos mil quinientas revoluciones y deja a sus espaldas las siluetas de los rascacielos con sus anuncios de bancos y cafeterías.

Arcadipane está sentado delante, junto a Bramard.

Isa, en el centro del asiento trasero, come un bocadillo de cerdo asado con mostaza, que ha comprado rápidamente en el bar de al lado de la ferretería. Trepet la observa desde la alfombrilla; solo aparta la mirada para seguir de cuando en cuando la trayectoria de alguna miga. Junto a él hay una bolsa de nailon con tres linternas, tres pares de guantes, unas tenazas, un destornillador y un par de pinzas, comprados en la ferretería de al lado del bar.

—¿Te acuerdas de Alfredino? —pregunta Arcadipane cuando el polígono industrial ya ha quedado muy atrás.

—El niño de Vermicino —asiente Corso—. Claro que me acuerdo de él.

—¿Quién es? —dice Isa, con la boca llena.

Arcadipane le da otro mordisco al bocadillo de atún y alcachofas que ella le ha comprado. Mastica con calma. El día es apenas un resplandor más allá de las montañas que se deslizan a su izquierda. Por el otro lado, la noche avanza y la luna, transparente, ya está sumergida en ella.

—Estoy yendo a una psicóloga —explica.

Corso se sacude con una mano los pantalones para quitarse las semillas de amapola que el bocadillo de *pancetta coppata* ha rociado un poco por todas partes. Ha ralentizado imperceptiblemente. Como para darse tiempo a encontrar una respuesta adecuada. Algo que esté a medio camino entre pasar de puntillas con un «todos necesitaríamos ir a un psicólogo» y hablar con más profundidad con un «¿y cómo te

va con ella?».

—Yo también hice terapia —reconoce Isa, sacándolo del aprieto—. Desde los quince hasta los dieciocho años.

Arcadipane se gira hacia Bramard, como si hubiese sido él quien ha hablado. Cervicales y espalda rígidas.

—¡No me digas!

—Pues sí —confirma Isa—. Asuntos Sociales. Pagaban la terapia. También las revisiones oftalmológicas, el dentista, los libros de texto. Lo pagaban todo ellos. También la ropa y los zapatos.

—¿Y cómo te fue?

Isa se mete en la boca el pico del bocadillo entero.

—La primera... —Mastica la bola—. Era una viejecita que dominaba el tema, pero después le dio un ictus y tuvo que retirarse. Los dos de después eran demasiado jóvenes. Al primero le pegué y al segundo me lo tiré. Pero después cumplí la mayoría de edad y dejaron de pagármelo todo.

En el coche quedan estancados unos segundos de silencio, rotos únicamente por el trabajo de la mandíbula de Isa. A continuación, Arcadipane sigue comiendo.

—¿Cuánta distancia hay entre la granja y la obra? —pregunta.

—En coche, tres o cuatro kilómetros —calcula Corso—, pero en línea recta yo diría que la mitad. A lo mejor hace treinta años había un camino agrícola que llevaba allí directamente. Si decidieron enterrarlos en esa zona, tiene que ser por algún motivo.

—Un camino agrícola. —Arcadipane asiente; después, le hinca el diente al bocadillo y examina la noche: ya se ha comido medio cielo—. Deberíamos parar en la obra ahora e intentar ir desde allí a pie.

Llegan a la granja cuando ya es noche cerrada.

El trayecto que han hecho desde la obra no se ha convertido en ningún momento en un camino agrícola, ni siquiera en un sendero. Solo campos, acequias y fango. Nada ni nadie, aparte de cinco moreras en línea, un templete y la antigua esclusa de ladrillo de un canal. En la esclusa, nada, y nada tampoco en las moreras; sin embargo, en el templete, que han inspeccionado palmo a palmo con ayuda de las linternas, encuentran las pintadas «Schock», «Ultras de la Juventus» y «Pamela y Leo», que clasifican con rapidez como posteriores y no pertinentes. Trepet ha seguido el ritmo y ha aprovechado las paradas para recobrar el aliento. El único momento

de dificultad ha llegado cuando han entrado en un campo roturado de una forma más basta.

—¿Podrá? —ha preguntado Corso al oír que los gruesos terrones estaban obligando al animal a levantar las patas.

Arcadipane se ha girado para iluminar el camino recorrido y ha visto como renqueaba unos veinte metros por detrás. En ese momento, Isa se ha separado del grupo para ir a recogerlo. Corso y Arcadipane no se han dado la vuelta para iluminar lo que ha ocurrido después. Al final de aquel terreno cultivado, Trepet ha vuelto a estar entre ellos, no sin mostrar algo de vergüenza con su único ojo dotado de luz.

Cuando llegan a la granja, suben por los desechos del muro que la rodea, justo en el punto en el que saben que está medio derruido. Las primeras luces corresponden a un grupo de unas pocas casas, muy lejanas. A continuación, las balizas rojas de señalización de la grúa de la obra. Y las que advierten de la presencia de las vías del tren. Al otro lado del terraplén, el halo de los faros sobre la autovía, pero nadie que pueda verlos.

En el patio, Isa encabeza el grupo en su camino hacia los establos. Abren la puerta que habían dejado cerrada y entran. Trepet, excitado por los antiguos olores animales, da vueltas y vueltas, con la cabeza pegada al suelo, olfateando entre los restos de paja. A veces alguno de los tres lo ilumina, atraído por sus olisqueos.

—¿Lo llevamos con nosotros abajo? —pregunta Isa cuando llegan a la trampilla.

—Puede sernos útil —opina Arcadipane, con la esperanza de que ninguno de los otros dos le plantee para qué.

Una vez levantada aquella tapa metálica, Corso desciende en primer lugar; después, Arcadipane y después Isa, con el perro bajo el brazo, como la bolsa de *pétanque* de un viejo marsellés que se encamina hacia su club.

Arcadipane ilumina las columnas y las paredes de cemento, que dan forma al espacio amplio y, sin embargo, opresivo en el que se encuentran.

—¡Vaya trabajazo! —comenta.

La primera zona que examinan es el salón grande. Buscan entre las camillas, las cadenas y el resto de los trastos oxidados. Analizan las paredes, en las que la humedad se ha convertido en un color. En ella, el frío ha dejado la marca de todo lo que se ve y de lo que no se ve.

—¿Por qué no vamos a las celdas? —propone Isa después de unos instantes.

Corso y Arcadipane continúan trabajando en silencio. Es algo que no necesitan decirse y que saben que es inútil explicar: buscas algo, quieres encontrarlo a toda costa, pero empiezas por donde sabes que difícilmente lo encontrarás. Eso te permite prolongar la sensación de estar cerca de la clave. Una especie de cosquilleo en los testículos. Cosas de viejos policías varones, sin impaciencia, frágiles y un tanto gilipollas. E Isa no es ninguna de esas cinco cosas. Excepto policía. Policía lo es hasta la médula.

Cuando han terminado con el salón, se reparten las celdas aleatoriamente. Isa sale después de haber acabado con la primera y se encuentra con que los otros dos solo han inspeccionado la mitad del suelo de las suyas. Entiende que ahora hay que ir en serio, vuelve a su celda y se adapta. Desde las vías férreas les llega el paso de un tren, algo a medio camino entre una vibración de las paredes y un soplo.

Corso piensa que tal vez para Aimar, Maria Nicole y los demás aquel sonido se convirtió en una manera de marcar las horas, de ser por un momento uno de los hombres o de las mujeres que iban a bordo de esos trenes. Jóvenes como ellos, que volvían al pueblo después de pasar el día en la universidad. Corso siente el dolor y el alivio que aquello pudo provocarles. Sabe que, en las otras celdas, Arcadipane e Isa se están imaginando en este instante algo parecido. Es el motivo por el que los tres están allí ahora. «Son la única familia de verdad que podré tener en mi vida», piensa. Después se avergüenza, vuelve a aquellas paredes de cemento en bruto, tan difíciles de arañar...

—Aquí —los llama Arcadipane.

Isa y Corso se acercan a su celda sin prisa. Lo encuentran arrodillado en el suelo, junto a una marca horizontal en la pared que tal vez ha dejado la base de un camastro. Observa un punto situado por debajo, casi a ras del suelo.

—Aquí —repite.

Corso aparta a Trepet para agacharse junto a Arcadipane. Isa, que se ha quedado de pie, dirige, también ella, la luz de la linterna hacia ese punto. En la pared, de una manera apenas visible, alguien ha trazado algunas letras. Arcadipane deposita la linterna en el suelo, se quita los guantes y se saca del bolsillo del chaquetón de piel de oveja

que le han regalado sus suegros un bolígrafo. Lo acerca al punto en el que la A forma su triángulo cerrado y rasca con delicadeza la pared.

Un trocito de aquello que parecía cemento se desprende y cae, dejando al descubierto una pequeña cavidad, de un tamaño no superior a una canica grande. Antes de extraer lo que contiene, Arcadipane recoge el trocito de pared que se ha desprendido y le da vueltas entre sus dedos, examinando los fragmentos que deja en la palma de su mano.

—Pan —concluye.

Corso coge el bolígrafo que Arcadipane ha depositado en el suelo y lo introduce un par de centímetros en el agujero. Cuando lo saca, en su punta aparece enganchado un botón similar al que Arcadipane tiene en el bolsillo, pero ya medio consumido.

—Coño —dice Isa, a modo de mera constatación.

Corso toma con los dedos el pequeño objeto metálico. Está seco, no muy frío, afilado. Mientras lo sostiene como también debió de hacerlo Aimar advierte la vida que hay en él. La carga de esperanza, rabia y venganza que encierran sus pocos gramos de aleación.

Lo frota contra la pared, por encima del punto en el que se encuentra escrita la palabra, y en el cemento se dibuja una línea que tiene exactamente el mismo color, grosor y consistencia que las letras. Ahora el botón y la palabra se parecen como un padre y una hija.

—Pero ¿qué coño quiere decir «Benjamin»? —pregunta Isa.

Arcadipane se limpia las manos, coge la linterna y los guantes y se pone de pie.

—Si yo no lo sé y tú tampoco, la miguita, como es obvio, era para Bramard.

Isa mira a Corso, aún inclinado sobre la palabra.

—¿Entonces? ¿Qué significa?

Corso apaga la linterna, como si la tumba pudiese volver a cerrarse ya. Lo que había que ver ya se ha visto; lo que había que encontrar ya se ha encontrado.

—No lo sé —admite—. Pero mañana tú y yo nos vamos a Bolonia, mientras que...

—... el gilipollas del comisario —completa Arcadipane— consigue el registro de actividad de cierto teléfono y comprueba las llamadas entrantes y salientes desde el viernes por la tarde.

50

Isa y Corso observan la grieta de la pared cicatrizada por el cristal, la lápida con los ochenta y cinco nombres y el cuadrado del antiguo pavimento, acordonado como una reliquia, en el que sobresale la mancha gris de la explosión. Acaban de bajarse de uno de los trenes de alta velocidad que llegan y se van por vías subterráneas situadas bajo la estación. En las piernas, todavía las vibraciones del viaje que dos rampas de escaleras mecánicas y unos cuantos pasos en el vestíbulo aún no han logrado disolver.

Isa está leyendo los nombres. Corso piensa que se estará preguntando cuántos de aquellos hombres eran padres y si sus hijos habrán conseguido mejores respuestas que ella. Pero no importa, porque ninguno de los dos tiene intención de decir nada. Isa es la primera que pone rumbo a la salida. Corso termina de elaborar su pensamiento, por no dejarlo incompleto, y la sigue.

La cita es en un pequeño pasaje al que llegan en cinco minutos. Pietro Arru los está esperando delante de la librería, sentado en uno de los bancos. Lee el periódico. Está en esa zona incierta entre los sesenta y los setenta años, pero en medio de las canas aún tiene algunos cabellos castaños. La primera mirada y el primer saludo son para Isa, que, o bien le resulta divertida, o bien le recuerda a alguien. Ella le corresponde con la soltura de un perro que está aprendiendo a dar la patita.

—Habéis hecho bien en venir —observa Arru—. Es un asunto difícil de explicar por teléfono. ¿Puedo invitaros a un café?

Se sientan en una mesa del bar del pasaje, una estructura moderna con demasiado hierro pintado de verde.

—Bueno —dice el hombre—, ¿por dónde empezamos?

Por lo que sabe Corso, podría tratarse de uno de esos tipos que están deseando descorchar los recuerdos de su juventud. Ha conocido a muchos así, en el trabajo y fuera de él: la nostalgia de cómo eran por aquel entonces, de cómo iban las cosas, de cómo esperaban

cambiarlas, de aquello que tenían y que no tenían. Al final, todo puede resumirse en una idea: echas de menos la época en la que cualquier cosa que te pusieras encima te sentaba bien, algo que tiene muy poco que ver con Corso, porque ya era viejo de joven, y los pantalones que utilizaba entonces le siguen sirviendo hoy en día. Además, Isa y él tienen el tren de vuelta dentro de menos de dos horas.

—Nos interesa saber cómo se le ocurrió la idea de escribir aquel artículo. De dónde la sacó.

Pietro Arru tiene la piel gris de esas personas que pasan mucho tiempo en casa, pero sus ojos son vivaces.

—¿Podemos tutearnos? —pregunta.

—Sí, podemos.

—Muy bien. Creamos la revista en 1981, entre un grupo de amigos: uno era un apasionado de la música; otro, del cine; otro, de los libros... La redacción estaba en mi casa y la imprenta, en la esquina. Del primer número vendimos cincuenta ejemplares, entre amigos y familiares. Más tarde, sobre todo gracias a *«Imagine»*, la iniciativa fue un poco más en serio.

—¿La sección era suya?

—Sí. Al principio los otros aceptaron incluirla para contentarme, pero después del número en el que hablé del avión estrellado en Ustica, si no me equivoco, me convertí en la primera persona que propuso la hipótesis del caza libio MIG, y la gente empezó a seguirnos, a escribirnos, y las ventas se multiplicaron primero por dos y después por tres. Incluso varias revistas nacionales se pusieron en contacto conmigo, pero yo había empezado con aquel grupo y tenía la esperanza de que *Torero* creciera con nosotros.

La camarera deja sobre la mesa los tres cafés y la berlinesa de Isa.

—¿Aquí se puede? —le consulta Corso, mostrándole la cajetilla.

—Nunca he entendido dónde está el problema —responde ella, mirando hacia arriba, hacia las ventanas abiertas—. Yo en los descansos fumo. Además, el municipal de esta zona va siempre hasta arriba de heroína, así que...

Corso la observa mientras se aleja. Enciende el cigarrillo y deja la cajetilla sobre la mesa.

—Yo también fumaba esta marca, pero hace diez años tuve que dejarlo —recuerda Arru—. ¿Todavía se puede encontrar?

—No en todas partes. ¿Entonces? ¿De dónde sacaste la historia de la torre, los corderos y el nombre de Neocle?

Arru bebe un sorbo agarrando la taza sin tocar el asa, como si fuese un vaso.

—En 1982 yo daba clases en un instituto. Una mañana de febrero me avisaron desde secretaría de que tenía una llamada telefónica. Fui a responder. Era un hombre que no dijo su nombre, pero me explicó que pensaba que yo era la persona adecuada para una historia que quería dar a conocer. Le dejé claro que nosotros no publicábamos lo primero que alguien nos contase por teléfono. Él me respondió que lo comprendía, pero añadió que en este caso teníamos que hacer una excepción. Me pareció frío, decidido, muy lúcido. Me propuso reunirnos al día siguiente en una sala de cine que yo conocía, en la sesión de la tarde. Según me dijo, tenía que sentarme en la penúltima fila, con una linterna y un cuaderno. ¿Puedo coger uno?

Corso le acerca la cajetilla. Arru hace saltar de ella el cigarrillo con un gesto desenvuelto. Corso le da fuego.

—Al día siguiente llegó y se sentó detrás de mí. Me dijo que encendiera la linterna, que anotase lo que me iba a decir y que bajo ningún concepto me diese la vuelta para mirarlo.

—¿Y no lo miraste? —quiere saber Isa, con los labios cubiertos del azúcar de la berlinesa.

—Las maneras de aquel hombre eran más bien convincentes. Se veía a la legua que era una persona acostumbrada a moverse en un entorno de secretismo, tal vez incluso de clandestinidad. Y si estaba fingiendo, fingía de maravilla. Yo, desde luego, le creí.

—¿Te dijo algo que después no incluyeras en el artículo?

—No, aunque la historia que me contó estaba llena de lagunas y no había forma de cotejar nombres, fechas ni personajes. Se lo advertí, porque necesitaba saber por lo menos si la información que me estaba dando era de primera o de segunda mano. Me respondió que si publicaba aquella columna nos reuniríamos más veces y me pasaría documentación. Le hice ver que estaba hablando de un caso en el que estaban implicadas figuras muy importantes. Entonces me habló de un campo de entrenamiento palestino donde algunos de los «lobos» habían pasado cuatro meses. Me dijo que podía comprobar su existencia porque eso estaba «dentro del margen de mis posibilidades». En los días siguientes llamé a varios contactos que

tenía en los tribunales. Me confirmaron que varios miembros de las Brigadas Rojas y de Lotta Continua a los que se había interrogado a finales de los años setenta hablaban de aquel campo. También en Alemania varios componentes de la Fracción del Ejército Rojo lo habían utilizado. Tal vez incluso Carlos el Chacal, pero aquello nunca se hizo público. Era información clasificada. Eso sirvió para convencerme de que Neocle (así era como, según me dijo al final de aquel encuentro, debía llamarlo) era una fuente creíble y de que merecía la pena correr aquel riesgo.

Pietro Arru observa a Isa, que se está encendiendo un cigarrillo.

—También mi hija pasó por la fase *dark* cuando tenía veinte años. Ahora es profesora y tiene dos niños. Cuando vemos las fotos antiguas...

—No tengo veinte años y no soy *dark* —lo frena Isa, que después se limpia los labios manchados de crema y da una calada—. ¿Entonces no llegó a verle la cara?

Arru la mira sin animadversión, como si aquello encajase en el campo minado de un afecto que él conoce.

—No. Antes de irse, me pidió que el artículo saliera en marzo y dio su consentimiento para que su nombre, Neocle, apareciese, pero no como fuente. Le pregunté cómo podría ponerme en contacto con él en el futuro, pero insistió en que, cuando se publicase el texto, encontraría la manera de hacerme llegar documentación. Nunca volví a saber de él.

Corso apaga el Gitanes en el cenicero. Observa al hombre mientras se fuma el suyo, sin prisas.

—¿Reacciones?

Arru niega con la cabeza.

—Ni apoyos ni querellas. Tal vez el público tomó el artículo como un ejercicio de fantasía, como una provocación. El caso es que nadie se indignó, me criticó o me acusó de hacer un mal periodismo. Sencillamente, todo cayó en saco roto. Por otra parte, el ambiente estaba cambiando: habíamos ganado el Mundial y la gente ya no tenía ganas de complots, tramas ocultas y otras investigaciones que nunca conducían a nada. En cierto modo, todos estaban dispuestos a dar por sentado que había cloacas. Que eran parte del juego. Un mal necesario de este país. Tres números después, la revista cerró. También nosotros queríamos algo más estable, seguro y mejor pagado. Yo empecé por

marcharme a un periódico de gran tirada.

—¿Tiene idea de quién puede habernos mandado este artículo? —pregunta Corso.

—Me parece que de aquel número se vendieron unos dos mil quinientos ejemplares. Debe de ser alguna de las personas que lo compraron sabiendo que iba a salir aquel artículo y que lo ha conservado durante todos estos años.

—¿Neocle?

—Puede ser, pero ¿cómo podemos saberlo? Además, ¿a quién le importa? Ahora escribo en un periódico local que vende diez veces más de lo que vendía *Torero*. ¿Sabéis qué le interesa a la gente hoy? El vecino al que han pillado con la prostituta, el restaurante precintado porque en él se han encontrado excrementos de ratón, las patrullas vecinales... De la política, de las cloacas de verdad, todo el mundo pasa olímpicamente.

—Pues déjalo y vete al cine, ¿no? —observa Isa—. ¿Por qué sigues escribiendo esas cosas, entonces?

Arru disfruta de las últimas caladas del cigarrillo. Después lo apaga, contemplando su filtro con melancolía.

—Me divierte. —Sonríe—. Y cuando todo se va al garete, no queda mucho más que hacer. ¿Sabéis qué me ha encargado la redacción justo antes de venir aquí? Un reportaje sobre unas funerarias que pagan a los cuidadores para que los llamen cuando les llega la hora a quienes cuidan y de unos cuidadores que ofrecen servicios sexuales a los enfermeros del hospital a cambio de que los recomienden a los enfermos. ¿Para qué voy a ir al cine?

51

Desde hace media hora, Arcadipane tiene la cabeza apoyada en los brazos, cruzados sobre el escritorio. Intenta dormir. Confiaba en que la noche iría mejor que las anteriores, pero a las dos de la madrugada estaba ya mirando fijo al techo, escuchando los rumores intestinales de Trepet y respirando el olor de amigos y familiares, muchos de ellos ya difuntos, que durante años posaron sus codos en el sillón cama. Estuvo así hasta que, con la primera luz del alba, se resignó y se levantó, se lavó, se vistió sin despertar a nadie y salió a pasear junto al río Dora, a la espera de que algún bar subiese la persiana para tomarse el primer café asqueroso del día. Y cuando uno piensa en el concepto de «asqueroso», no se imagina...

Llaman a la puerta.

—Adelante —responde mientras se pasa las manos por las mejillas para disimular las arrugas que le han dejado en ellas las mangas.

Pedrelli entra con su traje desteñido, sus zapatos de gamuza y su habitual cabeza en forma de cerilla bien peinada. Pálido, insalubre y de buen humor, como siempre. Pero de repente, al mirar hacia la mesa, muestra contrición.

—¿Qué ha pasado, comisario? ¿Ha dormido aquí?

—Ocúpate de tus putos asuntos, Pedrelli. ¿Qué pasa?

—Sí, comisario, hemos comprobado el registro de llamadas...

Suena el móvil que Arcadipane ha arrojado sobre el escritorio, en medio de los demás objetos que constituyen su trabajo, su vida y su consecuente desorden.

Arcadipane silencia el teléfono y rechaza la llamada.

—Continuemos —ordena.

Pedrelli da un paso hacia el escritorio, pero el móvil vuelve a sonar. Arcadipane se levanta, se lo lleva consigo a la ventana y le da la espalda a Pedrelli.

—¿Por qué sigue llamando? Si no contesto es porque no quiero

contestar.

—Bueno, a lo mejor solo estaba pegándole una paliza a alguien, evitando un robo o extorsionando a los negocios de su zona. ¿Cómo está?

—¡Soy yo quien debería preguntárselo! ¿Qué le pasa a usted? ¿Está enferma? ¿La están tratando, por lo menos?

—Ya hablaremos de eso más adelante. Entretanto, dígame si ha funcionado.

—¿Qué?

—Por arriba o por abajo, ¿hay algo que se le haya vuelto a poner en movimiento?

—¡Usted está fatal de la cabeza!

—También hablaremos de esto más adelante. Lo dejo entonces, no me llame, tengo muchas cosas que hacer. Ya le daré yo señales de vida cuando las previsiones para el día siguiente sean buenas y así le confirmo a qué hora me pasaré a recogerlo.

—No pienso ir a ninguna parte con usted.

—Claro que vendrá. Entre otras cosas, porque me debe cien euros. Fue usted quien decidió ayer marcharse a los diez minutos. Pero la sesión se paga, de todas formas. Es lo primero que te enseñan en Psicología.

—¡Usted no es una psicóloga! ¡Usted es una...! ¡Un problema! ¡No quiero volver a oírla! ¡No me llame! No...

—Disfrute de lo que ha vuelto a ponerse en movimiento, pero con moderación. Recuerde que necesita un rodaje.

La mujer cuelga. Arcadipane se queda unos instantes con la oreja pegada al teléfono. Los dientes le rechinan. Sabe que Pedrelli lo está observando.

—¿Y bien? ¿Qué hay de esos registros de llamadas?

—Claro que sí, comisario, aquí los tiene. Sin embargo, si me lo permite... Hay momentos en los que... es comprensible. Pero... tiene usted una familia tan bonita...

—¿Pedrelli?

—¿Sí, comisario?

—No me toques los cojones.

52

—¿Estáis todavía en el tren?

—Estamos todavía en el tren.

—Tengo los registros de llamadas de Marco Delapolla Bo o como se llame.

—Marco Arturo Bo.

—Ese. El viernes, en cuanto terminó de hablar con vosotros, llamó desde el teléfono fijo de su casa a otro teléfono fijo en España.

—¿De quién es?

—La fenómena esta anda por ahí contigo, ¿no? Pues que lo averigüe ella.

Corso le toca la rodilla a Isa, que lleva una hora durmiendo en el asiento de enfrente. Ella abre los ojos muy despacio.

—¿Eh?

—Tienes que comprobar un número de teléfono.

Con el entusiasmo de una niña a la que han despertado para que vaya al colegio, Isa levanta los pies, que tiene apoyados en el asiento de al lado de Corso. Después de la primera llamada de atención del revisor, se quitó las botas militares y dejó a la vista sus calcetines de rayas. Las rayas de uno y otro calcetín, sin embargo, no son del mismo color y tampoco son del mismo grosor.

Isa coge la mochila negra, saca de ella el ordenador, cruza las piernas y se lo coloca encima. En un par de segundos, su cara aceitunada adquiere un toque azul por el reflejo de la pantalla. En el vagón asoman unas cuantas cabezas aisladas. Un hombre de unos cincuenta años ocupa uno de los cuatro puestos de al lado, separado del de ellos por el pasillo. Lleva unas gafas redondas, una chaqueta y un pequeño lazo al cuello.

—Díctame —indica Isa.

—Dime —pide Corso a Arcadipane.

—0034 es el prefijo. Después...

—0034. Después...

—97 23 90 18.

—97 23 90 18.

Isa teclea veloz, aunque no velocísima, y espera.

—¿Cómo os ha ido con el periodista?

—Algunas piezas interesantes. Ya veremos si encajan.

—Es del norte de España —informa Isa—. En la frontera con Francia. A doscientos kilómetros de Barcelona.

Corso cubre el teléfono con la mano.

—¿Portbou?

—¿Cómo lo sabes?

En la frente de Corso se forma una arruga que Isa no conoce lo suficiente como para poder descifrarla.

—¿A nombre de quién está ese número?

Isa vuelve a teclear.

—De Nini Nuvolari —responde con una leve sonrisa.

Corso levanta la mano con la que estaba cubriendo el móvil.

—Aquí estoy —dice.

—¿Qué ha pasado? ¿Un túnel?

—No. Tenemos que ir a España.

—¿Adónde tenemos que ir?

—A España. A Portbou.

—¿Y dónde coño está eso?

—Después te lo explico. ¿Cuándo puedes salir para allá?

—Pero ¿cómo vamos?

—En coche.

—¡Pero tú estás fatal de la cabeza! ¿A cuánto está de aquí?

—Más o menos igual que Calabria.

Silencio.

—Vale, podemos salir esta noche. Antes tengo que resolver unos asuntos. Pero ya no me fío de mi coche para los viajes largos.

—Vamos en el mío.

—Mejor, así estaremos más cómodos los cuatro.

—No.

—¿No estaremos cómodos?

—Dos.

—¿Isa no viene?

—No.

—¿Por qué no? ¿Y Trepet?

—Ya lo hablamos más tarde. Aquí el teléfono no va bien.

Corso cuelga.

—¡Localizado! —exclama Isa mientras se rasca la barriga, estirando la camiseta sin mangas que lleva puesta—. Walter Benjamin, Berlín, 15 de julio de 1892, fue un filósofo, escritor, crítico literario y traductor alemán. Pensador ecléctico, analizó...

Mientras Isa lee, el tipo que se sienta al lado busca el mejor ángulo posible para asomarse por la rendija que se ha abierto bajo la axila de su camiseta.

—... Tras una huida rocambolesca, cuando ya se encontraba a un paso de la libertad, se suicidó en la localidad catalana de Portbou en la madrugada del 26 de septiembre de 1940. ¿Por qué yo no?

—¿Por qué tú no qué?

—¿Por qué yo no voy con vosotros?

—El hermano la ha avisado de que la estamos buscando, así que es posible que vuelvan a hablar. Si ella o su hermano se desplazan para reunirse, tendrás que seguirlo. Además, hay que comprobar los cambios de titularidad de la granja Isonzo. Y Pietro Arru: había miles de periodistas, quiero saber por qué lo contactó justo a él.

Isa mira por la ventanilla. Ya casi están en Turín.

—Entonces Nini Nuvolari es Maria Nicole Bo. La hemos encontrado.

—No lo sé.

Isa se gira de repente hacia el hombre que está sentado a su lado y, con un dedo, se baja la abertura de la camiseta para que pueda ver con comodidad eso que desde hace un buen rato está intentando vislumbrar con tanto esfuerzo.

El hombre gira rápidamente la cabeza para mirar hacia delante.

—Sí que lo sabes —objeta Isa, olvidándose de la camiseta y cerrando los ojos para dormir—. Lo que pasa es que queréis un viaje solo de hombres.

53

Arcadipane desliza la mano bajo las sábanas y comprueba.

Nada del otro mundo, pero al menos tampoco es la sémola de siempre.

Retira la mano, cruza los brazos bajo la nuca y se queda mirando unos diez minutos la lámpara de lágrimas de cristal, regalo de bodas de los tíos del sur. Cuando se la trajeron no le gustó; después, le gustó; después, una vez más, no le gustó, y ahora siente por este objeto aquello que se siente por un quiste sebáceo que llevas encima desde hace un tiempo: lo notas solo algunas veces, y en esas ocasiones piensas que deberías quitártelo, pero nunca te decides a hacerlo porque tampoco te molesta tanto. Se pregunta si Mariangela no pensará lo mismo de él.

Se sienta y la malla electrosoldada cede bajo el peso acumulado de busto y trasero. La idea de dormir al menos un par de horas antes de marcharse no era mala, pero... Se levanta entre crujidos, se va al baño, se asea y se afeita con calma, y después vuelve al salón, se viste, quita las sábanas y las mantas y vuelve a cerrar el sillón.

—¡Trepet!

El perro se da la vuelta en su cesta de tela.

—Nos vamos al trabajo.

Trepet lo sigue con la mirada mientras saca del armario las croquetas y le sirve unas cuantas en un cuenco. Perezosamente, el perro se levanta, olfatea. Es de poco comer. Tal vez por la edad. Arcadipane sale del salón, atraviesa el pasillo y abre despacio la puerta de Loredana.

La luz de las farolas atraviesa las cortinas de flores grandes, iluminando la habitación de una adolescente testaruda, disciplinada y misteriosa que duerme con las mantas sobre la cabeza. Una chica de quince años que se ha dado cuenta de que las guapas de verdad son las de ocho para arriba, mientras que ella es un seis. Un seis y medio, cuando se arregla. Un siete en verano, cuando se broncea y el mar le

pone prietas las carnes.

No es la voluble percepción de una adolescente, sino el pensamiento de una mujer tan realista y sensata como su madre. Consciente de que podría ser mejor, pero también peor.

Arcadipane contempla su silueta aún aniñada bajo la manta.

Se sienta en la cama y le apoya una mano en el hombro, buscando a través de las sábanas el calor de ese cuerpo que ha tenido en sus brazos, en sus hombros, en su espalda: un calor que ahora ese cuerpo se prepara para entregar a otra persona, para dispersarlo o para hacer con él lo que mejor le parezca.

—¡Loredana!

Ella se gira de golpe, como si ya estuviese despierta.

—¿Qué hora es?

Tiene el pelo hacia atrás, algo que jamás ocurre durante el día. La frente alta y pálida, los ojos, negrísimos, que lo salvan todo.

—Es temprano —la calma Arcadipane—. Estate tranquila. Tengo que pedirte un favor.

Ella sigue la dirección de la mirada de él hasta llegar al ovillo oscuro que está parado en el centro de la alfombra.

—Voy a estar fuera dos días. Necesito que cuides a Trepet.

Ella vuelve a apoyar la cabeza en la almohada.

—¿Por qué yo? —pregunta.

—Mamá está enfadada conmigo y Giovanni... Ya sabes cómo es Giovanni.

—Yo también estoy enfadada contigo.

—Lo sé, pero él no tiene la culpa. Lo único que necesita es comer, hacer pipí y estar cerca de alguien.

—Yo también.

—Lo sé.

Loredana se apoya sobre sus codos, mira más detenidamente a Trepet. La luz le cae sobre el mechón blanco de la frente y lo convierte en un pequeño payaso que no ha terminado de desmaquillarse.

—¿Y si me muerde?

—¡Ven aquí, Trepet! —Arcadipane llama al perro, también entre susurros—. Enséñale a Loredana que no muerdes.

Trepet lo mira sin moverse ni un milímetro.

—Bueno, de todas formas no te va a morder —añade Arcadipane—. Y por la noche tiene su cesta en el salón, lo encierras allí.

Loredana mueve un poco la cabeza sobre la almohada. Mira el techo, en el que el despertador proyecta la hora roja de cuarzo: casi la una.

—Vale, pero ahora déjame dormir. Si no, mañana...

Arcadipane la mira sin saber muy bien qué decir; después extiende una mano y se la coloca en la cara. Podría ser el principio de una caricia o de un juego. Sin embargo, la deja, quieta, allí donde la ha apoyado: pesada, perfumada por la espuma de afeitar, áspera. La chica no se mueve, no habla, pero él siente cómo adapta imperceptiblemente la postura de sus labios, su nariz, las cuencas de sus ojos al mapa de aquella mano.

Permanecen así unos minutos; después Arcadipane se levanta.

—Tú ahora te quedas aquí —le indica a Trepet.

Sale al pasillo y se dirige hacia la puerta de su dormitorio. Antes de entrar se gira, esperando ver a Trepet asomándose por la puerta del cuarto de Loredana. Pero no es así.

Mariangela duerme. Nunca ha tenido problemas para dormir hasta tarde por las mañanas. A veces, en cambio, le cuesta dormirse por la noche. En el caso de él, sin embargo, siempre ha sido al contrario.

Camina alrededor de la cama y se coloca en un sitio que le permite mirarla desde cerca. Su rostro lejano, su piel un poco brillante por la grasa de la noche, sus pechos bajo el camisón que la gravedad hace caer contra el colchón. No sabe decir si es hermosa. Es como si alguien te pregunta si te parece hermoso tu estómago, tu hígado. Un estómago o un hígado no son ni hermosos ni feos; simplemente, están o no están, dan problemas o funcionan bien. Ella está. Funciona bien. Y por eso él está vivo. Ni siquiera necesita ponerle la mano sobre la cara para descubrir todo esto. Lo ha hecho tantas veces ya que es su mano la que se ha convertido en el calco de aquella cara. Y no viceversa.

Mientras recorre el pasillo en dirección a la cocina, se da cuenta de que Trepet ya no está en la alfombra de Loredana. Entra, lo busca bajo la mesa, en el armario, en la cesta de la ropa sucia, hasta que distingue sus ojos redondos y desproporcionados entre los pliegues de la manta. Se acerca. El perro baja el hocico, acurrucándose aún más en la bahía que las rodillas de Loredana han formado durante el sueño.

Arcadipane compara la altura de la cama con las patas cortas y rechonchas del perro y sonríe, porque él jamás habría conseguido subirse solo.

En la cocina pone la cafetera italiana sobre el fuego y, mientras espera a que el café suba, llena dos páginas de un bloc de notas con una caligrafía rápida y emborronada.

Cuando ha terminado, se bebe el café, arranca las páginas y busca un sobre; solo encuentra el del recordatorio de defunción de una vieja tía. Lo vacía, mete los folios doblados en cuatro y lo deja sobre la máquina de café de cebada, después de haber escrito en él lo siguiente: «Para Mariangela. Abstenerse los demás».

54

Reconoce el coche incluso bajo el estruendo que cae justo entonces sobre el aparcamiento del restaurante de carretera. También Corso lo reconoce: los faros del Alfa 33 tienen una forma y un color que hace ya tiempo que se jubilaron.

Arcadipane se detiene en el rectángulo que dibujan las rayas blancas justo al lado del Zafira. Se baja con calma y, como si el agua no se le estuviese colando por el cuello de la camisa, camina alrededor del coche, comprueba que todas las puertas están bien cerradas, saca la bolsa de viaje del maletero y entra.

Antes de decir nada, lanza la bolsa al asiento trasero, junto a una silueta parecida que a primera vista le resulta familiar, aunque después no le da más vueltas al tema. A continuación, se quita el chaquetón empapado y le asigna el mismo destino.

—Calefacción tienes, ¿no? —pregunta, acercando la palma de la mano a la rejilla.

—Sí, pero solo la suelo encender cuando están los niños.

—Entonces vamos a hacer como si estuvieran, ¿eh? ¿Tú has comido?

—Un bocadillo; he cogido uno para ti. —Y le señala un paquete flacucho sobre la guantera—. ¿Tendrás suficiente?

—Podrías haber traído también un par de galletas... ¿Por qué no viene Isa?

Corso mete la marcha atrás y sale del aparcamiento.

—Ahora duérmete —propone mientras pasa entre los surtidores —. He puesto el despertador a las cuatro y media para el relevo. Después tendremos cuatro horas de carretera para hablar.

—¿Se puede fumar, por lo menos?

—No, cómete el bocadillo y duérmete.

Arcadipane se queda dormido antes de llegar a Susa. Corso conduce sin superar los ciento veinte kilómetros por la lluvia, que sigue cayendo, intensa y diagonal. La autovía sube sin mostrarlo; a los

lados desfilan pintadas y signos de NO TAV, el movimiento contra la línea de alta velocidad Lyon-Turín. Y otros signos similares y contrarios a la presencia de las fuerzas del orden.

Cerca de la frontera, enciende la radio y ajusta su volumen al mínimo. En la quinta emisora suena Gould, afanado en las *Suites inglesas*. Corso se lo imagina replegado sobre el piano como si estuviera en una tumbona, mirándose el ombligo, los testículos, las entrañas. Si hubiese sabido entonces lo que sabe ahora de música clásica, de pesca, de ajedrez y de sí mismo, tal vez Stefano seguiría vivo, piensa, ellos estarían en casa, y también Isa...

Después de cuatro horas, durante las cuales Arcadipane ha roncado en tres tonos diferentes, ha cambiado de posición un par de veces y ha farfullado algo en sueños, suena el despertador del móvil.

Corso conduce unos diez kilómetros más hasta que ve el cartel de un restaurante de carretera y sale de la autovía de dos carriles. Desde hace un rato, la emisora es francesa: Brassens, Brel, la Vartan, Hallyday y un par de canciones de la Hardy que le han provocado el habitual tumulto interior. Canciones ñoñas y llenas de nostalgia, pero los franceses se las pueden permitir. Y él está en Francia. Así que también se las puede permitir.

Aparca en la parte trasera del edificio, en una zona oscura que no despierta a Arcadipane. Cuando baja, deja encendidos el motor y la radio, y entra en el edificio. Bebe un café americano, come una barrita de muesli y va al baño. Una vez fuera de los servicios, pide un café doble para llevar y una botella de agua, paga y regresa al coche.

Al subir, da un portazo. Arcadipane se despierta.

—Puedes ir al baño y comer algo, yo ya lo he hecho. De todas formas, aquí tienes un café doble para el viaje.

Arcadipane se baja del vehículo: más allá de la verja, las chapas de algunos contenedores, los depósitos, una refinería y los concesionarios bien iluminados de una pequeña ciudad sin pretensiones. Más lejos, elevado sobre la colina, el núcleo histórico en el que comenzó todo. Las ruinas de un castillo alumbradas con luz blanca.

Llega al arriate y, con unos pasos entumecidos, entra en la caseta prefabricada donde se atiende a los viajeros.

Vuelve diez minutos después, empleados casi íntegramente en calentar un perrito caliente en una plancha que al principio estaba

fría. Corso ya ha reclinado el asiento del copiloto y ha cerrado los ojos. Sobre el salpicadero hay un navegador que antes no estaba allí.

—¿Desde cuándo tienes un navegador?

—Desde que viajamos a Rumanía y tiene que conducir Elena —responde Corso sin abrir los ojos.

—Conduce mal, ¿eh?

—Conduce de maravilla, pero no tiene sentido de la orientación. Una vez me despertó en Rímini.

—Pedrelli es todo lo contrario. Yo le metería fuego al Peugeot ese que sigue usando.

—Tiene otras virtudes.

—Ya, la enciclopedia del perro.

En cuanto se incorpora a la autovía, Arcadipane verifica el pequeño icono del coche en el navegador. Comprueba las horas y los kilómetros que faltan para llegar. «¡Joder!», piensa, pero no pasa de ahí. Ni siquiera un pensamiento para las gominolas de regaliz.

Busca algo en la radio que le toque menos los cojones: las canciones francesas siempre le han parecido pajas eternas sin cambios de mano o de velocidad. Al final la apaga, porque el informativo es peor. Mira a Corso, que le da la espalda a medias, con la cabeza apoyada en la puerta, los ojos cerrados.

—¿Isa qué es? ¿Un pastor alemán?

—No.

—¿Entonces?

—Un crestado rodesiano.

—No he oído en mi vida ese nombre. Por cierto, ¿puedo saber ya por qué no nos la hemos traído?

Corso se acomoda mejor en su asiento.

—Bébete el café y déjame dormir. Mañana por la mañana será mejor que estemos con la cabeza despejada.

55

Corso abre los ojos bajo el sol cegador que atraviesa la ventanilla. Al otro lado del cristal, una serie de colinas cubiertas de vegetación salvaje e irregular descienden con suavidad hasta el mar. El agua es azul, como siempre que se la mira desde las alturas. La playa, de guijarros, está quizá a un par de kilómetros.

—¿Hace mucho que hemos llegado?

—Un poco, pero por las mañanas me gusta verte dormir —dice Arcadipane, que está bebiendo café en un pequeño vaso—. Aquí tienes el tuyo. Este es un pueblo de mala muerte, tiene dos bares y solo hablan español, así que no vayas a tocarles los cojones pidiéndoles un americano. Demasiado que estamos bebiendo un café. ¿Tú sabes que cuando estás dormido te tiras pedos? Pero no de vez en cuando, no: un verdadero concierto.

Corso empieza a levantar el asiento maniobrando la ruedecilla.

—Elena me lo habría dicho.

—A lo mejor no quiere avergonzarte.

—Me lo habría dicho. ¿Dónde está la casa?

Arcadipane señala un grupo de viviendas situadas unos cien metros más allá, todas blancas, todas construidas en los últimos cincuenta años. Un barrio en el que la carretera, estrecha, se hunde sin dar la impresión de que, en realidad, sigue subiendo.

—El navegador dice que está ahí en medio, pero no he querido arriesgarme.

Corso se bebe el café a pequeños sorbos.

—Aparca en ese ensanche. Vamos a pie.

El aire de fuera aún es frío y vacilante, pero ya plenamente matutino. Cuando Corso apoya la mano en el techo del Zafira, siente que el sol ha empezado a calentar las cosas, incluso aquellas que no ha visto nunca antes, como este vehículo, como ellos mismos. Contempla Portbou allí abajo, achatado, a un lado de la playa. Contempla la desproporción entre el volumen de las casas construidas para mil

quinientas almas y la enorme galería de la estación en la que se adentran decenas de vías de tren. Hay otras vías que, en cuanto salen del túnel que perfora la colina, cambian de dirección hacia el norte: las anomalías de los lugares fronterizos.

Con los ojos, antes que con el pensamiento, busca el camposanto en el que acaba el pueblo. Sobre el acantilado divisa el monumento herrumbroso que solo ha visto en fotografías.

—Voy a lavarme un poco —anuncia.

Coge la bolsa del asiento trasero. Siente que Arcadipane la observa, la sopesa, pero él no dice nada y el comisario no le hace preguntas. La abre y saca de ella una pequeña bolsa de aseo. Con el agua que queda en la botella se lava la cara, después los dientes, se frota el cuello con los dedos mojados y se los pasa por el pelo. Después se seca con el viejo pañuelo que utilizaba cuando iba a la montaña.

—¿Quieres? —le enseña a Arcadipane el resto del agua que hay en la botella.

—No me he traído el bañador.

Ponen rumbo a la callejuela. Corso lleva consigo la bolsa; Arcadipane fuma. El barrio no parece turístico: las puertas están cerradas; las persianas, bajadas; los tendederos, solitarios, como ocurre en los pueblos costeros durante el mes de octubre.

—¡Qué estupendo recibimiento!

Por fin, una anciana baja por el callejón, les dice «buenos días», en español, y continúa su camino. En una ventana, un hombre riega las macetas; aparece un coche, una especie de furgoneta con palabras escritas en las puertas. Sus dos ocupantes, que, evidentemente, van a trabajar, los miran tomando nota de la novedad de su presencia, pero sin exagerar: de cuando en cuando algún que otro turista debe de subir desde la playa hasta aquí para disfrutar de las vistas o comer en el restaurante que a esta hora está cerrado.

La callejuela se bifurca en otras dos más pequeñas. La que desciende es la que están buscando; el número que les interesa se encuentra en la acera de la derecha. Se detienen delante del 18. Una casa blanca como las demás, con una verja de hierro y un jardín de unos pocos metros: rosales y un trocito de césped. Una mujer está regando las flores con una manguera. Es joven y tiene rasgos indígenas. Los mira.

—¿Vive aquí Nini Nuvolari? —pregunta Corso.

—Sí, vive aquí.[1]

—¿Podemos hablar con ella?

—Creo que sí.

La mujer deja la manguera en el suelo, se acerca al grifo de la pared y lo cierra. Se seca las manos en el delantal, cambia las zapatillas que lleva puestas por otras de tela que la esperan en el umbral de la puerta y entra.

Arcadipane y Corso aguardan, sin nada que decirse. En ese tiempo, Arcadipane se termina el cigarrillo, lo apaga frotándolo contra el pequeño muro y deposita allí el filtro. Parecería que tuviese la intención de recogerlo a la salida. El pueblo está limpio y desnudo, como si todo aquello que ya ha cumplido su función se retirara al instante. La mujer de antes pulsa el botón que abre la cancela.

—Ahora llega —confirma.

La siguen hacia el interior de la casa: una entrada, una mesa baja, un perchero, el suelo de terracota. Las paredes son de color lavanda; los pocos objetos, de buen gusto. A la derecha se abre una cocina a la que pueden echar un vistazo desde la puerta, que se ha quedado abierta: la encimera de azulejos, una antigua pila de piedra, sartenes de cobre, cucharas de madera y una maceta de albahaca en el alféizar, más allá del cual se distingue un trozo de jardín y, a lo lejos, el mar.

Continúan por el pasillo hasta llegar a una sala grande, con un piano, dos sofás, alfombras y muchas estanterías con libros. Tres grandes ventanales dan a la terraza, donde, junto a una mesa de madera, está sentada, de espaldas, la mujer. El pelo todavía corto.

La criada que los ha acompañado se marcha sin decir nada. Corso y Arcadipane salen a la terraza. Nini acaba de terminar el desayuno o bien la han interrumpido mientras estaba comiendo. En la parte de la mesa que se encuentra cubierta con un pequeño mantel hay pan, mantequilla, mermelada, una fruta a medio comer y una jarra de cristal con café.

Corso piensa que, si ella fuera cualquier otra mujer, diría que, a pesar de sus sesenta años y del ictus que le ha paralizado el lado izquierdo de la cara, aún es increíblemente hermosa. Ante ella, en cambio, solo puede pensar que es increíblemente hermosa, que tiene sesenta años y que la mitad de su cara está bloqueada en un gesto no del todo desagradable. No hay mucha diferencia, pero en la ausencia de un «a pesar de» reside toda la diferencia del mundo. El segundo

pensamiento de Corso es mucho más banal y cruel: «Esperemos que seamos capaces de entender lo que dice». El último pensamiento, que, en cualquier caso, aparta de inmediato de su cabeza, es que Michelle poseía una belleza que habría sobrevivido al paso del tiempo del mismo modo que la de esta mujer.

—¡Siéntense! —los invita Nini—. Ya le he dicho a Manuela que les traiga dos tazas, un poco de café les vendrá bien. —Sus palabras suenan claras, articuladas, aunque un poco curvadas.

Arcadipane toma asiento en un sillón grande de mimbre con reposabrazos; Corso, en un taburete. La parte abierta de la veranda da a la cúpula metálica de la estación, las vías, el túnel, el pueblo. Del mar tan solo se divisa un trocito.

—Podríamos haberla construido de manera que se viese más el mar, pero nos parecía demasiado. —Nini sonríe.

La joven de rasgos indígenas llega y coloca las dos tazas junto con sus platos. También azúcar, que, por supuesto, Nini no toma. Sirve el café sin preguntar; la cantidad es más o menos la de un capuchino. Señala el azúcar.

—No, gracias —responde Corso.

—Tres —pide Arcadipane.

Nini toma su taza y la levanta por encima de su nariz, como si estuviese haciendo un pequeño brindis; después, bebe.

Viste una túnica blanca con un escote que en los lugares en donde se suele usar este tipo de túnicas sería impensable. Ese verano su cuerpo no ha tomado el sol, pero sí ha nadado y caminado: lo atestiguan sus hombros tonificados, la piel tersa de sus brazos, el modo en que se siente cómoda en su anatomía. Por otra parte, su rostro le confirma a Corso algo que sabe desde siempre: las cosas de los pobres se hacen viejas, pero las de los ricos envejecen. Esto es aplicable también a la mano con la que ella está señalando hacia la bolsa con el texto medio borrado «1-2», que Corso ha dejado en el suelo.

—Es extraño pensar que aquella noche estuvimos tan cerca. Tal vez si usted hubiese sido menos benévolo...

—¿Habría servido de algo?

—No lo sé. —La mujer sonríe divertida—. De todas formas, ya no tiene importancia.

La boca, con su inclinación, es la única parte de ella que no

refleja lo que fue. Los ojos, en cambio, aún son inquietos y escurridizos; la frente, inteligente; los pómulos, infantiles.

—Imagino que querrá saber qué pasó después de aquella reunión.

—Es una de las cosas que querría saber.

Ella bebe a sorbos el café.

—Durante unas semanas estuvimos en Milán, en un almacén horrendo de la zona de Sesto. Después fuimos al Véneto, a una casa en la montaña, en un lugar aislado, no recuerdo su nombre. Allí conocimos a los demás. Viendo cómo acabó todo, le parecerá una blasfemia lo que voy a decir ahora, pero aquellos días fueron magníficos. Aprender a utilizar las armas, compartirlo todo. Todavía no sabíamos por qué, pero sentíamos que estábamos allí por algún motivo.

—¿Cuántos eran los demás?

La mujer piensa, como si recordar los nombres fuera la única manera de llegar hasta el número.

—Dieciséis o diecisiete, además de Stefano y yo. Todos de entre veinte y treinta años. La mayoría, estudiantes, pero también algunos obreros, comerciantes, el hijo de un profesor universitario.

—¿Neocle estaba con ustedes?

—No. El que dirigía el campo era Septiembre, además de otro tipo que era nuestro contacto con el pueblo. Allí arriba no había ni tiendas, ni periódicos, ni teléfono. Solo una radio. A Elia lo conocimos en Damasco.

—Cuando llegaron al campo de entrenamiento.

—Cuando llegamos al campo —repite ella, con un punto de irreverencia—. Aparte de los baños y de la comida, que era asquerosa, también aquellos fueron unos meses fantásticos. Había compañeros de otros países, alemanes, españoles, portugueses, un par de ingleses.

—¿Fue allí desde donde llamó a sus padres?

—El campo estaba a un día de viaje en todoterreno del teléfono más cercano, pero una vez por semana Elia iba a la ciudad para ver a nuestros contactos. Le pedí que me llevara con él. Cuando llegamos, le dije que quería llamar a mis padres para confirmarles que estaba viva y en buen estado. Él me respondió que era una mala idea, pero no me lo impidió. Nos quedamos fuera tres días. Allí empezó lo nuestro.

—¿Había roto con Stefano?

Ella observa el pueblo: es lo mismo que lleva viendo treinta años,

pero sus ojos parecen inmunes al tedio. Niega con la cabeza.

—Cuando Stefano me habló de su pacto ya estábamos en Milán. No habría cambiado nada, yo había tomado mi decisión mucho antes, pero imaginé que usted era un tipo singular, como Stefano. Alguien que hace preguntas como la que me acaba de hacer. Tal vez por eso congeniaron tanto y confiaron el uno en el otro. De todas formas, la respuesta es no. Yo no había roto con Stefano, lo que tenía con Elia era diferente.

Arcadipane extiende la mano para coger un biscote.

—Pero ¿quién era ese Elia? —pregunta mientras moja una esquina del biscote en el café.

—Neocle —responde Corso.

—¡Ah! —Arcadipane asiente—. Neocle es Elia.

—Sí —confirma la mujer—. Neocle es Elia Mancini.

Arcadipane detiene el biscote a pocos centímetros de sus labios. La mujer lo mira durante unos instantes, disfrutando del espectáculo; después dirige sus ojos hacia Corso, que, en cambio, está observando un tren de mercancías que acaba de salir del túnel. Una larga lombriz de vagones rojo cadmio, con la cabeza más oscura.

—¿Era Isadora la que estaba con usted el día que llamó a mi hermano? —pregunta Nini.

—Ya hablaremos después de eso —observa Corso—. ¿Qué pasó después del adiestramiento en Siria?

Nini se sirve otro café; les pregunta si quieren más. Corso lo niega con la cabeza. Arcadipane sigue mirándola, mudo, con el biscote aún suspendido en el aire. Aun así, ella le rellena la taza, que sostiene en su mano.

—Después fuimos a otro campo en Yugoslavia: explosivos, pero también métodos de interrogatorio y detención. Más adelante, vivimos unos meses en Hamburgo. Teníamos identidades falsas, pero, aparte de eso, llevábamos una vida casi normal. Yo incluso trabajaba en una heladería.

—¿Stefano nunca intentó hacerle cambiar de opinión?

—Era demasiado amable como para levantar la voz y estaba demasiado enamorado como para amenazar con marcharse. En cualquier caso, yo no lo habría seguido. Y él lo sabía. Cuando pienso en algunos de sus episodios de melancolía, en las canciones que escuchaba, en sus libros, creo que, de alguna manera, presentía que

aquello acabaría mal. Sin embargo, tanto yo como los demás estábamos demasiado entusiasmados con la clandestinidad, con nuestras armas en los cinturones, así que no le prestamos atención. Cada mes Septiembre nos entregaba un sobre. No era mucho dinero, pero bastaba para que nos sintiéramos guerrilleros a sueldo.

Ahora el tren está parado bajo la cúpula de la estación. Solo asoma su locomotora antracita.

—¿Quién era Septiembre?

—Nunca lo supe. Estoy segura de que era italiano, tenía acento de la zona de Emilia y unos cuarenta y cinco años. Algunos decían que había sido correo entre los partisanos y que para él la guerra aún no se había acabado. Fue él quien nos condujo de nuevo a Italia en una furgoneta, a través de la frontera austriaca. Cuando llegamos a Verona, nos dejó en manos de un tipo al que llamaban el Contable y ya no lo volvimos a ver.

—El Contable.

—Él nos dividió en varias células. Elia fue nombrado jefe de la nuestra. Con él éramos trece en total y el plan era que, junto con las otras dos células, ocuparíamos Turín. Viajamos por separado, unos en tren, otros en coche. En días diferentes, a horas diferentes. La cita era en una casa situada en medio del bosque, en la sierra de Ivrea. El Contable nos había explicado que en unas semanas llegarían las armas, los explosivos y el resto del material. Un enlace nos daría después las últimas instrucciones. Nuestro núcleo ocuparía los edificios de la RAI en Turín, interrumpiría las emisiones y difundiría a través de los medios una serie de comunicados. Al mismo tiempo, otros grupos entrarían en el ayuntamiento y en otros edificios. Lo mismo ocurriría en Milán, Verona, Bolonia, Florencia, Nápoles y otras ciudades más pequeñas. El Contable nos habló de treinta mil compañeros, algunos incluso extranjeros, la mitad de ellos en Roma. Pero lo importante, decía, era que había otras organizaciones dispuestas a apoyarnos: trabajadores, estudiantes, miembros de sindicatos, hasta una parte de la policía. En el sur, algunas unidades de guardas forestales rodearían los edificios ocupados.

—¿Y ustedes creían que aquello era posible?

Nini recorre con la mirada la comida sobre la mesa, las migas, los restos de algo agradable.

—A esa edad crees en el amor para toda la vida, así que puedes

creer en cualquier cosa. Y nosotros éramos demasiado bellos y justos como para pensar que el destino no nos echaría una mano. Italia llevaba muchísimo tiempo esperándonos. No lo decíamos, pero la mayoría de nosotros daba por sentado que no sería necesario dar ni un solo disparo.

—Ni un solo disparo.

La mujer bebe un sorbo; en sus ojos brilla una luz que explica muchas cosas. Corso advierte que en la frente tiene una cicatriz fina, pero larga.

—¡Manuela! —llama ella.

La joven llega enseguida.

—Llévate la jarra, por favor, y prepara más café. Y también algo de comer, unos bocadillos con jamón. Ve a la panadera y trae esos pasteles que hace con almendras. Y zumo de piña. Gracias.[2]

La joven dispone ordenadamente en la bandeja las tazas de Corso y de Nini. Se aposta unos segundos delante de Arcadipane hasta que el comisario se da cuenta de su presencia, moja lo que queda de su biscote, lo engulle y coloca la taza en la bandeja. El sol toca una franja de terraza que discurre junto a la barandilla: tablas desiguales y llenas de marcas, pero encajadas con sabiduría.

—Son tablones de barcos pesqueros naufragados —explica Nini—. Al cabo de unos años, el mar los arrastra hasta los escollos. Me parecía apropiado. —Después, dirigiéndose a Arcadipane, añade—: ¿Y usted qué tiene que ver con esta historia?

—Es el comisario Arcadipane —interviene Corso—. Consiguió llegar hasta Stefano a partir de uno de los huesos localizados en Chivasso.

—¡Qué bueno! —exclama ella, tal vez no del todo insincera—. ¡Por cierto, hablando de eso!

Se levanta y entra en el salón, donde la ven buscar un teléfono en el escritorio y marcar un número.

—Hola, Arturo.

Abre el cajón y coge algo.

—Sí, han llegado. Dos. Nada. No, era simplemente para decírtelo. Te llamo más tarde.

Vuelve a la terraza con una cajita de color coral en la mano; se sienta y la pone sobre la mesa.

—Cuando mi hermano leyó en el periódico *La Stampa* lo de

aquella fosa común, me llamó enseguida. No sabía dónde estaban enterrados con exactitud, pero me imaginaba que no se los habrían llevado muy lejos de la granja. —Abre la caja—. ¿Cuánto tiempo tardaron en quitarles el caso?

—Poco —reconoce Arcadipane.

—Arturo se hacía ilusiones, pero yo... —Niega con la cabeza—. Cuando se publicó que se trataba de unos huesos de la Segunda Guerra Mundial... Con el dinero de la apuesta me compré una estupenda cafetera. Prepara un café rico, ¿verdad? ¡No me mire así, Bramard! ¡Le guste o no, nosotros, los que somos aristócratas hasta en el patíbulo, jamás perdemos el gusto por las bromas! Porque es eso lo que piensa de mí, ¿no? Que soy una aristócrata caprichosa que juega a ser guerrillera.

—¿Cómo consigue su hermano pasarle dinero?

Nini saca de la caja una tira de papel de fumar y empieza a rellenarla de marihuana. Cuando casi ha acabado, levanta la mirada, como si solo entonces se diera cuenta de que frente a ella hay un policía y un expolicía que la están observando.

—Tengo una prescripción médica para uso terapéutico. —Sonríe—. La verdad es que sería irónico, después de pasarme la vida entera escondiéndome...

—No se preocupe —la tranquiliza Arcadipane—, más allá de las fronteras no tenemos jurisdicción para... —Pero se detiene al sentir que Corso lo está mirando fijamente. La mujer lame, divertida, el papel; su lengua es pequeña, veloz. El modo en que la saca, por el lado intacto de la boca, muy sensual.

—Hasta 1980 el dinero llegó de quien correspondía, pero tras morir Elia... —Enciende el cigarrillo y exhala una bocanada sin prestar atención al humo, que el viento, de repente, empuja hacia los dos invitados—. Fue Arturo quien tuvo la idea de la asociación sin ánimo de lucro: muerte compasiva para perros afectados por enfermedades incurables. Yo soy la presidenta, dispongo, administro. Él hace un par de generosas aportaciones cada año. Todo legal: Marco Arturo Bo y Nini Nuvolari no tienen entre sí vínculos de parentesco ni sociedades en común. Por lo demás, el dinero es de nuestra familia, no suyo. Y aquí la vida es barata. Libero ya es adulto, trabaja en Madrid y gana un buen sueldo. Dentro de poco será padre por segunda vez. Aparte de la marihuana y de algunos viajes para ver a mis nietos, no tengo

grandes necesidades.

Bramard la observa con atención, observa la mirada vacía y ofensiva que le han dibujado su fortuna y su soledad.

—Usted me odia, ¿verdad? —Ella sonríe con sus bellísimos dientes—. ¿Por qué? ¿Por haber salvado el pellejo? ¿Por esas doce personas que acabaron bajo tierra? ¿O solo por Stefano? Dos taciturnos piamonteses de origen humilde, extraños, melancólicos, de espíritu noble, caballeresco, dedicados al elevado arte del boxeo...

—Yo nunca practiqué boxeo.

—¡Ah, ya! ¡Era solo para acercarse a él! —Ella fuma, sus dedos sostienen con delicadeza el cigarrillo—. Creo que no tengo ni ganas ni argumentos para hacerle cambiar la opinión que usted tiene sobre mí, pero me permito recordarle que nosotros estamos aquí, cerca de los sesenta años, en una terraza que mira al mar, mientras que nuestros grandes amores de juventud, nuestras almas gemelas, llevan treinta años bajo tierra, así que, siento decírselo, si está buscando a alguien que se parezca a usted... —Inclina hacia atrás la cabeza y contempla el fino trenzado del toldo, a través del cual se cuelan hilos de luz.

—Continúe —se limita a responder Corso—. ¿Por qué no ejecutaron el plan hasta el final?

Nini sigue observando el toldo, como buscando un error en su malla.

—Porque éramos el capullo que la oruga utiliza para convertirse en mariposa. Nada más que eso. Si hubiésemos ocupado aquellos edificios, al cabo de unas horas habrían intervenido unidades que ya estaban listas para eliminarnos, y a continuación habría empezado el golpe: militares, toques de queda, leyes especiales, partidos de la oposición ilegalizados con la excusa de que han apoyado el plan, detenciones...

—Pero aquello no ocurrió.

Nini asiente mientras se gira para seguir los movimientos de Manuela, que, en el pasillo, se quita los zapatos y se dirige después a la cocina cargando con las bolsas.

—Desde el principio tenían una alternativa y, cuando llegó el momento, probablemente consideraron que era más adecuada, en vista de cómo había evolucionado la situación en los dos últimos años. ¿Y cuál era esa alternativa? Elia siempre nos dijo que era mejor que no lo supiésemos, pero nada nos impide que intentemos encajar las

piezas del puzle: a Curcio lo capturan por segunda vez, la dirección de las Brigadas Rojas pasa a manos de otras personas, la lucha toma un nuevo rumbo, hasta que pasa lo de Aldo Moro, pero tal vez son solo...

Manuela llega con una bandeja repleta de bocadillos de jamón y de otro embutido blanquecino. La coloca sobre la mesa.

—¡Muy buena esta butifarra blanca!

—Se nos ha terminado el zumo de piña.

—Da igual, trae el de naranja.

La joven asiente sin alegría y los deja. Nini toma uno de los bocadillos de butifarra blanca. El pan es pequeño y brillante como el sombrero de una seta. Nini les hace un gesto para que se sirvan. Arcadipane mira con el rabillo del ojo a Corso; después extiende una mano y coge un bocadillo de jamón, porque no ha entendido un carajo de lo que han dicho sobre los otros.

—Ahora —dice Nini masticando— quedan la parte lacrimógena y la rocambolesca. ¿Por cuál quieren que empiece?

—Por la granja Isonzo.

—Por la lacrimógena. ¿Han estado allí?

—Sí —responde Arcadipane mientras come.

—Llegamos a mediados de marzo en tres furgonetas. Nos aseguraron que el sótano era una estructura que habían preparado como centro de detención y que, después de nuestra acción, acogería a prisioneros políticos de alto nivel, figuras clave a las que habría que interrogar y obligar a revelar secretos de Estado. Mientras tanto, sin embargo, la utilizaríamos como base, a la espera de que nos diesen la orden de tomar la ciudad. Justo esas fueron las palabras que dijo el hombre que nos llevó allí: «tomar la ciudad». Entramos nosotros mismos en las celdas, por nuestro propio pie. Aquella noche, antes de dormir, algunos bromeaban, hacían como si fueran fantasmas. A la mañana siguiente nos cerraron las puertas y de allí dentro solo yo salí con vida. Yo y Elia.

—¿Él estaba al tanto de todo? Me refiero a Elia.

—¡Claro que lo estaba! ¡Desde el principio! Era uno de los «reclutadores», de los que formaban los grupos, ponían a prueba a sus miembros encargándoles acciones, comprobaban cómo reaccionaban en la clandestinidad y, al final, los integraban en la estructura. Los reclutadores tenían que asegurarse de nuestra convicción. De nuestra «estupidez», diría tal vez usted. Garantizar que llegaríamos hasta el

final.

—¿Por qué los encerraron allí si ya no eran útiles? ¿No habría sido menos arriesgado eliminarlos de inmediato?

—Menos arriesgado, pero también menos divertido. —Se limpia los labios con una servilleta de tela—. En el fondo éramos comunistas y también los torturadores necesitan practicar. En los tres meses que estuvimos allí dentro, pasamos por cinco diferentes. Eso sí, el hombre que lo supervisaba todo y les daba consejos era siempre el mismo.

—¿Fue Elia quien la ayudó a escapar?

Nini le da otro bocado al bocadillo.

—Una noche me encontré abierta la puerta de la celda. En el pasillo no había nadie. Comprendí enseguida que había sido él. Me habría gustado liberar también a los demás, pero no tenía las llaves. Stefano me pidió que corriera a buscar ayuda, pero él sabía a la perfección que en cuanto se dieran cuenta de que me había escapado... También los demás lo sabían, pero no dijeron nada. Alguno lloraba. Eso fue todo. También yo lo sabía, pero me fui de todas formas, sin mirar atrás.

—¿Elia lo hizo por el bebé?

—Nunca se lo pregunté y nunca me lo dijo. Por lo demás, era consciente de lo que pasaba en aquel lugar y también de que probablemente Libero no era su hijo. Creo que lo que hizo aquella noche lo hizo por mí, nada más. Ridículo, ¿no? ¡El síndrome de Estocolmo, pero al revés! Hacía ya tiempo que había reunido aquellos documentos, pero sabía que la única solución para nosotros era que yo me escapase. Solo así estarían dispuestos a negociar. Cuando salimos de aquel hospital nos marchamos y desde entonces no he vuelto a poner un pie en Italia. El expediente fue nuestro seguro de vida.

—Pero él sí volvía a Italia.

—Esa es la parte rocambolesca —explica, mientras dirige una mirada hacia el interior de la casa— o sentimental, según cómo se mire. Pero ahora necesito dormir un poco. Siempre me despierto a las tres... Ustedes pueden quedarse o bien volver en un par de horas, como prefieran. Pídanle a Manuela lo que necesiten.

Corso contempla el pueblo, más allá de la barandilla. El tren de mercancías se ha deslizado fuera de la estación. Han entrado otros dos, más cortos y grises. Con la llegada del mediodía, el mar ha adquirido un tono más claro.

—¿Por qué aquí? —pregunta.

La mujer se levanta.

—En dos años de universidad solo me presenté a un examen y era sobre Benjamin. A Stefano le encantaba. A menudo hablábamos de su muerte, tan paradójica. Nos decíamos que antes o después nos vendríamos a vivir aquí. No he hecho muchas cosas por Stefano, pero esta, al menos, se la debía. Creo que él contaba con ello. Usted también estudió en la universidad, ¿no? Sabe que, si uno tiene la desgracia de tomar decisiones definitivas en esos años, acaba por aferrarse a alguna de las pocas cosas que ha leído hasta entonces.

Corso asiente. Nini coge unas gafas que están sobre la mesa, aunque nadie se ha percatado de su presencia, se las pone y se va. Los pies, descalzos.

Ya solos, Corso y Arcadipane se miran.

—¿Qué hacemos? —pregunta Arcadipane.

—A mí me apetece darme un baño y no decir ni una sola palabra.

—¡Anda, mira! A mí, justo lo contrario.

56

Los dos cuerpos flotan, inmóviles, con las piernas y los brazos abiertos, a unos cincuenta metros de la orilla, donde el fondo es todo algas y rocas. Corso, ligero, largo y armonioso como una cometa amerizada; Arcadipane, breve, compacto y torpe, como la misma cometa ya arrugada.

—¿Cuándo comprendiste lo de Mancini?

Corso, con los ojos entreabiertos, busca el punto en el que han dejado la ropa hecha un ovillo. Sobre aquellos escollos, los muros del cementerio, los álamos y las paredes de metal herrumbroso del monumento a Benjamin: la placa de cristal que impide las caídas al mar, pero también la fuga, la libertad. La corriente los está arrastrando hacia el oeste, sin alejarlos de la orilla.

—Antes del viaje de ayer en tren había leído dos veces el nombre de Portbou —explica Corso—: la primera, cuando estudié a Benjamin en la universidad, y la segunda, en 1982, en el informe de la policía española. En él se decía que, cuando mataron a Elia Mancini, llevaba encima, entre otras cosas, un billete del autobús Portbou-Girona, que con toda probabilidad era el trayecto que hacía siempre para ir después a Barcelona y coger el vuelo hacia Italia. Podía ser una coincidencia, pero era mejor que Isa no estuviese aquí cuando lo comprobáramos.

Arcadipane mira a Corso, que empieza a nadar hacia la orilla con aquel ridículo estilo suyo propio de un perro. Recuerda que ya lo vio nadar así muchos años atrás, en la costa de Albissola. Llegaban desde Génova, adonde habían ido a declarar ante un tribunal. En el camino de vuelta se comieron un bocadillo en un kiosco. Era casi de noche, a principios de verano, y las farolas del paseo marítimo se iluminaron con una luz rosa. En un determinado momento, Corso se dirigió al mar, se quitó la ropa y se metió en el agua. Él lo siguió. Se quedaron allí, flotando en calzoncillos, mientras el pueblo iba encendiendo sus luces.

Una vez fuera, pasan una hora tumbados sobre las rocas. El sol seca con rapidez el cabello de Corso, pero con la primera ráfaga de viento los pocos pelos que le quedan a Arcadipane se han puesto ya en pie. Se fuman un par de cigarrillos por cabeza. Tienen consigo una botella de naranjada caliente, alrededor de la cual revolotean, entre zumbidos, unas pequeñas avispas que bajan desde el acantilado. Delante de ellos, el mar ofrece mil cosas que contemplar: petroleros, barcazas en las que varias torres de contenedores se mantienen en equilibrio, un par de cruceros en dirección a Barcelona y un enjambre de barcas a vela, lanchas neumáticas y embarcaciones a motor.

—¿Será ya la hora? —pregunta Arcadipane, palpándose la tela de los calzoncillos bajo los testículos para comprobar si ya se ha secado.

—Unos minutos más —pide Corso.

Se comen los bocadillos que Manuela les ha preparado, se acaban la naranjada y, antes de que el murmullo del agua entre los escollos los duerma del todo, vuelven al coche.

Hacia las tres de la tarde están delante de la puerta. Llaman al timbre.

—Estará comiendo —Arcadipane justifica la tardanza. Sin embargo, la cancela se abre automáticamente, entran y encuentran a Nini sentada en un sillón del salón, con las cortinas bajadas para dar sombra. Tiene en la mano una revista, pero con toda probabilidad estaba echando una cabezadita.

—Si no les importa, nos quedamos dentro —propone—. Fuera hace un día radiante, pero también demasiado caluroso, ¿no?

Corso y Arcadipane toman asiento en el sofá situado frente a ella. Corso reconoce las hileras de libros de Einaudi y Adelphi en las baldas de las estanterías. También ellos envejecen de forma distinta: aspecto de pergamino en el caso de los Einaudi, arrugas profundas y desteñidas en la contracubierta de los Adelphi. Además, hay bastantes libros en español, de editoriales que no reconoce.

—Dicen que los españoles y los italianos tenemos mucho en común —observa ella—, pero no es verdad. Aquí siempre han mantenido el sentido de la tragedia, un gusto por el dolor bien sentido, bien llevado, una gran sobriedad en la memoria de las cosas terribles que han sucedido en este país, mientras que nosotros... es difícil que no acabemos cayendo en el ridículo, ¿no les parece? Tal vez no enseguida, pero al cabo de unos días...

—¿Se está refiriendo a Elia? ¿A su vida en Italia?

—¡Sí, también! Elia habría podido morir en cualquier sitio sin decir ni una sola palabra. Lo mismo que yo. Sin embargo, el acuerdo al que llegó lo obligaba a seguir trabajando para ellos. Una forma de crueldad en verdad refinada.

—¿Trabajar en qué sentido?

—Era otra de las cosas que, según él, era mejor que yo no supiese. Pactamos que no hablaríamos nunca de los veinte días que pasaba cada mes en Italia.

—¿Y de la hija que tenía en Italia? ¿De eso hablaron?

—Me lo contó en cuanto aquella mujer se quedó embarazada. Para él había sido un accidente, pero, por lo que parece, ella quería tener a toda costa al bebé. Él se negó a casarse con ella, pero dijo que de alguna manera tenía que ocuparse de ambas, un poco como se ocupaba de Libero y de mí. Probablemente su verdadero castigo por todo el mal que había causado fue aquel: dos familias, pero ninguna familia de verdad. Dos familias y nadie que lo quisiera en realidad.

—¿Por qué se puso en contacto con aquel periodista de Bolonia en 1982? A ustedes les interesaba no llamar la atención, ¿no? Conseguir que todo el mundo se olvidara de ustedes.

—Dejaron de mandarnos el dinero acordado. Puede que hubiesen reemplazado a quienes habían firmado el pacto. En cualquier caso, nosotros sabíamos que aquello no iba a durar para siempre, pero Libero crecía... Elia pidió una cantidad para saldar deudas de una vez por todas. Quería irse para siempre de Italia. Dejar de trabajar para ellos. Aquella doble vida estaba acabando con él.

—¿Y usted? ¿También quería eso?

—Ser su mujer durante diez días al mes era un castigo razonable a cambio de seguir viva y de la posibilidad de criar a Libero. Pero ir más allá... Le aconsejé que se lo pensara bien, que no se arriesgase. Era una opinión interesada, pero él estaba seguro de que ellos cederían, igual que había ocurrido la otra vez. Eligió aquella revistucha porque no quería provocar un escándalo, sino transmitir el mensaje. Evidentemente, el mensaje se transmitió y un mes más tarde él estaba muerto.

—¿Usted no temió por su vida?

—Después de aquellos meses en la granja Isonzo el miedo es un concepto más bien vago. Se lo conté a mi hermano, que es la única

persona que, a su manera, siempre ha estado a mi lado, y llegamos a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era precisamente no hacer nada. Ellos entenderían que yo no iba a remover las cosas y que no tenían nada que temer. Desde ese momento fue mi hermano quien se ocupó de nosotros.

—¿Su hijo lo sabe?

—Sabe que su padre iba a menudo a Italia por trabajo y que un atracador lo mató en Barcelona. Imagino que es lo mismo que sabe Isadora, ¿no? Antes eran demasiado pequeños y ahora son demasiado grandes para descubrir qué pasó en realidad.

—Entonces, ¿por qué nos mandó el artículo? ¿Por qué a nosotros?

—¿Quiere que le diga la verdad? —Se ríe—. ¡Últimas voluntades! ¿Sabe esas cómodas barrocas que te dejan las tías, convencidas de que te están haciendo un gran favor? ¿Esos muebles que no sabes dónde meter y que no combinan con nada? Pues yo no puedo dejarle esta historia a Libero, así que, en vista de la relación que mantenían Stefano y usted, me ha parecido lo más adecuado.

Nini mira fijo a Corso para comprobar en qué medida aquello lo divierte o lo conmueve. No consigue ninguno de los dos efectos.

—Vengan —les propone, levantándose con cierta dificultad del sillón.

Corso y Arcadipane la siguen hasta un armario de madera rojiza a ojos de Arcadipane, de madera de cerezo a ojos de Corso: un mueble antiguo, tallado a mano, muy bien conservado.

Nini lo abre con una llave que lleva en el bolsillo. Dos baldas repletas de carpetas del mismo color, cada una de ellas cerrada con un cordón elástico. El compartimento de abajo, en cambio, parece ocupado con piezas de vajilla y el de arriba, con manteles bordados y muletones.

—El famoso expediente de Elia Mancini —anuncia Nini, sin ironía ni reverencia sagrada—, en múltiples copias.

Toma una de las carpetas, la sopesa, pero no retira el elástico.

—La primera la envié hace quince años a un periódico de izquierdas. Justo después, con una excusa, convencí a Libero para que nos mudáramos durante unos meses a una casa en Asturias, en un lugar en el que nadie podría encontrarnos. Tenía miedo de que, tras la publicación de aquel artículo, vinieran a por nosotros. Después de

todo, algunas de las personas cuyos nombres aparecían en el expediente todavía estaban en activo. Y no en cargos de segunda fila, precisamente. Sin embargo, seis meses después el artículo todavía no se había publicado. Mandé otras copias, a un periódico de centro y a uno de derechas. Mismo resultado.

—Es difícil —interviene Arcadipane— que miles de jóvenes desaparezcan sin que nadie se dé cuenta.

—Es probable que fuéramos muchos menos. Quizá algunos centenares. En el fondo, no teníamos que tomar el país, sino, simplemente, dar la impresión de que queríamos hacerlo. En los años de la heroína y de las huidas a la India y a Sudamérica no era tan difícil justificar que unos cien chicos desapareciesen.

—¿Cuántas personas saben que este expediente existe?

—Se lo he enviado a dos jefes de policía, a un general de los Carabinieri, a cuatro diputados, a un magistrado, a varios policías, a un presentador de televisión... En fin, aparte de ustedes dos, creo que ya lo ha leído todo el mundo. Hasta un antiguo conocido de mi familia que está en el Vaticano ha tenido acceso a él.

—¿No ha recibido ninguna respuesta?

Nini coge una carta apoyada en la pared interna del mueble.

—Solo esta, que llegó hace cinco años. —La abre—. Es del presidente de una de las muchísimas comisiones de investigación de estos asesinatos. Una carta cortés, incluso sincera, creo yo. No se la leo porque es un poco como ese anillo que una quiere llevarse puesto a la tumba, pero, en síntesis, lo que viene a decir es que buena parte de las personas que se mencionan en el expediente ya están muertas, enfermas o retiradas de la vida pública. Y que las que aún mantienen su cargo jamás han corroborado lo que se dice aquí. La opinión de este presidente es que ahora ya no son la justicia y la prensa de sucesos quienes deben ocuparse de estos asuntos, sino la historia. Y la historia avanza a ritmos diferentes de los nuestros.

Arcadipane y Corso tienen la impresión de que la mujer está a punto de llorar, pero cuando levanta la mirada de la carta la ven sonreír.

—Stefano era la inocencia, la ternura: todo aquello que a uno le gustaría ser. Pero Neocle era lo demás, lo que de verdad somos. Yo intenté ser solo Stefano, pero al final he tenido que reconocer que estoy hecha de ambos. Y que no se deben mezclar.

Se saca del bolsillo de su túnica un porro ya preparado y lo enciende con un mechero moderno. Sobre el plástico rojo, el escudo pirata de una taberna.

—Me parece que esto responde a su última pregunta, ¿no?

57

Cuando Corso lo despierta ya es noche cerradísima.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media. Te toca a ti.

—¿Tú ya has comido y has meado?

—Sí. Aquí tienes tu café doble.

Arcadipane coge su bolsa, entra en el restaurante de carretera, pide un expreso y va al baño, donde se lava los pies, en los que aún tiene restos de arena que le molestan. Pide que le preparen un perrito caliente, pero no tienen. Se contenta con un bocadillo de algo que parece carne asada con diferentes salsas. Compra una botella de agua.

Se encuentra a Corso tumbado, con la nuca apoyada en las manos y los ojos fijos en el techo.

Lanza la bolsa al asiento trasero, entre la de color amaranto de Corso y la copia del expediente que Nini les ha entregado, y se sienta en el asiento del conductor. Lo acerca al volante para llegar mejor a los pedales y arranca el coche. El cuadro de instrumentos se ilumina. El navegador empieza a preparar el itinerario.

En la pantalla aparecen el tiempo, los kilómetros y la línea violeta que los llevará hasta casa.

—¿Se lo vas a contar?

—No lo sé.

Arcadipane levanta el pie del embrague y el coche se pone en movimiento.

—Yo creo que deberías hacerlo.

Después de media hora conduciendo y encajando piezas en su cabeza, todo le parece estar bastante en orden. Por el carril de adelantamiento avanza el tráfico mínimo del jueves por la noche: automóviles de jóvenes que se dirigen a los locales de la costa, algunos empleados que vuelven a casa o que van al trabajo. Más allá de los setos, el mar se intuye a trozos, en forma de un destello de luna. La radio, francesísima y pajillera, crepita a un volumen mínimo.

Arcadipane la apaga y, como si los dos objetos estuvieran conectados, el móvil empieza a sonar. Lo saca, cauto, pensando que es Mariangela. Pero reconoce el número. Mira a Corso, que duerme de lado. Responde.

—Es tarde y estoy en el extranjero. ¿Qué quiere?

—¿En el extranjero? ¿Dónde?

—Vuelvo de España.

—Fátima, ¿eh? Pero no se desespere. ¿O quizá ha ido allí para darle bien duro a algún criminal? Por cierto, hablando de dar bien duro, ¿cómo van las cosas por ahí abajo?

—¡Le he preguntado que qué quiere!

—Nada especial. Parece que mañana hará buen tiempo. Me paso a recogerlo a las ocho de la mañana.

—¡Usted está loca! ¿Por qué iba a tener que escucharla?

—Resumiendo, digamos que porque, después de siglos, por fin se le ha puesto dura, ha dejado de chupar gominolas y me debe cien euros. ¿Le parecen motivos suficientes?

Arcadipane observa las líneas blancas discontinuas a ambos lados del coche.

—¡Valor! ¡No sea un gallina! —lo anima ella—. ¡Es nuestra última sesión! ¿Acaso puede pasar algo peor que en la penúltima?

Arcadipane se rasca las mejillas, en las que la barba brota ya, hirsuta. Consulta la hora de llegada en el navegador.

—¿Conoce el restaurante de carretera de Bauducchi Oeste? —pregunta ella.

—Lo tengo en la cabeza, sí.

—Lo espero allí. Y después ya lo dejamos.

Arcadipane cuelga, conduce aún unos kilómetros más y después detiene el Zafira en un área de descanso. Durante unos minutos, todo es silencio y oscuridad, hasta que un camión pasa y los sacude con el movimiento de aire. La parte trasera se aleja, con su perímetro rectangular enmarcado por una hilera de luces rojas, como una imagen votiva abandonada en el mar de la noche y arrastrada aguas adentro por una corriente invisible. En ella, Arcadipane acierta a leer: TODO FRESCO.[1]

Consulta los mensajes que ha recibido. El último es de dos días antes: «Giovanni va a llevar el scooter al mecánico. Sablazo previsto: 100. ¿Concedo bula papal?». Selecciona la opción de responder y

escribe: «Vuelvo antes de la tarde. Espero que Trepet sin problemas».

Observa el cursor que parpadea al final de la frase. Durante el sueño, Corso se tira un pequeño pedo.

«Lo de los radares y el niño del pozo —teclea— te lo explico mejor en persona. Tuyo, Vincenzo.»

58

Los nudillos de una mano golpean la ventanilla del Alfa.

Toc-toc.

Arcadipane abre los ojos. Ariel está sentada al volante de su Golf color café con leche y saca un brazo por la ventanilla. Lleva el pelo recogido en una coleta y se ha puesto un sombrero.

—Habría apostado a que su coche era así —comenta, con la voz atenuada por el cristal.

Arcadipane se estira y baja la ventanilla con la manivela.

—Habría apostado...

—Sí, ya lo he oído. Voy al baño y ahora vuelvo.

Unos minutos después está de regreso. Ha orinado, se ha lavado la cara y se ha tomado un café en la barra. Y ha pedido dos más para llevar. Al subirse al Golf no puede evitar mirar las piernas de ella, que, bajo la falda y dobladas como se doblan cuando se conduce un coche, parecen normales. Una mujer joven en un coche deportivo, sin más. Si no fuese por esos zapatos enormes de piel negra. ¿Es posible que no pueda permitirse nada mejor? ¿O tal vez forma parte de su juego? ¿De su manera incongruente de estar en el mundo? ¿Y qué coño quiere decir *incongruente*? Su cerebro se está volviendo más rápido que su cultura.

—Gracias, pero no bebo café —dice Ariel mientras se gira para dar marcha atrás—. Como habrá visto, ya soy bastante excitable.

Se echa a reír. Arcadipane lo deja estar y sigue a través del espejo retrovisor la maniobra, ejecutada a la perfección. El Golf no tiene pedales, sino únicamente mandos en el volante. Retira la tapadera de papel de aluminio de uno de los dos vasos y toma un sorbo.

—¿Adónde vamos?

Ariel lo ignora y acelera para incorporarse a la circunvalación. Además de falda y sombrero, viste una camisa blanca de hombre y sobre ella, abierta, una chaqueta de piel verde, corta de talle y larga de mangas.

—¿Sabe qué es lo primero que piensan los hombres cuando me ven?

A Arcadipane se le ocurren dos o tres cosas, pero permanece en silencio.

—Si siento algo. O si, por el contrario, es lo mismo que meterla dentro de un trozo de goma. En ambos casos, no puede ni imaginarse la cantidad de gente que fantasea con eso. Es increíble la de propuestas que puede recibir una mujer contrahecha.

—Pues mejor para usted.

Ella saca un caramelo de una caja redonda de metal que tiene cerca de la palanca de cambios. Por el olor, se diría que son caramelos de rosas.

—Coja uno.

—No, gracias.

Ella se lo mete en la boca. Lo chupa, en lugar de masticarlo.

—Simplemente por aclararlo: tengo un novio y un par de amantes. El problema es que a ellos les gusto a pesar de mis piernas, mientras que a Ferdinando lo que le gusta son mis piernas. De hecho, diría que me lo come única y exclusivamente por cortesía, porque si por él fuera se pasaría los días acariciándolas y punto. También lo hemos probado, pero es demasiado embarazoso, así que, ya puestos... —Se cambia de lado el caramelo; ahora se le hincha la mejilla derecha —. Es un razonamiento que puede entender, ¿no? Tampoco usted va por ahí pidiéndole a su barbero que le haga la declaración de la renta o que le gradúe la vista.

Arcadipane se ha terminado un café y se dispone a atacar el otro.

—Es su vida personal. Yo no quiero entrar en ella.

—Claro que es mi vida personal, pero se lo estoy contando para que extraiga algunas lecciones, si es que es capaz de hacerlo.

Durante cerca de veinte minutos viajan en silencio por la autovía de Piacenza; después Ariel activa el intermitente y toma una de las salidas de Asti. Pasan el punto de cobro electrónico del peaje y toman la carretera que se dirige hacia el norte, hacia las colinas.

—¿Puedo bajar la ventanilla?

—¿Para qué?

—Para fumar.

—No vaya usted de vicioso por la vida. Dentro de nada llegamos.

Los pueblecitos que atraviesa la carretera de cuando en cuando

no son ni grandes ni bonitos: una iglesia, un bar, un terreno para practicar deportes, poco más. Cada cierto tiempo, un paso a nivel aporta un toque de emoción, pero cuando se acercan se dan cuenta de que lleva mucho desmantelado y de que ya nunca se cierra. Tras pasar un cartel marrón, Ariel deja atrás la carretera principal. Varias curvas después, aparece entre los árboles el campanario de una iglesia que más adelante se convierte en un santuario.

Cuando aparcan en la gran explanada, están en el centro de un conjunto de edificios religiosos. Muchos de los árboles de alrededor ya se han vuelto amarillentos, algunos están incluso desnudos. El día es cristalino. No hay nadie en la zona.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—¿Nunca ha estado en un monte sagrado?

—No.

—Pues de ahora en adelante ya no podrá decir lo mismo.

Arcadipane se baja y se dirige a una papelera cercana para tirar los dos vasitos. Cuando vuelve, Ariel ha cogido ya las muletas que llevaba detrás de su asiento y se está poniendo de pie. Por instinto, extiende una mano para ayudarla a encontrar el equilibrio, pero ella niega con la cabeza.

—Más tarde —le dice—. Ahora fúmese un cigarrillo, aprovechando que tiene las manos libres.

Arcadipane la ve avanzar, balanceándose, hacia un puesto de madera pintado de verde y cubierto de carteles con el listado de precios. La portezuela de cristal está entreabierta. Enciende el cigarrillo y la sigue.

Antes de que la alcance, sale de la taquilla un hombre de unos cuarenta años, barba espesa, pelo castaño y una constitución tan montañesa como su camisa a cuadros. Lleva unos pantalones ceñidos que le llegan hasta las rodillas y le dejan desnudas dos pantorrillas gruesas como pollos desplumados.

—Hola, Ariel. —La besa en las mejillas—. ¿Necesitas la moto adaptada?

—No, me lleva él.

El hombre mira a Arcadipane con una mezcla de solidaridad y pena. Arcadipane le tiende la mano.

—Encantado —responde el otro, de una belleza irritante—. Tenga cuidado, ha llovido, hay zonas resbaladizas.

Arcadipane sonríe como si lo supiera, aunque no tiene ni la más remota idea de a qué se refiere.

—Te dejo las muletas. —Ariel se las acerca al hombre—. Y también esto, así seré más ligera.

El hombre se agacha para desatarle sus zapatos ortopédicos. Durante la operación, Ariel se cuelga de sus hombros.

—También los calcetines —pide.

—¿Estás segura? ¡Hace fresco!

—No me montes dramas.

El hombre, entre risas, le quita los gruesos calcetines opacos de media y después, apañándoselas para que el peso de ella recaiga sobre él, se levanta, la hace dar un pequeño giro y vuelve a agarrarla.

—¿Viene usted? —pregunta en ese momento.

Arcadipane tira el cigarrillo y se acerca, aún sin comprender nada.

—Tiene que llevarme a caballito —explica ella.

—¿A caballito?

—En la espalda. Alguna vez lo habrá hecho con sus hijos, ¿no?

—Cuando eran pequeños.

—Peso cuarenta y nueve kilos. Podrá hacerlo.

Arcadipane se gira y se agacha de modo que ella pueda rodearle los hombros con sus brazos, como si se tratasen de un chal. Después se levanta y ella está ya por completo encima de él. Ligera, tibia, bien distribuida.

—El primer grupo llega a las once —dice el montañés—. ¡Pasadlo bien!

Arcadipane lo mira mientras vuelve a su caseta verde.

—Agárreme las piernas.

—¿Qué?

—Las piernas. ¡Levántemelas!

Arcadipane gira la cabeza para observar la pierna izquierda de Ariel, que se balancea, muerta, en su falda, con el pie blanquísimo a pocos centímetros de la gravilla azul.

—¡Venga! —añade, en un tono de ligera orden—. Que quiero estar arriba antes de que lleguen los demás.

Arcadipane la agarra por debajo de las rodillas, colocándole las piernas a la altura de sus caderas.

—¿Tenemos que subir arriba?

—¡Claro! ¡Es un monte sagrado! ¿Alguna vez ha visto que los peregrinos bajen, en lugar de subir?

Unos cincuenta metros después, la explanada se convierte en un sendero, y después de otros diez metros el sendero se convierte en un ascenso. Arcadipane siente de repente que le falta aire y que el corazón le bombea veloz, como si su sangre se hubiera ensuciado. Levanta la mirada entre lágrimas de frío y fatiga y comprueba que, por suerte, la capilla no está lejos.

Cuando entra en el edificio, se inclina hacia delante para poder liberar una mano con la que secarse la frente. Al otro lado de la reja hay una estatua de un tipo vestido de blanco que está rezando de rodillas. Alrededor de él, unas diez personas lo amenazan y lo insultan. Una de ellas está a punto de dejar caer una gran piedra sobre su cabeza.

—¿Qué es esto?

—Primera capilla: el martirio de san Eusebio, obispo de Vercelli. Los arrianos lo sacaron a rastras y le rompieron la cabeza y los miembros con piedras, hasta que su cerebro salió de su cabeza y su alma, liberada de la carne, emprendió el vuelo hacia la gloria. Amén.

Arcadipane observa las caras grotescas, desdentadas y gozosas de los perseguidores.

—¿Cuántas hay?

—Veintitrés. Y cinco ermitas. Vamos allá.

Hasta la quinta capilla todo es puro sufrimiento. A partir de ahí, poco a poco, el padecimiento se va haciendo familiar y dócil. Las preguntas que alimentan cualquier dolor —¿por qué yo?, ¿durante cuánto tiempo?, ¿con qué fin?— empiezan a evaporarse en una especie de aturdimiento, casi una somnolencia.

Comienza entonces a percibir la consistencia quebradiza de las piernas de Ariel bajo sus dedos, el calor del brazo que ella mantiene alrededor de sus hombros. El crujido de esa fina piel cuando le roza con su áspera barba.

En un momento dado, Ariel cambia de posición, recolocándose sobre su espalda, y sus pechos quedan reducidos por un instante al imperceptible punto de sus pezones, para volver después a adherirse contra sus escápulas, llenos, diminutos y cercanos como los puñitos de un niño.

—¿Ha estado nadando? —pregunta ella—. Su pelo huele a mar.

Arcadipane no responde; hace unos minutos ha empezado a acariciarle con el dedo pulgar la cara externa de las rodillas, sus huesos pequeños y redondeados, sin preguntarse si ella siente algo y, de ser así, qué siente. Hace tiempo que ha dejado de contar las capillas. Solo mira el sendero, solo piensa en los troncos de los árboles a ambos lados, solo siente el cuerpo de ella.

—Aquí estamos —anuncia Ariel—. Ya solo quedan las escaleras.

Arcadipane levanta la mirada hacia la construcción circular que hace las veces de corcho en la parte más alta de la colina. Vuelve a bajar la mirada, asciende por las escaleras, pero cuando está a punto de entrar en la capilla en la que se intuyen decenas de estatuas de ángeles, santos y querubines suspendidos en la bóveda, Ariel, con un ligero movimiento de la cadera, lo guía hacia la columnata que rodea el edificio. Unos pasos más y la llanura se abre bajo ellos: campos, carreteras, pueblos, bosques, vías de tren, humo, geometrías y chapas industriales, reflejos de agua y de cristal hasta Milán y más allá.

—Siénteme allí —le pide Ariel.

—¿Y si se cae?

—Eso es problema mío. Póngame allí.

Arcadipane se da la vuelta para que las nalgas de ella se queden apoyadas sobre el pequeño muro. Siente cómo las manos de Ariel se agarran a la balaustrada y le quita así parte del peso que está cargando. Cuando se gira, sus piernas están ya balanceándose en el vacío: un vuelo de cincuenta metros bajo el que solo hay un bosque confuso y descuidado.

—¿Ha visto?

Arcadipane sigue el dedo de Ariel, que señala el punto en el que las montañas nacen de la llanura. Un ascenso sin preámbulos, a diferencia de lo que se podría pensar, en vista de la dimensión del asunto. Una llanura y, después, la tierra que se levanta: las montañas. Eso es todo.

—Pensaba que primero habría unas pequeñas colinas —reconoce Arcadipane—, después unos cerros más altos y al final...

—No, también eso es veloz, como todo. Así que adáptese en consecuencia. Fin de la última sesión.

Arcadipane se pone entre los labios un cigarrillo y lo enciende sin preguntarse si le queda suficiente aliento como para fumarlo. Le mira el cuello, los pequeños vellos rubios distribuidos por las últimas

vértebras, como la espina de un pez. Después los pies blancos que se balancean en el vacío.

—Es una pena que sea la última sesión —dice mientras expulsa el humo con una ligera tos—. Tal vez empezaba a...

—No diga chorradas. De todas formas, no pienso hacerle ningún descuento.

Arcadipane contempla toda aquella llanura, las montañas, las casas y las infinitas carreteras por las que la gente corre hacia cosas igualmente infinitas. Piensa en Pedrelli, Isa, Mariangela, Giovanni, Loredana, Nini, el conserje y también Ariel, como si no fuese la mujer que está allí, con él. Por un instante tiene la impresión de que los entiende a todos. También a Trepet. Incluso a Bramard, que, de todo lo que ha visto y ha encontrado en su vida, es lo más misterioso de ella.

—Tiene razón —concluye—. No lo pienso de verdad.

—Gracias por su sinceridad. Pero, aun así, me debe doscientos euros.

Arcadipane hace bajar a sus pulmones una larga, potente y cancerígena calada.

—Pero, aun así, se los debo.

59

El bar presenta un amplio ventanal, tras el que el sujeto lleva sentado un cuarto de hora. Por el momento, ya ha pedido y consumido un café americano. Bajo su viejo chaquetón de cuadros en varios tonos de gris, que no se ha quitado, viste una camisa invernal. Los pantalones de costumbre.

En cuanto ve entrar a la chica, inclina hacia delante la espalda, como si fuera a levantarse, pero no se levanta. Ella llega hasta la mesa, se quita la chupa de cuero negra y la lanza sobre una silla vacía. Tiene el pelo teñido de naranja, color diferente al que presentaba con anterioridad. Lleva una camiseta negra con las mangas cortadas y un film de plástico alrededor del brazo, justo por encima del codo. Probablemente por un tatuaje realizado hace poco y aún cubierto de vaselina.

El individuo le hace una pregunta, tal vez si quiere tomar algo. La joven habla directamente con la mujer situada tras la barra. Acto seguido, se sienta. En el bar, aparte de ellos, solo hay dos mesas ocupadas. Se trata de un local que vive de los estudiantes, y en las primeras horas de la mañana los estudiantes están durmiendo.

La titular del negocio le lleva a la joven un vaso con un líquido oscuro: Coca-Cola o un refresco de la marca Chinotto, pero el sujeto femenino no parece corresponderse con el perfil de los consumidores de Chinotto. El hombre la mira mientras ella bebe unos sorbos. Parece evaluar los cambios recientes en su aspecto. Resulta difícil determinar la naturaleza de la comunicación no verbal. Entre ambos existe una considerable diferencia de edad, pero no es posible excluir ninguna hipótesis.

Cuando ella deposita el vaso sobre la mesa, él comienza a hablar.

Lo hace durante diez minutos, sin interrupciones. Después calla. Ella no interviene, no plantea preguntas. Espera. Él vuelve a hablar. Durante varios minutos no parece cambiar de tono ni de expresión. Antes de concluir, se gira hacia la calle y hacia el puesto de observación, de una manera que el autor del presente informe considera por completo casual. A continuación, deja de hablar.

Durante todo ese tiempo, la joven mantiene la mirada fija en sus manos, apoyadas en la mesa. Existen indicios para pensar que está llorando. Al final, formula una pregunta.

Él asiente. A continuación, se inclina para tomar la bolsa color amaranto que hasta ese momento ha permanecido en el suelo, bajo la mesa, y que presenta, en una de sus caras, los siguientes caracteres, escritos en blanco: «1-2» (prueba número 3).

La abre y extrae una carpeta de color azul grisáceo, que se cierra mediante un cordón elástico, y la deposita sobre la mesa (con toda probabilidad, una copia de la prueba número 7). Ella la observa durante largo tiempo, como si estuviese tomando una decisión. El joven que se encuentra sentado en la esquina del bar, si bien está acompañado de una chica, mira hacia ella de manera intensa, puede que con la esperanza de encontrar una

respuesta similar, cosa que no ocurre.

De repente, el sujeto femenino abre la mochila negra que tiene en las rodillas y saca de ella una caja larga y estrecha que coloca sobre la mesa (contenido probable: prueba número 15). A continuación, coge la carpeta de color azul grisáceo y la introduce en la mochila negra.

Se levanta, se inclina hacia el sujeto masculino, le da un rápido beso (a esta distancia resulta difícil determinar si lo ha hecho en la mejilla o en la comisura de los labios) y sale del local.

El sujeto masculino permanece mirando la silla en la que estaba sentada la joven, pero no la sigue con la mirada mientras ella avanza por la vía pública, delante del ventanal. Ella responde con el mismo desinterés, como si entre ambos todo estuviese ya dicho, negociado y aclarado.

El hombre permanece unos diez minutos más en la mesa, tamborileando con los dedos sobre la caja larga y estrecha que ha dejado la joven. Finalmente, la introduce en la bolsa de deportes color amaranto, abona las dos consumiciones y sale.

Agente: 16 AoB, bar indicado por el sujeto masculino en la conversación telefónica número 12, referencia: grabación 56 ctex. Inicio: 10.26. Fin: 10.53.

60

—¡Ya estoy en casa!

Trepet asoma el hocico por la puerta de la habitación de Loredana: peinado y limpio. Lo examina durante unos segundos con sus ojos estrábicos; después vuelve a meter la cabeza en la habitación. Arcadipane se queda a la escucha de cualquier otra repercusión, con la mirada fija en el pasillo vacío, hasta reconocer un crujido familiar. Deja la bolsa de viaje en el suelo, se calza las pantuflas de lana cocida y se dirige a la puerta de la cocina.

Mariangela está sentada a la mesa, cubierta de páginas repletas de verdaderos y falsos, respuestas múltiples y preguntas dejadas en blanco o con respuestas escritas incluso en los márgenes. En una esquina, la pequeña taza de café.

—Aquí estoy —dice en voz baja.

Ella levanta la mirada y lo estudia por encima de sus gafas.

—¿Qué tal te ha ido?

—Muchos kilómetros y mala comida. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

Mariangela suelta el bolígrafo y observa la mesa cubierta de exámenes, la cocina, la cafetera, el puzle enmarcado y colgado en la pared. Después observa al hombre con el que se ha casado, su pelo, escaso y despeinado, su barba primitiva y sus ojos grandes, sureños y diferentes.

—Bastante —responde.

Notas

1. Todas las intervenciones de este personaje aparecen en castellano en el original. *(N. de la t.)*

2. Todos los diálogos entre Maria Bo y Manuela aparecen en castellano en el original. *(N. de la t.)*

1. En castellano en el original. *(N. de la t.)*

Davide Longo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Le bestie giovani*
Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño © de la ilustración de la portada, Marie Carr / Arcangel y © Elnur / Shutterstock
© 2021 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
© de la traducción del italiano, Lara Cortés Fernández, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-233-6424-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!